
¡Ese bombero es mío!
ARIADNA BAKER

¡Ese bombero es mío!

ARIADNA BAKER

Primera edición.
¡Ese bombero es mío!
©Ariadna Baker.
©mayo, 2026
©imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo
RRSS

Capítulo 1



Erika

—Buenas noches, Zeus.

Me despedí de mi adorado gato, con un abrazo y varios besos en la cabeza.

Reí cuando se escapó de entre mis brazos. No le gustaba nada sentirse atrapado ni agobiado.

Lo dejé en el salón porque él iba por libre, menudo era.

Apagué todas las luces y caminé a oscuras y descalza, para ir a mi habitación.

Al llegar fui al baño un momento y después me tumbé en la cama. Cogí el móvil de la mesita de noche, el que desconecté del cable de carga al tener la batería llena.

Tenía varias notificaciones de mensajes de mis amigas Adriana y Estela, pero lo único que hice fue leerlas por encima, solo las pequeñas partes que eran visibles.

A esta hora todavía estarían despiertas y si entraba en el grupo que compartíamos nos quedaríamos hasta las tantas despiertas.

Y yo me negaba, ya no podía más hoy. Eran las doce y media de la noche y estaba agotada. ¿Lo bueno? Que era viernes, bueno no, oficialmente ya era sábado. Igualmente, la semana de trabajo había terminado. Por fin.

Un descanso del colegio siempre era necesario y sentaba genial.

Puse la alarma en el móvil para el día siguiente, no porque tuviera que levantarme para hacer algo, sino para no despertarme muy tarde.

Entre semana parecía que mi cuerpo tenía un despertador interno, me activaba sola, incluso muchos días lo hacía antes de que sonara la alarma. Pero los fines de semana, esos días maravillosos en los que no había obligaciones, más allá de las impuestas, como arreglar y limpiar el piso, hacer lavadoras o lo que me diera la gana, incluidas las relaciones sociales, esos días mi alarma interna se desconectaba automáticamente y por completo.

Coloqué el teléfono en la mesita de noche y me puse de lado en la cama. Cerré los ojos, satisfecha por cómo me había ido el día y pensando que al siguiente todo iría muchísimo mejor.

Con ese pensamiento y con Zeus subiendo a mi cama de un salto, para acurrucarse a mi lado, me quedé dormida, pero de la misma manera que me dormí me desperté un tiempo después.

La primera sensación que tuve fue que no podía haber sonado ya la alarma, porque tenía mucho sueño y parecía que no había dormido nada.

Cuál fue mi sorpresa, la que me hizo abrir los ojos de golpe en la oscuridad de la noche, cuando en vez de la alarma escuché el timbre del piso, seguido por varios golpes insistentes en la puerta.

—¿Qué…?

Me incorporé de inmediato y encendí la luz, pensando todavía que el mal despertar había sido un sueño. Nada que ver, porque el timbre volvió a sonar y los golpes se repitieron, más fuertes.

—Qué mierda…

Bufé y retiré la ropa de cama de un tirón, cabreada.

—¿Zeus? —lo llamé, al darme cuenta de que no estaba en la habitación.

En pijama y sin importarme las pintas que tenía, salí al pasillo y corrí hacia la puerta. Estaba dispuesta a pegar unos cuantos gritos a quien estuviera molestándome a las… no tenía ni idea qué hora debía ser, pero fuera solo había oscuridad.

Miré hacia la corredera del balcón, mientras me acercaba a la puerta.

Después de abrir con llave pegué un tirón hacia mí, dispuesta a lanzarme sobre alguien.

—¿Qué narices…? —susurré.

Estaba sola, delante de mí no había nadie.

Abrí la puerta del todo, hasta que tocó la pared, y salí al rellano al notar algo extraño. Miré hacia todos los lados, mientras varios escalofríos me recorrían el cuerpo. Los gritos de los vecinos comenzaron a escucharse por todas partes.

Caminé hasta la barandilla del hueco de la escalera y miré hacia abajo. Fue ahí cuando solté mi primer grito, reaccionando al fuego que se veía varias plantas más abajo.

—Dios mío…

—¡¡Erika!!

Reconocí la voz de mi vecino y mi mejor amigo Raúl, y miré hacia arriba.

—He sido yo el que te ha avisado, estoy dando la alarma en todas las puertas. El fuego está ascendiendo muy rápido, tienes que moverte. ¡Ya!

—Pero… ¿hacia dónde? —pregunté con la voz temblorosa.

—A la azotea, todos tenemos que ir hacia allí. No hay otra salida.

—¡En la azotea tampoco!

—Pero al menos hay aire limpio y podemos aguantar más. ¡Sube!

—¡Marga! ¡Manuel! —grité de miedo.

—¿No han salido todavía?

—No, joder. Necesitan su tiempo y seguramente Manuel no se ha enterado. Tiene un sueño muy profundo.

Miré hacia la puerta cerrada de mis vecinos más directos, los que vivían puerta con puerta conmigo.

—Mierda, ¡pues haz algo y subid! Voy a continuar y en cuanto pueda bajo a ayudaros. ¡¡Rápido!!

Salí corriendo al interior del piso. Fui a mi habitación para calzarme las deportivas y cogí el móvil, el que me guardé en una chaqueta con cremallera que me puse.

Paré en el salón para coger de un cajón del mueble la llave del piso de mis vecinos.

—¡Zeus! —lo llamé muy alterada— Vamos, vamos… ¡No es momento de jugar, joder! ¡Ven aquí!

No me hizo casi, mi gato no apareció y a mí me dio un vuelco el corazón. Recorrí el piso entero, me asomé a todas las puertas llamándolo, pero aun así no encontré a Zeus.

—Por favor, por favor… —susurré— No me hagas esto.

Volví a revisar bien cada espacio, pero el final fue el mismo. Llorando, sin poder contener más las lágrimas, volví a gritar.

—¡¡No es momento para ser un solitario!! ¡¡Sal de tu escondite!! —le eché en cara, cabreada por el miedo que sentía.

Me retiré las lágrimas de los ojos con rabia, para poder ver mejor, y corrí por el piso para salir al rellano. Frené en la baranda del hueco de la escalera, para comprobar cómo estaba la situación, y agrandé los ojos al ver el fuego más cerca.

Cerré los ojos con fuerza, antes de llamar a Zeus varias veces más. Volví a entrar en el piso.

—¿Dónde mierda estás? —chillé con todas mis fuerzas.

Esperé unos segundos, rogando que Zeus apareciera en cualquier momento. No entendía nada, no podía pensar.

El tiempo corría en mi contra, por lo que no me quedó más remedio que tomar una decisión. Me olvidé del dolor que me provocaba tener que irme sin Zeus y corrí hacia el rellano de nuevo.

Dejé la puerta del piso abierta de par en par, para que mi gato tuviera una escapatoria rápida, y fui hacia la puerta de mis vecinos.

Abrí la cerradura y corrí por el pasillo, yendo directa a la habitación que dormían.

—¡Manuel! ¡Marga! —los llamé nerviosa, en cuanto encendí la luz.

Fui hasta la cama.

—¿Erika? —preguntó Manuel, sin entender la situación.

—Tenéis que levantaros. Hay un incendio en el edificio y tenemos que subir hasta la azotea. Bajar no es una opción.

—Dios mío. —Agrandó los ojos.

A pesar de la situación Manuel movió con delicadeza a su mujer, para que despertara.

Él se levantó de la cama, se calzó, se puso una bata en la que metió el móvil en un bolsillo, y se acercó a su mujer.

Cogió de la mesita de noche los audífonos y se los colocó en las orejas, solo entonces Marga reaccionó.

—Cariño, tenemos que irnos de aquí —le dijo apurado Manuel.

Le llevé la bata y ayudé a Marga a ponérsela, una vez que estuvo sentada en la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó asustada.

—Hay un incendio en el edificio.

Se tapó la boca con una mano, con lágrimas en los ojos.

—Tenemos que irnos ya —les pedí nerviosa.

La ayudamos a levantarse de la cama y después les pedí que se movieran lo más rápido que pudieran.

—Hay que subir a la azotea y vosotros no podéis correr. El ascensor no es una opción.

—Oh, Dios mío —dijo Marga, temblando.

Ellos salieron antes de la habitación, yo caminé a sus espaldas. Salimos del piso y me rompí un poco más al pasar por delante del mío. Marga se abrazó a Manuel, en cuanto escuchó las voces desesperadas y los gritos que parecían venir de todas partes del edificio.

Hacía mucho más calor, comenzaba a ser insoportable.

Llegamos a la escalera sin problema, pero lo más difícil comenzaba ahora. Manuel tenía una pierna mal y los escalones era una de las cosas que le hacían daño. Marga no tenía agilidad y con lo nerviosa que estaba, se movía todavía más lenta.

—No toquéis la barandilla, por si acaso —les advertí.

Hice que se agarraran a mis brazos y fui al ritmo que ellos marcaron, sintiendo que no era suficiente.

—¡Erika!

Miré hacia arriba para ver bajar corriendo a Raúl.

—Vamos —sujetó a Marga para que se apoyara en él.

Yo me quedé con Manuel.

—Ya están todos arriba —nos informó Raúl.

Lo había notado porque hacía unos minutos que no se oía a nadie.

—¿Los de abajo habrán podido salir del edificio? —preguntó Marga, con pesar.

—No sabemos en qué planta se ha originado el fuego —le contestó Raúl.

Cruzamos la mirada y tragué saliva. Ambos vimos el miedo en los ojos del otro, pero nos mantuvimos fuertes. No podíamos venirnos abajo, necesitábamos llegar cuanto antes a la azotea.

No paramos en ningún momento, a pesar de que Marga y Manuel lo necesitaban. Se esforzaron por aguantar, mientras Raúl y yo los animamos diciéndoles que cada vez quedaba menos.

Reímos y lloramos cuando vimos la puerta de la azotea. Fue un gran alivio poder respirar aire limpio y fresco una vez llegamos, mientras nos abrazábamos.

Nos unimos a los demás vecinos en el centro de la azotea. Todos estaban muy asustados y nerviosos, nadie sabía qué hacer. Por Raúl supe que hacía bastante que llamaron a emergencias.

Capítulo 2



—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté a Raúl, bajando el tono de voz.

—No lo sé.

Después de hablar un rato con los vecinos habíamos acompañado a Marga y a Manuel a una especie de escalón elevado que tenía la medida perfecta para que se sentaran. No era muy cómodo al ser de piedra, pero era lo mejor que había.

Una vez nos aseguramos de que se encontraban bien, aunque Manuel no podía ocultar del todo el dolor de la pierna, Raúl y yo nos separamos unos pasos de ellos. El sitio elegido para sentarnos fue el suelo.

—¿Habrán llegado los bomberos?

—Seguro que sí. Estarán trabajando para controlar el fuego y extinguirlo.

Me agarró una mano y le apreté la suya.

—Vaya mierda de viernes noche —dije.

Apoyé la cabeza en el muro y cerré los ojos.

—Se nos ha olvidado subir unas botellas, podríamos estar de botellón.

Nos miramos y soltamos una carcajada, olvidándonos por unos segundos de la que teníamos encima.

—¿Lo notas? —le pregunté susurrando.

—Sí.

Nos referíamos al calor del suelo bajo nuestros traseros, cada vez se notaba más.

—¿Has hablado con las chicas?

—Sí —suspiré—. Después de llamar a mis padres. Les he dicho que no podemos hablar mucho, solo les he informado de lo que está pasando y…

Tuve que coger aire porque me faltó.

—Mis padres están en camino, vienen hacia aquí. Les he pedido que no lo hicieran, pero no me han hecho caso.

—No los dejarán acercarse. Tranquila.

Le sonreí con tristeza y asentí.

—Tanto a ellos como a Estela y a Adri les he dicho que no podíamos estar mucho al teléfono, para no consumir la batería. No sabemos si necesitaremos los móviles para algo. Yo qué sé. Me gustaría calmarlos un poco, pero…

—Ya verás como todo va a terminar bien, Erika.

—Solo tú me darías ánimos en una situación así.

Bufé.

—¿Qué quieres que haga?

Me miró sonriente.

—Yo qué sé, pero mis esperanzas son nulas. El puñetero suelo cada vez quema más, el muro de mi espalda comienzo a notarlo también. Hay demasiadas personas aquí, incluyendo personas mayores y niños. Por suerte estos no son muchos, pero aun así… No veo ni a un bombero asomar la cabeza por la azotea, al menos para tranquilizarnos con su presencia.

—No es fácil acceder aquí, si la mitad del edificio está en llamas.

—¿Será tanto?

—Con el fuego nunca se sabe —suspiró.

—Si la base se daña… ¿Aguantará la estructura?

—No soy arquitecto ni un experto, Eri. No tengo ni idea, pero esperemos que sí aguante.

—¿Y si llamamos a los bomberos directamente? Lo mismo nos pueden decir si…

—Claro que han llegado.

Me apretó la mano que no me había soltado.

—¿Este es nuestro final?

—Joder, Erika. No llames al mal tiempo.

—¿En serio? ¿Qué hay peor que la situación en la que estamos? Vale, no respondas que pueden ser varias cosas, pero joder, el edificio en el que vivimos se está quemando, muchos vecinos estamos atrapados en la azotea, sin salida, no viene nadie a rescatarnos, no sabemos si vamos a volver a nuestros pisos, lo que a mí me da que no, y hemos salido de cualquier manera, a la carrera.

Paré para hacer varias respiraciones profundas.

—Estamos a punto de perder una parte importante de nuestras vidas y… oh. Zeus.

Me tapé la cara con las manos y comencé a llorar.

—Mierda, es verdad —se dio cuenta.

Se levantó y yo lo hice con él.

—¿Dónde te crees que vas?

—A buscar al gato de mi mejor amiga, aunque muchas veces me bufe.

Me sonrió con cariño.

—No pienso dejarte entrar al edificio, por mucho que me duela. No he visto a Zeus desde que me dormí. Tal vez se ha escondido por el fuego, al presentirlo. Por mucho que lo he llamado y he mirado por el piso no ha salido. Si yo no he podido encontrarlo tú podrás menos. Tengo la esperanza de que haya encontrado una salida. Seguro que sí.

Me llevé una mano al pecho, mirando hacia la puerta de acceso a la azotea.

—Lo siento, Erika.

Me abrazó y apreté mis brazos alrededor de su cuerpo, para que no me soltara.

—Estás temblando —susurró.

—Tengo mucho miedo y… Zeus. Yo…

—Vale. Tienes que mantener el control, ahora no puedes desmoronarte.

Asentí en su pecho.

—Oh, Fran. ¿Has hablado con él?

—Sí. Está histérico y viniendo hacia aquí.

—Joder. Os quiero mucho.

—Y nosotros a ti, cariño.

Me dio un beso en la frente.

—Vamos con Marga y Manuel —le pedí.

Mientras nos acercábamos a ellos comprobé en el móvil las nuevas notificaciones y me entraron ganas de llorar. Tenía muchas de mis amigas y mis padres.

—¿Cómo está nuestra pareja favorita? —les preguntó Raúl.

—Ay, hijo, con mucho miedo —contesté Marga.

Manuel cruzó la mirada con mi amigo y conmigo, preocupado.

—Todo irá bien —le dije.

Me senté a su lado y le rodeé los hombros con el brazo. Raúl hizo lo mismo con Marga.

—Ya veréis como dentro de poco vienen a sacarnos de aquí.

—Tenemos que recoger muchas cosas del piso —volvió a hablar Marga.

—Cariño, no sé si podremos —le dijo su marido.

—Pero… todo lo que tenemos está ahí.

—Lo importante sois vosotros, Marga —le dijo Raúl.

—Cuando llegues a nuestra edad te darás cuenta de que los recuerdos son también muy importantes. Y el dinerito de nuestros ahorros, y… oh, las albóndigas que hice ayer.

—¿Las albóndigas, Marga? ¿De verdad?

Manuel y Raúl rieron.

—Por supuesto, cariño. Me salieron para chuparse los dedos, iba a llevarte mañana.

—Vaya por Dios —suspiré.

Todo lo que cocinaba Marga estaba riquísimo, tenía unas manos increíbles para la cocina.

Con los años que hacía que vivíamos puerta con puerta había conseguido acumular una buena cantidad de sus recetas. Las guardaba como un tesoro en una libreta exclusiva para eso.

Cada primera vez que preparaba una comida y yo estaba en el piso, me encantaba ir al suyo para sentarme en su cocina. De esa manera nos hacíamos compañía y la observaba trabajar, mientras ella me explicaba los pasos de lo que preparaba. Yo lo apuntaba todo y también la ayudaba.

Pero ni con todo eso había manera de que los platos me quedaran como a ella. Y no me saltaba ningún paso. La comida me salía rica, pero ni por asomo como la de Marga.

—¡Ya vienen!

—¡Sí! ¡Aquí!

Los gritos de los vecinos nos hicieron levantarnos y girarnos.

Ayudamos a Marga y a Manuel a bajar del asiento, para ir junto a los demás.

—¡Son los bomberos! —dijo emocionada otra vecina.

Los cuatros nos miramos sonriendo y emocionados, sin poder controlar las lágrimas.

Un hombre nos pidió que tuviéramos paciencia, porque sus compañeros estaban controlando las llamas que salían del edificio, para que todo saliera bien.

Sin llamar la atención, mientras todos estaban entretenidos con el bombero que continuó hablando de cómo teníamos que hacerlo para que nos bajaran, caminé hacia la puerta de la azotea.

Toqué el pomo con cuidado, por si quemaba mucho. Estaba caliente, pero todavía podía agarrarlo para abrir la puerta. Fue lo que…

—No.

Raúl me lo impidió, apartándome.

—Solo quería…

No pude continuar, por el nudo tan grande que tenía en la garganta.

—Sé lo que querías, llamar de nuevo a Zeus o intentar lo que se te ocurriera. Pero, aunque suene mal y duro, ¿para qué? ¿Acaso ibas a lanzarte al fuego? No hay salida hacia abajo, las llamas deben estar cerca por el calor que desprende el suelo, y Zeus habrá huido antes de lo que te imaginas, sin que te dieras cuenta. ¿Cuántas veces ha salido del piso y ha aparecido en otro lado?

—Pero cuando se asusta se bloquea, no reacciona, y…

—Confía.

Me agarró la cara con las manos.

—Yo tampoco voy a dejar que cometas una locura que te costará la vida. Además, si no te protejo Fran irá a por mí.

—Como si no te gustara que fuese a por ti.

Sonreímos contenidos, mientras yo me retiraba las lágrimas.

—Piensa en lo inteligente que es Zeus. No he conocido a un gato más listo que él.

—Y más arisco y borde.

—También, pero tiene a quien parecerse: a su dueña.

—¡Imbécil!

Le di un empujón y reímos.

—Anda, vamos. —Me agarró de la mano—. Van a empezar a bajarnos.

Raúl comenzó a explicarme cómo debíamos hacerlo para facilitarles el trabajo a los bomberos, para no correr riesgos innecesarios, mientras que lo veía porque los tres primeros vecinos consiguieron subir con éxito a la cesta de rescate. Eran una madre con sus dos hijos pequeños.

Seguiríamos el orden de evacuación de, primero los menores con un responsable de ellos, después los mayores, y, por último, todos los demás.

Poco a poco y haciendo todo lo que podíamos, con los ánimos y las energías renovadas por la esperanza, fuimos ayudando a nuestros vecinos. El tiempo para las lamentaciones llegaría más tarde, lo principal era ponerse a salvo.

Capítulo 3



Lo pasé fatal cuando fue el turno de Marga y Manuel, cuando se montaron en la cesta de rescate. O más bien sufrí por lo que les costó llegar hasta ella, mientras Marga gritaba que no podía.

Por suerte el bombero que estaba en la cesta pudo y supo salvar la situación del ataque de pánico de mi querida vecina y tanto ella y Manuel terminaron junto al bombero en la cesta.

—¿Te imaginas que ahora se cae el edifico y somos los únicos que decimos *bye bye*?

—Definitivamente eres imbécil.

Bufé, mientras Raúl reía.

Lo que era seguro es que éramos los últimos, en la azotea no había nadie más que nosotros dos.

—Al final para nosotros ha salido todo bien —dijo pensativo—. Perdón… no quería decir que…

—No pasa nada.

Observé la puerta de la azotea.

—Yo estoy seguro de que volvemos a ver a Zeus.

Lo miré y me sonrió con cariño.

—Hay que bajar rápido.

Asentí.

Miramos hacia abajo, para ver cómo el brazo de la grúa subía despacio.

—Está todo consumido por el fuego, ¿verdad? —le pregunté susurrando.

No pude apartar la vista de cómo el fuego salía por las ventanas de los pisos. Los únicos que parecían salvarse por el momento eran los de la última planta, justo los que teníamos debajo de nosotros.

—Sí —me confirmó lo evidente.

Me abrazó por la espalda y me agarré con fuerza de sus brazos. El dolor era tan grande…

Sobra decir que lo primero son las vidas, eso es indiscutible y primordial, pero el sufrimiento que ocasiona perder tu casa, perder todo lo tienes, absolutamente todo, por muy material que sea, provoca una brecha muy grande de sufrimiento.

Todos los recuerdos creados en mi hogar pesaban como piedras gigantescas. Recuerdos como la primera vez que entré, emocionada y feliz, con mucha ilusión. También estaban las charlas interminables con mis amigas, las lágrimas, tanto de risas como de llorar, los planes hechos con una copa de vino, las borracheras, las sesiones de ver películas cómodamente en el sofá, los sueños, las ilusiones, los desafíos, las costumbres, la libertad de la independencia, y muchos más.

Después estaba lo que cuesta pagar la hipoteca o el alquiler, la carga y el esfuerzo que supone, o el dolor de tener pagada la vivienda y ya no tener nada.

Sí, estaban los seguros, pero el proceso era lento. Eso sin contar los problemas que pudieran poner las aseguradoras, porque entonces todo se complicaba y alargaba demasiado. Lo pintan todo muy bonito, hasta que llega la hora de la verdad. Ahí todo cambia, cuando de verdad lo necesitas.

Tragué con dificultad pensando en que ya no tenía que poner lavadoras hoy, ni limpiar el piso, ni prepararme la receta de pasta que vi unos días atrás. Ya ni siquiera tenía ropa, solo lo puesto. Y el móvil. Eso era lo poco que conservaba. Tanto y tanto perdido, y no solo lo material.

Todavía no era consciente de lo que había dejado atrás, eso sucedería cuando estuviera tranquila y lejos de este calvario. Llegado ese momento, poco a poco, me irían viniendo las cosas a la cabeza y entonces sería cuando diría: ay, Dios mío, esto… Ay, Dios mío, esto otro.

En fin, tocaba salvar la vida porque eso iba en cabeza de absolutamente todo lo demás.

Y mi gato, como me dolía Zeus. No podía permitirme pensar en él en este instante, para no venirme abajo.

—Empezaremos de cero, con más fuerza —me dijo Raúl—. Será como si acabáramos de tomar la decisión de independizarnos de nuevo, habrá que comprar muebles, decoración, decidirnos por el mejor sofá y colchón, montar nuestros salones y las habitaciones. Aún me acuerdo de la ilusión con la que me hice mi primer café en el piso, al estrenar la cafetera.

Sonreí con tristeza.

—Si no podemos regresar porque el edificio queda en mal estado no sé qué voy a hacer —susurré—. Pagando la hipoteca no puedo meterme en otra, porque el dinero de la aseguradora no me cubrirá lo que me queda de hipoteca. Joder.

Me tapé la cara.

—No pienses en eso ahora. Tienes a tus padres y a tus amigas, puedes contar con ellos para todo y, por supuesto, con Fran y conmigo. Si quieres nos atrincheramos en la casa de Fran.

Sonreí un poco, retirándome las lágrimas.

—Vamos, pareja.

La voz del bombero me sobresaltó.

—Ha llegado nuestro momento —me animó Raúl.

El bombero se acercó todo lo que pudo al muro de piedra, con la cesta de rescate, y nos pasó los cascos. Nos los pusimos rápido y después de discutir quién subía primero, me tocó a mí.

Me agarré a las manos cubiertas por los guantes del bombero y me impulsé con ayuda de mi amigo, controlando todos los movimientos.

—¡Oh, joder! Mierda, mierda…

Cerré los ojos con fuerza y entré en bucle, por el ataque de pánico que me entró al verme con los pies sobre el muro y las manos en las del bombero, como única sujeción, mientras el vació de la altura del edificio se quedaba entre el hombre y yo.

—No mires abajo —me pidió o eso me pareció.

La cabeza me daba vueltas.

—¿Cómo se llama?

—Erika —le contestó Raúl.

Mi amigo me sujetaba de las piernas, pero no podía hacerlo bien porque yo tenía que utilizarlas para ir a la cesta. Raúl tampoco se atrevía a tocarme mucho porque al mínimo mal movimiento me precipitaría al vacío.

La cesta no podía acercarse más.

—Erika, mírame, pero solo a mí. Ya sé que no lo parece, con el equipo de trabajo, el casco y la cara negra por llevar horas luchando contra el fuego, pero te aseguro que soy el tío más guapo que has visto en tu vida.

Entre todo el caos interno que sentía, fruncí el ceño en el momento que en mi cabeza sus palabras tuvieron sentido.

—Joder, ¿me ha tocado el único bombero creído? —me quejé.

—Ni se te ocurra quejarte, ni mucho menos insultarlo —me pidió Raúl, riendo—. Cariño, que es el que tiene que salvarnos.

—¿No me crees? —volvió a la carga el bombero, centrado solo en mí—. Abre los ojos y compruébalo por ti misma, pero no te enamores de mí.

Bufé.

—Llevo viéndote trabajar un buen rato y…

—No estabas cerca y necesitas estarlo, para ver debajo de todas las capas y suciedad que tengo encima. Mírame.

Solté algunos bufidos más, mientras me temblaba todo el cuerpo.

Fueron varios los motivos por los que abrí los ojos: su insistencia, la curiosidad por comprobar que era un creído bromeando y el ruido que oí cuando dejó de hablar.

Lo siguiente que sucedió fue tan rápido que no me dio tiempo a reaccionar. Abrí los ojos, vi su cara muy sucia por su trabajo, pero duró menos que un parpadeo porque el bombero me rodeó la cadera con un brazo y me cogió en brazos. Tiró de mí para llevarme con él, a la cesta.

Grité por la impresión, agarrándome con fuerza a su traje, mientras mi cuerpo volaba del edificio a la caja minúscula e inestable.

—Ya está —me dijo—. ¿Puedes soltarme para que ayude a tu pareja?

—Ya van dos las veces que te equivocas.

—¿Cómo?

—Joder, joder…

—No mires hacia abajo.

Me agarró de la barbilla con firmeza.

—Sigue mirándome a mí, a lo guapo que soy.

Entrecerré los ojos.

—Eso es, así. Siéntate.

Temblaba más que antes, por lo que me senté torpemente con su ayuda, sin apartar la mirada de la suya.

No me soltó hasta que mi trasero tocó el suelo de la cesta, solo entonces, después de pedirme que no me moviera y que apoyara la frente en las piernas flexionadas si notaba que volvía a ponerme muy nerviosa, se apartó de mí para ayudar a Raúl.

No pude ver a mi amigo casi en el aire, hasta que no lo sentí a mi lado, abrazándome, no pude abrir los ojos.

—Muy bien chicos, se acabó —nos dijo el bombero.

Comenzamos a descender despacio.

—No eres tan guapo como te crees —solté.

—¿Perdona? Te aconsejo que hoy mismo vayas a revisarte la vista.

—Mis ojos están estupendamente, gracias. Tú no.

Soltó una carcajada.

—Tipazo tiene —dijo Raúl.

—¿Qué dices? A ver si el que necesita gafas eres tú —me dirigí a mi amigo, separándome un poco de él.

—Eri, lo que es, es. Si con ese traje grueso de bombero se aprecia que tiene un cuerpazo, no te digo nada cuando se desprenda de él.

—Traidor —lo acusé.

—Mentirosa —rio.

Iba a continuar mi defensa y ataque, pero justo llegamos a la altura de mi planta y tragué saliva. Fijé la vista en el fuego que salía de los balcones y de las ventanas.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y los cerré con dolor, por todo lo que se había quedado dentro.

—Shhh… saldremos de esta —me dijo Raúl, afectado también.

Hasta que mi amigo no me abrazó con fuerza no entendí que el grito que había escuchado salió de mí, así como también el llanto desconsolado.

—Raúl…

Escondí la cara en su cuello y me acurruqué en él.

—Lo siento —habló entonces el bombero—. Lo lamento mucho.

—Gracias.

Fue mi amigo quien se lo agradeció. Yo no pude dejar de llorar, sintiendo cómo mi vida ya no sería la misma, la que tanto me había esforzado por conseguir.

—¿Los vecinos de la parte de abajo? —le preguntó Raúl.

—No estoy informado sobre eso, en el tiempo que llevo en esta cesta habrá cambiado la situación. Varios de mis compañeros se encargan de hacer recuento y los vecinos que están con ellos los ayudan. La última información que tengo es que una gran mayoría estaban fuera del edificio, han conseguido salir.

Raúl y yo suspiramos, aliviados por la noticia.

—Por suerte fueron dándose la alerta de unos a otros. Esperemos que no haya bajas, eso no lo sabré hasta pasado un tiempo. Nunca pensamos en ello estando en un incendio, no podemos perder la concentración y hay ciertas cosas que pueden desestabilizarnos.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Una vez desalojado el edificio y los edificios contiguos ya podemos encargarnos bien del fuego. Debemos centrarnos en él, nos llevará horas extinguirlo.

Capítulo 4



En cuanto la cesta llegó abajo y tocó el suelo, fui realmente consciente de la que se había liado.

La zona estaba acordonada, muchos coches habían desaparecido, sus dueños debían haberlos alejado del peligro. Había muchos camiones de bomberos y de policía, así como ambulancias. Las personas de uniforme iban de un lado al otro.

Nuestros vecinos y los de la calle, una gran mayoría de ellos, observaban cómo el fuego lo consumía todo, al otro lado de la banda que delimitaba la zona de peligro.

—¡Paula, la niña está aquí! ¡¡Erika!!

Al oír la voz de mi padre y al localizarlo, salí corriendo hacia él. Me lancé a sus brazos llorando, porque por fin estaba segura.

—Cariño. Dios…

Me apretó con fuerza.

—¡Erika!

Mi padre me liberó para darle lugar a mi madre y mis amigas. Adriana y Estela también habían venido. Me abrazaron, me llenaron la cara de besos y me dijeron palabras de ánimo.

Mi cabeza no estaba para mucho, me sentía desbordada con todo, superada por completo.

Cuando me tranquilicé me giré para ver a Raúl y a mi padre abrazados. Fran, la pareja de Raúl, se encontraba a su lado, con los ojos enrojecidos. Había agarrado de una mano a Raúl y no se la había soltado, como si necesitara el contacto para estar seguro de que estaba con él, que era verdad.

Se habían encontrado mientras yo lo hacía con mi familia.

Raúl pasó por los brazos de todos y cuando terminamos, miramos hacia el edificio con congoja.

Mi amigo me abrazó por un lado y mi padre por el otro.

—Todo saldrá bien, cariño —me dijo mi madre, a mi espalda.

Me frotaba la espalda.

Asentí sin poder hablar, por el nudo tan grande que tenía en la garganta y la presión que sentía en el pecho.

Ninguno me preguntó por Zeus, sabían que si no estaba conmigo era mala señal, por lo que no quisieron que me pusiera peor de lo que ya estaba.

—Ahora vengo —les dije, separándome.

Pasé por debajo de la cinta de seguridad.

—¿Dónde vas? —me preguntó Adri.

—A ver a mis vecinos, sobre todo, a Manuel y Marga. Necesito encontrarlos y asegurarme de que están bien, no tienen a nadie.

La voz me tembló y les di la espalda.

El único hijo del matrimonio vivía a muchos kilómetros de aquí y desde que yo conocía a Manuel y a Marga, él nunca había venido a ver a sus padres. Ellos sí que viajaban para estar con él, pero esos viajes habían ido espaciándose en el tiempo cada vez más, porque Marga y Manuel no estaban para hacer trayectos tan largos.

Me daba mucha pena, por eso y por muchas cosas más, Raúl y yo éramos para ellos como sus nietos. Y mi amigo y yo encantados porque los adorábamos.

Estaba preocupada porque no sabía qué iban a hacer o a dónde ir. Necesitaba hablar con ellos, con urgencia.

—Te acompaño —me dijo Raúl—. No creo que dejen estar a este lado de la cinta, a no ser que estemos afectados por el incendio, de una forma u otra.

—¿Tú crees? —preguntó Estela, con la cinta agarrada.

Estaba preparada para pasarla agachada, para acompañarnos. Adri detrás de ella, para unirse.

—Con tanta gente nadie se dará cuenta —dijo Adri.

—Lo peor que puede pasar es que les pidan que se vayan —me dirigí a Raúl.

—Vale.

Sonrió negando.

—Con las tres no puedo, y menos hoy.

Fran lo miró con preocupación.

—Estoy bien —le dijo con un guiño.

Adri y Estela pasaron la cinta y los cuatros caminamos hacia la zona donde había más gente. Dejamos a mis padres atrás.

—Queremos ver a Marga y Manuel —comentó Estela.

Sonreí, porque ellas también los querían mucho. Al vivir puerta con puerta con ellos mis amigas los conocían bien.

Comencé a caminar más rápido, en cuanto los vi a lo lejos. Manuel estaba tumbado en una camilla y me asusté. Los últimos metros todos corrimos hacia ellos.

La camilla de la ambulancia estaba fuera de esta, porque dentro atendían a otra persona. Marga estaba a su lado, acariciándole la mano a su marido. Nerviosa.

—¿Qué ha pasado? —les pregunté al llegar.

No lo entendía, la última vez que los vi, a pesar de la dificultad de pasar a la cesta de rescate, estaban bien y de esa manera los vi bajar.

—No te preocupes, hija —me habló Manuel—. Solo es mi pierna, no podía aguantar más de pie.

—Joder —susurré, cerrando los ojos.

—Le han dado medicación —comentó Marga.

—Sí, y me han dicho que notaré los efectos rápido, me la han pinchado. Aparte me han dado una caja de pastillas, para que tenga medicación hasta que pueda ir a la farmacia —me informó Manuel.

—Menos mal —le sonreí y le acaricié el pelo—. Ya solucionaremos lo de la farmacia.

—Sí, nosotros nos ocupamos de pedir duplicado de las tarjetas del médico y del banco, más los documentos de identidad. Todo lo que necesitéis.

—Gracias, hijo —le sonrió con tristeza Marga.

—Todo va a salir bien.

Le agarré una mano a Manuel, al ver el miedo y la incertidumbre en su mirada. Estaba muy asustado y preocupado, pero no quería decir nada para no poner peor a su mujer.

Le di un apretón en la mano y le guiñé un ojo.

Raúl los abrazó y les dijo unas palabras muy emotivas, después fue el turno de mis amigas, Adri y Estela.

—Mis padres están aquí, pero no han pasado la cinta de seguridad. Tienen muchas ganas de veros.

No lo habían dicho, tampoco habíamos hablado de ello, pero ni una cosa ni la otra hacían falta. Todos sabíamos de sobra que mis padres le tenían mucho cariño al matrimonio, lo que era recíproco.

—Yo me encargo de la ropa que necesitéis —les dijo Adri, con un tono de voz animado, para contagiarlos un poco—. Oh, voy a poder vestiros.

—Que no son tus muñecas ni tú tienes seis años —rio Estela.

—Cállate. Quien entiende, entiende. —Puso los ojos en blanco Adri.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Chicas, haya paz —les pidió Marga, riendo.

Los cinco la miramos sonriendo, encantados de verla así.

—Voy a deciros algo y no acepto un no. ¿De acuerdo? —les hablé seria.

—¿Qué sucede? —Quiso saber Manuel.

—Vais a quedaros en la casa de mis padres. Shhh…

Le puse un dedo sobre los labios a Manuel.

—He dicho que no quiero negativas, solo tenéis que asentir.

Miré a Marga, quien volvía a tener los ojos brillantes por las lágrimas.

—Somos familia, aunque no tengamos la misma sangre.

Le acaricié el brazo a Manuel.

—Todo va a ir bien. Poco a poco volveremos a la normalidad, pero mientras tanto, la casa de mis padres será la vuestra, ya que no puedo ofreceros la mía. Os aseguro que mis padres están encantados con teneros con ellos.

—Y si os cansáis podéis ir rotando entre nuestros pisos —intervino Adri, señalándose a ella y a Estela.

Esta última asintió varias veces, confirmando las palabras de Adri. Todos estábamos muy afectados, eran demasiadas emocionas seguidas.

—Gracias —me dijo Manuel, con la voz ronca.

Le di otro apretón en la mano, mientras le hacía un guiño.

—¿Tú dónde te quedarás? —me preguntó.

—No lo sé, en cualquier casa a la que me lleven.

Sonreí con tristeza.

—Mañana no iréis a trabajar —afirmó Estela, refiriéndose a Raúl y a mí.

—No —contestó mi amigo.

—Como no vaya tal y como estoy…

Me señalé. Necesitaba una ducha con urgencia, no me quitaba el agobio de encima.

—Mañana te llevo ropa mía —me dijo Adri.

Ella y yo teníamos la misma talla, Estela estaba una por debajo de nosotras.

—No te preocupes, si no recuerdo mal en la casa de mis padres debe haber una muda mía. Creo, porque la dejé cuando me independicé, por si la necesitaba allí, pero con el tiempo no sé si la utilicé y ya no la repuse.

Me encogí de hombros.

—Igualmente mi madre me dejará una malla y una sudadera, para ir a comprar. Tendrá que pagar ella —suspiré.

—Joder, qué follón por las tarjetas y toda la documentación.

—Es lo que hay —comentó Raúl.

—Hola.

Todos miramos al hombre que se paró a nuestro lado, vestido con un uniforme de bombero. Llevaba una carpeta y un bolígrafo en las manos.

—Hola —lo saludamos.

—Primero de todo me alegro de que estéis bien —nos dijo, dando por hecho que todos vivíamos en el bloque incendiado.

—Gracias —respondimos Raúl y yo.

—Necesito que me digáis cual es vuestro piso y todas las personas que viven en la vivienda. —Dio varios golpecitos en la carpeta, con el bolígrafo—. Para teneros controlados.

Mi amigo, Manuel y yo les dimos la información. El hombre se quedó mirando a Estela y a Adri, esperando a que le dieran la información.

—Perdón, nosotras no vivimos en el bloque.

Fue Adri la que habló, después de hacerle un buen repaso al bombero. A pesar de las pocas ganas que tenía no pude evitar sonreír.

Capítulo 5



—Espero que no nos eches de esta zona, solo queremos acompañar a nuestros amigos —continuó Adri.

—Os habéis portado mal pasando el control de seguridad —dijo el bombero.

—Castígame —soltó ella, con una sonrisa pícara—. Te prometo que no me quejaré, ahora si me apartas de ellos… —nos señaló a Raúl, a Marga, a Manuel y a mí—. Te aseguro que saltaré encima de ti, pero no en el buen sentido.

El hombre soltó una carcajada, mientras mi amiga le dedicaba una de sus sonrisas más dulces.

—Dame tus datos para tenerte controlada también —le pidió él, con mucho desparpajo.

Y Adri se los dio más que encantada. Y así, después de sobrevivir a una noche de mierda, llegó otra cosa buena. Al menos para Adri.

El hombre sonrió después de anotar el número de teléfono de mi amiga y después nos miró a los propietarios de los pisos que se habían quemado.

—Necesito saber una última cosa —comentó—. ¿Tenéis mascotas? Hemos rescatado a varias. Algunas ya están con sus dueños, pero todavía quedan un perro y un gato esperando en diferentes camiones de bomberos.

Solté un grito y me acerqué rápido al bombero. Todos los demás también se sobresaltaron al escucharlo, con esperanza. Lo agarré de un brazo.

—Por favor, mi gato Zeus. Necesito saber si es él el que queda por recoger —le pedí con los ojos aguados.

Raúl apoyó las manos en mis hombros, para transmitirme un poco de tranquilidad, pero no sirvió de nada. Me había dado un vuelco todo.

—Claro.

Me sonrió con amabilidad el hombre.

—Mira, está en el camión de allí.

Señaló hacia una dirección y todos miramos hacia allí.

—Ve —me pidió Marga, muy emocionada.

—Sí. No vamos a movernos de aquí —me animó Manuel.

Les di un beso en las mejillas y seguimos al bombero, ya que nos pidió que lo hiciéramos. Raúl me agarró de una mano y Estela de la otra. Adri se las frotaba en el pantalón.

—Eh, tíos —dijo el bombero que nos acompañaba, alzando la voz.

Se dirigió a dos de sus compañeros que se giraron al escucharlo. Estaban a unos metros por delante de nosotros, cerca del camión de bomberos al que nos acercábamos.

—Creo que el de la izquierda es el mismo que el de la cesta, el que nos ha bajado a todos de la azotea. El tío bueno.

—Según él.

Rio Raúl.

—¿Cómo estás tan seguro? A mí me parecen todos iguales con los uniformes y los cascos.

—El que ha coqueteado con Adri tiene la cara limpia, supongo porque ha estado por aquí fuera coordinando y encargándose de otras cosas.

—Hasta ahí bien, pero los dos a los que nos acercamos sí que han estado trabajando en el incendio y no distingo a quien dices.

Me encogí de hombros.

Nos paramos frente a ellos y entonces sí que tuve que darle la razón a Raúl, en cuanto escuché la voz del de la izquierda.

Pues sí, era el mismo que nos había rescatado. Él nos reconoció a Raúl y a mí al instante, al hacer una pasada rápida visual.

—Traigo a una posible dueña del gato —informó el bombero que nos había traído hasta aquí.

Me pidió con un gesto de la mano que me adelantara y di un paso hacia delante.

—¿Puedo verlo ya? —pregunté, rodeándome la cintura con los brazos.

—Acompáñame —me pidió el de la cesta de rescate.

Nerviosa, lo seguí en silencio. Me sentía a punto de caerme al suelo.

—Ven aquí.

Me indicó que me pusiera delante de él.

—¿No vas a abrir?

—No. No puedo arriesgarme a que se escape si no eres la dueña. Sube los escalones del camión y asómate a la ventanilla. Solo abriré si es tu gato.

—Vale. Claro.

Lo vi lógico, yo tampoco quería que si era de otro vecino hubiera una mínima posibilidad de que se escapara, con el miedo que debía sentir. Y teniendo en cuenta lo rápidos que eran…

Me puse delante de él y me ayudó a agarrarme a un pasamanos que estaba demasiado alto para mí. Cuando puse el pie en el primer escalón no fue más fácil, al estar la puerta cerrada no podía impulsarme bien.

El bombero mantuvo una de sus manos en mi espalda, para evitar que me cayera hacia atrás. Gracias a él llegué y pude mirar por la ventana.

—Oh, ¡mi Zeus! —grité, dando varios golpes en la ventana.

No lo hice fuerte para no alterarlo. Comencé a llorar.

—Eri, ¿es Zeus? —me preguntó Raúl.

Se habían quedado a unos pasos de distancia.

—Sí, es él —confirmé riendo y llorando.

Mis amigos lo celebraron con abrazos y risas.

De la emoción y porque me sudaban las palmas de las manos por los nervios, se me resbaló la del pasamanos y me desestabilicé, cayendo hacia atrás con un grito ahogado.

—Te tengo. Otra vez —me susurró muy cerca del oído el bombero.

—Guapo no lo eres mucho, pero ahora te ha salido una voz muy sexi.

Soltó una carcajada.

Me ayudó a ponerme de pie recta y me giré hacia él cuando se separó de mí.

—Gracias.

—No hay de qué.

—¿Quién lo ha rescatado?

—Yo.

Tragué saliva con dificultad.

—¿Cómo? ¿Y dónde estaba?

—A veces es mejor no saber los detalles. ¿Para qué, si el resultado es bueno y puede crearte ansiedad?

—Ay, Dios mí.

Me llevé una mano al pecho.

—Lo importante es que tu gato está perfectamente y puedes llevártelo.

—Muchas gracias.

—Cariño, ¡qué pasada! —me dijo Estela, poniéndose a mi lado.

La abracé y lloré, lo que estuve haciendo durante unos segundos, o tal vez minutos. No sabría decir el tiempo que pasó, pero nadie nos molestó. Hasta que me tranquilicé.

—¿Necesitas algo para transportarlo? —me preguntó el tercer bombero, el que hasta ahora no había hablado.

—En un día normal no, pero ahora tiene que estar muy asustado.

—Entra un rato con él y de mientras buscamos alguna cuerda o algo parecido para que puedas atarlo a ti. Es lo máximo que podemos ofrecerte en este momento y situación.

—Es más que suficiente, Gracias.

Les sonreí a los tres.

—¡¡Viva el cuerpo de bomberos!! —gritó Adri y todos reímos.

El bombero que nos rescató a Raúl y a mí abrió un poco la puerta del camión y me colé por ahí.

—Zeus, cariño —le dije, llorando.

Una vez que senté en el asiento del copiloto mi gato saltó encima de mí y solté una carcajada, emocionada y feliz, mientras lo abrazaba y le daba besos en la cabeza.

A pesar de que debió sentirse un poco agobiado por tantos mimos, no me rechazó. Todo lo contrario. Zeus acercó su cabeza a mi pecho, pidiéndome más atención. Lo hice sin dejar de llorar, con una mezcla muy grande de emociones.

Me encontraba muy feliz en este momento, saber que Zeus estaba bien y conmigo era… no tenía palabras. Pero, por otro lado, estaba el tema del edificio, por el que los bomberos continuaban luchando.

La reacción de Zeus se debía a que sabía muy bien que todo lo que habíamos vivido en las últimas horas había sido muy grave. Estaba asustado y feliz, igual que yo.

Tan pendiente estaba de mi gato y del momento tan bonito del reencuentro, que me sobresalté al notar una presencia pegada a la ventanilla del camión. Ahí estaba el bombero, o más bien su cara.

Cuando giré la cabeza me encontré con él, muy cerca del cristal. Nos observaba sonriendo y asintió, antes de bajar de un salto y desparecer.

Zeus se acurrucó en mis piernas y no dejé de acariciarlo. De esa manera nos encontró de nuevo el bombero, mientras me enseñaba la cuerda que había conseguido para mí.

Abrió la puerta lo justo para dármela.

Por cómo veía y notaba a Zeus creía que no se asustaría, pero fuera del camión todavía había mucho ruido y muchas personas hablando aquí y allí, por lo que podía alterarse con cualquier cosa y fácilmente.

Preferí no correr riesgos y le até la cuerda al cuello. La dejé bien sujeta, pero asegurándome que no le presionaba mucho. Zeus me permitió que lo manejara como quería y cuando terminé me di varias vueltas con la cuerda en la muñeca y la agarré bien con la mano. Lo cogí en brazos, sin ninguna intención de soltarlo.

El bombero abrió la puerta y me ayudó a bajar, al faltarme las manos.

—Gracias.

—No hay de qué.

Asintió.

Nos quedamos mirándonos a los ojos, pero lo que se creó entre nosotros se rompió cuando Estela se acercó.

—Cosita, ¿cómo está mi pequeño? —le habló a Zeus.

No se movía de mi pecho.

—Vámonos ya, aquí ya no queda nada que hacer —le dije.

—Claro, cariño. Debes estar agotada.

—Bastante. Entre los nervios, el miedo, la tensión y todo lo demás, empiezan a fallarme las fuerzas.

—Raúl y tú necesitáis descansar. —Me acarició la espalda—. Aunque tarde un poco, todo irá bien —me dijo, cuando miré hacia el edificio.

—Sí —susurré, antes de dirigir la atención al bombero—. Espero que os podáis ir pronto.

—Se hará lo que se pueda.

Sonrió, pero fue un gesto tenso, forzado, dada la situación.

Me alejé de él, caminando con Estela hacia Raúl y Adri. Nuestra amiga Adri estaba muy entretenida hablando con el bombero que había coqueado, pero la interrumpimos.

Nos despedimos de los hombres y fuimos hacia donde habíamos dejado a Manuel y Marga. Me alegró muchísimo ver a Manuel de pie, aunque apoyado en una muleta.

Corrí hasta ellos con Zeus inmóvil agarrado a mi pecho. Las sonrisas de mis vecinos y sus miradas me dijeron sin palabras lo felices que se sentían al ver de nuevo a Zeus conmigo.

Capítulo 6



Dos años después…

Estaba tumbada bocarriba en la cama, con unas de mis canciones favoritas sonando en bucle en mi móvil.

Zeus estaba estirado a mi lado, tocándome con una de sus patas traseras.

Me sentía rara, de nuevo con un montón de emociones y sentimientos yendo y viniendo a su antojo.

El día anterior fue mi regreso a mi piso. Sí, estaba otra vez aquí, hacía horas que había recobrado mi independencia, después de dos años viviendo con mis padres entre semana y los fines de semana alternando entre los pisos de mis amigos.

Lo último era porque mis padres vivían más alejados del centro, por lo que quedarme con mis amigos me facilitaba el salir los fines de semana. Así no tenía que preocuparme por nada.

Cogimos la costumbre de que cada fin de semana me quedaba con uno. Mis amigos y mi familia habían conseguido que llevara muy bien el tiempo que había pasado, desde la noche que lo perdí todo.

No había estado sola con mis padres, en su casa. Manuel y Marga también convivieron con nosotros. Ellos se instalarían al día siguiente en su piso, hasta entonces no volveríamos a ser vecinos, ya que les tenían que traer el colchón.

Desde hacía unas semanas sabíamos la fecha aproximada en la que nos entregaban los pisos, y justo cuando nos lo comunicaron, entre mis padres y yo, ayudamos a Marga y a Manuel a comprar todo lo necesario. Y no solo a elegir lo esencial para una casa, sino que nos hicimos cargo entre los tres de todos los gastos que superaron el dinero que les dio la aseguradora, por el valor del contenido quemado del piso.

El matrimonio solo contaba con la pensión de Manuel, pero eso no era suficiente, ni habiendo ahorrado al no tener gastos. Cuando llevábamos unas semanas viviendo en la casa de mis padres, ellos y yo tuvimos una conversación con Marga y Manuel.

Mis padres les dijeron que no quería que les dieran dinero por vivir con ellos, que se quitaran de la cabeza el pagar por el alojamiento y por los gastos del día a día, ya que era la intención de mis vecinos.

Nos costó convencerlos, pero al final no les quedó más remedio que aceptar. Mi madre cuando se proponía algo no había quien la superara o la hiciera cambiar de opinión.

De ese modo Manuel y Marga habían podido ahorrar cada mes el dinero de la pensión, dinero que les vendría genial a partir de ahora.

En mi piso lo único que tenía completo era mi habitación, aún me faltaban muchas cosas, pero tenía claro que no iba a agobiarme. Hoy me traían el sofá y los muebles del comedor, la semana que viene me llegaban las cortinas, y así iría haciendo. Lo importante es que volvía a tener la llave de mi piso, que tenía de nuevo mi vivienda y que el edificio estaba de una pieza y fuerte.

Sobre la noche del incendio… lo primero de todo debo decir que ningún vecino resultó herido. El fuego se inició por un fallo eléctrico, en un piso en el que el dueño estaba trabajando.

El edificio quedó muy daño por el fuego, tanto que no pudimos volver a acercarnos a él. El bloque de pisos lo habían construido desde los cimientos, como una obra nueva.

Por suerte los seguros de mi amigo Raúl, de Manuel y Marga, y el mío, se comportaron estupendamente desde el inicio y reaccionaron acorde con la situación desesperada. Habían cubierto al completo el valor de los pisos nuevos y el valor del contenido que cada uno tenía puesto en el contrato.

Sobre cómo les había ido a los demás vecinos no tenía ni idea. Tampoco me interesaba. Para mí lo importante era que todos volvían a estar en sus viviendas, sanos y salvos. Éramos de nuevo una comunidad de vecinos.

Para lo que sí tuvimos que aportar en varias derramas fue para el arreglo de la fachada del edificio. La comunidad tenía seguro, pero el importe no llegó para arreglar las zonas comunes del interior y la fachada. A pesar de ello, nos dieron muchas facilidades para pagar y pudimos hacerlo en varios meses.

La primera mañana que me desperté en la casa de mis padres, al día siguiente del incendió, abrí los ojos llorando. Estuve varios días así, las lágrimas me asaltaban de repente, cuando menos me lo esperaba. Yo y los demás. Marga no estuvo mucho mejor que yo, pero gracias a Manuel y mis padres que fueron los fuertes de la situación, conseguimos remontar bastante rápido.

Las emociones, que en ocasiones son muy traicioneras.

Empezamos de cero, nos compramos ropa nueva, solicitamos las tarjetas del banco y recuperamos nuestra documentación de identidad, al hacérnosla de nuevo. Los trámites fueron de las peores cosas.

En el trabajo me dieron diez días de vacaciones, para poner todo en su lugar. Raúl también tuvo días libres, pero él quince.

Salí de mis recuerdos cuando la música de mi móvil se paró. Dio paso a una llamada y sonreí al ver que era mi amigo Raúl.

—¿Qué haces? —le pregunté, nada más descolgar.

—¿Y tú?

—Yo he preguntado primero —reí—. ¿Por qué me llamas, en vez de subir y picar al timbre?

Raúl vivía en la planta de abajo.

—Porque no sabía si estabas despierta y lo más importante, porque no estoy ahí.

—¿Cómo no voy a estar despierta a las once de la mañana?

—Lo dices como si fuera raro, después de una noche de fiesta.

Reímos.

—Te salvas por eso —dije con humor—. ¿Dónde estás? Anoche nos acostamos muy tarde.

—Sí, pero yo me acosté muy tarde en el piso de Fran.

—¿Al final te secuestró? —le pregunté riendo.

Anoche salimos a celebrar que habíamos recuperado nuestros pisos. Fuimos a tomarnos unas cervezas, después a cenar a un restaurante y, por último, estuvimos en un bar de copas, bebiendo unas cuantas, una tras otra.

No recordaba del número que me bebí, solo de que llegué a mi piso agarrada de Fran y de Raúl. Me desvistieron, me pusieron el pijama y me metieron en la cama, todo ello entre risas de los tres. Los chicos también bebieron, pero tenían mucha más tolerancia al alcohol y no les afectó tanto. Fueron los únicos, porque Adri y Estela terminaron igual que yo.

Y lo del secuestro que acababa de preguntarle a Raúl se debía a que Fran se pasó toda la noche diciéndole que iba a hacerlo, que lo secuestraría para no dejarlo salir una semana de su piso, como mínimo. Mientras Raúl le decía riendo que si lo avisaba no era un secuestro.

—Y qué secuestro —me dijo.

Reímos.

—Me alegro —sonreí.

Mientras me explicaba lo bien que les había ido la noche, me levanté de la cama. Zeus se estiró, pero siguió con los ojos cerrados.

Salí de la habitación para ir a la cocina, en la que fui hacia la cafetera nada más entrar.

—No es normal, Raúl, lleváis dos años viviendo en su piso, durmiéndoos y despertándoos juntos, cada día. Anoche iba a ser la primera en la que os ibais a separar.

—Yo también voy a echarlo mucho de menos. Ya le he dicho que esta noche se queda conmigo él, para estrenar el piso nuevo.

Sonreí.

—Guay.

—Así que cenaremos los tres juntos y pasaremos un buen rato, hasta que nos cansemos.

—Prefiero dejaros solos. Estuvimos juntos ayer y Fran necesita…

—Como te escuche decir eso no tienes ciudad para correr —me interrumpió riendo, risas que me contagió—. Te lo digo en serio, tanto él como yo estamos encantados de estar contigo. Joder, los sabes, Eri.

—Claro que lo sé. Solo lo he dicho porque quiero que estéis juntos.

—Ya lo estamos.

—Eri —dijo Fran al otro lado de la línea.

Escuché a Raúl quejarse, mucho y en segundos, de que le había quitado el móvil y porque era un asalto a su intimidad. Todo en broma y exagerado, pero no paró. Enseguida escuché sus risas, algo debía estar haciendo Fran para el ataque de risa que le entró a Raúl.

—Buenos días —lo saludé.

—Buenos días, preciosa. He escuchado solo una parte de vuestra conversación, pero me da igual lo que habéis hablado. Esta noche vamos a volver a salir, pero en plan más tranquilo. Podemos ir al restaurante japonés que han abierto cerca de vuestro edificio.

—Sí, está en la calle de atrás.

—Es perfecto y nos encanta la comida japonesa. Hace tiempo que no la como, me apetece mucho. Cenamos ahí y las copas nos las tomamos en tu piso o en el de Raúl, vosotros decidís. Así estamos tranquilos y recogidos. ¿Qué te parece?

—Un plan estupendo —le contesté.

Sonreí.

—¿Ves? ¿Ahora qué? —le preguntó a Raúl.

—No juegas limpio —se quejó Raúl, pero ni mucho menos estaba molesto.

—Vale, no quiero saber cómo lo tienes y qué le estás haciendo —le pedí a Fran, riendo.

—Chica lista. Te dejo, preciosa. Nos vemos a las ocho, avisa a Estela y a Adri.

—Vale, yo me encargo. Aquí estaré. Disfrutad.

—Ahora mismo.

Colgué con una gran sonrisa, sonrisa que no se me quitó mientras sacaba una taza y me preparaba el café.

Cuando lo tuve listo fui al salón, pero como no tenía nada en él, lo que cambiaría en media hora, cuando llegaran los de la empresa en la que había comprado el sofá y los muebles, continué hasta la corredera del balcón. Salí y me senté en uno de los sillones cómodos que tenía junto a una mesa.

El balcón lo tenía ya equipado y era lo suficientemente ancho y largo para tener en él dos sillones, una mesa redonda, y varias macetas con flores. En la temporada de verano sacaba una hamaca que cabía perfectamente.

Me acerqué la taza a los labios, observando el cielo. Estaba de un azul claro precioso, no había ni una nube y me pareció uno de los días más bonitos de mi vida. Volvía a volar por mi cuenta, después de un parón de dos años. La sensación era increíble.

Capítulo 7



Terminé de secarme el pelo, me lo cepillé y guardé el secador.

Salí del baño y fui a la cama. En ella tenía el pantalón y la camiseta que iba a ponerme, y también un pijama limpio.

Quedaba una hora para que mis amigos llegaran, Estela y Adri se habían apuntado. No dudé en ningún momento de que sería así.

Como tenía tiempo, me había duchado antes para pintarme las uñas de las manos. Las de los pies las tenía perfectas, el color me aguantaba mucho.

Me puse el pijama para estar cómoda, aunque también por si me manchaba de pintauñas, y fui al baño a coger el neceser y todo lo que necesitaba para pintármelas. En esta ocasión elegí el color rojo, hacía tiempo que no lo utilizaba.

Cogí el móvil y fui al salón, donde Zeus se encontraba acurrucado en el nuevo sofá. Le estaba dando buen uso desde que se fueron los hombres que lo trajeron y montaron los muebles.

Me encantaba como había quedado todo, en cuanto limpié el mueble y la mesa baja de enfrente del sofá, coloqué la decoración. Mi piso volvía a tener vida, poco a poco.

Pasé por delante del sofá, para acariciar a Zeus al pasar, y salí al balcón para dejar sobre la mesa todo lo que llevaba en las manos. Antes de sentarme y comenzar, me dirigí a la cocina, para coger de la nevera un botellín de cerveza.

De nuevo en el balcón, esta vez sí me acomodé en un sillón, con las piernas cruzadas en el asiento en la postura de meditar. Acerqué un poco la mesa, le di un sorbo a la cerveza, desbloqueé el móvil para poner música, y comencé a prepararme las uñas.

Llevaba una mano pintada cuando me saltó una llamada.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño.

Me habló cantarina y sonreí.

—Qué contenta estás.

—Oh, mucho. Estoy en la cocina con Marga, me está enseñando una de sus recetas.

—Qué rico.

Se me hizo la boca agua.

—Huele de maravilla.

—Lo imagino. Pero papá me dijo que esta noche salíais a cenar fuera, al ser la última de Manuel y Marga en vuestra casa. ¿No os habéis acordado?

—Sí, ahora nos vestiremos para la ocasión —comentó alegre—. Es que Marga y yo estábamos en el sofá y saltando de una conversación a otra no sé cómo hemos llegado a hablar de sus recetas. Yo le he dicho que tenía muchas ganas de saber cómo se hacía una y ella me ha arrastrado a la cocina, con libre y bolígrafo en mano.

Rio y sonreí.

—Así que te está dando una clase práctica y encima te deja comida para varios días.

—Sí, pero le he dicho que se llevará mañana para el piso. Así no tienen que preocuparse por la comida, ya estrenará la cocina con calma.

—Hola, cariño —me saludó Marga.

—¡Holaaa!

—¿Cómo va todo por ahí?

—Estupendamente, pero echo de menos a mis vecinos.

Rio.

—Ay, hija, mañana estamos ahí.

—Esta tarde te he hecho la compra.

—¿Por qué? ¡No tenías que molestarte?

—No me he molestado con la compra, se ha portado muy bien.

Solté una carcajada al escuchar sus quejas.

—Marga, mañana es domingo, está todo cerrado, y a mí no me costaba nada bajar al supermercado a compraros al menos lo básico, para que no os falte nada de lo que soléis tomar y comer. Mañana cuando nos veamos hacemos la lista de la compra de todo lo que os falte y te la pido por la web, para que te la traigan al piso.

—Gracias, hija.

—No digas tonterías —sonreí.

—Te dejo con tu madre.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, cariño.

—Ya estoy aquí —dijo mi madre.

Reí.

—Anda que no vas a echar de menos a Marga y a Manuel.

—No me lo recuerdes, que ya los echo de menos y todavía no se han ido.

Suspiró.

—¿Querías algo, mamá?

—Solo saber qué haces.

—Ahora mismo terminar de pintarme la primera capa de las uñas.

Había aprovechado el tiempo mientras hablábamos.

—¿Vas a salir esta noche?

—Sí, hemos quedado todos.

—Muy bien, cariño. Pues te dejo para no retrasarte. Tened cuidado y divertíos.

—Gracias, mamá.

Después de varios comentarios más nos despedimos.

La música volvió a activarse y yo continué con la última capa de color. Cuando terminé, satisfecha, esperé a que se secara el pintauñas, bebiéndome la cerveza.

Llevaba días haciendo muy buen tiempo y durante las noches la temperatura era muy agradable, al menos hasta la madrugada.

Después de un buen rato, en el que fui comprobando cómo iba el secado, toqué con cuidado por última vez el esmalte. Confirmé que estaba perfectamente seco y me levanté, recogiendo todo lo de la mesa.

Entré con el neceser y fui directa al baño de mi habitación, para guardarlo y para lavarme las manos. Era una manía que tenía cada vez que me arreglaba las uñas.

Al lado de la cama me quité el pijama y me vestí con el pantalón y la camiseta. Me calcé unas sandalias con cuña que me encantaban y eran muy cómodas, y me cepillé el pelo por última vez, dejándomelo suelto.

Cogí la chaqueta vaquera por si acaso y me crucé el bolso en el pecho, después de comprobar que faltaban menos de cinco minutos para la hora en la que había quedado con mis amigos.

—Pórtate bien —le pedí a Zeus al llegar al salón.

Me acerqué a él para acariciarlo y darle un beso en la cabeza, antes de ir hacia la puerta para salir del piso. Apagué la luz y cerré con llave, dirigiéndome a la escalera. Bajé el tramo hasta la planta inferior, en la que vivía Raúl, y fui directa a su puerta.

—Hola, preciosa —me saludó Fran.

—Hola.

Le sonreí, antes de lanzarme a darle un abrazo.

Me correspondió y me hizo reír, al cogerme en brazos para entrar en el piso y cerrar la puerta.

—Adri y Estela están a punto de llegar.

—¡Eso díselo al dueño de la casa! —gritó Fran.

—¡El dueño de la casa no tiene la culpa de que tú hayas querido estrenar el piso! No me has dejado tranquilo desde que hemos llegado, hasta hace poco minutos.

Reí.

Mi amigo apareció por el pasillo, poniéndose la camiseta. Acababa de salir de la ducha, llevaba el pelo húmedo.

—Qué bien hueles siempre —le dije después de darle dos besos.

—Dímelo a mí —comentó Fran—. Después dice que la culpa es mía.

Bufó, indignado, y Raúl y yo volvimos a reír.

Mi amigo se acercó a Fran y lo agarró de la nuca, para darle un beso en los labios que lo dejó callado y con el humor cambiado, para mejor.

No se me borró la sonrisa, mientras los observaba. Me encantaba la relación que tenían, eran increíbles ambos y hacía una pareja maravillosa. Llevaban muchos años juntos, cuando yo conocí a Raúl ya estaban en la relación.

Vivian entre un pido y el otro, aunque algunas noches las pasaban separados.

—¿Cuándo vais a vivir juntos definitivamente? —les pregunté.

—¿Otra vez? No lo calientes.

Reí por la queja de Raúl.

—Déjala que hable, a ver si de una santa vez te sientes presionado para responder.

—No me hagas hablar, que puedo contestar perfectamente ahora. —Arqueó una ceja Raúl.

—Eh.

Me interpuse entre los dos, colocando las manos en sus pechos.

—Vamos, no quería llegar hasta aquí —les pedí—. No quiero que os enfadéis, por favor.

—Es que Fran está últimamente muy susceptible con ese tema.

—Será porque hemos vivido dos años juntos, separándonos solo por los trabajos —se defendió Fran.

—Antes también estábamos juntos, pero yendo de un piso al otro. Según las semanas.

—Es un tema que tenéis que hablar bien —intervine, preocupada—. Venga, chicos, no quiero que estéis enfados esta noche.

—Se me han quitado las ganas de salir.

—Fran —lo llamé, haciendo una mueca.

—No te preocupes, preciosa.

Se acercó para darme un beso en la frente y cuando se separó no miró a Raúl, nos dio la espalda y se dirigió a la puerta.

—Joder —se quejó Raúl.

Bufó y reaccionó al instante. A Fran no le dio tiempo a llegar a la puerta del piso.

—Esperadnos en el restaurante —me susurró Raúl al oído y sonreí, después de soltar un suspiro de alivio.

Pasó por mi lado y caminó rápido hacia Fran. Lo agarró de un brazo y lo frenó, tirando de él hacia atrás.

—Ahora no me apetece hablar. —Intentó soltarse.

—A mí tampoco, no es precisamente lo que vamos a hacer. Ahora mismo solo puede calmarte una cosa y no me da la gana de que te largues. Este plan ha sido idea tuya y quiero que estés conmigo. Con nosotros.

—Hasta ahora, chicos.

Pasé por al lado y salí rápido del piso. Sonreí al escuchar como Fran me llamaba.

Fui al ascensor y no tuve que esperar para montarme. Mientras bajaba me llegó un mensaje de Adri, avisándome de que ella y Estela ya estaban abajo.

Le escribí para que no se movieran.

Erika: *Estoy bajando.*

En cuanto salí a la calle Estela se lanzó a mi cuello, para abrazarme. Reímos porque lo hizo con tanta efusividad que casi nos fuimos al suelo. Nos saludamos las tres.

—Vamos al restaurante, los chicos irán dentro de un rato —les dije, comenzando a caminar.

—¿Y eso? —se extrañó Adri.

Le conté lo que había pasado y lo que había hecho Raúl para retener a Fran. Las tres pensamos lo mismo, que ojalá, Raúl se esmerara porque queríamos a Fran con nosotros.

—No sé porque Raúl se resiste a dar un paso más en la relación. Llevan muchísimos años juntos y es normal que Fran quiera vivir con él, para no tener que estar de un piso al otro —comentó Estela.

—Eso es cosa de ellos, nena —le dijo Adri—. Raúl tendrá sus motivos personales, también.

Se encogió de hombros.

—Lo importante es que se arreglen —hablé pensativa.

Yo sabía el motivo por el que Raúl no terminaba de dar el paso final en su relación con Fran, lo que le costaba. Lo sabía desde hacía años.

Y no era nada malo, como por ejemplo que Raúl no estuviera tan comprometido en la relación como Fran. Nada que ver, ambos se amaban y se adoraban por igual, no había visto una pareja más involucrada y cómplice en mi vida.

Sin contar a mis padres, que habían sido durante toda mi vida mis modelos en el amor y en lo que significaba una relación, en lo que tiene que basarse.

Capítulo 8



—Hola —correspondió Adri, al saludo del camarero—. Estamos esperando a dos personas para cenar, pero por ahora puedes traer… ¿Cervezas o vino? —nos preguntó a Estela y a mí.

—Me da igual. Me he tomado una cerveza hace poco, mientras me pintaba las uñas.

Levanté las manos, enseñándoles bien el color del esmalte.

—Yo voto por una botella de vino —dijo Estela.

—Pues una botella de vino —le pidió Adri al camarero—. Si tienes uno afrutado, perfecto.

—Claro. Enseguida —nos sonrió el chico.

—Te han quedado muy bonitas —Estela se refirió a mis uñas.

Me agarró una mano.

—Me encanta este color rojo.

—Nuestra amiga va pidiendo guerra a gritos —comentó Adri, con una sonrisa pícara.

—¿Por el color de uñas? —le pregunté y asintió, varias veces.

Solté una carcajada.

—¿Cuánto has bebido antes de salir de casa? —Negué con la cabeza.

—Nada, querida. Ya te gustaría, para salirte con la tuya.

Me saco la lengua y terminamos riendo, y también lanzándonos servilletas de papel hechas bola. Por suerte no fueron muchas, nos tranquilizamos rápido.

—Nos van a incluir en la cuenta un extra por las servilletas —dijo riendo Estela.

—Pues de eso os hacéis cargo vosotras, me niego a pagar por algo que no sea comida y bebida.

—¡Raúl!

—¡Fran!

Dijimos sus nombres al unísono, al mismo tiempo que nos levantábamos de las sillas.

Yo los abracé como si no los hubiera visto en días. Mis amigas también se les echaron encima. Nos encantó verlos cogidos de la mano y sonrientes, como si no hubiera pasado nada.

—¿Bien? —le susurré al oído a Raúl, antes de separarme.

—Sí —me confirmó, con un beso en la mejilla.

Cuando nos separamos me hizo un guiño y sonreí de oreja a oreja.

El camarero nos encontró a todos de pie y ocupamos nuestras sillas, mientras el chico descorchaba la botella de vino. Llenó nuestras copas y antes de que se fuera le pedimos la comida. Lo tuvimos muy claro una vez que abrimos las cartas, no tardamos en decidirnos.

—Mira que abandonarme a mi suerte… —me dijo Fran, inclinado hacia mí.

Solté una carcajada.

Estaba sentado a mi derecha, a la suya le seguía Raúl. Estela y Adri estaban enfrente de los tres.

—No me necesitabas para nada —le hablé divertida.

—Quería huir y me has dejado encerrado dentro del piso —continuó con la broma.

—Huir es en lo último que pensabas.

Le hice un guiño y me devolvió el gesto, dándome la razón.

—¿Estás bien? —le pregunté bajando la voz.

—Sí. Se me han cruzado los cables. Llevábamos un día estupendo y lo he desviado por una tontería.

Negó con la cabeza.

—Raúl besa el suelo por el que pisas.

—Lo sé —sonrió.

—¿Qué cuchicheáis vosotros dos? —nos preguntó Raúl, asomándose.

Fran y yo nos reímos.

—Cosas nuestras —contesté.

—¿En serio?

Le saqué la lengua y tuve que echarme para atrás, cuando intentó cogérmela.

—¡Guerra de lenguas! ¡Guerra de lenguas! —alzó la voz Adri.

—¿Qué dices? —rio Estela.

—No grites que van a echarnos —le pedí.

Nos compartamos cuando otro camarero diferente nos trajo los platos de comida. Todo tenía una pinta estupenda y pasamos a la acción, sin poder resistirnos a la bandeja con el *sushi*, los *makis* y los *urumaki*, la tempura de gambas con salsa por encima, el *ramen*, las *gyozas*, los rollitos y el *tartar*. Se nos quitaron las ganas de hacer bromas y de hablar.

—Está todo riquísimo —dijo Adri, después de tragar un bocado de comida.

—Ya te digo. Habéis triunfado, lo tenéis a unos pasos del piso —comentó Estela.

—Y el precio está muy bien. No es de los más caros —añadió Fran.

—Definitivamente hemos triunfado —confirmó Raúl.

Me hizo un guiño con Fran entre nosotros y le lancé un beso al aire. Fran levantó una mano e hizo como si lo cogiera, después se llevó la mano a la boca y movió la mandíbula, imitando el masticar. Soltamos una carcajada.

Continuamos comiendo y bebiendo, disfrutando de la noche. Nos encontrábamos en la terraza, la que por cierto estaba muy bonita decorada con luces. Por ese motivo me puse la chaqueta vaquera cuando terminamos de comer.

Los platos los dejamos vacíos, pero en las copas todavía teníamos vino. Fran pidió otra botella, para alargar aún más el momento. A ninguno nos apetecía movernos, nos sentíamos genial.

—¿Por qué miras tanto al tío que está alejado de nuestra mesa por unas cuantas? —le preguntó Fran a Raúl, de repente.

Raúl dirigió la mirada hacia Fran, con una sonrisa que gritaba peligro.

—¿Celoso?

—No me toques las narices. —Bufó Fran—. Si hubiera sido unos segundos no habría dicho nada, pero desde hace un rato cada vez que te miro tú estás observándolo a él.

Se cruzó de brazos Fran.

—Mierda, estás demasiado irresistible cuando te pones así —se lamentó Raúl.

Se lo dijo con cara de pena y todo, como si le doliera no poder actuar como deseaba.

—¿Qué decís? —les pregunté— Yo no me he dado cuenta de nada —defendí a Raúl.

Era la verdad, no me había fijado.

—Porque llevas mucho vino dentro —habló riendo Estela.

—Mira la que habla —me uní a sus risas.

—Joder, que pretendía que esto fuera serio —volvió a la carga Fran.

—Amor, qué más da a quién mire Raúl desde hace un rato —se dirigió a él Adri—. Que yo sepa su mano está en tu pierna, por debajo de la mesa. Eso quiero pensar, claro —carraspeó.

—Eres increíble —le dijo con sorpresa Raúl, después soltó una carcajada.

—¿Qué? ¿Vas a responderme o no? —le insistió Fran a Raúl.

—A mí me interesa saber más lo de la mano —comentó Estela.

—Estáis fatal —reí.

—Es que desde que lo he visto llevo todo el rato pensando en que me suena mucho su cara —respondió Raúl.

—¿Lo conoces? —Se interesó Fran, mirando de reojo hacia la mesa de la que hablaban.

Yo no me enteraba de mucho. Lo único que había pillado era que Fran se había puesto celoso porque Raúl miraba demasiado hacia un tío que estaba alejado por unas mesas. Eso y que la mano de Raúl estaba perdida por debajo de nuestra mesa, apoyada en la pierna de Fran. En la pierna larga, no la corta que tenía entre las piernas.

Ese pensamiento me hizo soltar una carcajada sola y los cuatro dejaron de hablar y me miraron. Fui un poco escandalosa porque al acabar de beber un sorbo de vino el líquido me salió por todas partes, hasta por la nariz.

—La Virgen, ¡qué sensación más asquerosa! —Lloriqueé.

Me soné la nariz con la servilleta que me dio Fran, mientras él reía junto a Raúl.

—Qué limpieza te has hecho de los conductos de la nariz —comentó Estela, también riendo.

—Joder, cómo me has puesto —se quejó Adri.

Cuando me recompuse volví a reír al verla enfrente, con la camiseta mojada de vino.

—Qué fuerte, como no cuentes de lo que te has reído te enteras —me amenazó, mientras se retiraba el vino con una servilleta.

Lo quiso mejorar, pero terminó empeorándolo.

—Déjalo ya —le pidió Estela—. ¿No ves que no tiene solución? Lo estás restregando y queda peor.

—Desisto —suspiró.

—Lo siento —me disculpé—. Es que he pensado en algo que me ha hecho mucha gracia y como acababa de beber… ¿Quieres ir a mi piso a cambiarte?

—Qué va. Paso.

Movió una mano entre nosotras, quitándole importancia.

—Ya está. Se me ha pasado, solo ha sido el momento —me dijo Adri, con un guiño—. Pero quiero saber qué has pensado.

—En lo que estaba agarrando Raúl por debajo de la mesa, me ha venido a la cabeza la tercera pierna de Fran, la que le cuelga entre las piernas.

Adri y Estela soltaron una carcajada, Raúl mi miró sonriendo, y Fran con las cejas elevadas, pero con ganas de sonreír también.

—¿Entonces conoces al tío de la otra mesa o no? —le pregunté a Raúl.

Desvié el tema.

—No consigo acordarme, pero es que me suena mucho su cara.

—¿Miramos a la de tres? —propuso Adri.

—Eso, una buena lección de discreción.

Puso los ojos en blanco Fran y nos dio por reír.

—Adriana y discreción no van de la mano —dijo una verdad muy grande Raúl.

—¿Qué más da que miremos todos a la vez hacia la otra mesa o que lo hagamos por turnos? Se va a dar cuenta igual —se justificó Adri.

—Qué rabia me da no acordarme —comentó pensativo Raúl.

—¿Entonces no es porque te gusta? —soltó Fran.

—Hoy estás muy tonto, ¿eh? —Fue la respuesta de Raúl.

Con esas palabras y con el beso que le dio en los labios, después de agarrarlo de la nuca, le dejó claro a Fran que dejara de pensar en tonterías.

Cuando se separaron Fran soltó un suspiro y asintió con los ojos cerrados. En el momento que los abrió estaba sonriendo, sonrisa que fue un reflejo de la de Raúl.

Escuché sus *te quiero* susurrados y no pude sentirme más feliz. Bebí un buen sorbo de vino para celebrarlo, en esta ocasión sin pensar en nada para no liarla más.

—Joder, ¡y tanto que te suena! —soltó Adri, captando la atención de todos.

—¿Cómo? —preguntó Estela.

Adriana era la única había mirado hacia la mesa, aparte de Raúl y Fran.

—¿A ti también te suena? —le preguntó Fran.

—Pues claro —dijo sorprendida Adri—. No solo me suena, lo conozco, pero, sobre todo, al que está a su lado.

—¿En serio? Me lo estáis poniendo muy difícil para no girarme —dije a punto de girarme.

Las siguientes palabras de Adri me pararon.

—Son los bomberos del incendio de vuestro edificio —nos aclaró por fin.

—Joder, ¡claro! —exclamó Raúl, aclarándosele los recuerdos.

—No jodas —comentó Fran—. Soy el único que no los conoció. No pude darles las gracias por salvaros.

Le agarró una mano a Raúl y este se la presionó.

—El que los salvó es al que seguramente miraba tanto Raúl, el que está sentado a su lado es el que nos llevó hasta Zeus, para encontrarnos otra vez con el primer bombero. El otro que está sentado frente a ellos no lo conozco.

—Joder, entonces está ahí con el que te liaste —dijo sorprendida Estela.

—Sí —confirmó Adri, con un largo suspiro—. Qué buenos recuerdos.

—Fueron varias veces —comenté, recordando.

—Y qué maravilla. —Hizo un puchero—. Hasta que poco a poco perdimos el contacto y ya no supe nada de él.

—Fue él, el que no quiso continuar y tú lo pasaste mal —habló Raúl.

—Joder, no me lo recuerdes. —Bufó Adri—. Lo odié un tiempo.

—Un tiempo dice —rio Estela.

—Cállate. Eso fue hace años, ahora soy otra mujer.

Levantó la barbilla y sonreí, levantando mi copa.

—Por la mujer tan maravillosa e increíble en la que te has convertido —hablé alargando las palabras—. Él se lo perdió.

Le hice un guiño, mientras ella me miraba emocionada. Bebí un buen sorbo de vino, pero al terminar la copa desapareció de mi mano.

—¡Eh!

—De eh, nada —me dijo Fran—. Ya has bebido bastante, cuando te levantes te darás cuenta.

—Me da igual. Estoy con mis mejores amigos, con el estómago lleno de comida japonesa, bebiendo mucho vino, pero muy rico, y a unos pasos de mi piso. Además, mis dos chicos preferidos pueden cargar conmigo hasta mi cama.

—Muy bonito, pero te has quedado sin copa —aseguró Raúl, riendo —. Fran no va a ceder.

—Mierda —me quejé, haciéndolos reír.

—¡Iván! —gritó de repente Adri.

Todos nos quedamos callados de golpe y giramos las cabezas hacia la mesa a la que se había dirigido.

Fue entonces cuando los vi, o más bien lo vi, porque mi mirada se fijó únicamente en uno de los tres hombres que también miraban hacia nosotros. El mismo que Raúl no terminaba de reconocer.

Capítulo 9



Andrés

—Joder, siempre nos pasa lo mismo cuando venimos a un restaurante japonés —dijo Tomás.

Se echó hacia atrás en la silla, frotándose la barriga.

—Es nuestro punto débil, nuestro talón de Aquiles —comentó Iván, divertido—. Voy a reventar —rio.

Sonreí.

—Tenéis muy poco aguante —hablé—. No se puede salir con vosotros a cenar.

—Pues te lo montas fatal, porque salimos cada fin de semana —habló Tomás.

—Así me va —sonreí de medio lado—. Y tampoco te pases, no salimos tanto.

—Claro, porque no podemos por el trabajo y las guardias. —Sacudió la cabeza Iván—. Y los que no trabajamos y no salimos es porque estamos en alguna de nuestras casas, en plan tranquilo. Y te recuerdo que esas veces acabamos rodando por el sofá.

—También se nos va de las manos al pedir comida —rio Tomás—. Somos un desastre.

Puso los ojos en blanco.

—Habéis comido muy rápido —les dije.

Así era. En cuanto nos trajeron la comida ellos se pusieron a comer como si no hubiera un mañana, mientras que yo fui poco a poco, disfrutando de cada bocado de comida y de cada sorbo de vino.

Aún me quedaba en el plato y en una parte de la bandeja que tenía delante, parte que me tocó a mí en las reparticiones.

—¡Iván!

Alguien gritó el nombre de mi amigo, lo que no quería decir que estuviera llamándolo a él porque no era el único Iván en el mundo.

Era una voz femenina y el primero en saber de quién venía fue el propio Iván. Después de observar la terraza, buscando a la chica que podía haberlo llamado a él, para saber si la conocía, dejó de buscar para fijar la vista en un punto.

Al hacerlo su cara de asombro llamó mi atención, por lo que giré la cabeza hacia donde él miraba. Yo terminé como él, sorprendido. Tenía muy buena memoria y no tuve problema en reconocer a cuatro de las personas que había sentadas a una mesa, sobre todo, a dos de ellas. El quinto, que era un hombre, no lo había visto nunca.

Los observé con una expresión diferente a la de Iván, ya que mi amigo tenía una historia pasada con una de las tres chicas. Ella se llamaba Adriana, o Adri, como todos sus allegados le decían, incluso Iván en la época que salieron varias veces.

Lo que iniciaron no llegó a nada, terminaron cuando estaban empezando, y debo decir que la culpa fue de Iván. Adri se quedó bastante tocada cuando él, de un día para el otro, le dijo que no podían seguir viéndose.

No hubo un motivo de peso, simplemente Iván se dejó llevar por su mayor miedo y esto terminó en desastre, con cada uno de ellos por un lado.

Una vez que hice contacto visual con la chica que más recordaba, no pude apartar la vista de ella.

—Joder, qué casualidad —dijo Iván.

Levantó una mano hacia la otra mesa, saludando a todos los que la ocupaban.

La respuesta de ellos no se hizo esperar, le correspondieron de la misma forma. Todos menos Adri, que se quedó mirándolo sin hacer nada.

—¿Qué pasa? —nos preguntó Tomás.

No estaba enterándose de nada, él no conoció a ninguno. Para Tomás eran desconocidos, aunque yo, en cierta manera, podía unirme a él porque solo tuve trato con ellos la noche del incendio, un par de veces. Aunque solo con una del grupo tuve más contacto repetido.

Dirigí la mirada hacia ella, encontrándome de nuevo con la suya. Recordaba su nombre perfectamente, Erika.

—¿Vais a ponerme al día o no? —insistió Tomás.

Esa pregunta cortó el hilo imaginario que me mantenía unido a la mirada de Erika. Miré a Tomás.

—A dos de los de esa mesa los rescatamos de un incendio. Por cierto, fue en un bloque de la calle de atrás —dije, al caer de repente en ese detalle.

—¿Sí? Pero ¿cómo os han conocido y saben vuestros nombres? —se sorprendió.

—Eso es cosa de nuestro amigo.

Le puse una mano en el hombro a Iván.

—Me enrollé varias veces con la que me ha llamado —susurró él—. Te hablé de ella. Se llama Adri, de Adriana —carraspeó.

—¿Cuándo fue el incendio y eso? —continuó preguntando Tomás.

—Si no me fallan los cálculos… —comencé a decir, pero Iván terminó por mí.

—Dos años.

—Eso es —confirmé.

—Joder, sí. Ahora caigo. ¡Fue la época en la que te quedaste muy tocado por una mujer! Por cómo te has puesto ahora es ella, ¿verdad? —dijo con asombro.

—Yo no me he puesto de ninguna manera, joder. —Bufó Iván.

—Relájate —le pedí.

—Es que es verdad —volvió a la carga.

—Te he dicho que te relajes. —Giré la cabeza hacia él—. Tomás no tiene la culpa de tu frustración.

—Estupendo. Joder —soltó cabreado Iván.

—Tú no estabas en la base —le dije a Tomás—. Fue durante el más de medio año que estuviste de baja.

—Ya, he hecho los cálculos y he recordado nuestras conversaciones. —Asintió.

Tomás estuvo tanto tiempo de baja debido a que se accidentó en un servicio de rescate. Después de varias operaciones, porque no quedaba bien, llegó la recuperación que fue larga y pesada.

Le conté todo lo que recordaba de aquel incendio y cómo se dio la noche, sobre todo me centré en lo importante en este momento, para que Tomás se ubicara: en hablarle de las personas que estaban en la otra mesa.

—¿Qué haces? —me preguntó Iván.

Acababa de ponerme de pie.

—Ya que no vienen ellos voy a acercarme a saludarlos. Por educación y esas cosas —le contesté, con una ceja arqueada.

—Pues os habéis puesto de acuerdo —comentó Tomas.

Me hizo un gesto hacia la otra mesa y miré hacia allí, para ver cómo el que pensé en su día que era la pareja de Erika, se había levantado también de la silla y parecía dispuesto a venir hacia nosotros. Si en algún momento dijeron su nombre en voz alta no lo recordaba, con todo el caos que había aquella noche.

Él tenía una mano apoyada en el respaldo de Erika, como si ella fuese a incorporarse. No lo dudé, supe que si yo hubiera esperado unos segundos más habrían sido ellos los que se hubieran acercado.

—Céntrate y compórtate —le pedí a Iván—. Y levanta el culo de la silla.

Bufó.

—Lo digo en serio. Fuiste tú el que cortaste con ella, lo que tuvierais —aclaré, por cómo me miró—. Ella no te hizo nada, al menos que me hayas contado, por lo que no creo que se merezca tu desplante.

—No se lo merece —susurró.

—Pues eso. Acompáñame.

—Yo me quedo aquí —dijo Tomás.

Asentí antes de caminar hacia la otra mesa. No tuve que girarme para comprobar que Iván me seguía, simplemente lo supe.

Esto no era algo que soliera hacer. Me refiero a que no iba parando a hablar con todas las personas que reconocía de un rescate. Saludos de lejos y sonrisas, pues sí, pero hasta ahí.

Pero desde que había descubierto quienes había en la misma terraza sentí el impulso de acercarme. No sabía explicarlo mejor, solo que algo tiraba de mí, para que hiciera lo que me pedía el cuerpo.

Eso exactamente estaba haciendo, dejarme llevar, como siempre hacía en todo.

Los últimos pasos los di mirando una vez más a Erika. ¿Qué tenía que me hacía mirarla una y otra vez? Ni puñetera idea, pero me hacía sentirme atrapado cuando entraba en mi campo de visión.

—Hola —saludé cuando nos paramos junto a la mesa.

El hombre que rescaté continuaba de pie y fue el primero en reaccionar.

—Hola —me correspondió—. ¡Qué sorpresa! Perdona si has notado que te miraba mucho, es que desde que te he visto me sonaba tu cara y no conseguía ubicarte. Hasta que las chicas me lo han aclarado —sonrió.

—Tranquilo, no me he dado cuenta.

—Joder, me ha hecho ilusión encontrarte, no se me va a olvidar nunca lo que hiciste por nosotros.

Negué, como si retrocediera en los recuerdos a aquella noche.

—Cualquiera de mis compañeros habría hecho lo mismo y actuado de la igual manera —le aseguré.

—No dudo de que habrían hecho el mismo trabajo, pero cada persona trata de una forma concreta, y tú conseguiste mucho con Erika. —La señaló.

Dirigí la mirada hacia ella.

—Hola —me saludó.

—Hola —la imité.

—Me presento —habló de nuevo el hombre—. Le di el nombre a tu compañero y amigo, por lo que veo —se refirió a Iván—, pero no sé si lo sabes. Me llamo Raúl.

Me ofreció la mano y se la acepté. Nos dimos un apretón.

—La información que se obtenga en un servicio es privada. Ni él iba a dármela ni yo la preguntaría. A no ser que nos viéramos obligados por el bien de la emergencia, está claro. —Miré de nuevo a Erika.

Al estar más cerca me costaba mantenerme a

—Cada uno hace su trabajo, sabe muy bien cual es desde el inicio de la misión que sea —continué hablando—. Mi amigo y compañero Iván aquella noche se encargó de coordinar y de otras tantas cosas. —Lo señalé—. Yo estaba al frente del fuego, con otros muchos compañeros.

Hice una pausa, para continuar.

—Me alegro de veros.

—Gracias —me dijo Erika.

Durante unos segundos volvimos a quedarnos mirando, hasta que el otro hombre se presentó.

—Yo me llamo Fran. —Me ofreció la mano también—. Y me alegra tener esta oportunidad para agradeceros lo que hicisteis, sobre todo a ti.

Después de mirarnos a Iván y a mí, centró su atención únicamente en mí.

Estuve a punto de hablar, pero él se anticipó al ver mi intención.

—Ya sé que es vuestro trabajo e imagino que me dirás que no hace falta el agradecimiento, pero ponte en mi lugar. Salvaste a dos de las personas más importantes de mi vida, te estaré siempre agradecido y tenía la necesidad de decírtelo.

—Qué bonito. ¡Me vas a hacer llorar! —dijo Erika.

La miramos y Raúl, además tuvo que rodearle la cintura con el brazo, para mantenerla a su lado.

Estaba claro que había bebido, y no poco. Si el brillo de sus ojos no la delataba, lo hacía el ligero balanceo de su cuerpo. Hasta que Raúl tuvo que agarrarla.

Capítulo 10



Erika

—¡Uy!

Reí, apoyándome en el cuerpo de mi amigo.

Me había mareado. Eso era lo más normal después de tanto vino, no que estuviera perfectamente al levantarme de la silla. Incluso en eso había tardado en reaccionar, por el alcohol.

Iván se presentó a todos con su nombre por delante y nosotros hicimos lo mismo, a pesar de que podía acordarse del nombre de Raúl y el mío, ya que se lo dimos aquella noche. El nombre y el detalle de cual era nuestro piso, al igual que hicieron Manuel y Marga.

Señaló hacia atrás, diciéndonos que el que estaba esperándolos en la mesa era Tomás, un amigo y bombero también.

Cuando miramos todos hacia él levantó una mano. El hombre no se perdía detalle de nosotros. Sonreí porque me pareció muy mono. Mono de bonito, de dulce, o lo mismo era algún efecto raro del alcohol y el hombre era todo lo contrario.

A saber, esa información necesitaba descubrirla sin restos de vino en mi cuerpo.

—Hola, Adriana —saludó Iván a mi amiga, dirigiéndose únicamente a ella.

—Hola —le correspondió seria.

No parecía nuestra Adri.

—¿Habéis acabado de cenar? —les preguntó Fran.

—Yo todavía estoy comiendo y tenemos pensado alargar un poquito la noche aquí —le contestó…

—¡Oye! —llamé su atención, pero enseguida se me olvidó para qué.

No me di cuenta de que alcé la voz, hasta que me fijé en que había llamado demasiado la atención. Me dio por reír, pero no solo por eso, también me dio por agarrar la camiseta del hombre que tenía delante, camiseta que enrollé en mi mano.

Él bajó la mirada para ver cómo le apretaba la camiseta a la altura del pecho y después buscó de nuevo mi mirada.

—Hola —susurré.

Me sentí más mareada, pero no supe si fue por el vino o por tener delante de mí a un hombre como él.

—Eri —me llamó Raúl a mi espalda.

—Tranquilo, no pasa nada —le dijo el bombero.

—Ah, ¡ya me acuerdo de lo que iba a decir! —reí.

—¿Qué pasa? —me preguntó él.

—No nos has dicho tu nombre.

Sonrió de medio lado.

—Andrés.

—Encantada, Andrés.

Le sonreí de vuelta.

Fui a acercarme más hacia él, pero no pude moverme. Me acordé entonces de que mi amigo todavía me tenía agarrada, desde que perdí un poco el equilibrio.

—Suéltame, quiero abrazarlo —le dije a Raúl.

—Eri… que mañana cuando te cuente…

—Déjala —le pidió Andrés.

—¿Ves? —le hablé a mi amigo—. Él también quiere un abrazo.

Sonreí de oreja a oreja.

En cuanto Raúl me liberó pasé a estar en los brazos de Andrés. El primer contacto me dio por reír, por lo rápido que me había cogido él, para que no me cayera.

Pero después, pasados los primeros segundos, solté un suspiro de satisfacción y cerré los ojos, con la mejilla apoyada en su pecho. Podía escuchar sus latidos, el ritmo de su corazón, y cómo su pecho se movía suavemente, por su respiración. Era relajante, mucho.

Y otro suspiro se escapó de mis labios cuando sentí el calor de sus brazos y la firmeza con la que me rodeó la cintura.

Estaba en la gloria, no notaba ni el suelo bajo mis pies. De repente me entró sueño, como si el cuerpo de este hombre fuese la cama más cómoda en la que me había tumbado en mi vida.

Y eso que creía que continuaba de pie, y que sabía que era un desconocido al que estaba abrazando con la confianza que da una amistad de años.

Mi cabeza pensaba, pero mi cuerpo actuaba por su cuenta y riesgo.

Noté cómo él apretaba un poco el agarre y me sentí aún mejor. Sonreí, no supe por qué, pero sonreí de oreja a oreja.

—Nosotros también vamos a quedarnos un rato más, antes de irnos a nuestras casas.

Escuché la voz de Fran, pero estaba tan a gusto abrazando a este hombre, ah, sí, Andrés, que no le hice mucho caso a mi amigo.

—¿Os unís a nosotros un rato? Puedes terminar de comer aquí, nos bebemos el vino y si nos apetece pedimos unas copas. Para que venga tu otro amigo.

—Claro —aceptó Andrés—. ¿Me dejas ir a por mi comida y la bebida? Tengo que avisar a mi amigo.

—Eri, te está hablando a ti —me dijo Raúl.

—¿Qué?

Separé de mala gana la cabeza de un pecho muy calentito y cómodo.

—Que Andrés te ha pedido que lo sueltes para ir por sus cosas —me informó Fran, intentando no reírse—. Él y sus amigos se quedan un rato con nosotros, cuando vuelva si quieres y Andrés te deja, puedes engancharte de nuevo a él.

Me hizo un guiño.

—Yo no estoy enganchada a…

Tanto Fran como Raúl arquearon las cejas.

Giré la cabeza hacia… Andrés. Lo encontré muy cerca y contuve la respiración.

—¿Por qué te has acercado tanto? —le pregunté sorprendida.

Él soltó una carcajada.

—Porque eres irresistible —me contestó, con un guiño.

—Oh.

Noté como mi cuerpo se calentaba, no solo mi cara.

—¿En serio? —Quise que me lo repitiera.

—Anda, deja que se vaya.

—¡Nooo! ¿Por qué?

Hice un puchero.

—Joder, no sabía que te había subido tanto el vino —se lamentó Raúl.

Negó con la cabeza, pero con una sonrisa muy bonita. Yo imité su movimiento, al mismo tiempo, y soltamos una carcajada a la que no pudieron resistirse Fran y Estela.

Gracias a esa distracción Andrés se fue hacia su mesa, para recoger su comida y la bebida. Su amigo lo ayudó y entre los dos lo trajeron todo a nuestra mesa. Movimos las sillas para hacerles hueco a las tres suyas.

Yo no dejé de mirar a Andrés, en ningún momento. Era guapísimo, atractivo, e iba vestido para comérselo y su mirada… y su sonrisa de medio lado, que lo hacían más interesante.

—¿Qué haces? —le pregunté a Raúl.

—Limpiarte la baba —respondió.

Le quité la servilleta que me había pasado por la barbilla y se la lancé a la cara, mientras nos reíamos.

—Ya sé que el bombero está tremendo, pero no lo observes tan fijamente y por tanto tiempo —me susurró al oído.

—No estoy mirándolo tanto ni se me cae la baba —suspiré—. Y tampoco es para tanto, es un hombre normal. ¿Fue él el que dijo que era el tío más guapo que mis ojos habían visto en mi vida?

—Algo así, sí —me confirmó y apretó los labios, para no reír.

Un carraspeo a mi lado nos hizo levantar la mirada a Raúl y a mí.

—Estupendo —dijo mi amigo, con un tono de voz divertido—. Vamos de mal en peor.

Andrés se sentó en la silla que había colocado a mi lado, demasiado cerca y sin dejar de mirarme. Tomás lo hizo a su otro lado, después de presentarse. Todos lo saludamos y nos presentamos también.

—¿Qué? —le pregunté a Andrés.

Fruncí el ceño intentando recordar lo que había pasado minutos antes, porque él me observaba con diversión.

—Joder, ya verás mañana cuando te cuenta al detalle toda esta noche —comentó Raúl, con un bufido.

—Si…

Fran fue a decir algo, pero Andrés lo interrumpió.

—Tranquilos, puedo perfectamente con ella —les dijo.

—¿Por qué vas a poder conmigo? —le pregunté sorprendida, con los ojos abiertos al máximo.

—Porque soy más fuerte que tú.

—Ah.

Me quedé pensativa.

—Sí. —Asentí.

Y para corroborar mi afirmación llevé la mano a su brazo, a la altura del bíceps, y se lo rodeé para notar qué tan fuerte estaba. Lo de rodear era un decir, porque no pude abarcarlo entero.

—Fuerte, fuerte —comenté.

—Estoy por grabarte, te lo juro. Solo te digo eso —me habló Raúl, riendo.

—¿Por qué?

Me giré hacia mi amigo.

—Nena, porque estás que te sales —me contestó Estela, mirándome con cariño.

—Yo siempre estoy que me salgo —dije dando un golpe en la mesa, riendo.

—¿En qué sentido?

—¿Cómo? —Miré a Andrés.

—Estoy deseando escuchar la respuesta que le das —comentó Raúl, sin poder parar de reír.

Fran silbó, mientras que Estela se tapaba la boca con una mano.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de interesante que diga en qué sentido me salgo?

Fruncí el ceño, sin comprender.

—Ya has estropeado la magia del momento —volvió a hablarme Andrés.

—¿Qué magia? —Quise saber.

Y no me dio por otra cosa que mirar hacia arriba y comenzar a observar de un lado al otro, buscando esa magia que ni sabía la forma que podía tener.

—Joder, joder… —dijo Raúl.

—¡¡Quítale la copa de vino!! —alzó la voz Fran.

—¡¡Pero si se la quité hace un rato!! —habló sorprendido Raúl.

—El mismo rato que has estado despistado y ella la ha recuperado —comentó Estela.

Soltó una carcajada y cuando la miré me reí con ella.

—¿Qué le han echado al *sushi* que yo he comido? —les pregunté a mis amigos, muy seria de repente.

Abrí los ojos al máximo.

—¿Por qué? —me preguntó de vuelta Estela.

—Porque me ha afectado solo a mí. —Me señalé—. Han ido a por mí, vosotros estáis bien.

Alargué las palabras al hablar.

Todos rieron, incluso Tomás, el que todavía no había intervenido en la conversación. Normal, el hombre estaba muy entretenido con la que teníamos liada entre todos.

Capítulo 11



Andrés

—Yo más bien diría que el *sushi* no tiene nada que ver en cómo estás. ¿No te parece que el culpable es el vino? —le preguntó Estela.

—Ahora que lo dices…

Erika fue a coger su copa, mientras decía que los pensamientos van mejor con un sorbito de vino, pero no la encontró en su sitio.

Extrañada, miró por la mesa y cuando vio dos juntas frente a Raúl se lanzó hacia una de ellas.

—¡No! —le dijo él, agarrándole la mano.

—Una es mía. ¿Qué hace ahí?

—Claro. Te la he quitado yo y ha sido por un motivo. ¿Tienes sed? Te echo agua o te pido un refresco.

—No quiero eso. Quiero mi vino.

Bufó Erika, cruzándose de brazos.

—Cariño, te ha subido mucho el alcohol. Hoy te ha pillado más flojita —le habló Estela.

—Yo me siento bien —insistió ella.

—Perdona —llamé la atención de una camarera—. ¿Qué refresco quieres? —le pregunté a Erika después.

La agarré de la barbilla para que solo me mirara a mí y conseguí mi propósito, que aceptara tomarse un refresco porque respondió sin ni siquiera pensárselo.

—De naranja.

—Enseguida lo traigo —habló la camarera, antes de irse.

—Qué fácil —comentó Raúl, con una media sonrisa.

—Sí.

No aparté la mirada de Erika, mientras le acariciaba con el pulgar la barbilla, ligeramente y con movimientos muy suaves. Ella soltó un suspiro que me hizo sonreír.

En cuanto la camarera regresó con el refresco Erika se olvidó de quejarse de nuevo y bebió como si llevara días sin hacerlo.

Tomás hacía un rato que hablaba con Estela y Fran. Raúl los escuchaba, al mismo tiempo que estaba pendiente de su otra amiga, Erika.

Las siguientes palabras de ella los dejó callados.

—¿Dónde está Adri? ¿Se ha ido? —preguntó con sorpresa Erika—. No me he despedido de ella. ¿Me he despedido? —le preguntó a Raúl, girándose hacia él.

—No, cariño, ninguno nos hemos despedido porque no se ha ido.

—Ah… ¿Está en el baño?

Fran negó y señaló hacia delante, tirando un poco hacia la izquierda. Ahí, en un banco que quedaba de espaldas a la terraza del restaurante, se encontraban Iván y Adri.

Hacía bastante que se alejaron para hablar, más concretamente Iván no llegó ni a sentarse, antes de pedirle a Adri si podía acompañarlo un momento.

Ella aceptó, pero no con palabras. Comenzó a caminar alejándose de la terraza y fue hacia el banco. Mi amigo la siguió en silencio, antes de intercambiar unas miradas con Tomás y conmigo.

—Oh. ¿Qué hacen? —preguntó Erika.

Entrecerró los ojos.

Estela e Iván estaban bastante acalorados en este instante, y no en el buen sentido.

—¿Con quién está? ¿Quién es ese?

—Mi amigo y otro bombero que os ayudó la noche del incendio —le contesté—. Imagino que los sabes. Lo sabéis. —Los miré a todos—. Estuvieron un tiempo juntos.

—Estamos al día, sí —me confirmó Estela—. Y también de que él la echó de su vida sin despeinarse si quiera.

—Con una excusa de mierda —añadió Raúl.

—Le hizo daño —susurró Erika—. Chicos, ¡vamos a ayudarla!

Se levantó de la silla de golpe y al hacerlo tan rápida se mareó. Se tambaleó y reaccioné más rápido que Raúl. Le rodeé la cintura con un brazo y tiré de ella hacia mí, hacia el lado contrario al que iba directa: el suelo.

Nos quedamos más cerca aún, porque Erika cayó sobre mis piernas. Nuestras caras se quedaron a centímetros, nuestras narices casi se rozaban.

—Hueles muy bien —me dijo, antes de coger una bocanada de aire.

—Gracias.

Sonreí de medio lado.

—Puedes decir lo que quieras, negarlo cuantas veces te apetezca, pero yo sé que me ves como el tío más guapo del mundo.

Le hice un guiño.

Mis palabras y mi gesto le provocaron una carcajada.

—¿Lo has oído? —le preguntó a Raúl, entre risas.

—Alto y claro —contestó él.

Si estaba tomándome tantas confianzas, en el sentido de no cortarme con Erika, era porque hacía tiempo que me di cuenta de que Raúl no era la pareja de Erika, como pensé años atrás.

Me lo habían dejado claro las miradas entre él y Fran, sus manos agarradas por debajo de la mesa que eran visibles para mí, y sus sonrisas y piques, con promesas prometedoras para ellos.

Tampoco es que estuviera entrándole a Erika, más que nada porque en su estado no iba a hacer nada. Solo estaba tanteando el terreno, y a ella. Sobre todo, a ella.

—Y también veo lo cómoda que estás sentada en las piernas de Andrés —le dijo Raúl a Erika, elevando las cejas—. Mañana vas a flipar.

Él, Fran y Estela soltaron una fuerte carcajada, mientras que Tomás sonreía con los labios casi pegados a su copa, mirándonos a Erika y a mí.

Yo me había olvidado por completo de terminar de comer. Al principio me llevé unos cuantos bocados más a la boca, pero me despistaba muy seguido y ya hacía rato que aparté el plato y la bandeja.

—Te has olvidado hasta de Adri —le comentó Fran a Erika, con diversión—. Pero tranquila, creo que si vamos ahora mismo nos echaría a todos a patadas.

Esas palabras nos llamaron la atención al resto y giramos las cabezas para observar hacia el banco.

—Joder —dijo Estela.

Y tanto, la sorpresa fue conjunta porque en algún momento, entre enfado y reproches, habían acabado besándose como si el mundo fuese a terminar esta noche.

Adri estaba casi encima de mi amigo e Iván la mantenía pegada a él, mientras se besaban con necesidad y pasión.

—Vale, pues tema solucionado —comentó Raúl.

—Ya te digo —estuvo de acuerdo Fran—. ¿Iba muy bebida ella?

—Como yo, así que, no —le respondió Estela.

Sonreía, pero con una mezcla de preocupación.

Podía imaginar perfectamente lo que estaba pensando. Miré a Tomás y me encontré con sus ojos, los que me decían que Iván iba a meterse en otro buen lío, si lo de esta noche no lo hacía cambiar de ideas.

Asentí dándole la razón. Fue un gesto casi imperceptible, pero mi amigo lo captó y me lo devolvió.

—Vaya —susurró Erika.

Dirigí la vista hacia ella. Me encontré con el perfil de su cara, ya que miraba hacia nuestros amigos.

No se había movido de encima de mí. Al contrario, lo que había hecho, sin darse cuenta, era subir un brazo para colocarlo en mi hombro.

—Tu amiga Adriana no necesita ayuda.

Tuve que carraspear porque mi voz sonó más ronca, profunda. Me pilló por sorpresa y la reacción de mi cuerpo también, por tanta cercanía.

—No, a no ser que quieran hacer un trio —soltó Erika.

Raúl, que estaba bebiendo un sorbo de vino en ese momento, al escucharla lo escupió y comenzó a toser.

Por suerte solo manchó su plato vacío, ya que enfocó la cara hacia abajo.

Fran le acarició la espalda, para no darle golpecitos, mientras le ofrecía una servilleta y un vaso de agua.

—Me cago en todo —dijo Raúl, cuando se recompuso.

Después soltó una carcajada mirando a Erika. Ella, al darse cuenta, rio con él, sin saber el motivo. Al final todos terminamos riéndonos, porque sus risas fueron contagiosas.

El tiempo pasó de esa manera, se creó un ambiente increíble. Iván y Adri se acercaron al cabo de no sé cuánto, para decirnos que se iban. Y así, como si nada, desaparecieron juntos.

Al día siguiente tendría una charla con Iván, una importante, porque esperaba que no hubiera dado otro paso en falso con Adriana.

Erika estuvo sentada en mis piernas y como si mi cuerpo llamara al suyo, fue acomodándose cada vez más. Hacía tiempo que estaba recostada en mí, con la cabeza apoyada en mi hombro.

Después de varios bostezos de Erika bajé la mirada hacia su cara. Tenía los ojos entrecerrados e intentaba seguir la conversación que tenían nuestros amigos, pero sabía que no estaba enterándose de nada.

Faltaba poco para que se quedara dormida. Todos se habían dado cuenta, pero ninguno había dicho nada porque yo le rodeaba la cintura con un brazo y a ella se la veía muy, pero que muy cómoda sobre mí.

—Es hora de dormir —le susurré.

—No.

Sonreí.

—Te estás durmiendo.

—No —repitió.

Bostezó y apreté los labios.

—No tengo fuerzas para levantarme —dijo, cerrando los ojos.

—Chicos —llamé la atención de todos—. ¿Os importa si la llevo a su piso?

Miraron a Erika.

—Claro que no.

Estela fue la primera en contestar.

—Podéis acompañarme —les propuse, por si acaso.

—Yo creo que nosotros también deberíamos irnos —comentó Fran.

—Sí —confirmó Raúl, sonriéndole. Después me miró a mí—. No pienses que lo que acaba de decir Fran es porque no nos fiamos de ti.

—Que va —dijo seguido Fran—. Es porque es tarde.

—Más de lo que creíamos que duraríamos —comentó Estela, sonriendo.

—Si no me fiara de ti no te habría dejado tener a Erika encima ni dos segundos —me dijo Raúl y sonrió de medio lado.

—Te lo aseguro, porque yo tampoco te hubiera permitido tocarla estando ella borracha. Sin alcohol de por medio Erika se basta y se sobra para defenderse. —Me hizo un guiño.

—Tranquilos. No me lo he tomado a malas —les dejé claro—. De hecho, sí que agradecería que alguno de vosotros me acompañara. Voy a llevarla en brazos y me faltarán manos para abrir las puertas.

—Somos tu salvación, vamos al mismo edificio —habló Raúl, recordándome que eran vecinos.

No hacía falta, era un dato que tenía muy presente, lo que no impidió que pensara que podían ser pareja, aunque vivieran separados.

—Perfecto, entonces —dijo, con un asentimiento.

Capítulo 12



Tomás regresó a la mesa. Entró un momento al local del restaurant, para ir al baño, y cuando salió nos dijo que las cuentas de las dos mesas estaban pagadas. Más de uno se llevó las manos a la cabeza, pero a mi amigo le dio exactamente igual.

—Rubia, un día es un día —le dijo Tomás a Estela, con confianza.

Lo que dan de sí unas horas.

—Dirás una noche —le rectificó ella.

—Ya me has entendido —rio Tomás.

Sonreí de medio lado.

—Esto no puede quedarse así —habló Fran—. Tenemos que quedar otra vez, para que invite uno de nosotros.

—Cuando queráis —aceptó Tomás.

—Genial —dijo animado Raúl.

—Oye, moreno —llamó Estela a mi amigo.

Cuando él la miró con una sonrisa pícara ella continuó.

—¿Estás dispuesto a verme otra noche? ¿Te sientes preparado para eso? —le preguntó con diversión.

—Por supuesto, estoy deseando que me pongas a prueba otra vez.

Le hizo un guiño él y ella rio.

Por lo visto me había perdido bastantes cosas, las que Tomás me contaría en cuanto estuviéramos solos. En la última parte de la noche yo había estado bastante pendiente de Erika y metido en mis pensamientos, lo que me había alejado por muchos momentos de las conversaciones de los que estaban con nosotros en la mesa.

Pasé un brazo por detrás de las piernas de Erika y con el otro la sujeté con fuerza por la espalda, ajustando el agarre. Me levanté llevándola en brazos y Raúl me ayudó retirándome la silla. Se lo agradecí y nos fuimos de la terraza del restaurante. Fran llevó el bolso de Erika y Estela y Tomás cogieron la delantera, unos pasos por delante de los demás.

—Si te cansas dilo —me pidió Raúl.

—Estoy bien.

Ninguno de los dos volvió a sacar el tema. O vieron mi determinación o que no mostraba cansancio por llevar a Erika en brazos.

Tampoco había tanta distancia que recorrer hasta el edificio, llegamos bastante rápido. Estela se despidió deseándonos buena noche, antes de que se fuera con Fran. Él la acompañó hasta donde vivía y Tomás decidió en el último momento ir con ellos, para regresar después con Fran, el que pasaría la noche en el piso de Raúl.

Raúl abrió la puerta del edificio y me dio paso. Subimos en el ascensor hasta la planta de Erika y cuando llegamos a la puerta de su piso, él volvió a encargarse de abrir. Sacó la llave del bolso de su amiga y lo hizo, dándome paso primero, después de encender la luz del salón.

El gato de Erika nos recibió en medio de la estancia, yo diría que un poco en tensión. Cara de pocos amigos tenía.

Raúl me dijo cuál era la habitación de Erika y me dirigí directamente hacia ella. Para mi sorpresa el gato me siguió, sin apartar la mirada de mí.

—Joder, parece un perro guardián —dije pensativo.

—Te aseguro que Zeus puede serlo, y uno de los mejores. Te sorprendería, ya lo ves —me habló Raúl desde el salón, después soltó una carcajada.

Sacudí la cabeza, sonriendo, mientras entraba en la habitación. Fui hasta la cama, tumbé a Erika en ella y encendí la lamparita de la mesita de noche.

La luz era muy tenue y no molestaba, aunque dudaba de que Erika se despertara con cualquier otra más intensa.

Zeus salto encima de la cama y se acercó a su dueña. No tardó en tumbarse a su lado, pegado a uno de sus brazos.

Por unos segundos observé la habitación, lo mismo que había hecho al entrar en el piso y dirigirme hasta aquí. Ya al entrar en el edificio me asaltó una sensación muy extraña, porque me vinieron a la mente los últimos recuerdos que tenía de este lugar.

Todos mis recuerdos se resumían al infierno en el que lo convirtieron las llamaradas del incendio que arrasó con todo, tanto que tuvieron que construir el bloque de pisos al completo, desde la base.

A lo largo de los años pasé varias veces por delante, circulando por la carretera, y vi los avances de la reconstrucción, o más bien construcción.

Bajé la mirada a Erika y durante unos largos segundos me quedé observando su sueño, lo tranquila que estaba. Me incliné hacia ella y apoyé una mano en la cama, para retirarle con la otra el pelo de la cara.

Un mechón se le quedó cruzado y cuando lo tuve entre los dedos se lo acaricié. Era muy suave.

Estuve a punto de reír, porque Zeus siguió con los ojos cada uno de mis movimientos.

Erika murmuró algo que no alcancé a entender y miré sus facciones relajadas.

Me incliné un poco más, a riesgo de llevarme algún arañazo, pero conseguí mi objetivo cuando posé los labios en su frente. Mantuve el contacto más tiempo del normal, más del que debía ser un beso rápido. No sabía qué me hacía reaccionar de ciertas maneras con ella, pero me salían las cosas por impulsos, como si fueran una necesidad.

Exactamente eso era lo que había necesitado, darle un beso, notar la suavidad de piel, su calor y olerla por última vez. Una puñetera locura.

Cuando me incorporé levanté la cabeza, al notar que no estábamos solos. Raúl se encontraba apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados. La luz del pasillo también entraba en la habitación, recortando su silueta.

Me dio la sensación de que llevaba bastante ahí, yo ni me había enterado hasta este instante. Raúl se veía relajado, tranquilo, de esa manera me observaba, sin juzgar nada de lo que había visto de mi trato hacia su amiga.

Teniendo en cuenta de que yo era un desconocido, en realidad.

Caminé hacia él y salimos al pasillo. Me acompañó al rellano, pero entendí que no se iba, cuando no apagó ninguna luz.

—Voy a ponerle el pijama para que descanse bien y a meterla en la cama, para taparla —me dijo.

—Claro.

Asentí.

—Nos vemos otro día —hablé.

—Por supuesto, ya sabes dónde vivimos —sonrió.

—No voy a venir a molestaros aquí.

Sacudí la cabeza.

—Pues deberías.

Su sonrisa se amplió.

—Y más después de lo que he visto esta noche entre vosotros —añadió.

—No ha pasado nada y Erika no estaba…

—Tonterías —me interrumpió.

Volvió a apoyar el brazo en el marco y nos quedamos observándonos en silencio. Ninguno habló, pero no hizo falta. Nos entendimos perfectamente, sin necesidad de palabras.

De todos modos, para rematarlo dijo…

—Ya sabes eso que dicen, que los niños y los borrachos dicen siempre la verdad y por supuesto todo lo que hacen es de verdad lo que sienten.

Acompañó a sus palabras con un guiño.

—Ya nos veremos —le dije, pasando por alto lo que acababa de decir.

—Estaré encantado de que suceda, Andrés. Me caes muy bien.

—Lo mismo te digo.

Sonreímos.

—Ve con Erika.

—Sí. Raúl no tardará en llegar.

Nos despedimos deseándonos buenas noches y bajé en el ascensor. Cuando llegué abajo y salí a la calle, Fran y Tomás estaban despidiéndose. Me sumé a la despedida y le dije a Fran que Raúl se había quedado en el piso de Erika, para ponerle el pijama y acostarla.

Me dio las gracias y nos separamos. Él entró en el edificio y mi amigo y yo comenzamos a caminar por la calle, para ir hasta su coche.

—Ha sido una noche interesante —comentó Tomás.

—¿En general o para ti? —le pregunté.

Lo miré de reojo, sonriendo.

—Muy interesante para todos, ¿no?

Giró la cabeza hacia mí.

—Yo diría que sí, pero el único que ha triunfado por todo lo alto ha sido Iván.

Reímos.

—No vayas a quejarte que a ti te he visto muy cómodo con Erika encima. —Arqueó una ceja.

—Porque lo estaba.

—Y llevándola en brazos como todo un caballero andante, también.

—¿Algo más? —le pregunté—. No te guardes nada, hombre.

Reímos.

—A mí me ha gustado Estela.

—No he notado nada —dije con ironía.

—Muy gracioso.

Negó con la cabeza.

—Se ve una buena chica, es muy simpática y guapa.

—Mucho.

Reí.

—¿Qué? ¡Déjame!

Me dio un empujón, pero no me movió.

Llegamos a su coche y nos montamos. Tomas arrancó y salió del estacionamiento, incorporándose a la carretera. Tomó la dirección de mi casa.

—¿Qué crees que pensará mañana en frío Iván? —me preguntó, serio.

—Ni puñetera idea, pero espero que se centre de una vez por todas —contesté.

—Espero que se haya lanzado a estar con Adriana porque no tiene intención de dejarla como lo hizo la otra vez. Ya le hizo daño —dijo pensativo.

—Iván también se quedó muy tocado.

—Lo sé. Lo vivimos junto a él.

Asentí.

—Nosotros podemos aconsejarle y acompañarlo, pero las decisiones finales son cosa de él —comenté—. A ver qué nos dice mañana.

—Sí, tío.

El resto del trayecto, el que fue corto, lo hicimos en silencio.

Estábamos cansados. El día había sido bastante pesado en el trabajo y llevábamos despiertos desde bien temprano.

Al principio de la noche, si hubiera sido por mí, me hubiera quedado en mi casa, cenando con mis amigos y después tomándonos unas copas, cómodos en el sofá. Los tres estábamos igual.

Pero no me arrepentía de haberme dejado llevar por Iván y Tomás. Como había dicho Tomás, había sido muy interesante y regresaba a casa con una sensación muy gratificante.

Capítulo 13



Erika

—¡Profesora!

Levanté la cabeza para mirar a Paula, una de mis alumnas.

Al verla nerviosa le di permiso para que se acercara a mi mesa. Vino muy rápido.

—¿Qué pasa? —le pregunté, inclinándome sobre la mesa.

Me acerqué a ella, que no podía estarse quieta.

—Tengo que ir al baño. No me encuentro bien —habló de manera precipitada, susurrando.

—¿La barriga?

Asintió varias veces, con los labios temblorosos.

—Marina —llamé a la chica de prácticas.

—¿Sí?

Miró hacia mí.

—Te quedas al cargo de la clase.

No esperé a ver cómo asentía. Me levanté de la silla y agarré de la mano a Paula. Salimos del aula y caminamos rápido hacia el baño, pero la pequeña no puedo aguantar.

—¡Profe! —lloró, temblando.

—No pasa nada cariño.

La cogí en brazos y caminé más rápido por el pasillo. Pasé de largo del baño de los alumnos, porque en breve sería la hora del recreo y se llenaría de niños. No quería que Paula pasara más vergüenza de la que ya sentía.

La pequeña me apretaba el cuello con los brazos, con la cara escondida mientras lloraba.

—Ya está.

Le acaricié la espalda.

Llegué frente a la puerta del despacho de la directora del colegio y saqué de un bolsillo del vaquero el pequeño juego de llaves que siempre llevaba encima en el trabajo. Busqué la que abría el despacho y entré. Sabía que a esta hora la directora estaba desayunando, por lo que Paula y yo estaríamos solas.

Cerré por dentro, para no tener ninguna interrupción, y fui directa al baño. El de Sofía, la directora, era amplio y completo, con ducha y bidé incluidos.

—No llores más, cariño —le pedí a Paula.

Tenía siete años y era una niña adorable. Sus tirabuzones rubios la hacían unas facciones muy dulces, tiernas.

Como a todos mis alumnos le tenía mucho cariño, pero Paula, aparte, se llevaba un extra porque su madre y yo éramos amigas. No teníamos una relación estrecha de amistad, me refiero a que no nos veíamos habitualmente, pero sí que nos conocíamos bien y de vez en cuando nos gustaba quedar para tomar un café.

—Lo siento —hipó Paula.

—No tienes que pedir perdón por estas cosas —le sonreí con cariño —. Es una reacción del cuerpo y contra eso no mandamos. ¿De acuerdo?

Asintió.

La ayudé a quitarse los zapatos y los pantalones, junto a la braga, y lloró más.

—¿Te ha dolido la barriga durante la mañana? —le pregunté, para distraerla.

—No. —negó—. Ha sido de repente —susurró.

—¿Sabes? A mí me pasó una vez.

—¿De verdad?

Le di papel para que se limpiara la cara, mientras yo me encargaba de arreglar el resto.

—Y tanto. Y no era pequeña, ¿eh?

—¿Cuántos años tenías?

—No me acuerdo exactamente, pero ya era adulta.

—¿Y qué hiciste?

—Pues lo que tienes que hacer tú, pasar el momento y no tener vergüenza. La naturaleza no se puede controlar.

Le hice un guiño.

—Métete en la ducha —le pedí.

Descolgué la alcachofa y abrí el grifo. Cuando el agua estuvo a una buena temperatura le di la alcachofa.

—Quédate aquí con el agua, te sentirás limpia. Pero no te mojes la camiseta.

Asintió.

—Voy a avisar a la directora de que nos hemos apropiado de su despacho.

Le hice un guiño y sonrió un poco.

—Y a llamar a tu madre, para que alguien te traiga ropa de repuesto.

—Mamá está trabajando.

—Lo imagino. ¿Hay alguien en tu casa?

—Mi hermano mayor. Hoy no tenía clase en la universidad.

—Estupendo, pues hablaré con él. No cierro la puerta. Estoy al otro lado y te oigo, ¿sí? Cualquier cosa dímelo.

—Vale —susurró.

—Toma el jabón, cuando vuelva comprobamos si está todo bien.

—Sí.

—¿Estás mejor?

Asintió.

—Si notas que te entran ganas de nuevo sal como estés y llámame.

—Vale.

Le di un beso en la cabeza, me lavé las manos y salí del baño.

Saqué el móvil del bolsillo central de la bata de trabajo que llevaba, lo desbloqueé y busqué el número de Sofía, la directora.

—¿Ya vienes? —me preguntó.

Como cada día de entre semana me esperaba en la cafetería, para desayunar juntas. Sofía hacía tiempo siempre tomándose un café, antes de que yo llegara.

—Voy a tardar, he tenido un pequeño contratiempo.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

—Estoy en tu despacho, por eso te llamo. Paula se ha encontrado mal de repente y…

Continué explicándole lo que le había pasado y que cuando le colgara iba a llamar a la madre de la pequeña, para que le pidiera a su hijo mayor que viniera al colegio a traerle ropa a Paula.

—Vaya, pobrecita.

—Sí. Espera, voy a asomarme al baño.

Dejé el teléfono en la mesa y fui hasta la puerta, la que abrí despacio, para no asustarla.

—Cariño, ¿cómo va?

—Me duele la barriga —me dijo, haciendo un puchero.

—¿Mucho? ¿Tienes ganas de sentarte? —Señalé el inodoro.

—No lo sé. Quiero irme a casa.

Comenzó a llorar y entré, para coger una toalla del único armario que había. Era grande, lo que me vino perfecto. Me aseguré de que se había limpiado bien y la sequé con movimiento rápidos, para enrollarle la toalla después, cubriéndole del pecho hacia abajo.

La cogí en brazos y después de preguntarle de nuevo si quería sentarse tranquila en el inodoro, y de que me dijera que no, salimos al despacho y la llevé hasta el sofá de dos plazas que había en un lateral.

Tumbé a Paula en él, colocándole la cabeza en un cojín y fui a por el móvil.

—¿Sofía?

La línea se había cortado y cuando iba a volver a llamarla, sonaron varios golpes en la puerta.

—Soy yo —dijo Sofía.

Solté un suspiro y fui a abrirle.

—Os he escuchado un poco, por eso estoy aquí.

Entró a su despacho y cerré de nuevo.

—Gracias.

Le agradecí el café que me dio, pero no fue lo único que trajo. Ella llevaba otro en la mano y en la otra una caja de la cafetería. La dejó en su mesa y la abrió, para que vieran los dos bocadillos que serían nuestro desayuno.

—Hoy toca aquí, tranquilas.

Me hizo un guiño.

—Sí —sonreí—. Gracias.

Sofía le quitó importancia a mi agradecimiento moviendo una mano al aire, mientras se acercaba a Paula.

—Hola, preciosa —le habló.

Se sentó a su lado y le acarició la cabeza.

—Hola —susurró Paula.

—¿Qué vamos a hacer con tu barriguita? ¿Quieres que la castiguemos?

Paula sonrió un poco.

—Erika.

—De acuerdo. Te gustan los castigos de tu profesora, ¿eh?

—Sí.

Volvió a sonreír la pequeña.

—Voy a llamar a tu madre para avisarla y así solucionamos lo de la ropa —la informé.

Paula asintió y cerró los ojos.

Maqué el número y me llevé el teléfono a la oreja.

—¿Erika? —me dijo Carolina—. ¿Es una llamada para hablar de nuestras miserables vidas o por algo de Paula?

Apreté los labios, para no reír dada la situación.

—Es por Paula, pero no te alteres. Está conmigo, en el despacho de la directora. No se encuentra bien.

—¿Qué le pasa a mi pequeña?

Le expliqué con calma todo lo que necesitaba saber.

—Ahora aviso a Martín. —Su hijo mayor—. Le llevará ropa y se la llevará a casa.

—Sí, es lo mejor. No se encuentra bien, necesita estar cómoda en su cama y tener a mano un baño.

—Sí, sí… joder.

—Tranquila, no tiene fiebre ni ha empeorado. Por ahora no ha pedido de nuevo ir al baño.

—Vale —suspiró—. Gracias Erika.

—No tienes que dármelas.

La imaginé sonriendo.

—En unos quince minutos llegará mi hijo.

—De acuerdo. Si tarda más, Paula se quedará con Sofía.

Comentamos unas cuantas cosas más, antes de colgar la llamada.

—Se ha dormido —me dijo Sofía, hablando bajo.

Observé a Paula mientras me acercaba. Me agaché para tocarle la cara, pero continuaba bien. Al menos sin rastro de fiebre.

Le di un beso en la cabeza y fui al baño para recogerlo. Lavé a mano la ropa de la pequeña, aunque no me esmeré, solo lo suficiente para que no tuviera suciedad y así que su hermano pudiera llevarla sin problema en una bolsa.

Sofía me dio una y metí la braga y el pantalón bien escurridos. Con eso, y los zapatos de la pequeña, salí del baño para ir a su lado. Dejé la bolsa a los pies del sofá, junto a los zapatos, y como era lo último que tenía que hacer, me lavé las manos para sentarme con Sofía a desayunar.

La clase ya había terminado, por lo que Marina, mi ayudante en prácticas que estaba conmigo en las clases, ya había llevado a los niños al recreo.

Le di un sorbo al café, el que me sentó de maravilla.

—Come —le pidió Sofía.

Me dio uno de los bocadillos, envuelto en una servilleta, y se lo agradecí con una sonrisa.

—Tengo hambre. Anoche no cené y esta mañana no me ha dado tiempo a más que tomarme un café con leche.

—¿Por qué no cenaste?

—Porque en ese momento no tenía hambre.

Me encogí de hombros.

—Tú estás últimamente más rara de lo normal.

Entrecerró los ojos, mirándome fijamente.

—Vaya, gracias —dije con humor—. No sé cómo tomarme eso.

Reímos.

Capítulo 14



—¿Cómo ha ido el día?

Antes de contestarle a Adri miré a ambos lados de la carretera y comencé a cruzar el paso de cebra.

—Con un poco de todo, pero ha terminado bien —le contesté.

—¿Ya has llegado a casa?

—No, he venido a un sitio antes.

Me paré en la acera, observando el edificio que tenía justo enfrente, a unos metros de distancia.

—¿Dónde?

—Al parque de bomberos.

—¿Qué dices? ¿Al final te has decidido?

—Eso parece, porque estoy aquí. He venido en transporte público, para no tener problemas a esta hora, para aparcar.

Sonreí.

—¿Has llamado antes de ir?

—¿Cómo voy a llamar?

—¿Descolgando el teléfono? Anda que… ¿Y si has ido para nada y Andrés no está?

—Pues me iré por donde he venido, pero le diré a alguien que le deje el mensaje de que he estado aquí. Que por mí no sea.

Desde la noche que coincidimos en el restaurante tenía pendiente el buscar a Andrés, dónde trabajaba, para venir y darle las gracias. No tenía otra manera de encontrarlo.

Cuando desperté a la mañana siguiente de la cena, con un dolor de cabeza impresionante, me pregunté cuánto bebí y cómo terminó la noche, porque me acordaba hasta cierta parte. Lo demás para mí estaba en blanco y era raro. De esa manera me sentía al respecto.

Fueron Raúl y Fran, cuando vinieron a mi piso con el desayuno, quienes me contaron todo lo que sucedió en la terraza del restaurante japonés.

Me pusieron al día y con cada cosa que me dijeron fui queriendo esconderme en cualquier rincón de mi piso, pensando ya en no coincidir durante el resto de mi vida con Andrés. Al menos en una buena temporada, lo que no debía ser difícil, ya que habíamos pasado dos años sin vernos desde el incendio.

Yo abrazando a Andrés. Yo cayendo encima de él. Yo quedándome sentada sobre sus piernas y abrazándolo más, durante el resto de la noche. Oh, y no fue poco tiempo, no. Yo hablando demasiado, con muchas verdades que estaban prohibidas. Andrés llevándome en brazos a mi piso, desde el restaurante, y tumbándome en mi cama. Y el beso que me dio en la frente, antes de irse de mi piso. Y algunas cosas más…

Recuerdo todos los detalles que me contaron entre Raúl y Fran, y todavía me ruborizo al pensar en ellos. Cómo me gustaría recordar algo de todo lo anterior, porque por mucha vergüenza que me dé, ya que lo viví me hubiese gustado saborear cada momento vivido.

No me había quedado más remedio que conformarme con mi imaginación.

Y ahora estaba aquí, frente al parque de bomberos para llegar hasta Andrés y darle las gracias por todo lo que hizo por mí, por segunda vez.

Mis amigos también me informaron sobre la discusión entre Adri e Iván, de lo que al día siguiente nos habló ella misma. Sobre todo, de cómo terminaron en la casa de Iván, enredados en su cama, de la que por cierto no salieron en muchas horas, las que incluían las del día siguiente.

Mi amiga no quería mostrar la emoción y la ilusión que le provocaba lo que pasó esa noche, pero a veces no podía evitarlo y le salía todo solo. Tanto Raúl, Fran, Estela como yo, le habíamos advertido que fuese con cuidado, para que se protegiera.

Hasta que no supiéramos cuáles eran las intenciones de Iván era lo mejor que ella podía hacer.

—Pues a ver si tienes suerte —me dijo Adri.

—Gracias. Te dejo, que estoy parada frente a la entrada.

—Vale, cariño. Ya me dices cuando salgas qué tal te ha ido.

—Claro, pero cuando llegue a casa.

Sonreí.

—Te quiero.

—Te quiero.

Colgué dispuesta a guardar el móvil en el bolso, pero me llegó un mensaje. Volví a sonreír al ver que era de Carolina, mi amiga y la madre de Paula, mi alumna.

Carolina: *Hola, preciosa. Como te prometí voy a pasarte el parte de mi pequeña. Paula está mejor, al menos no ha ido al baño en unas horas. Parece que se ha calmado, pero no quiere comer nada. Le estoy dando líquidos y muy poco a poco. Por lo demás está estable. Me ha dicho que te dé muchos besos y abrazos porque eres muy buena y te quiere mucho.*

Erika: *Cómo me alegro de que se mantenga estable, a ver si aguanta y mañana se levanta mejor. Con la mejoría llegarán las ganas de comer. Devuélvele todos los besos y los abrazos y dile que yo también la quiero mucho. Le mando muchos ánimos. Paula, cariño, eres muy fuerte y vas a ganarle al virus. Cuídate mucho y descansa, hasta que te recuperes del todo.*

Nos enviamos unos cuantos mensajes más y nos despedimos. Una vez terminé, entonces sí que guardé el móvil en el bolso y caminé directa hacia la entrada del parque de bomberos.

En un principio no quise entrar por la puerta grande que estaba plegada hasta la mitad, pero al final no me quedó más remedio porque probé a entrar por una de tamaño normal, desde la que se veía un mostrador, pero esta estaba cerrada.

Entré con cuidado por un lateral del gran hueco de la puerta plegada, portón o lo que fuese, mirando hacia todos los lados.

—¿Hola? —alcé la voz.

En cuanto di varios pasos dentro un hombre salió a recibirme.

—Hola —me saludó, caminando hacia mí.

—Hola —le correspondí.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Perdón, no sé si se puede entrar aquí. Es que he ido a la otra puerta y está cerrada.

—Porque Rebeca ya se ha ido. Es nuestra recepcionista y chica para todo, como dice ella.

Sonrió y le devolví el gesto.

—Aquí no suele entrar nadie. No es lo normal, pero porque no vienen a visitarnos. —Me hizo un guiño—. No te preocupes —añadió.

—Vale. Gracias. —hice una pequeña pausa—. He venido a ver a una persona.

—¿A quién? —Se interesó.

—¿Erika?

Al escuchar mi nombre y una voz que me sonó, me giré hacia la derecha. En cuanto vi al hombre que caminaba hacia nosotros entendí porque, era Tomás, el amigo de Andrés.

Recordaba poquísimo de él de la noche del restaurante, por no decir que después de los primeros minutos de su presentación no me venía ningún recuerdo más de esa noche.

—Hola —me saludó, al pararse frente a mí.

—Hola.

—¿Qué haces aquí? Te he visto de refilón y me he dicho, es imposible que sea Erika.

—¿Os conocéis? —preguntó el bombero que me había atendido.

—Sí —le contestó Tomás—. Es una amiga.

Lo miré sonriendo.

—De acuerdo. Te dejo en muy buenas manos —me dijo el primer bombero y amplié la sonrisa.

—Adiós y gracias.

—No hay de qué. Hasta otro momento.

Me quedé sola con el amigo de Andrés, mientras el otro se alejaba silbando.

—No te acuerdas mucho de mí —afirmó, con diversión.

—Perdona —reí nerviosa—. Algo sí, sé que eres uno de los amigos de Andrés. Estabas con él la noche del restaurante japonés, ¿verdad? A ver si estoy equivocándome. Es que el vino no me sentó muy bien y me afectó bastante, por eso no me acuerdo de muchas cosas.

—Exacto, soy amigo de Andrés —me confirmó, sonriendo—. Tomás.

Me ofreció una mano y se la acepté.

—Me acuerdo de cómo te llamas. Supongo que ahí tuve un momento de lucidez —reímos—. Hola, Tomás. Perdona la primera impresión que te llevaste de mí.

—No tienes que disculparte. ¿A quién no le ha sentado mal alguna vez la bebida? —me preguntó con un guiño.

—Lo que no quita que siga dándome vergüenza —reí nerviosa y él sonrió—. He venido a ver Andrés. ¿Es posible? Quiero decirle algo.

—Has tenido suerte.

—¿Por qué?

—Porque ayer comenzaron sus cinco días de descanso, pero aun así está aquí —comentó con humor—. Pero no para trabajar. Es solo que no puede vivir sin nosotros.

—Me lo imagino —dije de la misma manera—. Pues sí que he tenido suerte.

Sonreí.

—Acompáñame.

Se giró y comenzó a caminar por la nave.

Me puse a su lado, mirando hacia todos los lados y al techo alto. El espacio era muy, muy amplio. Había un camión hacia un lado y esta parte de la nave daba a una zona trasera descubierta, donde se veían más camiones.

Hacía ahí se dirigió Tomás.

En cuanto salimos escuchamos las voces de varias personas.

Mis nervios fueron aumentando y me pregunté varias veces por qué había venido. Podía haber dejado las cosas como estaban y darle las gracias a Andrés, si me encontraba en algún otro momento con él. Sin importar el cuándo ni el cómo.

Ya no había vuelta atrás, y menos la hubo cuando los cuatro hombres que hablaban y reían entre sí se quedaron callados de golpes, mirándonos.

Todos los ojos se posaron en mí, pero solo los de un hombre me pusieron atacada de los nervios. Andrés me atrapó con su mirada y tragué saliva, sin saber cómo actuar, ahora que lo tenía delante.

Nos paramos a unos pasos de ellos.

—Chicos, os presento a Erika —dijo Tomás—. Pero no os hagáis ilusiones vosotros tres, está aquí por Andrés.

—Joder, ¿por qué siempre tienes que salir ganando, tío? —se quejó uno de ellos, en broma.

En broma porque los otros dos rieron, mientras que el que había hablado sonreía con picardía, mirando a Andrés.

—Porque soy el más guapo de todo el parque —le soltó Andrés.

Sus compañeros rieron con más ganas. A mi lado escuché la risilla de Tomás. Y mientras tanto, Andrés no apartó la vista de mí, en ningún momento.

—Hola —los saludé.

Me correspondieron y después de decirme que disfrutara del parque de bomberos y de la compañía, los tres hombres que estaban con Andrés se fueron.

—Yo os dejo también —comentó Tomás—. Quiero terminar de hacer unas cosas antes de acabar el turno. ¿Te espero? —le preguntó a Andrés.

—Claro —le respondió este.

—De acuerdo. Si acabo antes iré al bar de Pedro.

Andrés asintió.

—Ha sido un placer volver a verte, Erika —se dirigió a mí.

—Igualmente, Tomás, aunque no me acordara mucho de ti.

Rio.

—Eso tiene fácil solución, la noche del restaurante japonés quedamos en que saldríamos otra a cenar.

—Vale.

Sonreí, encantada con la idea.

—Adiós, preciosa.

En esta ocasión se olvidó de darme la mano, para darme dos besos.

Tomás se fue, dejándonos a Andrés y a mí solos. Dirigí la mirada hacia él.

Me había quedado completamente en blanco, no supe qué decir o qué hacer, por lo que agradecí que Andrés salvara la situación.

Se puse frente a mí con varios pasos.

Capítulo 15



Andrés

—Menuda sorpresa —dije.

—Sí. Espero que no te moleste que haya venido, y sin avisar.

—Claro que no.

—Vale —suspiró—. Quería…

—Ven.

No la dejé continuar, la interrumpí a propósito porque intuí lo que iba a decirme y no quería que terminara tan pronto.

Verla aquí había sido una gran sorpresa, ni siquiera había imaginado que algún día podía presentarse aquí.

Le puse una mano en la espalda y la empujé ligeramente, cuando comencé a caminar.

—¿Dónde vamos? —Se interesó.

Estaba nerviosa, era muy evidente.

—¿Has estado alguna vez en un parque de bomberos?

—No.

—Eso pensaba. ¿Te gustaría que te lo enseñara?

—¿Puedes? Quiero decir, como tus compañeros están trabajando…

—No hay problema, siempre y cuando vayas con alguien autorizado.

—¿Y tú lo eres?

—Soy el capitán de todos, así que…

Erika se paró, mirándome sorprendida.

—¿Eres el capitán de bomberos? —me preguntó.

—Eso he dicho.

Sonreí.

—Suena a importante.

—Según para a quién se lo preguntes. Los chicos te dirán que sí, porque soy su superior, pero en cambio, yo, te diré que soy uno más.

Le hice un guiño.

—Por si te lo estás preguntando, por encima de mi cargo solo está el comandante, o lo que es lo mismo, el jefe de bomberos.

—Vaya.

—Pero como he dicho, yo no me veo ni me siento diferente. Soy como cualquier de mis compañeros.

Asintió y seguimos caminando.

La llevé por todos los espacios del parque, mientras ella sonreía admirándolo todo. Erika se decepcionó con mi respuesta a su pregunta de si teníamos la típica barra o tubo de descenso. Le dije que no, que la nave estaba equipada con otro tipo de salidas más rápidas y modernas.

En el recorrido le conté varias anécdotas que la hicieron reír. Nos encontramos con varios bomberos que nos saludaron y a la mayoría de ellos los vimos en la sala de descanso.

—Se nota el respeto que te tienen —me dijo.

—¿Tú crees? —le pregunté con diversión.

—Lo sabes de sobra —rio.

La observé sonriendo y le di la razón con mi silencio.

—¿Tienes más tiempo? —le pregunté, cuando ya se lo había enseñado todo.

—¿Para qué?

—Para invitarte a un café o a lo que quieras.

—Ni siquiera te he dicho para lo que he venido.

Negó, sonriendo.

—Déjame invitarte y me lo dices. ¿Qué te parece? Así me cuentas también cómo te levantaste al día siguiente de la noche que nos vimos y qué tal te han ido estos días.

—¿Te interesa? —me preguntó, bajando el tono de voz.

—Si no fuera así no habría sacado el tema. ¿No crees?

—Supongo. Quiero decir, sí. Es que…

—¿Qué?

La miré de reojo, mientras nos acercábamos a la puerta de entrada al parque.

—Que no nos conocemos. Yo menos que tú a mí, porque tú recuerdas bien la noche del restaurante japonés —suspiró—. Yo sé lo que me han contado mis amigos y los trozos que me vienen a la memoria, en forma de imágenes. Aunque son muy pocas.

Se encogió de hombros y continuó.

—Pero por otro lado siento que, aunque no te conozco, al mismo tiempo sí que lo hago. Es un podo lioso, no sé si me entiendes.

—Te entiendo perfectamente porque me sucede lo mismo que a ti.

—¿De verdad?

Se giró hacia mí, para quedarse enfrente.

—Sí. Yo también siento una conexión especial, o distinta, como quieras decirle. Es como si te conociera de más tiempo, pero cuando lo pienso es una locura porque solo nos hemos visto dos veces. La primera en el incendio, pero, a pesar de lo poco que hablamos y de la situación, ahí también lo noté. No te lo sé explicar mejor.

—Acepto la invitación.

Sonreí de medio lado.

—Estupendo. Dame unos minutos, voy a despedirme de los chicos y vuelvo rápido.

Caminé hacia atrás, sin dejar de mirarla.

—Ve tranquilo, no voy a moverme de aquí. A no ser que venga un camión y tenga que apartarme, porque no me apetece que me encuentres aplastada —dijo con diversión.

Solté una carcajada y me giré, después de hacerle un guiño.

Caminé directamente hacia la sala en la que estaban descansando los chicos y como cuando me asomé con Erika, encontré a la gran mayoría juntos.

Me despedí de ellos durante los siguientes días, ya que yo los tenía de descanso, después de varios seguidos sin parar.

Les dije y repetí que, aunque no estuviera en el parque, continuaría estando al día de todo lo que pasaba aquí, por lo tanto, que cualquier cosa que necesitaran me lo comunicaran.

Sabía que como mucho me resistiría un día, al siguiente vendría a dar una vuelta. Era una buena excusa.

Pocos minutos después volví junto a Erika y salimos de la nave. En la calle, caminamos por la acera.

—¿Qué te apetece más, café o cerveza? Para ir a un sitio u a otro. Cerca de aquí está el bar de Pedro en el que he quedado con Tomás y una cafetería a la que también solemos ir mucho. O si te da igual, en el bar tienes las dos opciones de bebida.

—El bar me parece genial para todo, pero ahora el café está descartado para mí. Me lo tomo solo por las mañanas, así que me sentará bien una cerveza o un refresco.

Eran las seis y media de la tarde.

—Pues vamos hacia allí. Tomás todavía está en el parque, tardará aún un rato en aparecer. Si no te importa, claro.

—No. Está bien así.

Sonrió.

El bar de Pedro se encontraba a una calle de distancia, no tuvimos que andar mucho. Le conté a Erika que Pedro era un buen amigo y que su bar era un punto de encuentro y reuniones de todos los bomberos, en sus diferentes turnos. También le dije que muchas noches de guardia Pedro alargaba el cierre para dejarnos comida preparada.

—¿Te importa si nos quedamos en la terraza? —me preguntó.

—Claro que no, a mí también me apetece estar al aire libre. Hace una tarde muy buena.

Sonrió.

Ocupamos una mesa y Mireia, la mujer de Pedro, se acercó a nosotros enseguida.

—Hola, Andrés. Qué bien acompañado te veo.

Me levanté para darle un abrazo e hice las presentaciones.

—Es Mireia, la mujer de Pedro. Ella es Erika.

—Encantada.

—Igualmente —le correspondió Erika.

Se levantó para darle dos besos y volvimos a sentarnos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté— No es muy normal verla con la libretita —le comenté a Erika.

—Solo me lio así cuando algún trabajador no ha podido venir.

—¿Es el caso? —me interesé.

—Sí, mi querido maridito.

Puso los ojos en blanco, haciendo una broma. Después me guiñó un ojo.

—Ha tenido que irse y me he quedado cubriéndolo. Tenía cita con el fisioterapeuta.

Asentí.

—¿Qué queréis tomar?

—¿Cervezas? —le pregunté a Erika.

—Sí.

—Estupendo. Ahora vuelvo, chicos.

—Andrés, antes de dejar pasar más el tiempo quería darte las gracias.

—¿Por qué?

Me hice el despistado.

—Por todo lo que has hecho por mí, las veces que nos hemos visto.

Se sonrojó ligeramente.

—Te lo agradezco, pero no hace falta.

—Bueno, yo quería decírtelo. Fran y Raúl me contaron cómo fue la noche y tenía esa necesidad. Todavía no entendiendo cómo me afectó tanto el vino.

Sacudió la cabeza.

—No soy de beber mucho, algunas cervezas entre semana, si encarta, y unas copitas los fines de semana, cuando quedo con mis amigos. Pero hacía mucho tiempo que no me afectaba tanto el alcohol, y eso que no llegué ni a las copas.

—No siempre cae de la misma manera, te sentó mal y no hay que buscar una explicación. Simplemente ese día tu cuerpo estaba diferente.

—Sí —sonrió con timidez—. También quiero pedirte disculpas.

—¿Y eso? —Arqueé una ceja.

Mireia apareció con los botellines de cervezas, pero nos dejó enseguida solos.

Tuve que hacer un esfuerzo para no reírme, por los gestos de aprobación que me hizo a la espalda de Erika, mientras la señalaba.

—No quiero que te disculpes por nada —le dije a Erika, centrándome únicamente en ella.

Me adelanté a que hablara de nuevo.

—Sé por dónde vas a ir y no tienes por qué. Te lo aseguro.

—Es que creo que me tomé demasiadas confianzas esa noche. Cada vez que pienso en lo que me contaron Raúl y Fran, y en lo poco que recuerdo.

Negó con la cabeza.

—Erika, estabas muy afectada por el vino. Si con lo de las confianzas, a una de las cosas que te refieres es a que terminaste una buena parte de la noche sentada sobre mis piernas, abrazándome, te repito que no tienes que preocuparte. No sé cómo va a sonarte esto, pero disfruté de cada segundo de tenerte tan cerca.

Erika abrió los labios, pero volvió a cerrarlos. Lo hizo varias veces, sin llegar a arrancar para hablar.

Cogí el botellín y me lo llevé a los labios. Bebí un sorbo de cerveza, sin apartar los ojos de los suyos.

—Así que quédate tranquila —insistí—. Por mí está todo más que bien.

Le hice un guiño.

—Yo… Gracias.

—¿Puedo secuestrarte el resto del día?

—¿Cómo?

Habló entre sorprendida y divertida.

—No tengo que trabajar y…

—Tomás me lo ha dicho. Tienes unos días libres.

—Sí —sonreí—. Solo te quitaría la tarde de hoy y una parte de la noche. ¿Qué me dices? Me apetece mucho.

—Me gustaría —aceptó.

—Estupendo. A ver qué te parece… nos tomamos las cervezas, mientras tanto llegará Tomás. Estamos un rato con él y después me acompañas a mi casa. Tengo que sacar a Bo, es mi perro. Con una vuelta a la calle tendrá suficiente, hasta que vuelva a sacarlo por la noche, pero eso será cuando ya no estés. Cuando acabemos te invito a cenar y la noche termina llevándote a tu piso.

—Suena muy bien.

Capítulo 16



Erika

—Brindo por eso —dijo Tomás.

Sonreí viéndolos a él y a Andrés bromeando.

Me parecía mentira haber terminado con ellos, en la terraza del bar al que venían habitualmente.

Y no solo eso, porque cada vez que pensaba en todo lo que me había dicho Andrés, en lo que quería hacer en mi compañía cuando nos fuéramos del bar…

Joder, que iba a estar en su casa, aunque era lo justo porque él estuvo en mi piso. A pesar de que no me enteré.

—¿Te parece bien?

—¿Qué? —le pregunté a Andrés.

Él y Tomás me miraban, esperando una respuesta.

—Perdón, estaba despistada.

—Te he preguntado si te parece bien irnos —repitió.

—Ah, por mí sí.

Asentí.

Andrés me sonrió, mientras se levantaba. Se fue al interior del bar, sacando la cartera. Intenté levantarme para pagar yo, o al menos intentarlo, pero con un gesto me dejó claro que no me moviera.

Al final fue lo que hice, quedarme en mi silla.

—Gracias, Erika.

Las palabras de Tomás me pillaron por sorpresa.

—¿Qué he hecho? —le pregunté.

—Hacer feliz a mi amigo.

Sonrió.

—Yo… yo no…

—No digas que no, tú también has visto todo lo que ha sonreído y reído.

—Lo dices como si fuese algo que no suele hacer —comenté extrañada.

—Desde hace unos años no. En el punto en el que está ha ido recuperando algo de su carácter, volviendo a ser él, pero desde la noche en la terraza del restaurante japonés, en la que coincidimos, el cambio ha sido brutal. Por eso te doy las gracias, porque el motivo eres tú. Y gracias de nuevo por pasar el resto del día y parte de la noche con él, eso lo ha animado mucho.

—No tienes que agradecerme nada —le dije, mirando de reojo hacia la puerta del bar.

No quería que Andrés saliera y nos pillara hablando de él.

—Yo también me siento muy a gusto con Andrés y quiero pasar tiempo a su lado. Me apetece conocerlo y darme a conocer —sonreí—. ¿Tengo que preocuparme por algo de lo que he interpretado de lo que has dicho?

—No puedo decirte nada por respeto a mi amigo, solo que… lo cuides, Erika. Es lo que más necesita Andrés. No lo ha pasado nada bien, ha vivido un horror y todavía está saliendo de él. Todos los que lo queremos tenemos la esperanza de que terminará saliendo del todo, aunque le lleve su tiempo.

Fruncí el ceño. La sensación que tuve no me gustó nada, poque me hizo sentir mal por Andrés. No podía ni imaginar por dónde iba Tomás, pero estaba claro que era algo demasiado serio, tanto que él no podía contarme nada más para no traicionar a su amigo.

Cuando Tomás carraspeó supe que Andrés se acercaba, por lo que la conversación había terminado. Tampoco creía que Tomás me dijera algo más.

—Ya estoy —dijo sonriente Andrés.

Levanté la mirada para mirarlo a la cara, o más bien para fijarme en la curva de sus labios. Era muy bonita, increíble porque le sentaba de maravilla.

Me dije que no era justo que algo, lo que fuera, le borrara ese gesto tan atractivo y suyo. Porque cuando Andrés sonreía te atrapaba, sin remedio. Al igual que cuando te observaba fijamente. Tenía un gran magnetismo y su atractivo jugaba a su favor.

No se lo había reconocido, pero debía darle la razón. Estoy refiriéndome a la primera vez que lo vi vestido con el uniforme de bombero, en medio de un infierno. En aquel momento de hacía años Andrés me dijo, para captar toda mi atención en la azotea de mi edificio, en un momento crítico de pánico, que tenía delante de mí al tío más guapo que había visto en mi vida.

Y era una gran verdad.

—¿Todo bien? —me preguntó Andrés, cuando estuve demasiado tiempo mirándolo.

—Sí.

Sonreí. Me colgué el bolso para levantarme y me quedé a su lado de pie.

—Bueno, chicos, pasad el resto del día bien —nos dijo Tomás—. Hablamos mañana —se dirigió a su amigo—. Y ni se te ocurra pasarte por el parque. —Elevó las cejas—. Como te vea o los chicos me digan que has estado, iré a tu casa y te ataré a la cama. Tranquilo, te dejaré cómodo y bien atendido.

Terminó con un guiño y soltando una carcajada, cuando Andrés le dio una colleja.

—Erika, preciosa, me ha encantado verte hoy.

—A mí también.

—Espero que se repita.

—Por supuesto.

Nos dimos un abrazo y un beso en la mejilla. Andrés y él también se abrazaron, pero antes de que tomáramos caminos diferentes, Mireia salió para despedirse también.

—Espero que te haya gustado tanto este sitio y estos chicos, que vuelvas a menudo —me dijo.

—Volveré.

Una única palabra que englobaba mucho. Mireia sonrió con satisfacción y me abrazó como última despedida.

—Chica lista. Yo también volvería, una y otra vez, y entiendo que solo lo hagas por uno de mis chicos. Te llevas al mejor —me susurró al oído.

—¿Qué le has dicho? —le preguntó Andrés con curiosidad, cuando nos separamos.

—¿Yo? —Se señaló Mireia— Nada.

—Ya… —habló de nuevo él.

Lo que me delató fueron los colores de mi cara. Me ruboricé por las palabras de Mireia.

Al cabo de unos minutos ella entró en el bar, Tomás caminaba hacia su vehículo, en una dirección diferente a la que íbamos Andrés y yo, y nosotros llegamos al coche de Andrés.

Nos montamos en él y nos dirigimos a su casa. Mis nervios aumentaron.

—¿No tenéis aparcamiento en el parque? —le pregunté, por sacar un tema de conversación.

Necesitaba centrarme en algo, para dejar de pensar.

—Sí, pero yo no he entrado para el rato que iba a estar y Tomás lo ha sacado al terminar el turno, antes de venir al bar.

—Vale.

—¿Estás nerviosa?

—No.

Giré la cabeza hacia él.

—Estás muy tensa y seria, de repente.

—Bueno, vale, estoy muy nerviosa —admití, con un bufido.

Andrés soltó una carcajada y las palabras de Tomás vinieron a mi cabeza. Sonreí.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Porque no puedo evitar ponerme nerviosa estando contigo —contesté hablando más bajo—. Pero al mismo tiempo me calmas. ¿Tiene sentido?

—Para mí sí. Sé de lo que hablas.

—¿A ti también te pasa?

—Si fuera así ¿por qué te sorprendes tanto? No es raro.

—Es que no lo aparentas, se te ve tan tranquilo siempre.

—Defecto de profesión.

Me miró de reojo, sonriendo. Le devolví la sonrisa.

—Si no supiera mantener el control de mis emociones mal me iría al hacer mi trabajo.

—Tienes razón —suspiré—. Aún me acuerdo cómo me calmaste en la azotea de mi edificio, cuando se quemaba. Me despistaste lo suficiente para conseguir lo que necesitabas.

—Suelo conseguir lo que quiero.

—Pensaba que ibas a meter en esa frase el siempre.

Sonreí.

—A veces no se puede tener lo que quieres, por mucho empeño que le pongas. Hay cosas que no depende de uno.

Me quedé callada. Tuve la sensación de que de golpe estábamos hablando de algo importante para él, algo que tenía que ver con lo que me había dicho Tomás, por lo que preferí dejar que fuese Andrés quién hablara.

No lo hizo, se mantuvo en silencio, pensativo, una buena parte del trayecto. En algún punto su actitud volvió a cambiar, para bien. Regresó el Andrés que conocía, pero en mi cabeza no dejaba de darle vueltas a lo que podía estar pasándole.

¿Por qué tenía la necesidad de ayudarlo? ¿Por qué me importaba tanto, cuando lo conocía desde hacía muy poco? ¿Era empatía o algo más?

Aunque no lo miré de nuevo noté con más fuerza su presencia a mi lado.

Al cabo de unos minutos Andrés aminoró la velocidad y me fijé bien en la calle por la que pasábamos. Había casas a ambos lados de la carretera, esta era de un único sentido. La mayoría de las viviendas eran de doble altura.

Unos metros más adelante Andrés frenó y giró hacia la izquierda, hacia su casa. Nos quedamos frente a una gran puerta de hierro que enseguida comenzó a deslizarse, cuando la activó con un mando. Me fijé que a un lado de esta había otra puerta de tamaño normal, para entrar a pie.

Era una vivienda de las de doble altura y mientras recorríamos el camino asfaltado que llevaba en línea recta hasta la parte delante de la casa, me quedé observando la fachada y las zonas verdes que la rodeaban.

—Bienvenida a mi casa —me dijo, al apagar el motor.

—Es preciosa y con mucho terreno.

—Gracias. Me alegro de que te guste. Es mi pequeño paraíso, he trabajado mucho aquí.

—Me encantan las zonas verdes de alrededor, tienes mucho espacio por todos lados —comenté, saliendo del coche—. Y privacidad —añadí.

Andrés lo rodeó el vehículo y se puso a mi lado.

—No te asustes.

—¿Cómo?

Lo miré extrañada.

No entendí lo que quiso decirme, ni su sonrisa de medio lado, hasta que varios ladridos fuertes cortaron el silencio.

—Ay, la Virgen. —Agrandé los ojos.

Andrés soltó una carcajada.

Un perro grande venía corriendo hacia nosotros, directo. ¿O venía hacia mí? Por si acaso me puse a cubierto detrás de Andrés y me agarré de su camiseta, con lo que le provoqué más risas.

Capítulo 17



—Ay…

Di una vuelta completa llevándome a Andrés conmigo, sujetándolo con fuerza por la espalda. Él no podía parar de reír, mientras que su enorme perro giraba con nosotros, buscando la forma de llegar a mí.

—¿Te das cuenta de que para él es un juego? Si lo que quieres es que te deje tranquila, estás haciendo todo lo contrario.

—¡Por Dios, Andrés! ¡Qué es gigante!

—¿Qué dices? —rio con más fuerza— Es un perro de tamaño grande, pero dentro de la media.

—Entonces es por su boca abierta y esos dientes que se ven —lloriqueé—. Quiere morderme.

Si no hubiera tenido a Andrés bien agarrado de la parte de atrás de su camiseta, se habría doblado de la risa. Por cada reacción del dueño el perro ladraba más y a mí se me descomponía muchísimo más el cuerpo.

Su ladrido era terrorífico. Eso mismo le dije a Andrés y poco falto para que se lanzara al suelo para revolcarse por él, mientras continuaba riéndose. No lo entendí y bufé, varias veces.

—Para —me pidió, cuando estaba tranquilizándose.

—¡No! ¡Abre la puerta de casa!

—Va a entrar igualmente, tiene otro camino para hacerlo —comentó con diversión.

—Pero ¿dónde me has traído? —me lamenté.

—Joder, Erika, para un momento. No pudo más.

Se sujetó la barriga.

Lógicamente no le hice caso y mantuve su cuerpo entre su perro y yo.

—¿No te obedece? Dile algo —le pedí, o más bien le supliqué.

—¿Quieres que le hable?

—¿En serio? Como si quieres cantarle. —Bufé—. Mientras llames su atención y solo se fije en ti…

—Bo, para —le dijo con determinación.

Me quedé asombrada, por lo que me asomé por el costado de Andrés. Abrí los ojos al máximo al ver al perro sentado frente a él, con la lengua fuera, respirando acelerado, y moviendo la cabeza de un lado al otro.

—No me lo puedo creer… —hablé alucinada—. ¿Así de fácil?

Miré a Andrés, quién tenía los labios apretados, conteniéndose para no reír.

—Así de fácil —me confirmó.

—¿Y por qué no lo has hecho antes? —alcé la voz, sofocada.

—Porque ha sido divertido.

Me hizo un guiño y rio. Al principio lo miré como si quisiera hacer desaparecer su cuerpo, pero poco tarde en unirme a sus risas. Fueron contagiosas y una vez controlada la situación, esta no era para menos.

Me encantó reírme con él, verlo tan relajado y contento.

—Bo —dijo cuando nos tranquilizamos.

Me pegué a su lado. Me rodeó los hombros con el brazo, lo que agradecí.

El perro, al escuchar su nombre, movió el rabo de un lado al otro, con más energía. Miraba fijamente a Andrés.

—Ella es Erika. —Ladró—. Tienes que protegerla y cuidarla, ¿de acuerdo? —Otro ladrido—. Dale la bienvenida.

—No hace…

No me dio tiempo a terminar de hablar, Bo se levantó de inmediato, para cumplir con las palabras de su dueño, como si lo hubiese entendido todo. Que no digo que fuera de esa manera, pero me pareció tan curioso, increíble y bonito.

Bo se acercó a mis piernas y la apoyó de lado, lo que me enterneció.

—Ay, qué bonito —dije.

—Puedes tocarlo, no va a hacerte nada.

La seguridad de Andrés me llevó a colocar la palma de la mano en la cabeza de Bo, con cuidado y despacio. El perro me hizo coger confianza enseguida y que levantara los ojos hacia mí, para mirarme sin moverse, como si supiera que podía asustarme, terminó de convencerme y conquistarme.

—Eres muy guapo.

Ladró y sonreí.

—¿Ya no te parece tan terrorífico su ladrido?

—Que va, es un angelito —hablé con una gran sonrisa.

En los labios de Andrés apareció una gran sonrisa, de oreja a oreja, y a mí me pareció lo más bonito, por encima de muchas cosas.

—Lo es. Lo descubrirás por ti misma.

Me hizo un guiño.

—Vamos.

Me pidió que lo siguiera y lo hice. Bo también, a mi lado.

—No te extrañe que no se separe de ti —comentó Andrés—. Ahora es tu protector y cuidador.

Me miró por encima de su hombro y rio al ver mi cara de sorpresa.

—¿En serio?

—Ya lo verás.

Abrió la puerta y entramos al interior de la casa.

—Vaya…

Fue mi primera impresión, quedarme sin palabras al ver el espacio abierto, grande y precioso que se presentó ante mí, después de pasar por el recibidor donde dejé la chaqueta y el bolso.

—¿Eso es bueno? —me preguntó.

—Buenísimo —le aclaré, sonriendo.

Asintió sonriendo.

—¿De verdad no va a separarse de mí? —le pregunté, mirando a Bo.

Se había sentado a mi lado, pegado a mi pierna.

—Si tú o yo no le decimos que puede hacerlo, no.

—Joder.

Le acaricié la cabeza sin miedo, pero con prudencia. Bo recibió la muestra de cariño encantado, lo que me dio confianza.

—Puedes irte —le dije.

Pero no se movió. Miré a Andrés.

—Bo, ya.

Con esa simple orden, o lo que fuera, Andrés consiguió que Bo se alejara de nosotros. Fue hacia su cama acolchada y se tumbó en ella, pero sin perdernos de vista.

—Joder, qué fácil.

—Le pillarás el truco.

—¿Voy a venir muchas veces? —le pregunté con interés y con nervios.

—Todas las que quieras.

—Gracias —susurré.

Durante unos segundos no hicimos otra cosa que mirarnos.

—¿Te apetece beber o comer algo?

—Estoy bien. Andrés.

—¿Sí?

—Hemos venido a sacar a Bo, pero con todo el terreno que tiene para salir y correr aquí, cuando le apetezca, ¿lo sacas a la calle?

—Sí —me confirmó, acercándose.

—¿Por qué?

—Porque lo tengo acostumbrado así y somos un perro y un hombre de costumbres —me contestó con un guiño—. Aunque no te lo creas le viene bien despejarse de lo que ve cada día y conoce.

—Claro, imagino que sí. Yo también querría salir, por muy grande y bonito que fuese todo. Permanecer en un sitio durante mucho tiempo da la sensación de estar encerrado, aunque tenga mucho espacio es siempre el mismo.

—Exacto. Además, nos gusta pasar tiempo juntos dando largos paseos y también me acompaña cuando salgo a correr. Nos adaptamos a mis turnos de trabajo y salimos antes de irme o cuando llego a casa. Aunque a veces me lo llevo conmigo al parque de bomberos.

—¿Y si está esperando un paseo largo ahora?

Miré a Bo.

—No te preocupes, él sabe cuándo sí y cuándo no. Nunca se queja, para él lo importante es salir, sean diez minutos o más de una hora. Lógicamente se lo pasa mejor cuanto más tiempo estemos fuera, pero es lo que hay cuando no se pude.

Sonreí y estuve a punto de reír.

—¿Qué te hace gracia?

—Me he imaginado en este salón a Zeus y a Bo, lo que pasaría si se juntaran.

Solté una carcajada.

—Por cómo lo has dicho tu gato estaría todo el rato huyendo, escondiéndose en las alturas, mientras que Bo lo perseguiría para jugar con él, y esperaría pacientemente en el suelo, a que bajara.

Me hizo un guiño.

—¿Bo no le haría nada?

—No.

Su respuesta fue rotunda.

—Pues de Zeus no puedo decir lo mismo, a lo mejor Bo se llevaba algún arañazo.

Negué con la cabeza.

—No subestimes el poder de mi perro —me pidió con un guiño—. Es capaz de conquistar a cualquiera, por complicado que sea. Mírate a ti.

—¡Oye!

Rio y sonreí.

—¿Tienes que ir al baño antes de irnos?

—No me vendría mal.

—La primera puerta.

Señaló hacia la parte que se dividía en una escalera ancha y en un pasillo en el que había diferentes puertas.

—Gracias.

Me dirigí hacia el baño y al entrar me quedé enamorada de la decoración y de lo espacioso que era. Era completo, con una bañera preciosa. Hice lo que necesitaba hacer y me lavé las manos observando mi imagen en el espejo.

Tenía tantas ganas de conocer más a Andrés. El tiempo que habíamos estado en el bar de su amigo Pedro no hablamos mucho de nosotros. Ni siquiera le había dicho cuál era mi trabajo, por ejemplo.

Fui yo la que impedí que profundizáramos en nosotros, ya que le hice muchas preguntas sobre el parque de bomberos y sobre su profesión, la que me creaba mucho interés y miedo, también.

Y después llegó Tomás y ya nos centramos en hablar con él de un poco de todo, pero nada sobre nosotros.

Solté un suspiro mientras me secaba las manos, pensando en que me parecía mentira estar en la casa del bombero que me rescató de un incendio varios años atrás.

Todo se había dado de una forma tan casual e imprevista… Era increíble y al mismo tiempo lo sentía tan natural todo. No sabía cómo sentirme, aunque cuando Andrés estaba cerca de mí me transmitía mucha calma y seguridad.

Cuando salí del baño me encontré a Andrés y a Bo cerca de la puerta de la casa, preparados para salir. Bo llevaba su correa.

Sonreí.

—¿Hay algún parque por aquí para Bo? —le pregunté.

Me puse la chaqueta en el recibidor, pero el bolso lo dejé donde estaba. Andrés me dijo que no cargara con él, ya que no era necesario.

—A unas pocas calles de distancia —me contestó—. Para las veces que las salidas tienen que ser cortas vamos ahí.

—Lo tenéis cerquita.

—Sí. ¿Ya?

Asentí y salimos. Bo se separó de nosotros para correr por el camino asfaltado, yendo directo a la puerta de hierro. Nos esperó junto a ella, sentado.

Capítulo 18



—Estoy pensando en algo, pero no sé si es pasarme —comentó Andrés, con un pequeño carraspeo.

—¿En qué? —pregunté con curiosidad.

Caminábamos por su calle, de regreso del paseo. Al final habíamos estado más tiempo del que me dijo Andrés, pero porque yo se lo pedí.

Bo estaba pasándoselo bien, jugando con otro perro, y me supo mal que le metiera prisa por ir a cenar conmigo.

Aparte, habíamos estado muy bien en el parque, sentados en un banco y con una temperatura muy buena.

Los primeros minutos estuvimos solos, pero llegaron varios conocidos de Andrés, con sus perros, y se unieron a nosotros.

—Se ha hecho más tarde de lo que pensaba y me preguntaba si te apetecería cenar en mi casa, más que ir a un restaurante. Podemos pedir la cena, eso si no quieres que te lleve ya a casa. No te sientas en un compromiso para quedarte, no quiero modificar tu rutina entre semana. Mañana tienes que madrugar para ir a trabajar.

—Todavía es pronto, e igualmente si me voy tengo que cenar en el piso.

Me encogí de hombros.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un, me apetece cenar en tu casa.

—Estupendo.

Sonrió.

Llegamos a la gran puerta de hierro de su propiedad, pero la pasamos de largo para entrar por la pequeña, por donde salimos.

Recorrimos rápido el camino hasta la casa y una vez dentro, me pidió que me pusiera cómoda, después de quitarme la chaqueta y dejarla colgada en el recibidor.

—Estoy bien —le dije.

—Como quieras.

Asintió.

—¿Qué te apetece cenar? Ya que te he secuestrado lo dejo a tu elección.

Me hizo un guiño.

—Pues como es mi elección quiero que decidamos los dos.

Le devolví el gesto, exagerándolo. Andrés rio.

—A mí me da igual, ahora mismo no tengo ni una preferencia.

—Pues estamos apañados, porque yo estoy igual —suspiré.

—A ver, voy a dar tres opciones y cuando termine, cada uno elegiremos un número, sin pensar. Cuando lo tengamos nos lo jugamos a piedra, papel y tijera.

—Estás de broma —le dije divertida.

—En absoluto. —Elevó las cejas—. ¿Preparada?

—Sí —reí.

—El numero uno será comida mexicana, el dos comida japonesa, y el tres pizzas. ¿Bien?

—Sí —volví a confirmar y sonreí.

—A la de tres decimos los números. —Asentí—. Uno, dos y… tres.

—Uno —dije rápido

—Tres.

Reímos.

Bo ladró, dando una vuelta completa sobre sí mismo.

—Vamos con el piedra, papel o tijera.

Intenté no reír.

Nos llevamos las manos a la espalda y mirándonos fijamente, después de que Andrés hablara, sacamos las manos rápido.

—¡Síííí! ¡He ganado! —grité, levanto los brazos.

Terminamos riéndonos y de esa manera fuimos a la cocina.

—Sírvete tú misma lo que te apetezca. En la nevera hay refrescos, cervezas, agua, aunque también tienes natural si lo prefieres, y vino. Si te apetece una copita tengo que ir al garaje a por una botella, allí tengo como una mini bodega.

—Con un refresco me va bien.

—Genial. Sácame otro a mí.

Fui hasta la nevera, mientras Andrés se encargaba de cambiarle el agua a Bo y de ponerle la comida en el plato.

—Gracias —me dijo, cuando le di la lata de refresco—. Vamos al sofá y pedimos la comida mexicana desde allí.

—Vale.

Me sentía muy animada y a gusto, me encantaba pasar tiempo con Andrés.

Nos sentamos al sofá y después de dar varios tragos a los refrescos, los dejamos en los posavasos decorativos que había en la mesa baja de enfrente.

Andrés cogió su teléfono del asiento del sofá, donde lo dejó al sacárselo del bolsillo del pantalón, para sentarse.

—Mira, al que pido yo cuando me apetece es este.

Me acerqué a él para ver la pantalla de su móvil. Me enseñó la carta y elegíamos entre los dos los platos. Cuando lo tuvimos claro Andrés llamó para hacer el pedido, el que le aseguraron que nos llegaría en unos veinte minutos.

—Quiero pagar yo —le dije.

—No.

—Tú has pagado en el bar.

—Dos cervezas. —Arqueó una ceja.

—Tres, la de Tomás también. ¿Y qué más da lo que fuera?

—¿Quieres que nos lo juguemos también? —me preguntó divertido.

—Si es la única manera que tengo una oportunidad…

—Ni hablar.

Soltó una carcajada y volvió a hablar, antes de que lo hiciera yo.

—Te tengo secuestrada, ¿recuerdas?

—Ah. Entonces mañana que acaba la semana de trabajo puedo secuestrarte yo en mi piso, por la noche. ¿No? Allí no podrás decirme nada, tendrás que conformarte con que pagaré yo.

—¿Quieres secuestrarme?

Tardé un poco en contestar, pero no porque dudara al darle una respuesta. La culpa la tuvieron sus ojos, su mirada penetrante que atrapó la mía. Y para empeorar las sensaciones la proximidad me lo puso más difícil.

Estábamos tan cerca…

—Sí, quiero secuestrarte —le confirmé, hablando más bajo—. ¿Te importa?

—¿Desde cuándo se pide permiso para secuestrar?

Sonrió de medio lado.

—Desde que esto es la vida real —dije a modo de queja.

Soltó una carcajada que me contagió.

—No me importa, siempre y cuando seas tú la que me secuestras. Al contario, ya estoy deseando que llegue mañana.

—Al día es fiesta.

—Sí. Comienza el fin de semana. Así que, mañana volveremos a vernos.

Asentí.

—Y yo que pensaba que hoy terminarías cansada de mí…

Sonrió de medio lado.

—Pues ya ves, he terminado tan cansada que quiero repetir. ¿Pasa algo por Bo?

—Nada. Está acostumbrado a mis guardias, aunque como te comenté antes, a veces me gusta llevármelo conmigo. No me quedo tranquilo dejándolo solo tanto tiempo seguido, no porque vaya a pasarle algo, es solo que no me siento bien haciéndolo, aunque es por obligación. Las guardias pueden parecer eternas.

—Al menos puedes estar tranquilo porque aquí tiene mucho terreno de hierba.

—Sí, y tiene su puerta para entrar y salir a su aire de la casa.

—Ya me lo has dejado claro cuando hemos llegado, mientras pensaba que iba a atacarme.

Negué con la cabeza y ambos sonreímos.

—Por todo eso no pasa nada porque se quede solo. Tiene libertad de movimiento y por el agua y la comida tampoco hay problema. Se lo dejo todo muy bien preparado y asegurado, así que si estoy fuera unas horas ni lo nota.

—Vale.

—Lo sacaré a pasear antes de que me secuestres. Tú solo dime a qué hora llevarás a cabo la misión y yo me organizo con los tiempos. Te recuerdo que tengo fiesta, durante varios días.

Reí, por lo de la misión.

—¿A las siete y media? —le propuse.

—A esa hora estaré picándote al timbre.

—¿En serio? ¿Y qué tipo de secuestro es ese?

—Uno voluntario que va a ti.

Soltamos una carcajada.

—Pues estaré preparada.

—Yo también —susurró, apoyando la cabeza en el respaldo.

Bo apareció en el salón y fue directo a su cama, en la que se tumbó. Apoyó la cabeza en las patas delanteras y se quedó mirándonos.

Sonreí.

—¿Cómo ha podido parecerme amenazante y terrorífico?

Le di voz a mi pensamiento y reímos.

—Eso me gustaría saber —dijo con humor—. Si más bueno no puede ser.

—Ya… pero tú te lo has pasado en grande viéndome sufrir y decir barbaridades, cuando podrías haberlo evitado con una palabra.

Puse los ojos en blanco, al mismo tiempo que soltaba un bufido. Andrés volvió a reír.

—¿Y lo bien que me lo he pasado?

—Sí —sonreí.

Las palabras de Tomás volvieron a mi memoria y me sentí bien al recordar lo que se había reído Andrés, aunque fuera a mi costa.

—Demasiado bien —carraspeé.

—Prometo que te compensaré.

—¿Cómo?

—No puedo decírtelo todavía —dijo con una sonrisa de medio lado

—¿Cuándo entonces?

—Ya lo verás, no seas impaciente.

El timbre de la puerta sonó y Andrés se levantó para abrirle al repartidor del restaurante mexicano.

Yo también me incorporé, preparada para coger de la cocina todo lo que necesitábamos, pero para eso necesitaba que Andrés me dijera donde estaban las cosas. No iba a abrirle todos los armarios y cajones.

—Huele de maravilla —dijo cerrando la puerta, cargando con dos bolsas.

Caminé hasta él.

—Me ha entrado hambre de golpe —sonreí.

—Pues vamos a ponerle solución.

Me hizo un guiño y lo seguí a la cocina.

—¿Dónde quieres cenar?

—Me da igual.

—¿Lo llevamos a la mesa de enfrente del sofá? Se sube, estaremos cómodos.

—Vale.

—¿Te das cuenta de que no hemos hablado apenas de nosotros? —me preguntó.

—Sí —reí—. Entre unas cosas y otras…

—No sé ni de qué trabajas —comentó pensativo—. No es que sea un dato importante, pero me gustaría saber más de ti. En eso me llevas ventaja desde el principio.

Iba a decírselo, pero Andrés me paró con un gesto.

—Mejor dejamos las conversaciones serias e interesantes para mañana, ¿te parece? No quiero comenzar y tener que terminar rápido. Te llevaré a tu piso en cuanto terminemos de cenar, para que no se te haga muy tarde

—Me parece bien.

Sonreí.

—Pues vamos a cenar que estoy huele que alimenta.

Cogí los platos que me dio, en los que puso los vasos, los cubiertos y las servilletas. Lo llevé todo a la mesa baja de enfrente del sofá y él se encargó de las bolsas.

Sacó todos los recipientes de comida y los dejó abiertos sobre la mesa, para ir sirviéndonos en los platos.

Nos sentamos bastante juntos, nuestras piernas se rozaban, y de esa manera comenzamos a comer mientras veíamos la tele. Andrés la encendió y buscó por los canales, hasta que encontró algo interesante.

Capítulo 19



—Papá —dije sorprendida.

—Hola, cariño —me saludó.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

Sonreí.

—Las opciones eran pocas.

—Sí.

Reí, dando un paso hacia atrás.

—Pero ha sido una casualidad —añadió.

Lo dejé pasar al piso de Manuel y Marga, de ahí mi sorpresa al ver a mi padre. Era normal encontrarme aquí con mis vecinos, a los que mis padres les tenían muchísimo cariño, y más después de los dos años que habíamos vivido todos juntos. Pero no esperaba que mi padre apareciera a esta hora aquí.

—¿Has venido a verme a mí o a Marga y Manuel? ¿Me buscabas?

—Diego. —Mi vecina apareció en el pasillo.

—Hola, Marga —le correspondió él, con una gran sonrisa.

Se dieron un abrazo.

—Qué bonita sorpresa —le dijo ella.

—Me alegro.

—Manuel está duchándose.

—Sí, lo hemos puesto perdido de harina —comenté.

Miré a Marga y reímos.

—Ya veo, os habéis aprovechado de ser dos contra uno —aseguró mi padre, con diversión.

Le encantaba la relación que teníamos los tres.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó Marga.

—Venimos a daros una sorpresa.

—¿Venimos? ¿Mamá está aquí? —me sorprendí.

—Sí, ha ido un momento al supermercado a por una botella de vino. Hemos llegado antes de que cierren.

Lo miré con curiosidad, esperando a que continuara.

—Hemos pensado en cenar juntos —se dirigió a Marga—. Hace días que no nos vemos y hemos dicho, vamos a darles una sorpresa. Traemos la comida, la hemos comprado de camino.

—¿Y dónde está? —le pregunté.

—La he dejado en el rellano, para no anticipar la sorpresa.

Caminé hasta la puerta y la abrí. Efectivamente, había tres bolsas bastante cargadas.

Fui a coger dos, pero mi padre salió y entró las tres.

—Qué ilusión, Diego —le dijo Marga.

—Me alegro. —Le hizo un guiño mi padre, antes de darle otro abrazo.

El timbre sonó y le abrí a mi madre.

Fui a la cocina con mi padre y mientras él sacaba los platos y después los recipientes de comida, no dejé de observarlo.

—¿Qué? —me preguntó.

—Que me parece mucha casualidad que precisamente hoy, esta noche, vengáis a cenar al piso de mis vecinos.

—¿Y eso por qué?

—Porque le he contado a mamá esta mañana que esta noche venía Andrés a cenar a mi piso.

Elevé las cejas.

—Las quejas y reclamaciones a tu madre. Yo solo soy un mandado.

Levantó las manos.

—Si es que lo sabía.

Negué sonriendo.

—Yo solo puedo prometerte que contendré a tu madre todo lo posible, incluso que la emborracharé si hace falta, para que no pueda moverse del sofá.

Soltamos una carcajada.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó mi madre.

La miré con diversión cuando entró en la cocina. Dejó en la encimera la botella de vino.

—Hola, cariño —me saludó cantarina.

—Hola, mamá. ¡Qué sorpresa! —me esforcé a decir.

—¿A qué sí? Ha sido buena idea venir a cenar con Manuel y Marga, los echamos de menos. —Hizo una mueca.

Eso no lo dudaba, sabía que era muy cierto. Al igual que mis vecinos extrañaban a mis padres. Los años juntos dieron para mucho.

—Queda totalmente prohibido ir a mi piso —les advertí, yendo directa a lo importante.

—¿Y si nos quedamos sin sal? —me preguntó mi madre.

—Menos os subirá la tensión —le contesté.

Me crucé de brazos, mientras mi padre evitaba mirarme, para no reír.

—Además, no necesitáis sal. Traéis la comida hecha.

—¿Y un abridor?

—Os quedáis sin beber.

—¿Y servilletas?

—Tenéis papel del lavabo.

—¿Y si hay una fuga de agua en el piso?

—Es nuevo, recién estrenado, y si aun así hay una fuga, salís del piso con calma y llamáis a un fontanero de emergencia.

—Pero bueno.

Mi madre se puso las manos en las caderas.

—Sigue, sigue —me pidió Manuel, que entró en ese momento en la cocina.

Debía habernos escuchado varios comentarios.

Le sonreí y le di un beso en la mejilla, cuando se puso a mi lado. Al girar la cabeza me di cuenta de que Marga estaba sentada a la mesa de la cocina, muy entretenida con nuestra conversación. Su sonrisa lo decía todo.

Le hice un guiño y amplió la curva de sus labios.

—¿Y azúcar? —volvió a la carga mi madre.

—Amor, ¿no crees que nuestra hija ya nos lo ha dejado claro? —le preguntó mi padre.

Ella simplemente bufó, al no salirse con la suya.

—Lo digo en serio, mamá. No quiero que nos molestéis a Andrés y a mí. Si os ve puede sentirse agobiado o yo qué sé.

—No te preocupes, te prometo que no irá ninguno de nosotros cuatro —me aseguró mi padre.

—¡Diego! —se quejó mi madre.

—Ni Diego ni nada. Deja disfrutar a la niña.

—Y no estés pensando en avisar a Raúl —le advertí de nuevo.

Señalé a mi madre, anticipándome a los planes que su cabeza comenzaba a idear.

—Que te conozco. Papá ha prometido que vosotros cuatros os quedaréis aquí, pero eres muy capaz de bajar a picarle a Raúl, para que venga él a mi piso.

—¡No he pensado eso! —se mostró ofendida.

Mi padre carraspeó, lo que le hizo ganarse una mirada de reproche de su mujer.

—¿De qué parte estás tú? —le preguntó ella, quejándose.

—Esta noche de la de mi hija, que ha quedado con un buen hombre y no vamos a estropearle la noche. Si haces algo que no le guste a Erika, la tendremos tú y yo, y ya sabes lo que eso significa.

—¿Esta noche toca que me ates a la cama?

—¡Mamá!

Me quejé, antes de taparme los oídos con las manos.

—Habéis herido mi sensibilidad —les eché en cara.

Entreabrí los ojos que había cerrado, pasé la mirada de mi padre a mi madre, y soltamos una carcajada los tres.

—Tú ganas, cariño —me dijo ella.

Vino a mi lado y me rodeó la cintura con un brazo.

—Te prometo que me portaré bien, pero nos gustaría mucho conocer a Andrés, al hombre que os salvó del incendio.

—Seguro que podrá ser otro día.

—Estupendo, pues pregúntale cuándo puede venir a casa. Lo invitamos a comer, este fin de semana estaría genial. Por supuesto, vosotros también venís —se dirigió a Manuel y a Marga.

—No va a preguntarle nada —intervino de nuevo mi padre.

—¿Por qué? —se sorprendió mi madre.

—Porque ya has escuchado a Erika, no quiere agobiarlo y esa invitación es para mañana o pasado.

—Yo creo que lo mejor es que la juventud avance a su ritmo, que se aclaren entre ellos, y de aquí a unas semanas, si han iniciado una relación, entonces los demás podremos conocer a Andrés —comentó Manuel.

—Eres el mejor. —Lo abracé.

Le di un beso sonoro en la mejilla que le hizo reír.

—Me voy ya —les dije—. Vosotros también disfrutad de la noche.

Fui uno a uno, dándoles besos.

—Tú también, cariño —me deseó Marga y le sonreí.

—¿A qué hora llega? —Quiso saber mi madre.

Solté una carcajada, al mismo tiempo que negué con la cabeza.

—No voy a decírtelo porque eres muy capaz de estar observando por la mirilla.

—¡No se ve! Está al lado —se quejó.

—Algo sí que se ve. A mí me lo vas a decir —sonreí de medio lado.

Mi padre me hizo un gesto para que me fuera tranquila y eso hice, porque sabía que él la retendría y la contendría para que no espiara la llegada de Andrés.

Después de otra ronda de besos me despedí de los cuatro y fui a mi piso.

Nada más entrar recorrí el pasillo para ir a mi habitación. Quería cambiarme de ropa porque había ido a la casa de Marga y Manuel en mallas y sudadera, y con los calcetines de estar por casa. Ya estaba duchada, lo hice antes de ir al piso de mis vecinos.

Junto a la cama, donde estaba tumbado Zeus, me desnudé para vestirme con un pantalón y una camiseta. Lo que no me puse fue calzado de calle, elegí otros calcetines un poco gruesos para andar con ellos y me dirigí al baño un momento.

Me perfumé y al terminar, me tumbé en la cama, al lado de Zeus. Le acaricié el pelo tan suave que tenía y cogí el teléfono de la mesita de noche.

Sonreí al ver varios mensajes de mis amigos, en el grupo que compartíamos.

Capítulo 20



Todavía faltaban unos minutos para que mi secuestrado apareciera, por lo que entré a leer los mensajes y a escribir, aunque fuese uno.

Estela: *¿Estás por aquí, Eri?*

Adri: *No va a aparecer, debe estar arreglándose para dejar a Andrés con la lengua fuera.*

Raúl: *¡Será con la boca abierta! Ja, ja, ja… Ni que lo fuese a hacer correr. Ja, ja, ja… lengua fuera, dice.*

Adri: *La lengua puede estar fuera para muchas cosas y lo sabes. ¡Fran! Sé que estás leyendo los mensajes desde el móvil de Raúl, entra y dinos qué tan bien mueve la lengua Raúl.*

Estela: *Ya te vale. Ja, ja, ja… se me ha ido el agua por el otro lado. ¡Por tu culpa casi me muero atragantada!*

Adri: *¿Qué culpa tendré yo de que estés bebiendo? Ja, ja, ja…*

Fran: *Raúl mueve la lengua que es un vicio. Es un Dios.*

Estela: *Joder, cállate, Fran. Ahora estoy imaginando a mi amigo moviéndola por todas partes. Ya te vale.*

Fran: *Me da igual que te lo imagines. Imaginar es sano y da muchas alegrías. A mí lo único que me importa es ser el receptor de esa lengua.*

Adri: *Me encanta. Ja, ja, ja…*

Raúl: *¿Podéis dejar a mi lengua tranquila?*

Estela: *¿Quieres sustituirla por otra parte de tu cuerpo? Estamos abiertos a hablar de todo.*

Adri: *Toma ya, ¡esa es mi chica!*

Raúl: *No puedo con vosotros esta noche.*

Adri: *Fran, alégrale la vida a nuestro amigo.*

Fran: *Créeme, es lo que tengo pensado hacer en cuanto dejéis de hablar.*

Estela: *Como si tú no hablaras. Ja, ja, ja…*

Raúl: *¿Cuándo vas a aparecer, Eri? ¿O es que tienes la lengua y otras partes ocupadas ya? ¿Tan pronto? Necesitamos que nos actualices la información, para que cada uno se ponga a hacer sus cosas.*

Con una gran sonrisa, después de haberme reído, comencé a teclear.

Erika: *No os puedo dejar solos ni por aquí. Actualizo el parte y será la última vez. Estaba en el piso de Marga y Manuel, llevaba allí un buen rato. Acabo de llegar a mi piso, me he cambiado de ropa y estoy preparada para recibir a Andrés.*

Erika: *¿A qué no sabéis quién ha llegado hace unos minutos al piso de mis vecinos, con la cena y muchas excusas? Por cierto, las he tumbado todas.*

Raúl: *¡Por fin! Joder, por lo último que has dicho solo se me ocurren dos personas. ¿Tus padres?*

Erika: *Premio para el caballero. Ja, ja, ja… Te aviso, si mi madre pica al timbre de tu piso ni se te ocurra abrir para que no te convenza. Ignoradla, chicos. Nada de seguirle el juego a mi madre porque no voy a abrir la puerta a nadie.*

Adri: *Tu madre es mi ídolo. Ja, ja, ja… La adoro.*

Fran: *Tranquila, cariño. Yo me encargo de que la puerta del piso de Raúl no se abra. Él no va a poder, te lo aseguro.*

Estela: *Joder, ¿qué vas a hacerle a Raúl? Cada vez me dejas más intrigada.*

Raúl: *Imagínate las mayores guar… Soy Fran, le he quitado el móvil antes de que desvele nuestros secretos mejor guardados. Como estáis todas bien, felices, contentas y sanas, nosotros dos os dejamos. Tenemos mucho que hacer. Y no, Estela, no vamos a decirte el qué. Hasta mañana, preciosas. Eri, pásatelo en grande y cualquier cosa urgente, ya sabes, estamos en la planta de abajo. Disfrutad, chicas. Os queremos.*

Erika: *Graciasss… ¡Yo también os dejo! Acaba de sonar el timbre, Andrés ha llegado. Adiós, os quiero.*

Estela: *Ay, ¡qué nerviosss! Disfrutad todos, que tengáis una noche genial Mañana quiero saberlo todo, todo. Os quiero.*

Adri: *Joder, me despisto unos segundos y me quedo sola. ¡Qué fuerte! A pasarlo estupendamente, pecadores, quiero escuchar vuestros gritos orgásmicos desde mi piso. Mañana quiero un parte completo y al detalle. Os quiero.*

Sonriendo, dejé el teléfono en la mesita de noche y corrí hacia la puerta del piso. Le abrí a Andrés el portal del edificio y giré la llave lo más silenciosa posible, de la misma manera que abrí.

Era una tontería no hacer ruido porque el sonido del timbre era inconfundible, pero por si acaso.

A estas alturas mi padre ya debía tener a mi madre inmovilizada en alguna parte. Ese pensamiento me hizo apretar los labios, al borde de una carcajada.

Cuando el pitido del ascensor anticipó que las puertas iban a abrirse el corazón me dio un vuelco.

Andrés salió de él y sonrió en cuanto me vio. Llevaba una bolsa.

—Ho…

Le agarré de los brazos y tiré de él al interior del piso, para después cerrar rápido la puerta. Con llave, mejor ser previsora.

—¿Qué…?

—Perdona —reí.

Me miró divertido, mientras dejaba la bolsa en la mesa alta del salón.

—Al final sí que va a ser un secuestro.

Sonrió de medio lado y terminamos riéndonos.

—Es que mis padres están en el piso de al lado, en el de mis vecinos —comencé a explicarle—. ¿Te acuerdas de ellos? El matrimonio mayor, a él le dolía una pierna cuando lo subiste a la cesta de rescate.

—Creo que sí, supongo que son por los que me amenazaste. — Arqueó una ceja.

—Ah, ¿te amenacé?

Fruncí los labios, conteniéndome.

—Sí, para que no les pasara nada —contestó con diversión.

—Se llaman Manuel y Marga y los adoro. Somos como familia.

—Eso es muy bueno.

—El caso es que esta mañana le he contado a mi madre que venías esta noche y hace un rato que mis padres se han presentado en el piso de Marga y Manuel, para espiarnos. ¿Entiendes? Le he quitado a mi madre todas las intenciones de presentarse aquí con cualquier excusa. También le he dejado claro que no voy a abrir la puerta.

Me encogí de hombros y continué.

—Mi padre me ha hecho el favor de encargarse de ella, para que no mire por la mirilla, pero por si se le ha escapado, te he metido rápido dentro.

Soltó una carcajada.

—No me hubiera importado verla o que se presentara aquí —comentó.

Me mantuve callada por unos segundos, observándolo detenidamente.

—¿No? Quiero decir —carraspeé—. Pensaba que conocer a los padres era otro nivel.

—Nivel que no tengo problema en alcanzar.

—¿Eso qué significa? —susurré.

—Significa que quiero seguir conociéndote, Erika. Significa que, si tú quieres, podemos hacer de esto… —Nos señaló—. Algo permanente, no puntual. Significa que no voy a salir corriendo por conocer a tus padres, ni siquiera por compartir tiempo con ellos. Aunque sí que es verdad que primero quiero pasar ese tiempo contigo, por lo que entiendo porque lo has hecho.

—Va en serio.

—Totalmente —me confirmó.

Dio varios pasos hacia mí. Mientras él acortaba la distancia, yo tragué saliva.

—Me gustaría saber qué piensas tú —me dijo—. Quiero dejar claro que acabo de abrirme a ti, diciéndote lo que quiero y me gustaría, pero con eso no pretendo que te sientas en un compromiso. Puedes decir lo que sientes abiertamente, porque lo aceptaré de igual manera si no es algo que me favorezca.

—Yo también quiero conocerte, Andrés, estar contigo y pasar tiempo juntos. No sé… no sé si será permanente, pero lo que sí sé es que no quiero que esto se quede solo en hoy. Podemos hacerlo a nuestra forma —le confirmé—. Sin presiones, sin expectativas, solo dejándonos llevar por lo que surja, pero con un compromiso de continuar y de ser sinceros en todo momento.

Sonrió de medio lado.

—Me encanta lo que has dicho.

Su voz sonó un poco ronca.

—A mí también.

Contuve la respiración cuando Andrés pasó la mano por debajo de mi pelo, con la que me acarició la piel y después me agarró de la nuca. El contacto lo sentí por todo el cuerpo.

Sin dejar de mirarnos, ambos nos acercamos al otro todo lo que pudimos, hasta que nuestras narices se tocaron y los labios se quedaron tan cerca que solo respirábamos el aire del otro.

—Andrés… —susurré.

Necesitaba que sucediera ya, no podía esperar más, pero no quería precipitarme.

Él me dio exactamente lo que necesitaba. Lo que ambos necesitábamos.

Nuestras bocas se encontraron al mismo tiempo, haciendo saltar todo por los aires. Sus labios se apoderaron de los míos, en un beso duro y profundo, en el que su lengua empujaba y la mía recibía cada uno de sus movimientos.

Al mismo tiempo nuestros pechos chocaron eliminando el poquísimo espacio que nos separaba.

—Si no paramos ahora, voy a mandar a la mierda la cena —susurró sobre mis labios.

No dejó de besarme, pero más lento y pausado.

—Yo voto por desayunarla —dije.

Se apartó lo justo y echó ligeramente la cabeza hacia atrás, para reír.

Sonreí, porque me encantaba escucharlo y verlo.

—Todavía no la hemos pedido —me dijo con un guiño.

Así era, Andrés me pidió que no preparara yo la cena. Me repitió que no quería que me pasara la tarde en la cocina, de manera que decidimos pedir la comida a domicilio cuando él estuviera aquí.

—Pero por mucho que me tiente la idea… tenemos que llenar los estómagos y qué mejor forma que hablando de nuestras cosas. Quiero saber muchas de ti.

Me acarició la cara y después me colocó el pelo detrás de la oreja.

—Me parece un buen plan —susurré, atrapada en su mirada.

—Hay tiempo para todo.

Me acarició los labios con el pulgar.

—No tengo ninguna prisa, Erika —añadió.

Se inclinó de nuevo hacia mí y atrapó mis labios con los suyos, moviéndolos perezosamente. Le seguí el ritmo, disfrutando de todas las sensaciones que me hacía sentir.

—¿Pedimos la cena?

Carraspeó, para aclararse la voz.

—Sí, antes de que nos lo pensemos mejor.

Reímos.

—¿Qué has traído? —le pregunté, mirando la bolsa que había dejado en la mesa alta.

—Joder.

Se agachó y miró dentro.

—¿Qué?

—Una botella de vino y una tarrina de helado.

Soltamos una carcajada.

Le quité la bolsa de las manos y fui a la cocina, con Andrés detrás.

Capítulo 21



Andrés

Apoyé las manos en la encimera de la isla de la cocina, como si al hacerlo pudiera bloquear el impulso y las ganas de tocarla.

Separarme de Erika, dejar de besarla, había sido complicado, aunque también necesario.

Podíamos haber invertido el orden de todo, perfectamente. Ambos estábamos más que preparados para saltarnos la cena, la conversación y el tiempo en el sofá, pero con ella tenía la necesidad de hacer las cosas bien, de comenzar por lo esencial e ir ascendiendo de nivel.

—¿Cerveza o vino? —me preguntó al lado de la nevera.

—Si digo vino y me acompañas, ¿te subirá tanto como la noche del restaurante japonés?

—No —rio y sonreí—. Bueno, espero que no.

Frunció el ceño y solté una carcajada.

—Seguro que no —le dije con un guiño.

—Normalmente lo tolero bien —suspiró—. Además, suelo notar cuando empiezo a descontrolarme después de varias copas y siempre paro antes. Esa noche no sé qué me pasó, fue todo muy rápido y ni mis amigos ni yo lo vimos venir.

Se encogió de hombros.

—No pasa nada, no tienes que justificarte. Ya lo hemos hablado.

—Sí —sonrió—. ¿Vino entonces?

—Por mí sí.

—Esta es la que has traído.

Sacó la botella de la bolsa y la dejó en la encimera. La tarrina de helado ya estaba en el congelador.

—Y estas dos las que tengo yo.

Se dio la vuelta para ir hacia un armario, del que las cogió.

—Tú eliges —me pidió—. Yo no soy nada buena en eso.

Me acerqué a ella, necesitaba acortar la distancia.

Cogí las botellas que me ofrecía y miré las etiquetas.

—¿Te gusta afrutado, seco o te da igual? —le pregunté, por las opciones que teníamos.

—La mayoría de las veces bebo afrutado, pero si es seco también me vale.

—Tus botellas son afrutadas.

—Las eligió Raúl.

Asentí, porque él se decantó por lo que a su amiga le gustaba. La opción estaba clara, el mío era seco.

—Nos quedamos con esta —le dije, comenzando a quitarle la protección de la boca de la botella—. ¿El descorchador?

—Aquí.

Abrió un cajón y me lo dio. Mientras yo sacaba el tapón de corcho Erika cogió dos copas, para dejarlas en el centro de la isla. Serví vino en ambas y levanté mi copa. Ella me imitó, sonriendo.

—Por las oportunidades y los giros de la vida —dije, mirándola fijamente—. Porque de una desgracia, como fue el incendio de este edificio, puede surgir algo especial, único y totalmente inesperado.

—Sí —susurró.

Bebimos sin apartar la vista del otro.

—Espera, voy a por mi móvil.

Salió de la cocina y desapareció por el pasillo. Regresó rápido con su teléfono.

—Mira, he pensado en pedir la cena en este restaurante —me dijo.

Puso el nombre en el buscador y una vez que la información apareció en la pantalla, me lo ofreció para que lo cogiera.

—Si lo tienes pensado a mí me parece bien. —Deslicé la información con el dedo—. No tengo ninguna preferencia.

—Échale un vistazo, igualmente.

La miré de reojo, sonriendo, y después hice lo que me pidió. Accedí a la carta y le di un repaso. Vi varios platos interesantes y se lo comenté, ella me dijo algunos más que me aseguró que merecían la pena probar, y entre los dos elegimos cuatro platos, para compartir.

Erika me dijo que era uno de sus restaurantes favoritos y que Raúl y ella muchas veces, cuando no les apetecía complicarse y estaban en el piso de ella o de él, pedían la comida. Los precios eran muy razonables, no era nada caro, y la comida, a simple vista, tenía muy buena pinta.

—Voy a llamar para pedir —me dijo.

—Perfecto.

Cogí la copa y me la llevé a los labios, para darle un sorbo al vino. Raúl supo elegirlo muy bien.

Mientras Erika hablaba con alguien del restaurante mi móvil comenzó a vibrar en el bolsillo del pantalón. Lo cogí y vi quién estaba llamándome.

—Es mi amigo Iván —le susurré a Erika, parándome a su lado.

Asintió y después continuó hablando.

Salí de la cocina con la copa y sonreí al ver a Zeus. El gato había aparecido de alguna parte del piso y estaba sentado en el sofá. No me perdió de vista, mientras caminaba hacia la corredera del balcón.

Al salir descolgué y me llevé el teléfono a la oreja.

—Hola —saludé a mi amigo.

—Hola, tío. ¿Qué tal? ¿Vas de camino al piso de Erika o todavía no has salido de tu casa?

—Ya estoy con Erika, hace un rato que he llegado.

—Estupendo.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, cuando se quedó en silencio durante demasiados segundos.

Apoyé los brazos en la barandilla y miré hacia todos los lados, desde la perspectiva que me daba la altura del balcón.

—Nada —contestó.

—Si no quieres contármelo, vale. Acepto que necesites tiempo, pero no me mientas.

Bufó.

—¿Qué te pasa, Iván? —insistí.

—Ahora no es el momento. No tendría que haberte llamado, pensaba que todavía no estarías con Erika.

—No digas tontería, da igual donde esté y con quién. ¿Cuál es el problema?

—No, tío.

—¿Dónde estás?

—En mi casa, con una cerveza en la mano y varios botellines vacíos en la mesa baja —rio—. Y solo es el principio de la noche, espero que cuando acabe no haya ni un especio en la mesa.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué no llamas a Tomás?

—No soy buena compañía.

—No me fastidies, Iván.

—Quiero estar solo.

—¿Por qué?

—Porque me siento jodido.

—Pensaba que quedarías con Adriana —comenté, pensativo.

—Ya te he dicho que quiero estar solo.

—¿Por qué estas jodido?

—Porque no sé lo que quiero.

—Sí que lo sabes, pero tú mismo te pones obstáculos para llegar a ello. Estás bebiendo para no salir a buscar a Adriana.

—Disfruta de la noche, tío.

—Vamos, no me cuelgues.

—Lo siento mucho, me he equivocado al llamarte. No quería estropearte la noche. Te quiero, tío.

—No me has estropeado na…

Me aparté el teléfono de la oreja y miré la pantalla. Iván me había colgado. Pulsé el botón de llamada sobre el contacto de Tomás, era el segundo en la lista de llamadas recientes.

Descolgó cuando ya pensaba que no me contestaría.

—Eh, por poco —dijo animado.

—Sí. Hola.

—Hola. Estaba en el baño. ¿Qué tal? No me digas que Erika te ha plantado y soy tu plan b.

—¿Y qué si lo fueras?

Sonreí de medio lado.

—Que me sentiría dolido —puso voz dramática, en broma—, pero al mismo tiempo me encantaría serlo.

Reímos.

—Estoy en su piso, he llegado hace un rato.

—¿Y bien?

—Mejor que bien. Ya te contaré.

—Cómo me alegro, tío.

Nunca unas palabras habían sido tan sinceras, lo sabía de sobra.

—Gracias. —Cogí una bocanada de aire—. ¿Tienes algo que hacer ahora?

—No me lo puedo creer. ¿En serio? ¡No voy a ir de aguantavelas!

—¿Qué dices?

—¿No me has preguntado si tengo algo que hacer, para invitarme a ir y unirme a vosotros? Creo que no te gustaría hacer un trío.

Rio y negué con la cabeza, sonriendo.

—Claro que no te he llamado para eso. Te aseguro que si apareces por aquí te quedas en la calle, no vamos a abrirte.

Soltó una carcajada.

—¿Entonces?

—¿Tienes algo que hacer? —repetí.

—Acabo de tumbarme en el sofá, en el que estaba antes de ir al baño. Dentro de un rato meteré una pizza en el horno, ese es todo mi plan. ¿Por qué?

—Acabo de hablar con Iván.

—¿Y?

—Llámalo o mejor ve a su casa, si puedes. No, definitivamente, lo mejor es que vayas a su casa sin avisarlo, porque si lo llamas te dirá como a mí, que quiere estar solo y seguir bebiendo.

—No jodas. ¿Así estamos?

—Así estamos —le confirmé.

—¿Qué más te ha dicho?

—Poca cosa. ¿Puedes ir?

—Claro, cuenta con ello. Ahora me visto en un momento y golpearé su puerta hasta que me abra por pesado.

—Gracias, pero puedes ser mucho más silencioso si te llevas la llave de su piso.

—Eso haría que el momento perdiera emoción y dramatismo —rio —. Y no digas tonterías agradeciéndomelo. Tú despreocúpate, yo me encargo. Llevaré un par de pizzas para cenar con él y seguramente terminemos los dos de cualquier manera en el sofá, pero al menos estaremos juntos.

—Ya puedo estar tranquilo.

—Pues ya sabes. Céntrate en tu cita, en Erika y en disfrutar al máximo. Y a poder ser ni se te ocurra volver a tu casa esta noche.

Sonreí de medio lado.

—Ese es mi plan, a ver qué le parece a ella.

—¿Qué le va a aparecer? Anda que… si los dos lo estáis deseando.

—Te dejo.

—Sí. Lo dicho. Hablamos mañana.

Nos despedimos, me guardé el móvil en el bolsillo trasero del pantalón, y me quedé observando todo y nada, mientras bebía varios sorbos de vino.

Miré por encima del hombro hacia el salón y vi a Erika sentada en el sofá, con su copa de vino. Ella miraba algo en su móvil.

No perdí más el tiempo, por lo que fui al salón y me senté a su lado.

—Hola.

—Hola —me sonrió—. ¿Todo bien?

—Más o menos.

Nos miramos fijamente, mientas ella intentaba averiguar algo más de mi silencio. Yo simplemente disfruté de lo preciosa que era y de tener su atención.

—Iván está tocado, pero no hundido.

Hizo una mueca.

—No te preocupes. He llamado a Tomás, ya debe estar de camino a la casa de Iván.

—Si necesitas ir o llamarlo otra vez…

—Estoy muy tranquilo porque Tomás se encargará de todo. De verdad.

—Vale —suspiró—. La cena tardará menos de media hora en llegar.

Asentí.

Capítulo 22



Erika

—¿En qué trabajas? —me preguntó.

Sonreí.

—Soy profesora de infantil —le contesté y también le dije el nombre del colegio en el que llevaba trabajando años.

—No tienes cara de profesora.

Solté una carcajada.

—¿Y qué cara tiene una profesora?

—No lo sé, pero a ti no te veía en esa profesión.

Negó con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Pero me gusta, ahora que lo sé sí que me parece que te pega serlo.

Sonreí.

—Siempre me ha gustado —comenté—. Disfruto mucho de mi trabajo y tengo un curso maravilloso.

—A mí me sucede lo mismo con mi profesión.

—Pero la tuya es muy peligrosa.

Desvié la mirada a mi copa y bebí un sorbo de vino.

—No puedo decir que no, pero sí que no es siempre así.

—Eres bombero, apagas fuegos. ¡Incendios!

Rio.

—Aparte de muchas otras cosas —me aclaró—. Te sorprendería la cantidad de urgencias que atendemos al cabo del día, y muy variadas. ¿Podrás soportarlo, llevarlo bien?

—¿Cómo?

—Hemos quedado que esto… —Nos señaló—. Va a continuar. —Asentí—. Pues mi pregunta es, ¿podrás llevar bien que sea bombero? Es algo esencial para mí.

—Te conocí siéndolo—le contesté—. Si no pudiera soportarlo no habría dado pie a nada entre nosotros.

Sonrió de medio lado.

—Bien —dijo con satisfacción, mientras se llevaba su copa a los labios.

—Bien. —Lo imité y también bebí un sorbo de vino.

Subí las piernas al sofá y me acomodé sentándome de lado, para quedarme de cara a él. Andrés se giró hacia mí, dejando una pierna flexionada sobre el asiento.

Zeus estaba acurrucado en el brazo del sofá, a mi espalda.

—Tema aclarado —comentó—. Cuéntame cómo te fue después del incendio.

—Todos nos quedamos afectados, porque de golpe nos faltó algo importante. Pero bueno, donde hay vida hay salud, por lo tanto, también las fuerzas y las ganas de seguir adelante. Hace muy poco que he estrenado el piso —suspiré—. El edificio quedó en muy malas condiciones y tuvieron que levantarlo nuevo.

—Lo sé.

Lo miré con curiosidad y me lo aclaró.

—Pasaba de vez en cuando por tu calle y veía los avances.

Asentí.

—Por suerte todo salió bien y aquí estamos. Marga, Manuel y Raúl.

—Estáis muy cerca los unos de los otros.

Apoyó un brazo en el respaldo del sofá, lo dejó extendido con la mano hacia mí.

—Sí —sonreí—. Me encanta estar rodeada de ellos. Y de Fran también, porque pasa mucho tiempo con Raúl.

—La primera vez que os vi pensé que Raúl y tú erais pareja. No os separabais, no dejabais de tocaros, y él estaba muy preocupado y pendiente de ti.

—Muchas personas que no nos conocen lo piensan —admití riendo —. Somos mucho más que amigos, familia.

Asintió.

—Me acuerdo de que nos lo dijiste varias veces —comenté.

—¿El qué?

—Lo de que éramos pareja. Yo te dije que te equivocabas, pero se me olvidó todo por el miedo que tenía en la cesta de rescate.

—No recuerdo eso.

—Porque estabas más preocupado en sacar a Raúl de la azotea.

Asintió.

—Fran y Raúl llevan muchos años juntos, son una de esas parejas que te hacen creer que el amor verdadero existe. Tienen una relación seria y muy fuerte.

—En la terraza del restaurante japonés vi la complicidad que tenían, la derrochaban.

—Sí —confirmé, sonriendo—. Son mis hombres, en mayúsculas.

Le hice un guiño.

Arqueó una ceja y solté una carcajada.

—Hasta ahora lo han sido. —Oculté mi sonrisa bebiendo un sorbo de vino.

—Eso está mejor —carraspeó—. ¿Cómo has llevado el tiempo que tardaron en darte las llaves de nuevo? Imagino que Raúl se fue con Fran, pero ¿Marga y Manuel? Supongo que tú con tus padres o alguna de tus amigas.

—Nos apañamos muy bien —comenté, pensativa—. Como imaginas, Raúl se fue con Fran. Marga y Manuel han vivido todo este tiempo en la casa de mis padres, donde yo también he estado de lunes a viernes. Los fines de semana para mí eran diferentes, los pasaba con mis amigos porque ellos viven más cerca de todas las zonas por las que salimos. Así hemos vivido, hasta que pudimos volver aquí.

Zeus pasó por encima del respaldo, olió la mano de Andrés, y después saltó al asiento, para tumbarse cerca de mis piernas.

Lo acaricié porque era lo que quería y a mí me encantaba.

—Aquella noche pensé que lo había perdido. De verdad creí que no volvería a verlo —susurré, sin dejar de tocar a Zeus.

—Se te escapó.

Lo afirmó, por lo que lo saqué del error.

—No sé cómo salió del piso.

Busqué su mirada.

—Me volví loca buscándolo antes de irme del piso. —Tragué saliva —. No quiero volver a sentir nunca esa sensación. Todavía no sé cómo se fue, pero me da igual porque se salvó.

Se me humedecieron los ojos.

—Te dejarías la corredera del balcón o alguna ventana abierta.

—Lo comprobé todo. —Negué con la cabeza.

—En segundos llenos de miedo, tensión y urgencia. Ahí es muy fácil equivocarse o creer ver algo que después no es cierto.

Habló con la calma que le daba la experiencia, y continuó de la misma manera.

—Los animales presienten los desastres, lo mismo Zeus intentó despertarte en medio de la noche, antes de huir. Cómo huyó es un misterio, pero como has dicho lo importante es que lo hizo.

—Sí —sonreí—. Fuiste tú quien lo encontraste, pero no quisiste decirme cómo y dónde.

—Y recuerdo que te dije que hay cosas que es mejor no saber, o algo así. Sigo opinando lo mismo.

—No vas a decírmelo.

Afirmé.

—No —me lo confirmó con rotundidad—. Míralo. —Lo hice—. Lo que ves es lo importante.

Asentí.

—Vale —suspiré—. El resumen es que fue duro, por el impacto y la realidad de perder tantas cosas, porque no solo fue lo material, sino también todo los sentimental. Pero estuvimos rodeados de amor, cariño y apoyo, y nos hicimos fuertes otra vez.

—Nunca se deja de ser fuerte, Erika, solo es que a veces, cuando las cosas nos superan, o creemos que nos superan, nos olvidamos de que esa fortaleza en innata en nosotros.

—Y sacó fuerzas de donde no las tenía… —susurré.

—Exacto.

Me hizo un guiño y sonreí.

—Porque nadie resultó herido de gravedad aquella noche —dijo, levantando la copa.

Levanté la mía para chocarla con la suya y bebimos, mirándonos.

El timbre sonó y me levanté. Dejé la copa en la mesa y fui hasta la puerta a abrirle al repartidor del restaurante. Sabía que era él porque abrí el portal.

—Ni se te ocurra —dije, riendo.

Lo señalé cuando hizo el intento de sacar la cartera.

—Erika…

—Ni Erika ni nada. —Le hice un guiño—. Hoy es mi día, así quedamos ayer. Te tengo secuestrado y voy a pagar yo la cena.

Negó con la cabeza, mientras se sentaba despacio en el sofá. Él también se había levantado. Caminé hasta el mueble, donde ya tenía preparada la tarjeta del banco.

Cuando escuché el pitido de la llegada del ascensor a la planta abrí y recibí al repartidor.

—Buenas noches, Erika —me saludó, con una gran sonrisa.

—Hola, Ricardo —le devolví el gesto.

—Va con sorpresa —me dijo, cuando me dio las bolsas con la comida.

—Sois los mejores.

Me referí a él y a su jefe, el dueño del restaurante. Con los años habíamos cogido confianza, porque también iba al local con mis amigos, en muchas de nuestras salidas de los viernes y los sábados.

—Todo lo mejor para nuestra chica preferida —me dijo con un guiño.

—Como te oigan Adri y Estela… —reí.

—Será nuestro secreto.

Reímos.

—Que… aproveche y disfrutes de la noche.

Ricardo miraba detrás de mí, pero a mí no me hacía falta girarme para saber que Andrés estaba a mi espalda. Podía sentir el calor de su cuerpo, así de cerca se había puesto.

Igualmente giré la cabeza hacia él y me encontré con su clavícula. Levanté la mirada, pero no me encontré con la suya. Andrés miraba a Ricardo.

—Buenas noches —dijo Ricardo.

—Buenas noches —le correspondió Andrés—. Para ti.

Tanto Ricardo como yo miramos la mano del brazo extendido de Andrés. Sujetaba un billete para él y me salió una gran sonrisa.

—Gracias, señor.

—No hay de qué.

Andrés colocó la mano en mi cintura, en un claro gesto de pertenencia. Al menos así lo interpretó Ricardo, el que sonrió con picardía mirándome.

—Que disfrutéis de la noche y la cena —nos deseó.

—Gracias —dijimos al unísono Andrés y yo.

Él me quitó de las manos las bolsas con la comida y yo terminé de despedirme de Ricardo.

—Dale las gracias a Alejandro. —Su jefe y dueño del restaurante—. Nos veremos pronto en el restaurante.

—Estupendo.

Cerré la puerta y fui a la cocina, donde Andrés había sacado y destapado los recipientes de la comida.

Me siguió con la vista cuando fui hasta un armario, de donde cogí los plantos, antes de ponerme a su lado.

—Esta es la sorpresa —dije.

Acerqué uno de los recipientes, sonriendo.

—Alejandro es el dueño del restaurante y sabe lo que me gustan las gambas, cómo las preparan.

No me contuve y cogí una con los dedos. Me la metí en la boca, mientras Andrés reía, por el sonido que hice.

—Vas a darme la razón.

Reí también.

Cogí otra y la llevé a su boca. La gracia se convirtió en algo mucho más serio e intenso, cuando sus labios atraparon a mis dedos, para lamerlos y succionarlos.

No dejamos de mirarnos a los ojos en ningún momento.

—Todavía no podemos —susurré.

Liberó mis dedos.

—No podemos —estuvo de acuerdo.

Asentí con un pequeño suspiro, pero algo cambió aún más en el ambiente. Todo se hizo más pesado, más cargado, de todo.

No sabría decir si fue Andrés el que dio el primer paso, o si fui yo la que acorté la poca distancia que nos separaba. Nuestras bocas se encontraron a medio camino, en un beso profundo, fuerte y apasionado, mientras una de sus manos me agarraba de la mandíbula y la otra por detrás de la cabeza. Mis manos las coloqué en sus caderas y tiré de su cuerpo hacia mí, para sentirlo lo más pegado posible.

Capítulo 23



¿Cómo narices he podido aguantar tanto tiempo?

Era una grandísima pregunta porque Andrés estaba consiguiendo que me derritiera entre sus brazos, con sus caricias y sus besos. Y acabábamos de tocarnos de nuevo.

Gemí cuando adelantó la cadera y su erección se clavó en mi barriga, cubierta por demasiada ropa.

Decidí que no iba a perder ni un segundo más de tiempo, lo necesitaba y la cena podíamos calentarla. ¿A quién le importaba la cena en este momento? A mí no, por supuesto. Como si tenía que comérmela fría.

Quité las manos de sus caderas, para llevarlas al botón de su pantalón.

—Erika… —me dijo a modo de advertencia, pero ya era demasiado tarde.

—Dime que has venido preparado —le pedí.

Le desabroché el pantalón y le bajé la cremallera tensa, por el bulto que ocultaba.

Apretó la mandíbula y cerró los ojos durante unos segundos, mientras yo tiraba hacia abajo de la cinturilla de su pantalón.

—Joder. —Cogió una bocanada de aire—. Vale. A la mierda el control.

Hacía tiempo que no me alegraba tanto de escuchar unas palabras.

Me agaché para quedarme arrodillada frente a él y Andrés me observó con la mirada incendiada. Apoyó el final de la espalda en la encimera de la isla y se agarró al borde con las manos, mientras yo le quitaba las deportivas, los calcetines y el pantalón.

Lo dejé todo a un lado y levanté la cabeza, para mirarlo a los ojos. Entreabrí los labios porque Andrés era un grandísimo espectáculo. Como hombre lo era, sin lugar a dudas, pero como hombre excitado que desprende deseo sexual, era demasiado para la cordura de cualquiera.

Noté cómo me humedecía más, con solo observarlo.

Llevé las manos a sus caderas de nuevo, estaba vez tocando directamente su piel. Él se puso en tensión cuando le acaricié con varios dedos el filo de la goma del bóxer, sobre todo, cuando le toqué el glande que asomaba por su ropa interior.

—Erika…

Dijo mi nombre con una especie de gruñido y el sonido tuvo un efecto directo en mí.

—Te tengo secuestrado, así que tengo que torturarte un poco.

—Eres mala.

Solté una carcajada.

—A ver si piensas lo mismo cuando termine.

Iba a decir algo más, pero lo dejé callado cuando le bajé de golpe el bóxer. Su miembro duro, con la punta brillante, saltó libre frente a mis ojos.

Noté como Andrés se tensaba más y me encantó ser yo quien lo tuviera de esa manera.

Le saqué el bóxer por los pies, dejándolo completamente desnudo de cintura para abajo. Me lamí los labios, mientras le acariciaba las piernas con las manos. Las deslicé hacia arriba, hasta que llegué a su trasero.

Coloqué las manos en sus nalgas duras y muy bien formadas, y se las apreté, acercándolo un poco hacia mí.

—Vas a terminar conmigo como no…

—¿Cómo no qué? —le pregunté, necesitando oírlo. Se quedó callado.

—Métetela en la boca.

La humedad entre mis piernas aumentó y un escalofrío me recorrió ante su orden, porque sonó así.

—Hazlo tú —le pedí.

Su expresión se transformó, al mismo tiempo que me agarraba de la cabeza por detrás. Empujé un poco más sus nalgas hacia mí y Andrés aprovechó el movimiento para elevarme ligeramente la cabeza, a la vez que se agarraba el miembro con una mano, con fuerza.

Lo colocó sobre mis labios y me los acarició con la punta, de la que atrapé las primeras gotas de su placer.

Andrés gimió por el contacto de mi lengua y yo no dudé en atrapar el glande entre mis labios, para succionarlo y jugar con él. Me agarró del pelo, con más fuerza. No me dolió, todo lo contrario, consiguió humedecerme más.

Durante un rato jugué a desesperarlo, hasta que volvió a tomar el control de la situación. Colocó la punta en mis labios e hizo presión, mientras que con los ojos me pedía que abriera la boca. En cuanto lo hice empujó dentro, al mismo tiempo que mantenía mi cabeza inmovilizada.

Mi jadeó sonó entrecortado, por la sensación y la profundidad a la que llegó. Andrés gimió y se quedó dentro de mí, hasta lo más hondo, mientras sus ojos me observaban fijamente. Solo con la forma en la que me miró creí que todo acabaría para mí, más pronto de lo que había pensado.

Pero no fue así. Andrés comenzó a balancear la cadera, al mismo tiempo que guiaba mi cabeza hacia él, yendo a su propio encuentro. Le apreté las nalgas, pegándolo más a mí porque me parecía insuficiente todo.

La cocina se llenó de jadeos, gemidos y gruñidos, junto a los sonidos que, hacia su miembro en mi boca, entrando y saliendo. Hasta que él lo terminó, cuando me apartó de él.

Me agarró de los brazos para ponerme de pie y su boca se estrelló contra la mía. Jadeamos al mismo tiempo, agarrándonos al otro.

Cuando conseguimos separar los labios, con las respiraciones aceleradas, nos observamos durante unos segundos, tiempo que Andrés aprovechó para acariciarme los labios con el pulgar.

Cerré los ojos, disfrutando de ese pequeño contacto, que de pequeño tenía poco.

—Eres preciosa —me dijo con la voz tomada por el deseo.

Abrí los ojos.

No pude hablar porque sus labios buscaron de nuevo a los míos. Le correspondí al beso con las mismas ganas y necesidad.

Al separarnos se deshizo de la camiseta que llevaba. Se la sacó por la cabeza y la dejó caer encima del resto de su ropa. Se quedó desnudo frente a mí, mientras que yo mantenía toda la ropa en su sitio.

Coloqué las manos sobre su pecho. Estaba muy tonificado debido a su profesión y al ejercicio que debía hacer para mantenerse en forma, para seguir fuerte para su trabajo. Estaba musculado, pero en la justa medida para hacerlo perfecto e increíble.

Le acaricié el pecho, subí hasta los hombros y bajé por los brazos. Lo hice despacio, disfrutando y memorizando su cuerpo.

Cuando llegué a sus costados paré las manos y fruncí ligeramente en ceño, al notar algo en uno de ellos.

—¿Qué…?

—No es nada.

—Andrés… estoy tocando muy quemadura y es grande.

Me moví, al mismo tiempo que lo movía a él. Se dejó llevar para que yo lo girara e hiciera lo que quería y necesitaba.

Fruncí los labios al ver la quemadura que comenzaba a la mitad del costado y continuaba hasta la parte baja de su espalda. Ocupaba hasta el centro.

Estaba más que curada y era antigua, pero igualmente pasé con mucho cuidado los dedos por encima, por la rugosidad de la herida.

—No me duele.

—Lo sé —susurré—. Pero tuvo que dolerte, mucho.

No dijo nada.

Apoyé la frente en la parte alta de su espalda y le rodeé la cintura con los brazos.

—Erika, pasó hace años.

—También lo sé.

—¿No te gusta lo que ves?

—¿Qué…?

Fue la vulnerabilidad, la inseguridad y la fragilidad de él. Fue la tristeza que me entró a mí, por lo que me había transmitido. Pero no fue una tristeza porque Andrés se sintiera mal por lo de la cicatriz, no.

Él se respetaba muchísimo y era un hombre de los pies a la cabeza, así que lo que percibí se debía a mí, ya que Andrés aceptaba cada parte de su cuerpo y no necesitaba la aprobación de nadie. Como debía ser.

Separé la cabeza de su espalda y la levanté, pero Andrés continuó mirando hacia delante.

No podía creer que hubiera pensado si quiera que una quemadura podía echarme para atrás, de cualquier forma.

En ese momento me di cuenta de que él había colocado las manos en el borde de la encimera, al que se había agarrado con fuerza.

Podía haberle dicho que era perfecto, que su cuerpo era el más impresionante que había visto en mi vida. Podía haber hecho muchas cosas, pero preferí agacharme y dejarle claro, con besos y caricias, que me encantaba cada parte él.

Con el primer beso sobre la zona irregular de la quemadura, él dejó salir el aire despacio y me dio la sensación de que se estremeció.

Continué moviendo los labios lentamente, sin prisa, por toda la superficie que ocupaba la quemadura, por su espalda y el costado. No dejé ni una pequeña parte sin tocar y cuando terminé, después de besarle otras zonas de la espalda, lo rodeé caminando y me agaché para pasar por debajo de uno de sus brazos.

Me quedé atrapada por su cuerpo. Él mantuvo las manos en la encimera, inclinado ahora hacia mí. Nuestros ojos se quedaron atrapados a muy corta distancia y nuestras respiraciones se descontrolaron un poco.

Subí las manos para acariciarle la cara, el cuello, la nuca y el pelo, mientras continuábamos mirándonos.

—No vuelvas a pensar, ni por una décima de segundo, que algo de ti no me gusta —susurré—. Si he reaccionado como lo he hecho ha sido porque me he preocupado, no porque me produzca algún rechazo la quemadura. Me encantas como eres, Andrés, de cualquier manera. ¿He sido clara?

—Mucho.

Sonrió de medio lado.

—Eres un hombre impresionante.

—¿Eso piensas?

Su sonrisa se amplió, pícara.

—Oh, venga ya.

Le di un golpe en el pecho que lo hizo reír.

—Sabes de sobra cómo estás y lo que provocas en los demás.

Puse los ojos en blanco.

—A mí solo me gusta provocarte a ti, es lo único que quiero —susurró sobre mis labios.

—Pues lo haces de maravilla —suspiré—. ¿Estuviste ingresado en el hospital?

Le acaricié los labios con los míos, al hablar.

No hizo falta que especificara nada para que lo entendiera.

—Sí —confirmó.

—¿Mucho tiempo?

—Te digo lo mismo que con lo de Zeus, hay cosas que es mejor…

—Valeee…

Hice una mueca.

—¿Es la única quemadura que tienes?

Asintió, lo que me dio tranquilidad. Solo una, pensé, aunque esta era grande. Pero solo una, para todos los años que debía llevar trabajando de bombero.

—Quiero comprobarlo.

Lo agarré de la nuca, pegando mi pecho al suyo. Él también se acercó, dejándome aprisionada entre su cuerpo y la encimera.

—Tienes una manera muy rara de decir que quieres verme el culo.

Solté una carcajada.

—Eres muy tonto.

Sonreí.

—Pero quieres ver mi culo.

—Oh, sí, no le he prestado atención al girarte.

Llevé las manos a sus nalgas y como respuesta se empujó contra mi barriga, clavándome su miembro.

Capítulo 24



Andrés

Apoyé la frente en la de Erika y me quedé así durante un rato, respirando con dificultad.

Acabábamos de besarnos de nuevo y que me tuviese bien agarrado, no me ayudaba ni un poco para tranquilizarme.

Su mano subía y bajaba por el largo de mi miembro, cada vez más rápido.

Cerré los ojos unos instantes, disfrutando del placer. Se había propuesto llevarme otra vez al límite, pero en esta ocasión no iba a retrasar lo que tanto estaba deseando hacer.

La dejé continuar un poco más, deleitándome de la calidez de su mano, de la presión que ejercía al tener mi miembro rodeado con fuerza y de las sensaciones que me provocaba con todo ello y con los movimientos que hacía.

Joder, lo necesitaba, porque en un instante pensé que Erika se echaría para atrás, que no querría estar conmigo. Fue justo cuando encontró la cicatriz de la quemadura, pero no lo pensé porque a ella pudiera producirle rechazo, nada que ver.

Creí que sería un motivo, como un recordatorio, de lo peligrosa que era en ocasiones mi profesión. Y contra eso yo no podía luchar, si ella decidía mantenerse lejos de los nervios y el miedo, por cada vez que yo tuviera que atender una emergencia. Mi trabajo no era fácil para las personas que estaban a mi lado, no vivían y sentían mi profesión como yo. De ahí mi reacción y mi incertidumbre inicial.

Yo no tenía ningún complejo de mi cuerpo, nunca lo había tenido. Ni en el pasado, cuando practicaba el deporte justo para sentirme bien, pero con el que no estaba ni una pequeña parte de lo tonificado de ahora. Siempre me había sentido muy bien conmigo mismo, con menos músculos o más. Me era indiferente.

Y eso no iba a cambiarlo una cicatriz grande, ni las que pudieran esperarme durante el resto de los años que ejerciera mi profesión. Me era indiferente, a quien no le gustara el problema era suyo, no mío. Jamás iba a avergonzarme de tener marcado el cuerpo, y menos aún, cuando eran marcas que representaban que había conseguido superar algo grave e importante.

Atrapé la mano de Erika, parando sus movimientos y ejerciendo presión sobre ella, para notarla con más intensidad alrededor de mi miembro. Abrí los ojos despacio, con la respiración acelerada.

—Ha llegado mi turno —susurré.

Ella se mordió el labio inferior y asintió.

Solté su mano y la otra mía la separé de la encimera. Me incorporé poniéndome recto frente a ella, pero me agaché para buscar mi pantalón tirado en el suelo. Cuando lo encontré saqué de un bolsillo los envoltorios de varios preservativos y me incorporé con ellos. Era todo lo que necesitábamos para continuar y llegar hasta el final.

Ella me los quitó de entre los dedos, con una sonrisa pícara. Lo siguiente que hizo fue rodearme el cuello con los brazos e impulsarse de un salto. La agarré de las nalgas cuando me rodeó la cintura con las piernas.

—Espera —me pidió, acariciándome el cuello con los labios—. Tapa los recipientes, sino será Zeus quien se dé un festín con nuestra cena.

Lo hice como pude, sin soltarla, mientras Erika me despistaba y aceleraba, lamiendo mi piel y besándome hasta donde sus labios llegaban.

Dejé bien colocados los recipientes, asegurándome que las tapas estuvieran bien encajadas, y los agrupé en un lado.

Cuando terminé Erika me agarró de la cara y me besó con pasión. Nuestras lenguas se encontraron desesperadas, mientras nuestros labios se encajaban perfectamente en los del otro, moviéndose como lleváramos toda la vida besándonos.

Gemí apretando el agarre en sus nalgas.

Salimos de la cocina cochando con todo lo que me encontraba, lo que nos provocó más de una risa.

—¿Zeus? —le pregunté.

—Debe llevar un rato escondido.

Solté una carcajada.

—Chico listo —dije, sonriendo de medio lado.

Volví a apoderarme de su boca, tragándome sus jadeos. Llegué al pasillo y continué hasta la puerta que me indicó Erika.

Al entrar cerré con el pie, para no tener interrupciones, y caminé directo hasta la cama, donde bajé a Erika.

Una vez que sus pies tocaron el suelo no le di tiempo a nada más que a soltar los preservativos en la cama. Cogí el bajo de su camiseta y tiré de la prenda de ropa hacia arriba, para sacársela por la cabeza.

La observé disfrutando de las nuevas vistas, era una gozada. Llevé las manos a sus pechos y el contacto provocó que mi miembro se sacudiera por su cuenta. Se los acaricié por encima del sujetador, consiguiendo que su respiración se volviera más irregular.

Jadeó cuando tiré de las puntas duras, después de lamérselas por encima de la tela.

Llevé las manos hacia su espalda, donde encontré enseguida el cierre del sujetador. En cuanto lo solté la prenda cayó a nuestros pies y entonces sí, la torturé sin barreras con mi boca, porque no podía dejar de probar sus pechos como necesitaba.

Erika me agarró del pelo, curvando la espalda entre jadeos y gemidos, mientras acercaba su cuerpo a mi boca y mis manos, cuando ya no era posible más. Mordisqueé, lamí, succioné, besé, acaricié… no parecía tener suficiente, hasta que decidí que más adelante continuaría.

Al separarme y mirarla a la cara, vi una de las imágenes más bonitas que había visto en mi vida. Erika tenía los labios entreabiertos, las mejillas sonrojadas y las pupilas dilatadas, de puro deseo. Fue una visión espectacular, increíble, que consiguió que mi miembro saltara, reclamando su atención.

Le di un beso corto, sin poder contenerme, y continué desvistiéndola. La necesitaba como yo, completamente desnuda.

Le desabroché el botón del pantalón y bajé la cremallera despacio, sin apartar los ojos de los suyos. Cuando la tela cayó suelta a los lados la deslicé hacia abajo, llevándome la braga también.

Cuando tenía la ropa por sus rodillas, la besé y la ayudé a tumbarse bocarriba en la cama, apoyando una rodilla. La dejé como la quería y me incorporé, recorriendo su cuerpo con la vista. Mis ojos se quedaron fijos en su zona íntima y tuve que agarrarme el miembro con fuerza.

Erika jadeó y levanté la mirada, para darme cuenta de que era por mí, su reacción.

—¿Te gusta verme? —le pregunté, con una sonrisa de medio lado.

—¿A ti que te parece? —me devolvió la sonrisa y mi sonrisa se amplió.

—Estoy deseando descubrirlo.

Volvió a jadear y, a pesar de la tensión que me recorría, consiguió hacerme reír. Empezó a mover las piernas, para quitarse el pantalón y la braga, con urgencia, pero no logró mucho.

La hice parar, para agarrar la ropa. Se la saqué por los pies y le quité también los calcetines que utilizaba para andar por casa.

En cuanto la tuve desnuda por completo, le agarré las piernas y se las abrí. Su sexo me dio una gran bienvenida, mostrándose brillante y húmedo para mí.

Le dejé las piernas extendidas hacia los lados y apoyé una mía sobre la cama. Me incliné hacia delante, lo suficiente para terminar con una mano apoyada a un lado de su cuerpo, mientras que la otra mano la colocaba sobre su sexo, cubriéndoselo.

Mantuve la mano y los dedos inmóviles, durante unos largos segundos, mirando fijamente a los ojos de Erika. Ella se movió debajo de mí inquieta, frotándose, buscando su propio placer. Disfruté de verla tan necesitada, no era el único que ansiaba el placer intenso y llegar al orgasmo.

Erika elevó el trasero de la cama y comenzó a balancearse conta la palma de mi mano, mojándomela de sus fluidos.

—Síííí… —gimió, en el momento en el que uno de mis dedos la embistió.

Después de comprobar lo excitada que estaba, añadí otro dedo, para continuar entrando y saliendo del calor de su cuerpo. Estaba tan mojada, resbalaba tan jodidamente bien… solo de imaginar que era mi miembro, en vez de mis dedos, el que la llenaba…

Solté un pequeño gruñido y aumenté la velocidad, añadiendo caricias a su clítoris.

Erika gritó mi nombre, agarrándome con fuerza de los hombros. Jadeó y gimió, sin apartar la mirada de mí. No perdimos la conexión en ningún momento, yo no quería privarme de nada de ella y necesitaba estar muy pendiente de cada cambio, cada expresión, cada reacción, para memorizar todo lo que le provocaba placer.

—Nooo… —alzó la voz, intentando retenerme.

Pero ya era tarde, mis dedos estaban lejos de su sexo palpitante y caliente. Me los llevé a la boca, saboreándola por primera vez en cada uno de los dedos que la habían tocado íntimamente.

Su sabor explotó en mi boca y estuve a punto de gemir, de puro placer. Fue el inicio de lo que vino a continuación, porque me lancé a su sexo, como un hambriento.

Erika gritó mi nombre, agarrándome del pelo, mientras mi boca, mi lengua y mis dedos trabajaban a un ritmo que fui aumentando, guiado por las reacciones de su cuerpo. Llegó al orgasmo rápido, pero no me aparté hasta un tiempo después, en el que ya se había tranquilizado.

Lamí por última vez su sexo, de abajo arriba, colando la punta de la lengua en su entrada, y me separé retirándome la humedad de los labios con el pulgar.

Erika me observó con los ojos entreabiertos, pero los abrió del todo cuando cogí uno de los preservativos y arranqué un envoltorio, para romperlo y sacar la protección que me puse mientras ella no aparta la vista de todo lo que hacía.

Le acaricié las piernas, subiendo y bajando, antes de agarrarla de la cadera para subírsela. Le dejé el trasero apoyado en mis piernas, con las suyas cayendo a cada lado de mi cuerpo. Su sexo quedó abierto y expuesto ante mí, la respiración de Erika volvió a desestabilizarse.

Me incliné un poco, lo suficiente para encajar como necesitaba. Nos coloqué en la posición perfecta y me agarré el miembro, para deslizarlo por toda su zona íntima, humedeciendo la protección y preparándola para hacer lo que tanto deseábamos los dos.

Erika no lo vio venir, ya que me tomé más tiempo del normal jugando con sus pliegues y con cada parte, por pequeña que fuera. Eso lo hice sin ninguna prisa, disfrutando de la primera vez.

Así que no, no vio venir el momento que entré en su interior, embistiéndola hasta el fondo, para quedarme enterrado en lo más profundo de su sexo.

Ambos gemimos ante las sensaciones que nos recorrieron.

La sentí tan jodidamente bien, nuestros sexos encajaron como si se reconocieran. Ese pensamiento me pareció una puñetera locura, pero es que con Erika todo era de la misma manera.

Capítulo 25



Erika

¿Pueden dos cuerpos reconocerse, aunque no se hubieran tocado con anterioridad?

Era imposible, ilógico, surrealista, podía decírmelo de muchas maneras y todas ellas eran contundentes y definitivas, pero la realidad que sentía era tan, pero que tan diferente.

En mi interior tenía la sensación de que mi cuerpo sí que reconocía al de Andrés y era muy desconcertante porque nunca, desde que tuve mi primera relación íntima, ni siquiera durante el tiempo que más duré con una pareja, lo que no pasó de seis meses, nunca había sentido algo igual, ni siquiera parecido.

—Esto es el paraíso —siseó.

Me sacó de mis pensamientos y las sensaciones de tenerlo dentro de mí, llenándome, se hicieron muchísimo más intensas.

Le rodeé la cintura con las piernas, movimiento que provocó que entrara más profundo en mi interior. No fue mucho, porque ya estaba completamente encajado, pero ambos notamos la diferencia cuando jadeamos.

Apreté los talones al final de su espalda, con una necesidad aplastante. Quería que comenzara a moverse, pero al mismo tiempo quería que continuara enterrado en mí, haciéndome sentir su miembro de una manera tan intensa y ardiente.

Notaba como mi zona íntima palpitaba, como todo mi cuerpo temblaba y vibraba por él.

Arqueé la espalda cuando me acarició los pezones, las puntas duras. Las frotó entre los dedos, antes de tirar de ellas haciéndome gemir. Fue justo en ese momento en el que se deslizó hacia atrás, resbalando su miembro en mi interior.

Retrocedió despacio, hasta que solo la punta se quedó dentro de mí, para después embestirme con fuerza.

Gemimos y tuve que agarrarme a sus brazos, para no moverme de la cama porque su impulso fue enérgico, y porque necesitaba estar más en contacto con él. Los músculos de sus brazos, no, los de todo su cuerpo, estaban en tensión y era una delicia verlos, más tocarlos.

Andrés comenzó a entrar y salir de mi interior, primero sin prisa, aunque sus entradas fueran fuertes. Se tomó su tiempo y nos hizo notar a ambos cada centímetro de recorrido, hasta que su ritmo fue aumentando y con él nuestra necesidad.

Nuestros jadeos y gemidos se entremezclaban, mientras nuestros cuerpos chocaban al encuentro del otro.

—No aguanto, no… aguanto. Diosss —grité, clavándole los dedos en los brazos.

Andrés aumentó más la velocidad, lo que no creí posible. Me llevó hasta el precipicio y me empujó, caí sin remedio deshaciéndome con su cuerpo y entre sus brazos. Él me sujetó, no me soltó en ningún momento, mientras continuaba empujándome una y otra vez en la caída, con cada embestida.

Fue tan intenso que estuve un rato sintiendo como una especie de electricidad recorriéndome el cuerpo. Andrés aceleró sus embestidas aún más, haciéndome jadear de nuevo. Se corrió al cabo de unos largos segundos, quizás minutos. Perdí la noción del tiempo al sentirme en la gloria.

Después de varios gruñidos entremezclados con gemidos, se dejó caer encima de mí. Lo recibí con los brazos abiertos, tal cual, porque los extendí para abrazarlo.

Su respiración acelerada me hizo cosquillas en el cuello. Apoyó el peso de su cuerpo en la cama, a un lado de mí, pero sin perder el contacto y sin salir de mi interior.

Le acaricié la espalda mientras se recuperaba y de esa manera permanecimos tumbados en la cama. Me encantó también la sensación, todo con Andrés era especial y bonito.

Cuando noté que el vello se le erizaba, cuando se enfrió el sudor del encuentro, le propuse meternos en la cama.

—¿Y la cena? —me preguntó con voz perezosa.

Sonreí.

—En la cocina, si Zeus no se la ha comida.

—Muy graciosa —sonrió en la curva de mi cuello.

Después de soltar un suspiro, se separó un poco y nuestras miradas volvieron a encontrarse.

—¿Tienes hambre? —me preguntó.

—Ahora mismo no.

—Yo tampoco y prefiero estar contigo en la cama.

Me hizo un guiño.

Me mordí el labio cuando se deslizó en mi interior, despacio. Salió y se levantó, privándome de su contacto y calor.

Sin dejar de sonreír, lo seguí con la mirada ir al baño. Por un instante mi sonrisa desapareció al fijarme en su quemadura, pero aparte rápido todos los pensamientos negativos. Andrés no se lo merecía y yo quería estar con él. No podía luchar contra su pasión, pero sí podía estar a su lado y acompañarlo en todo.

Las palabras de Tomás me vinieron a la cabeza, las que me dijo en la terraza del bar al que fui con Andrés, después de irnos del parque de bomberos.

Tomás se presentó al cabo de un rato para estar con nosotros y cuando Andrés entró a pagar, antes de irnos, Tomás me dijo unas palabras de las que no había olvidado ni una…

«Gracias por hacer feliz a mi amigo. Has visto todo lo que ha sonreído y reído. Desde hace unos años no suele suceder.

En el punto en el que está ha ido recuperando algo de su carácter, volviendo a ser él, pero desde la noche en la terraza del restaurante japonés, en la que coincidimos, el cambio ha sido brutal. Por eso te doy las gracias, porque el motivo eres tú.

Y gracias de nuevo por pasar el resto del día y parte de la noche con él, eso lo ha animado mucho.

No puedo decirte nada por respeto a mi amigo, solo que… lo cuides, Erika. Es lo que más necesita Andrés. No lo ha pasado nada bien, ha vivido un horror y todavía está saliendo de él. Todos los que lo queremos tenemos la esperanza de que terminará saliendo del todo, aunque le lleve su tiempo».

Comencé a darle vueltas a la última parte de sus palabras… Que lo cuidara porque era lo que más necesitaba. ¿Por qué no lo ha pasado bien? ¿Sería por la quemadura y por el accidente que se la provocó?

Estaba claro que Tomás se refirió a algo de hacía tiempo, utilizó la palabra horror, y qué peor horror había que quedarse atrapado entre las llamas. Pero Andrés no le tenía miedo al fuego, a enfrentarse a los incendios. ¿Tanta pasión sentía por su profesión que se había curado en ese aspecto?

Me alegraba que no le quedara ningún trauma para poder realizar su trabajo como le gustaba, pero ¿tendría algo que ver con lo que me dijo Tomás? ¿Lo ocultaba hacia los demás?

Todavía estaba saliendo de ese horror… ¿de cuál?

—Erika.

Solté un grito, volviendo al presente. Me sobresalté porque Andrés apareció de repente a mi lado.

Él rio con ganas, tumbado bien, tapado con la ropa de cama. Yo no me había movido desde que se fue, así que continuaba desnuda atravesada en la cama.

—¿Qué hacías? —me preguntó, divertido.

—Me he quedado ida —dije riendo, para que no me preguntara nada más.

—Me he dado cuenta —comentó negando con la cabeza—. Vas a coger frío.

—Sí —suspiré.

Me incorporé para levantarme de la cama y, aunque me dio vergüenza pasearme desnuda por la habitación, con sus ojos puestos en mí, no me quedó más remedio que hacerlo.

Me olvidé de la ropa que seguía a los pies de la cama y fui hasta la cómoda, de donde saqué un pijama y una braga.

Fui al baño y una vez en él, me aseé y me vestí. Lo último que hice fue cepillarme el pelo, antes de volver a la habitación.

Andrés estaba tumbado cómodo, con un brazo flexionado sobre la almohada y la cabeza apoyada en él.

Sonrió al verme en pijama y le devolví el gesto.

Me metí en la cama, debajo de la sábana y la colcha, y me puse de lado, de cara a él.

Andrés levantó el brazo que no tenía en la almohada, invitándome a acercarme a él, y lo hice encantada. Le rodeé la cintura con un brazo y apoyé la mejilla en su pecho desnudo. Él solo se había puesto el bóxer, lo noté por el roce.

Mientras yo estaba en el baño él había ido a la cocina, para recuperar toda su ropa. Lo di por hecho, aunque no me paré a mirar por la habitación.

—Solo un rato —me dijo, rodeándome con el brazo—. Después vamos a la cocina a calentar la comida, aunque sea un poco. Vas a tener la comida para mañana —habló con humor.

—¿Quieres quedarte a pasar la noche conmigo? —le pregunté de golpe, bajando el tono de voz.

—¿Quieres que me quede? —me devolvió la pregunta, con la voz más ronca.

—Sí —respondí sin dudar.

—Mi respuesta también es un sí.

Sonreí, pero no me vio.

—Mañana cuando nos despertemos desayunamos, y si después todavía no te has cansado de estar conmigo, podemos ir a tu casa para sacar a Bo. Así estamos con él. Nos llevamos la comida que nos va a sobrar esta noche y así la tenemos hecha para el mediodía. Zeus estará bien, le gusta tener su espacio en el piso.

Cambié de planes.

Levanté la cabeza, para apoyar la barbilla en su pecho. En esa postura lo miré a la cara y lo que vi en su expresión me calentó, de una manera muy bonita.

Supe que le había gustado mucho mi propuesta, no necesité que lo dijera con palabras, aunque igualmente lo hizo.

—Gracias. —Me acarició la cara—. Me encanta lo que has dicho y vete olvidando de que me canse de ti y de estar contigo.

Sonrió de medio lado.

—Y yo que creía que después de cómo me comporté contigo en la terraza del restaurante, afectada por el vino, cruzaría de acera si te veía otra vez por la calle —dije, pensativa.

Andrés soltó una carcajada y me uní a sus risas.

—¿En serio? ¿Te habrías escondido de mí?

—Pues sí, habría sido mi primera reacción. Cuando Raúl y Fran me contaron cómo fue esa noche y que te usé de silla…

Sonrió de medio lado.

—Tenemos que preparar a Zeus y a Bo, porque espero que algún día que no sea muy lejano puedas ir a mi casa con Zeus. No quiero que renuncies a él por estar conmigo y con Bo.

—No renuncio y te aseguro que, si Zeus pudiera hablar, me agradecería que lo dejara aquí. Lo que has dicho sería maravilloso, pero no lo veo —reí.

—Yo sí que lo veo. Es más, sé que Bo se adaptaría rápido a Zeus.

—Después de darle varios revolcones, ¿no?

—Sería jugando —dijo con diversión.

—Ya te lo diré si alguna vez llega a suceder, por los arañazos que le haga Zeus.

Apreté los labios.

—Tu gato es peor.

—Mucho peor —hablé seria.

La seriedad fingida me duró poco, no pude contener una carcajada. Andrés rio conmigo.

—Vamos a levantarnos ya.

—Nooo… —me quejé.

Pero ya era tarde, Andrés se levantó y me obligó a hacerlo a mí. Se vistió rápido y fuimos a la cocina. Zeus volvía a estar en el salón, dormido.

Los recipientes estaban tal y como los dejamos. Entre todos los que había elegimos dos para comer, pero igualmente quedó comida dentro, una vez nos servimos en los platos.

Mientras yo calentaba la comida en el microondas, Andrés metió en la nevera todos los recipientes. Ya estaban fríos.

Cenamos en la isla, uno frente al otro.

Cuando nos quedamos saciados lavamos lo poco que habíamos ensuciado, lo dejamos escurriendo, y apagamos todas las luces, para ir a la habitación.

La tarrina de helado se quedó sin tocar, al igual que mucha de la comida.

Cuando nos metimos otra vez en la cama, nos abrazamos y comenzamos a hablar de nuestro día a día, queriendo saberlo todo del otro.

Lo importante, lo que no podía sacarme de la cabeza de Andrés, eso quedó en un segundo plano porque, ni yo podía sacar el tema, ya que si lo hacía dejaría al descubierto a su amigo Tomás, y tampoco quería sacarlo, porque esperaba que Andrés confiara en mí lo suficiente para que me lo contara todo, absolutamente todo de él.

No tenía ninguna prisa en esperar a ese momento.

Quise alargar lo máximo posible la noche, pero caí demasiado rápido en un sueño profundo. Recuerdo dormirme con una sonrisa, relajada y feliz, con una paz increíble. Y todo gracias a él.

Capítulo 26



—¿Te ha avisado ya de que ha llegado?

Levanté la cabeza, conteniéndome para no reír.

—Sofía, no hace ni cinco minutos que me has preguntado lo mismo —la dije a mi amiga y la directora del colegio.

Negué con la cabeza.

—Mierda, ¿cuándo va a llegar? Me tiene nerviosa.

Reímos.

Cerré la carpeta con la que había estado trabajando y me levanté para colocarla en mi parte de la estantería de la sala del profesorado.

—Hace muy poco que Andrés me ha dicho de que venía para aquí.

—Qué bien te veo —sonrió.

—Gracias —le devolví el gesto—. Estoy feliz.

—Se nota. Los días que llevas con Andrés te están sentado de maravilla.

—Así me siento.

Le hice un guiño.

—Tienes que llevarme al parque de bomberos, presiento que el hombre de mi vida está en ese sitio —me pidió.

—Lo hablaré con Andrés —hablé divertida.

Sofía soltó un grito, provocándome una carcajada.

Cogí la chaqueta y me la colgué en el brazo. Hacía muy buena temperatura, pero por las mañanas cuando salía del piso sí que necesitaba una capa extra de abrigo.

Esta mañana había venido a trabajar en transporte público, porque el día anterior Andrés me comentó que vendría a recogerme. Sabía que de vez en cuando me gustaba hacerlo, me refiero a que no movía el coche de mi plaza del parquin del edifico porque prefería venir al colegio en autobús.

Tenía la suerte de que la parada estaba cerca de donde vivía y desde ella podía coger la línea que pasaba por el colegio.

Me colgué el bolso, cogí el móvil, y salimos de la sala de los profesores.

Las clases habían terminado, por lo que en los pasillos no había casi nadie. Alumnos muy pocos, los que iban hacia la salida.

—¡Carolina! —la llamé en cuanto salimos del edificio del colegio.

Ella era mi amiga y la madre de Paula, mi alumna. Acababa de recoger a su hija, todavía no se habían movido de la entrada. Le hablaba a Paula, hasta que me escuchó y levantó la cabeza. Sonrió al vernos.

Sofía y yo fuimos en su dirección.

—¡Profesora! —dijo Paula, contenta.

Por suerte se recuperó en un par de días del virus de la barriga.

—Hola, cariño.

Le acaricié la cara, ganándome una sonrisa preciosa.

—Hola —nos saludó Carolina y le correspondimos.

Nos dimos un abrazo.

—¿Qué tal la semana? —nos preguntó a Sofía y a mí.

—Genial —le contestó Sofía—. Aunque ahora mismo empiezo a estar fastidiada.

—¿Y eso? —Quiso saber Carolina.

—Mami —llamó su atención Paula—. ¿Mientras hablas puedo ir con Toni y Aroa? —Señaló a dos de sus compañeros de clase, mis alumnos también.

Levanté la mano hacia ellos y me imitaron con más efusividad.

—Claro, cariño. Pero no te vayas lejos que te llamaré enseguida.

—Vale.

Salió corriendo.

—¿Por qué estás fastidiada? —insistió Carolina.

—Porque tengo que irme ya —respondió con un bufido.

No puede contenerme más y solté una carcajada.

—¿Y eso se supone que es malo? Ya habéis terminado por hoy.

Carolina nos miró con curiosidad, mientras que Sofía comprobaba la hora en su reloj de pulsera.

—Andrés vendrá más veces —le dije a Sofía.

—¿Quién es Andrés? —preguntó Carolina.

—Mi pareja.

Agrandó los ojos.

—Hace poquito que estamos saliendo.

Me ruboricé.

—Viene a recogerme, por eso Sofía quiere esperar para verlo, pero va a llegar tarde a la peluquería.

—No puedo retrasarme mucho, porque como cojan a otra estaré horas allí —suspiró Sofía.

—Llama y diles que vas de camino —le pedí—. Así te tienen en cuenta.

—Bien pensado.

Sacó el teléfono y habló con alguien de la peluquería.

—Erika, me alegro mucho por ti —me dijo Carolina.

Nos dimos un corto abrazo.

—Gracias.

—Esa sonrisa lo dice todo.

Me hizo un guiño y amplié la curva de mis labios.

—Yo solo quería verlo desde lejos, con eso me conformaba —continuó Sofía con el tema de Andrés, después de colgar.

—Pues vas a tener suerte —le dije.

—¿Sí?

Se sorprendió y yo volví a reír.

—Andrés acaba de parar en doble fila con el coche.

Sofía y Carolina lo buscaron con la vista y no tuvieron problema en encontrarlo rápido. Andrés se quedó en línea recta con nosotras, a pocos metros de distancia. Levanté un brazo hacia él, para que supiera que lo había visto.

—Qué buena pinta tiene —dijo Carolina.

La miré divertida.

—Ni que fuera algo comestible. Ha sonado como si estuvieras en un restaurante eligiendo de la carta —comenté con diversión.

—Hija, comestible lo es un rato largo —rio Sofía—. Anda que no me lo comía yo por todos lados. Con tu permiso, claro está.

Reímos.

—Pues no tienes ese permiso ni lo vas a tener, así que te quedas con las ganas. Sigue soñando. Os dejo, chicas. Donde se ha quedado con el coche no puede estar mucho tiempo.

—Tranquila, ya puedo irme feliz, aunque la próxima vez espero verlo de pie y más cerca.

Sofía me hizo un guiño y reí por sus palabras.

Les di besos a ambas, con abrazos, y me despedí de mis alumnos desde la distancia. Caminé hacia el coche.

—Hola —saludé a Andrés.

Me acerqué para darle un beso, el que me correspondió con las mismas ganas que las mías.

—Hola —sonrió de medio lado—. ¿Quiénes son? —Se interesó.

Tuve que reírme cuando al mirar hacia la entrada del colegio, unos pasos antes de salir, Sofía y Carolina nos decían adiós, moviendo en el aire una mano. Sofía aparte levantó los pulgares, dándome a entender que había visto el beso.

Le devolví los pulgares hacia arriba, haciéndola reír. Se despidió de Carolina y se fue feliz, con una gran sonrisa en los labios. Sabía que al día siguiente me tocaría un nuevo interrogatorio. Carolina también se fue con Paula.

—La pequeña es alumna mía —le conté a Andrés, respondiendo a su pregunta—. Se llama Paula y la madre, Carolina, es una amiga. Quedamos de vez en cuando a tomar un café, o lo que encarte.

Asintió.

—La que se ha ido hacia el lado contrario es Sofía, la directora del colegio y una buena amiga. Tenía muchas ganas de verte, es la primera vez que vienes a recogerme y estaba nerviosa. Ella.

Reímos.

—¿Por qué? —me preguntó con diversión.

Se incorporó a la carretera.

—Porque eres bombero y estás muy bueno —le contesté con humor.

Soltamos una carcajada.

—No —dijo.

—Sí.

—Así que estoy muy bueno.

—Eso he dicho.

Noté cómo me subían los calores, mientras nos mirábamos. No duró mucho tiempo porque Andrés continuó prestando atención a la conducción, pero fue suficiente para que todo mi cuerpo reaccionara.

—Sofía me ha dicho que quiere que la lleve un día al parque de bomberos. Está segura de que el amor de su vida está allí.

Andrés negó con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Quien sabe, ¿no?

—Quien sabe —repitió.

Me hizo un guiño.

—¿Dónde vamos?

Pensaba que íbamos directos a su casa, para sacar a Bo y pasar el resto de la tarde con él. Ese era el plan, después Andrés se venía a mi piso para pasar la noche. Así también estaríamos con Zeus.

—Necesito ir un momento al parque —me informó—. Yendo a recogerte me han llamado con una duda y prefiero ir personalmente. ¿Te importa?

—No —le sonreí—. Tranquilo, haz lo que tengas que hacer, sin prisas.

—Gracias.

Moví una mano entre nosotros para quitarle importancia, porque no la tenía.

Andrés ya hacía días que volvió a incorporarse al trabajo, después de su descanso. Esta semana estaba en el turno de mañana y no tenía guardias el fin de semana. Se libraba, por lo que podíamos hacer planes desde el viernes por la tarde.

Eso sería mañana, hoy era jueves. Aún quedaba un día de trabajo para terminar la semana laboral.

—Mi madre me ha insistido otra vez, para que vayamos este fin de semana —le dije con diversión.

No había día que ella no me lo recordara, por si se me había ido la memoria con el sueño de la noche. Esa era su excusa.

—Ahora me cuesta más contenerla —continué, riendo.

—Que conozca a Manuel y a Marga antes que a ellos no le ha sentado muy bien —comentó con humor.

Negué sonriendo.

Así era, mi madre se llevó las manos a la cabeza cuando le conté que Andrés coincidió en el rellano de mi planta con Manuel y Marga. Y ya cuando le dije que, el mismo día, mis queridos vecinos nos invitaron a tomar un café y aceptamos encantados…

Hasta que no fuese con Andrés a la casa de mis padres e hiciera las presentaciones, mi madre no me perdonaría. Lo de perdonar era en broma, era un decir.

—Mi padre la tiene controlada —le aseguré.

Soltamos otra carcajada.

Hicimos el resto del trayecto hablando de cómo nos había ido el día, aunque solo por encima porque llegamos pronto al parque de bomberos.

Andrés encontró un sitio para estacionar a pocos metros de la entrada de la nave. Aparcó y nos bajamos. Lo acompañé, después de que me dijera que si quería podía esperarlo en el coche, porque no iba a tardar.

No me apeteció estar encerrada, además, sabía por él que Tomás e Iván estaban trabajando por unas horas más y me hacía ilusión verlos.

Esperaba encontrarme con ellos o al menos con alguno, mientras Andrés se encargaba de lo que lo había traído de nuevo hasta aquí.

Entramos en la nave y lo seguí hasta el parquin trasero que estaba descubierto, donde lo vi la primera vez que vine a este lugar, buscándolo.

—Puedes moverte por donde quieras, ¿vale? —me dijo.

Asentí.

—Intentaré no tardar.

Me hizo un guiño y me dejó sola.

Miré alrededor, no había nadie y tampoco se escuchaba nada, así que después de quedarme parada durante unos minutos donde Andrés me dejó, me cansé y decidí ir hacia un muro bajo que me servía perfectamente de asiento.

Me subí de un salto y saqué el móvil del bolso. Sonreí al ver que mis amigas estaban escribiendo en el grupo. Raúl no había aparecido todavía, debía estar de camino al piso, conduciendo. Y a Fran aún le quedaba una hora para salir de su trabajo.

Adri: *¡Os necesito con urgencia!*

Estela: *¿Qué pasa?*

Adri: *Hola, cariño. ¿Dónde están los demás?*

Estela: *¿Y esa impaciencia? Relájate, irán apareciendo cuando puedan.*

Adri: *¡Erika! ¡Raúl! ¡Fran! ¡Venid aquí ahora mismo! Necesito los consejos de todos. Estela, acabo de hablar con Iván.*

Estela: *Joder, qué novedad. ¡Menos mal! Hacía días que no sabías nada de él.*

Adri: *Gracias, queridísima amiga, por recordarme lo desesperada que he estado y mi patética vida.*

Estela: *Mierda, lo siento. Oye, tampoco te pases. De patética nada. Ja, ja, ja…*

Después de leerlas comencé a escribir.

Erika: *Hola, preciosas.*

Erika: *¿Y qué te ha dicho Iván? Aprovecha porque si tengo que liarme a tortas con él estoy en el sitio indicado: el parque de bomberos.*

Estela: *¿Qué haces ahí? ¿No iba Andrés a buscarte al colegio?*

Erika: *Y ha venido, pero hemos parado un momento aquí, de camino a su casa. Han llamado a Andrés mientras iba a buscarme y ha querido venir. Nos iremos rápido.*

Adri: *Ahora que he hablado con Iván, después de su llamada, no quiero que hagas nada. Ni respires a su lado.*

Erika: *Ja, ja, ja… no me quieras tanto.*

Adri: *Eri, que a Iván le da un aire y cambia de opinión más rápido que un parpadeo.*

Estela: *Pero ¿qué te ha dicho?*

Adri: *Me da hasta miedo decirlo, por si lo gafo. Me ha dicho de quedar mañana viernes, a las siete de la tarde.*

Erika: *Eso es una buena noticia. ¿Cómo lo has notado?*

Estela: *Yo también lo creo.*

Erika: *Igualmente, ya sabes lo que tienes que hacer.*

Adri: *Ya… protegerme para no pegarme un batacazo de nuevo con él.*

Erika: *Exacto. Tómatelo con calma.*

Adri: *Y al hablar con él lo he notado bien, no sabría decir nada que me haya llamado la atención.*

Estela: *Eso también es bueno.*

Adri: *Joder, es que quedan muchas horas hasta mañana.*

Erika: *No pienses en ello.*

Estela: *Chicas, tengo que desaparecer un rato. Mi madre acaba de picar al timbre.*

Adri: *¿Qué has hecho para que tu madre aparezca ahí? ¿Has sido una niña mala?*

Sonreí.

Estela: *No me hagas hablar, como si mi madre necesitara una excusa para venir de sorpresa y echarme la bronca.*

Erika: *Cuando se vaya escribe. Con ella mantente firme, da igual lo que te diga. Estás en tu piso y es tu vida, no permitas que te ponga mal.*

Estela: *Gracias. Os quiero.*

Salí de la conversación cuando me saltó una llamada de Adri. Se había cansado de escribir y todavía necesitaba hablar más sobre el tema de Iván. O no, tal vez simplemente quería hacerme compañía, hasta que Andrés terminara.

Capítulo 27



—¿Ves por ahí a Iván?

Me preguntó Adri, nerviosa.

—No. Estoy sola en el parquin trasero. Se está muy bien aquí, es al aire libre y da el sol. Me he sentado en un muro o un escalón gigante a esperar a Andrés.

—A lo mejor se ha ido —dijo, como si no hubiera escuchado.

—Cariño… —suspiré.

—¿Qué?

—Por favor, no quiero que vuelvas a pasarlo mal por el mismo hombre.

—No estoy obsesionada, lo tengo controlado.

Lo segura que sonó para mí no era nada.

—No estoy diciendo que Iván no vaya a comportarse bien esta vez, solo quiero que te protejas por si dentro de unos días vuelve a desaparecer.

—Lo sé. ¿Por qué es así? Sé que le gusto, ¿verdad, Eri? Eso se nota.

—Claro que le gustas, sino no habríais terminado enrollándoos otra vez. Iván tiene algo que le impide avanzar y hasta que no se enfrente a eso será complicado. Siempre y cuando quiera enfrentarlo, nadie puede decidir por él.

—Mierda, y aquí estoy yo, contando las horas para verlo mañana.

—Relájate un poco.

—Sí, sí… al menos lo intentaré.

—Eso está muy bien.

Sonreí.

—Andrés.

Al escuchar su nombre levanté la mirada, pero lo único que encontré delante de mí fue un camión de bomberos.

El muro en el que me había sentado quedaba oculto por tres camiones estacionados en línea, por lo que yo no era visible desde otra parte del parquin, a no ser que alguien rodeara alguno de los camiones.

—Espera —le pedí a Adri, susurrando.

Mi amiga se quedó callada y pude escuchar mejor lo que la otra mujer decía. Había mencionado a Andrés, pero a lo mejor había algún otro Andrés en el parque. ¿Esa mujer era una visitante, conocida, familiar o trabajaba aquí?

No tenía ni idea de que en el equipo de bomberos hubiera una mujer, si es que era el caso. La primera vez que vine aquí y vi a una gran mayoría de los bomberos, junto a Andrés, eran todos hombros, al igual que las pocas veces que volví con Andrés.

—Sí, Andrés —volvió a decir la misma voz.

Me pareció escucharla más cerca, muy cerca del camión, como si estuviera al otro lado de él.

—Se ha pasado para hablar con varios de los chicos. Sí, ya le he dicho que esta mañana he visto a Lucía. —Pausa—. Pues claro que me lo ha agradecido, Andrés siempre me lo agradece.

Hizo otra pausa más larga y después continuó.

—Me da igual. Todavía no es como me gustaría, pero voy por el buen camino con él. Lo sé, y no puedo tener prisa en esto. Voy a pasearme por el parque porque me ha dicho que ha venido acompañado y quiero ver con quién. Si es una tía me la quitaré de encima.

Soltó una carcajada.

Mi expresión varió desde la sorpresa, al desconcierto, para terminar cabreada.

¿Quién era Lucía? ¿Otra compañera? ¿Quién era la que estaba hablando de Andrés, como si le perteneciera de alguna manera? ¿Por qué, si le había dicho que había venido acompañado, no le dejó claro que yo era su pareja? Hemos empezado una relación, lo normal es… ¿O no estábamos en una relación y yo estaba haciéndome unas ilusiones que no eran ciertas?

Tragué saliva, con muchas dudas de repente.

—En mi paseo voy a cruzarme otra vez con él. Quiero verlo y despedirme en condiciones, antes de que se vaya —dijo la misma mujer.

—¿Eri? ¿Qué ha sido eso? —me preguntó susurrando Adri, al otro lado de la línea.

Mi amiga me sacó de la tensión que me recorría en este momento. No desapareció del todo, pero algo me ayudó. Aflojé la fuerza con la que sujetaba el teléfono, manteniéndolo en mi oreja.

—Espera, Adri, voy a mirar una cosa.

Dejé el móvil en la superficie del muro y me bajé con cuidado, sin hacer ruido. Yo podía escuchar los pasos de esa mujer y no porque llevara tacones.

Me asomé por la parte delantera del camión que me había servido de escondite y al no ver a nadie, caminé entre los camiones, para asomarme al parquin.

Cuando miré hacia la derecha vi a una mujer vestida con un pantalón de chándal, un top que solo le cubría el pecho y unas botas de suela gruesa y plana. Tenía el pelo recogido y me daba la espalda, mientras caminaba con pasos firmes hacia el interior de la nave.

No pude dejar de mirarla, haciéndome muchas preguntas, hasta que desapareció. Regresé al muro, para recuperar mi teléfono.

—¿Adri?

—Joder, por fin. ¿Qué pasa?

—¿Has escuchado algo?

—Todo. Muy despacio, casi me dejo la oreja pegada a la pantalla del móvil, pero lo oído. Ahí parece haber como eco. ¿Quién mierda es esa tía?

—No lo sé. Es la primera vez que la veo y la escucho.

—Eh, no hagas caso a nada de lo que ha dicho. Eri, lo normal es que a las tías se les caiga la baba por Andrés. Olvídate de esa.

—¿Por qué no le ha dicho que somos pareja? ¿Lo somos?

—¿Cómo que si lo sois? ¿Qué pregunta es esa? Pues claro que sí, lleváis días separándoos solo lo necesario, compartiéndolo todo y durmiendo juntos. ¿Qué más necesitas? Además, hablasteis de lo vuestro a largo plazo, dejasteis claro que ninguno de los dos queríais que fuese de una noche, o varios días. Nada de pasajero.

—Ya… pero porque no le ha dicho, *he venido con mi novia, si nos vemos luego te la presento* —comenté pensativa.

—Porque no habrá caído o porque la tía esa no le cae bien y no tiene porqué contarle su vida.

—Puede ser.

—Vamos, con lo contenta que estabas. No me gusta nada verte así.

—No me estás viendo —sonreí un poco.

—Pero sé cada una de sus expresiones de memoria y ahora estás triste.

—No te preocupes.

—Pregúntale a Andrés cuando vuelva, seguro que te aclara quien es esa tía y te quedas tranquila.

—Tampoco sé quién es Lucía.

—Pues será… no lo sé —se quedó pensativa—. Lleváis poco tiempo, seguro que tú no le has hablado a Andrés de todas las personas que conoces. Y tal vez nunca lo hagas, porque no caerás en ello. Vete a saber quién es Lucía. Es mejor que vayas paso por paso, que averigües quién es la tía esa el parque.

—Sí. Supongo que tienes razón.

—Y no te comas la cabeza pensando qué tienes con Andrés. Cariño, solo hay que veros juntos. Tú lo sabes, lo sientes. ¿Sabes?

—¿Qué?

—Estela y Tomás han quedado esta tarde.

—¿En serio? No me ha dicho nada.

—A mí tampoco —rio—. Me he enterado por Iván —suspiró, al mencionarlo—. Ya sabes cómo es Estela, se calla las primeras veces para que no le salga mal.

—Sí.

Sonreí.

—Tomás pasará a recogerla. Yo creo que la noche promete para ellos.

—Quién sabe. Voy a dejarte, me he cansado de esperar.

—¿Qué vas a hacer?

—Ir a buscar a Andrés y si está hablando con alguien, me quedaré apartada.

—Me parece perfeto. Hablamos mañana, ni se te ocurra entrar en la conversación del grupo, cuando empiecen a escribir todos. Disfruta con Andrés y aclara las máximas dudas que puedas.

—Gracias, cariño. Mañana te llamo.

Cuando colgué me quedé mirando la pantalla, pensativa, hasta que moví la cabeza de lado a lado. Guardé el móvil en el bolso, me colgué este cruzado al pecho, y comencé a caminar para salir del parquin trasero.

En el recorrido que hice buscando a Andrés, me encontré con varios de sus compañeros. Nos saludamos y les pregunté donde podía encontrarlo. Me indicaron hacia dónde debía ir y después de darles las gracias, me dirigí hacia allí.

—Erika.

Me paré girándome hacia Tomás y sonreí al verlo.

Llevaba una mochila colgada de un hombro y ababa de ducharse. Era evidente porque tenía el pelo húmedo.

—Hola, preciosa —me saludó.

—Hola.

Nos dimos un abrazo.

—Esperaba verte, Andrés me ha dicho que lo has acompañado —me dijo sonriente.

—Sí. Iba a buscarlo.

—Ya mismo sale.

—¿No puedo ir?

—Eh, claro, ¿por qué no?

—Ah, no sé. Me ha parecido que me pedías indirectamente que no fuera.

—Qué va. Lo siento si lo has entendido así.

Negó con la cabeza.

—No, perdona tú. Yo… no sé porque he dicho eso.

—No pasa nada —me sonrió—. Tengo que irme, a ver si quedamos pronto.

—Claro. Que vaya muy bien.

Nos dimos otro abrazo, de despedida, y lo vi alejarse.

—Tomás.

—¿Sí?

Se giró hacia mí y caminó de espaldas.

—Trátame bien a Estela.

Se sorprendió, ya que supuestamente todavía era un secreto.

—No voy a decir nada —le dejé claro.

Sonrió de medio lado.

—Voy a tratar muy bien a Estela —me confirmó.

—Lo sé, porque no quieres enfrentarte a mí estando cabreada. —Me señalé.

Soltó una carcajada y después de hacerme un guiño, se volvió y continuó caminando de frente.

Me encantaba Tomás para Estela, encajaban muy bien. Al menos con lo que conocía de Tomás así me lo parecía. Y Adri e Iván… estos era una pasada cómo se atraía, saltaban chispas alrededor de ellos, y me sentía tan triste que Iván no pudiera verlo.

Cogí una bocanada de aire y retomé mi camino, yendo decidida a encontrar a Andrés.

Subí una escalera de pocos escalones y antes de pisar el último, para acceder a la sala o lo que fuera a dónde llevaban los escalones, la voz de Iván me hizo pararme.

Miré hacia atrás, para comprobar que no había nadie. Estaba sola.

—No me parece bien —dijo Iván.

—Es que a ti no te lo tiene que parecer —dijo la misma voz femenina del parquin trasero descubierto—. La decisión es únicamente de Andrés.

Hubo un silencio y lo aproveché para subir un poco más. Me asomé con cuidado por la puerta y entonces vi que los únicos que había en una especie de salón con sofás eran Iván, Andrés y esa mujer.

Iván estaba sentado en un lateral del sofá con el ceño fruncido, los brazos apoyados en las piernas y las manos juntas. Andrés estaba de pie, cerca de él, con la espalda apoyada en la pared. Tenía los brazos y los pies cruzados, mientras que la mujer lo mirada de frente, al estar delante de él.

Capítulo 28



—¿Qué dices Andrés? —le preguntó ella, parecía que insistiendo.

—No tengo que decir nada porque en ningún momento me he planteado la posibilidad de hacer el cambio que has sugerido. Ni lo voy a hacer, todo va a continuar como está.

Él le habló calmado, pero con contundencia y rotundidad. Se notaba que estaba acostumbrado a mandar en su puesto de capitán. A pesar de eso ella volvió a la carga.

—Cariño, no puedes ser tan tajante sin pensarlo bien.

Fruncí el ceño.

Cariño, de qué, pensé, a punto de entrar y mandar a la mierda mi autocontrol.

Me pegué a la pared, apoyando en ella la parte de atrás de mi cuerpo.

—No hay más que hablar —le dijo Andrés.

Él soltó un suspiro, como si estuviera cansado.

—Es importante —habló ella.

Entrecerré los ojos, al ver cómo daba un paso hacia Andrés. Colocó una mano en uno de sus brazos cruzados, pero él no reaccionó de ninguna manera.

—Ya está bien, no quiero hablar más de este tema. Es la última vez que los sacas, porque si hay una próxima, te aseguro que no me verás tan calmado ni dispuesto a escucharte como hoy.

—Está bien.

Algo me dijo que no estaba nada bien, que ella solo estaba capeando el temporal para saltar sobre él de aquí a un tiempo, con lo mismo. Lo que fuera eso, porque no tenía ni idea de qué estaban hablando. Estaba segura de que era algo de trabajo y como todos tenían que obedecer a Andrés…

—¿Te apuntas a tomar una cerveza? —le preguntó la mujer.

—Yo que tú me lo hacía mirar —intervino Iván, hablándole con un punto de diversión—. Se te ve a leguas lo que quieres conseguir y ahora más que nunca te digo que, tu tren nunca llegará. No sé ni cómo sigues pensando en esa posibilidad.

Estuve por entrar corriendo y subirme encima de él, para abrazarlo y llenarle la cara de besos.

—¿Por qué no nos dejas tranquilos? Eres insoportable —le habló ella, con rabia.

—Ya está bien —se metió Andrés, dejándolos callados.

Se impulsó de la pared y se separó de ella.

—Vamos, tío…

—Iván —le dijo Andrés, a modo de advertencia.

Fruncí más el ceño.

¿Por qué narices frenaba a su amigo, cuando Iván tenía toda la razón? No lo comprendí y me tocó las narices, mucho, porque ella sonrió como repuesta, con suficiencia y satisfecha por la reacción de Andrés.

Iván vio lo mismo que yo, por eso él la miró desafiándola o como una promesa de que no habían terminado. Él al final soltó un bufido, se colgó una mochila al hombro, y caminó hacia la puerta. O lo que era lo mismo, hacia mí.

Contuve la respiración.

Por suerte se paró y miró a Andrés por encima del hombro.

—¿Vienes? ¿O es que no habéis acabado de perder el tiempo?

—Eres idiota —le soltó ella, confiada.

—Cuidado, no te pases —le dijo Andrés.

Esta vez la advertencia fue en la dirección contraria, igual que llegó el momento de Iván para sonreír. Su sonrisa destacó y no dudó en mostrarla.

—Pero… —intentó justificarse ella, entre avergonzada y cabreada.

—Ya está bien, joder. He venido solo para un momento y al final ha pasado demasiado rato —se lamentó Andrés.

Caminó también hacia la puerta, hacia Iván.

—Porque has querido. Tendrías que haberte ido después de hablar con Ricardo y Leo, te he dicho que con lo demás ibas a perder el tiempo —comentó Iván.

Andrés bufó. La mujer dijo algo entre dientes, pero habló tan bajo que no pude entenderla. No fui la única en no escucharla, aunque todos nos podíamos hacer una buena idea de lo que había soltado.

—¿Con quién has venido? ¿No vas a presentármela? —le preguntó ella a Andrés, siguiéndolos de cerca.

Ambos se pararon, pero fue Andrés quien se giró antes hacia ella.

—¿Qué? Has sido tú el que me has dicho antes que has venido acompañado y varios de los chicos me han comentado que se trata de una mujer. ¡Las noticias corren muy rápido!

—La primera respuesta es que no te interesa con quien he venido. La segunda, es un no. No voy a presentártela.

—¿Por qué? Ah, vale. Ahora lo entiendo.

—Ilumínanos —le pidió Iván.

Ella lo miró mal, pero enseguida le sonrió a Andrés.

—No quieres presentármela porque es un ligue sin importancia. Se trata de follar durante unos días y ya está, ¿verdad?

Fijé los ojos en la espalda de Andrés, rogándole en silencio que le dijera algo, que desmintiera esas palabras, que le dejara claro que… estábamos juntos.

La mirada se me humedeció cuando no sucedió nada de lo anterior y una rabia muy grande fue abriéndose paso por todo mi cuerpo.

Andrés se mantuvo callado, observando a esa mujer, hasta que se giró y volvió a caminar.

No iba a permitir que me pillaran, por lo que, lo más silenciosa posible, bajé los pocos escalones corriendo y continué de la misma manera hacia la salida, o hacia donde creía que estaba esta.

Tuve suerte porque nadie me vio, conseguí alejarme a tiempo sin encontrarme con ningún bombero por el camino. Me libré de que me descubrieran, aunque tampoco me hubiera importado, más bien me habría alegrado porque habría soltado por la boca todo el cabreo que sentía.

No me perdí, lo que fue un alivio.

Llegué a la gran zona abierta que tenía salida a la calle y al parquin trasero, pero no me quedé ahí. Necesitaba salir, largarme, pero en lo último me contuve porque necesitaba averiguar y saber muchas cosas.

Salí por una esquina de la puerta de salida de los camiones, la que estaba casi echada. Pude pasar sin problema y me escabullí.

En cuanto estuve en la calle cogí una bocanada de aire y me alejé lo suficiente del parque de bomberos.

Me senté en un banco, desde el que veía la entrada a la nave, y cerré los ojos con fuerza. Comencé a controlar la respiración, porque entre la carrera, la rabia, el cabreo, la impotencia, las dudas, la incertidumbre y el miedo, mi pecho subía y bajaba descoordinado.

Llevaba unos minutos de esa forma, pensando una y otra vez porque Andrés se había callado, en vez de dejar todo claro, cuando mi móvil comenzó a sonar.

Lo saqué y vi que Andrés estaba llamándome.

—Hola —respondí al descolgar.

—Erika, perdona. No era mi intención, pero al final me he retrasado mucho.

—No te preocupes.

Tuve que contenerme, mucho, aunque mi seriedad y la sequedad al hablar delataron que algo me pasaba.

—¿Dónde estás?

—En la calle. Estaba aburrida y después de ver a Tomás, he decido salir para caminar un poco por la zona.

—¿Exactamente dónde?

—Ahora sentada en un banco desde el que veo la nave.

—Voy para ahí.

—Estupendo.

No pilló mi ironía al hablar.

Después de colgar lancé el móvil dentro del bolso y me preparé para cuando Andrés llegara.

Lo vi salir de la nave, lo hizo con Iván. Por suerte nadie más. Los amigos se despidieron en la acera y cada uno tomó una dirección.

Andrés comenzó a caminar hacia mí, despreocupado. Yo después de observarlo un rato dirigí la mirada hacia delante.

—Hola —me dijo, quedándose de pie a mi lado—. ¿Nos vamos?

—No sé si me apetece.

—¿Cómo?

Contuve las ganas de girar la cabeza para mirarlo.

—Estoy pensando en irme a casa. Sola.

—¿Qué me he perdido? ¿Qué pasa? Mírame, Erika.

Se sentó a mi lado en el banco.

—Tú nada, la que está aquí perdiéndose muchas cosas soy yo —sonreí, pero el gesto fue frío y forzado.

—¿Puedes explicarme qué te ha pasado en el tiempo que nos hemos separado para que estés así? —me preguntó serio—. No tiene sentido lo que voy a decir, pondría la mano en el fuego por mis chicos, pero… ¿alguno te ha dicho algo que te haya molestado? ¿Es eso?

—No, todas las veces que he visto a alguno han sido muy amables.

—¿Entonces? Vamos, habla conmigo.

—Todavía estoy intentando tranquilizarme, no quiero alterarme más.

—Alterarte… pero ¿por qué?

Giré la cabeza despacio hacia él. En su voz ya había notado la preocupación, pero al mirarlo la emoción me llegó más directo, más fuerte. En su cara se reflejaba la angustia y el desconcierto.

—¿Quién es Lucía?

La pregunta le pilló tan de sorpresa que no pudo controlar su reacción. Agrandó los ojos y se echó hacia atrás, como si hubiera recibido un golpe.

Sonreí con tristeza.

—Qué estúpida soy —reí, negando con la cabeza.

—No.

—Como si me importara la palabra de alguien que me ha mentido.

Me levanté despacio del banco, con todo el cuerpo tembloroso.

—No te he mentido. Iba a hablarte de ella, pero es que… es complicado.

Se incorporó también, quedándose frente a mí.

—Erika, por favor. No sé dónde has escuchado ese nombre ni qué más sabes, pero…

—¿Eso es lo que te preocupa? —alcé la voz— ¿Qué somos, Andrés? Tú y yo, ¿qué mierda somos? Porque ahí dentro no lo has dejado claro. —Señalé hacia la nave del parque de bomberos—. O tal vez es que no hay nada que dejar claro y resulta que la que no se entera de nada soy yo. Dentro no me has defendido ante una imbécil que te ha dicho que solo soy para ti sexo, para unos días.

—Erika…

Intentó agarrarme de un brazo, pero esquivé a tiempo su mano.

Negué con la cabeza, poniendo los brazos extendidos entre nosotros.

—¿Por qué? —susurré.

—Nece… sito un rato, un tiempo. Vamos a mi casa y…

Pareció perdido y por unos segundos tuve muchas ganas de abrazarlo. ¿Pero quién me abrazaba a mí? ¿Quién se preocupaba por mí? Yo no había pedido nada de esto, mi vida era muy normal y transparente, por muy complicada que hubiera sido a veces.

Tragué saliva.

—Quiero hablarte de todo, de verdad, Erika, pero ahora…

—Ya. Ahora no es el momento, ¿verdad? Como tampoco lo era dentro de la nave, para decirle alto y claro a una tía que solo le ha faltado subirse encima de ti para dejarte aún más claras sus intenciones, que tú y yo tenemos una relación. Aunque claro, tal vez eso lo creo solo yo.

Nos mantuvimos la mirada, con muchas cosas no dichas entre nosotros, pero ninguno de los dos volvió a hablar de lo que había pasado.

Mi esperanza se esfumó delante de mí y sonreí con tristeza.

—Vale —susurré—. Me voy.

—Vamos a seguir con el plan que teníamos.

Dio un paso hacia mí.

—¿Para qué? Has dejado claro que no quieres hablar conmigo y yo lo único que quiero hacer es eso, porque para estar y sentirme mal, aguantando en silencio, prefiero estar sola.

Apretó la mandíbula.

—Esto no tiene sentido. —Negué con la cabeza—. Tú y yo… no tendrías que haber empezado conmigo si arrastras cosas secretas que no estás dispuesto a enfrentar —susurré—. Adiós, Andrés.

Di varios pasos hacia atrás, sin apartar la mirada de la suya. Aguanté sin derramar ninguna lágrima, a pesar de las ganas que tenía de dejar de contenerme.

Andrés no hizo el intento de retenerme y no lo culpé, porque continuaba perdido.

Giré, le di la espalda y seguí caminando por la acera, con un nudo en la garganta y una presión en el pecho que me impedía respirar con normalidad.

Capítulo 29



—Por poco, casi no llego. Me has pillado saliendo de la ducha —dijo Raúl, al descolgar la llamada—. Hola, preciosa. ¿Ya estás aquí?

Se refirió a mi piso. Raúl sabía los planes que tenía con Andrés, los de que me recogía en el trabajo para ir a su casa, para terminar en la mía y pasar la noche juntos.

Me retiré la humedad de la cara.

—¿Eri?

—Estoy en la calle.

—¿Qué te pasa?

Se preocupó al instante, en cuanto escuchó mi voz.

—Llevo un rato yendo de un lado al otro. Bueno, no sé cuánto tiempo hace que estoy en el parque, sentada en un banco.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Qué parque?

Miré alrededor.

—No lo sé. No lo conocía, hasta que lo he encontrado.

—Joder, ¿estás bien? ¿Dónde está Andrés?

—No y no lo sé.

—Qué mierda… Eri.

—¿Has terminado de ducharte?

—Sí, estoy vestido.

—¿Puedes venir a recogerme? —Bajé el tono de voz— He ido a trabajar en autobús porque Andrés venía a por mí, pero ahora no me apetece ir en transporte público.

—No me fastidies. ¿No ha ido a por ti y desde entonces estás dando vueltas por la calle?

—Sí que ha venido —susurré.

—Joder, no entiendo nada. Y no hacía falta que me pidas que vaya, ya estoy saliendo del piso.

Varias lágrimas me resbalaron por las mejillas.

—¿Estás con Fran?

—No. Hoy sale más tarde del trabajo, tenía que solucionar no sé qué. La verdad es que no le presto mucha atención cuando empieza a hablarme de cosas técnicas. Me pierdo.

Sonreí un poco.

—No lo pierdas nunca, Raúl. Lucha por Fran siempre, lo que tenéis es único.

—Lo sé.

Escuché el pitido del ascensor.

—No voy a dejarlo escapar, por nosotros no tienes que preocuparte. ¿Vas a contarme qué te ha pasado con Andrés?

—No tengo ganas de hablar de él.

—Está bien —suspiró—. Empezaré a escucharte mal en el parquin, envíame tu ubicación.

—Te quiero.

—Y yo a ti, cariño.

Colgué, le envié la ubicación y después de comprobar que la había visto, bloqueé el teléfono y me lo dejé en la mano, para cuando me llamara al llegar.

Miré la hora, no sabía cuánto se tardaba en coche de nuestra dirección a este parque, ya que de tanto caminar sin rumbo me había desorientado. No conocía la zona en la que estaba el parque de bomberos.

No me moví del banco hasta que me entró una llamada de mi amigo.

—Ya estoy aquí —me dijo, cuando descolgué—. He parado en la entrada principal, no sé si hay más accesos.

—Creo que sé dónde estás. Voy.

Colgué y me dirigí hacia la que creía la entrada principal. Yo no había llegado al parque por ahí, pero la vi mientras caminaba por el interior.

Raúl y yo nos encontramos a la primera. Mi amigo me esperaba fuera del coche, apoyado en la puerta del copiloto.

En cuanto me vio se separó y vino hacia mí, para abrazarme. Escondí la cara en su pecho y me agarré con fuerza a su cintura.

—Ya está —susurró sobre mi cabeza, apretándome más a él—. Vámonos a casa.

Asentí.

Cuando nos separamos, aunque no nos soltamos, Raúl me agarró de la cara con las manos y me sonrió con cariño, antes de darme un beso en la frente.

—Todo va a ir bien.

—Sí —susurré.

Me cogió de una mano y me llevó hasta el coche. Me abrió la puerta del copiloto y cuando me monté, rodeó el coche para ocupar su lugar frente al volante.

Durante el trayecto no hablamos. Yo miré por la ventanilla todo el rato, con la cabeza apoyada en el respaldo, mientras que sentía la mirada de Raúl puesta en mí.

Mi amigo me agarró de la mano que tenía más cerca en varios momentos, lo que le agradecí con apretones. El nudo que tenía en la garganta me impedía hablar, aparte de que como lo hiciera comenzaría a llorar y no quería, hasta que no estuviera en mi piso.

No calculé el tiempo que tardamos en llegar, me dio igual. Raúl estacioné en su plaza del parquin y subimos en el ascensor hasta mi planta.

Cuando abrí la puerta de mi piso me giré dispuesta a despedirme de él, pero empujó la madera y me señaló con la cabeza que entrara.

—Fran debe estar a punto de llegar —le dije, después de que cerrara la puerta del piso.

Zeus bajó del sofá y vino hacia mí. Me agaché para cogerlo en brazos y le di varios besos en la cabeza. Él la rozó en mi pecho y se quedó acurrucado.

—No te vas a librar de nosotros, de Fran y de mí —me dejó claro, antes de que lo intentara—. Le escribo para suba cuando llegue y ya está.

Sacó su móvil y tecleó el mensaje para Fran. Cuando terminó llevó su teléfono a la mesita baja de enfrente del sofá y se giró hacia mí, cruzando los brazos.

—Ve a ponerte cómoda y hablamos —me pidió, serio.

Fruncí los labios, porque comenzaron a temblarme. Asentí sin ganas, pero muy agradecida de tener a Raúl en mi vida. Era una de las personas más importantes para mí.

—Vamos, cariño. No quiero verte así.

Se acercó y me acarició las mejillas.

—No sé qué ha pasado con Andrés, pero lo que sí sé es lo que he visto cada vez que habéis estado juntos. Te aseguro que lo que desprendéis hacia fuera es muy fuerte, Eri.

—Me ha mentido.

Frunció el ceño.

Su móvil sonó, era Fran, por lo que aproveché la distracción para ir a mi habitación.

—Sí, es urgente. ¿Estás cerca? Perfecto, sube al piso de Eri.

Dejé de escuchar la voz de Raúl, al cerrar la puerta de mi habitación.

Llevé a Zeus a mi cama, en la que se tumbó y siguió con la mirada todo lo que hice. Saqué el móvil del bolso, lo dejé también en la cama, y llevé el bolso a la silla que utilizaba de perchero y de todo un poco. Coloqué el bolso en el asiento y la chaqueta en el respaldo.

Me quité los pantalones, la camiseta, el sujetador, los zapatos y los calcetines, sin ganas de nada. Cuando me quedé únicamente con la braga me puse el pijama y los calcetines gruesos de andar por casa.

Al terminar fui al baño y en cuanto me miré en el espejo vi el desastre que era mi cara. Tenía la nariz y los ojos enrojecidos, los últimos también hinchados.

Me lavé y sequé la cara, aliviándome con el agua fría. Cuando salí del baño recuperé el móvil de la cama y fui al pasillo, con Zeus siguiéndome.

—Estoy bien —le dije, mirándolo caminar a mi lado.

Soltó un pequeño maullido y sonreí un poco.

En el salón Raúl me esperaba en el sofá. Ya había sacado dos botellines de cerveza, para comenzar fuerte.

Me dejé caer a su lado y subí las piernas en el asiento. Raúl me dio un botellín y cuando lo cogí, chochó el suyo con el mío. Bebimos un buen trago, justo cuando la puerta, que no me había dado cuenta de que estaba entornada, se abrió.

—Hola —nos saludó Fran.

No sonrió, venía ya preparado con cara de preocupación.

Nos pidió que no nos moviéramos, así que fue él el que vino hasta el sofá. Le dio un beso a Raúl y a mi dos, con un fuerte abrazo.

Después de ir a la cocina a por un botellín para él, se sentó en un sillón, el que acercó todo lo que pudo al sofá. Retiró hacia un lado la mesa baja y de esa manera nos quedamos muy cerca. Las piernas de Fran rozaban el filo del cojín del asiento del sofá, se quedó entre Raúl y yo, en el espacio que nos separaba.

—Ponedme al día —nos pidió.

—Empieza hasta donde yo sé —añadió Raúl.

Comencé a contarles cómo me había ido la tarde, desde que Andrés vino a recogerme al colegio. Me escucharon atentos, sin interrumpirme, lo que agradecí porque cogí carrerilla para soltarlo todo de golpe.

Recordar ciertas cosas me dolió más.

—Joder… cómo se ha liado todo tanto —comentó Fran, pensativo.

Los tres bebimos un trago de cerveza.

—No lo entiendo —dijo Raúl.

—¿El qué? —le pregunté.

—Nada —rio, negando con la cabeza.

—Porque nos falta mucha información —habló Fran.

Raúl y yo asentimos.

—Pero no creo que te haya engañado, Eri —me dijo Raúl—. Cariño, si algo sé es que Andrés tiene sentimientos por ti.

—Tiene razón, eso se nota y a vosotros se os nota un montón. Conectasteis desde el principio.

Bajé la mirada al botellín de cerveza, mientras le retiraba las gotas de agua.

—Eri, no puedes pensar en serio en dejar a Andrés.

—¿Has escuchado unas de las partes más importantes de lo que he contado? —le pregunté a Raúl.

—Joder, claro, pero nada de lo que has dicho prueba nada. ¿Quién es Lucía? Ni puñetera idea, pero puede ser cualquiera. Y la del parque de bomberos, qué más da que se le caigan las bragas por Andrés, ahí lo único importante es que a él no le interesa, que marca la distancia y pasa de ella. Tú misma nos lo has dicho.

—Sí —confirmó Fran—. Has dicho que Andrés no se le veía interesado en nada de esa mujer, como se llame, ni siquiera ha reaccionado cuando ella la ha tocado.

—Exacto. Lo que ha hecho de defenderla a ella frenando a Iván lo veo normal. Sí, no me mires así —me pidió—. Es normal porque no quería que se enfrentaran entre ellos, simplemente ha calmado el ambiente cortando de raíz la posible pelea.

—Y después se ha puesto de parte de su amigo y ha ido en contra de ella, lo que es un ejemplo perfecto de lo que acaba de decir Raúl.

Levantaron las manos y las chocaron, después hicieron lo mismo con los botellines y bebieron, y, por último, se dieron un beso. Yo los observé sonriendo.

—Puedes culparlo de otra cosa, pero no de lo de esa tía. ¿Qué le pone cachonda Andrés? Cariño, es normal y lo sabes. Te has echado un novio muy potente —me dijo con un guiño Raúl—. Pero siempre irá por detrás de ti —añadió, dirigiéndose a Fran.

—Qué bien has salvado la situación —le dijo él, sonriendo contra el cristal del botellín, antes de beber.

—La he salvado, pero he sido totalmente sincero.

Sonreí cuando el ambiente en el salón se cargó de tensión sexual entre ellos. La mirada que Fran le echó prometía muchas cosas y Raúl sonrió de medio lado, más que encantado.

Capítulo 30



—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Raúl.

Teníamos la noche casi encima, ya estaba oscureciendo.

En el tiempo que llevábamos en el salón de mi piso, nos habíamos cambiado varias veces de posturas y de sitios.

Ahora mismo nos encontrábamos los tres sentados en el sofá, con ellos a mis lados y yo en el centro.

Chocamos las latas de refresco otra vez, habíamos perdido la cuenta de cuantos choques llevábamos.

Hacía un buen rato que dejamos de beber cerveza, después de terminarnos varias cada uno. Al día siguiente era viernes, por lo que tocaba trabajar y no era plan de aguantar el día con resaca, o comenzándolo peor.

—No lo sé —contesté.

—Sí que lo sabes —me rectificó Fran.

—Totalmente de acuerdo. Si Andrés viviera en mi piso haría tiempo que tú estarías con él —comento Raúl, sonriendo.

—No quiero equivocarme —susurré, cerrando los ojos.

—Mañana llámalo y queda con él para hablar, tantas horas como necesitéis. Ya verás como terminái solucionándolo.

Fran me dio un pequeño empujón con el brazo, en el mío.

—¿Y si me está escondiendo algo? No sé qué pensar, porque recuerdo lo que me dijo Tomás sobre Andrés y me entran ganas de ir corriendo a su casa a abrazarlo —susurré.

—¿Lo de que cuidaras de él porque es lo que más necesita Andrés?

—Sí —le contesté a Fran.

—Joder, yo también te acompañaría a ese abrazo —comentó Raúl, pensativo.

—Repito, nos falta mucha información —dijo Fran.

Soltamos un suspiro al unísono.

—¿Entonces cuál es el plan? —preguntó Raúl—¿Vas a dejarlo estar? —giró la cabeza hacia mí.

Llevaba un buen rato mirando al techo.

—¿Vas a hacer como si Andrés no existiera? ¿O vas a luchar por lo que ha nacido entre vosotros? —continuó preguntándome.

—Las respuestas correctas son las que te han venido a la cabeza nada más escuchar las preguntas. No vale meditarlas ni decir, pero eso no puede ser, así que…

—Exacto. Dinos qué has pensado con cada una de mis preguntas —me pidió Raúl.

—Ahora mismo todavía no sé qué voy a hacer, lo que no quita que mañana decida algo. O no. ¿Cuál es mi plan? No tengo ninguno. Solo quiero saber la verdad y, por supuesto, saber si Andrés y yo podemos tener un futuro juntos.

—Empieza por un presente —me aconsejó Fran.

—Era un decir.

Asintió.

—¿Qué más? —Quiso saber Raúl.

—¿Voy a dejarlo estar? No, aunque aún no me siento con ganas de enfrentarme a lo que sea que me espera. No voy a hacer como si Andrés no existiera, eso es imposible porque en el poco tiempo que hace que estamos juntos, que nos conocemos, ya me duele mucho.

Me llevé una mano al pecho, para frotármelo.

—A eso se le dice amor, cariño —me dijo Raúl, sonriendo.

—No puedo estar enamorada de Andrés tan pronto. —Negué con la cabeza—. Yo…

—¿Y entonces qué sientes? —me preguntó Fran.

—Eso, ¿cómo defines tus sentimientos? Porque perdona que te diga, has sentido celos. —Levantó un dedo Raúl—. Has llorado porque te ha mentido. —Añadió otro dedo—. Te sientes muy triste porque crees que te ha engañado. Vamos a hablar con la presunción de inocencia por delante porque yo no veo a Andrés capaz de hacerte daño.

—Yo tampoco —estuvo de acuerdo Fran—. Al menos intencionadamente y con todo lo que ha pasado hoy.

—¿Qué es lo que escondes, Andresito? —susurró Raúl, con el ceño fruncido.

—Respecto a la lista que estaba haciendo Raúl, definitivamente estás enamorada de Andrés. Para que te vayas haciendo a la idea —me dijo Fran, con humor.

—No he podido enamorarme tan pronto —me quejé.

—Yo me enamoré de Fran el segundo día que lo vi. El primer día me removió todo por dentro, eso fue un anticipo, pero no lo supe ver. Hasta Fran no me había enamorado nunca, solo tuve rollos de vez en cuando.

—Muy de vez en cuando —recordé—. No te gustaban los líos de una noche.

—¿Me quieres desde el segundo día, con el primero preparándote para ello? —le preguntó Fran a Raúl.

Lo miró con una intensidad que sentí que tenía que desaparecer porque estaba entre ellos, haciendo de barrera.

—Sí —le confirmó Raúl, muy tranquilo.

—¿Por qué me he enterado ahora?

—Yo qué sé, porque ha salido el tema —contestó Raúl—. Nunca hemos hablado de eso, siempre hemos dado por hecho que nos queremos.

Frunció el ceño, como si él se hiciera la misma pregunta.

—Es verdad —suspiró Fran—. Yo estaba enamorado de ti antes de conocerte.

—¿Cómo? —Raúl se incorporó de golpe, quedándose sentado recto.

—Llevaba tiempo viéndote en varios sitios, coincidíamos, aunque tú ni siquiera te dabas cuenta de que yo estaba cerca. Hasta que una noche uno de mis amigos, Marcelo, que llevaba bastante tiempo sin salir por temas de estudio, dio la casualidad de que conocía a alguien de tu grupo, a Carlos. Después todo fue rodado, nos acercamos a vosotros gracias a Carlos, vinieron las presentaciones y ya comenzamos a quedar todos.

—Sí.

—Por suerte te fijaste en mí —dijo con humor Fran.

—Joder. Y yo que pensaba que había sido el primero en enamorarse del otro.

Bufó, sorprendido.

—Yo siempre voy a llevarte la delantera, en todo.

Fran le hizo un guiño y terminó riendo, porque Raúl le lanzó un cojín a la cabeza. Fran lo paró.

—Voy yo —dije cuando sonó el timbre.

Me levanté de un salto, con una gran sonrisa. Ambos tenían ese efecto en mí, los adoraba.

Abrí el portal del edificio y dejé la puerta del piso entornada.

Las que estaban a punto de aparecer eran Estela y Adri. La primera había adelantado la despedida con Tomás, de la cita que habían tenido. Ya no era ningún secreto para ninguno. Adri se encontraba en su piso, a punto de cenar.

Ninguna de las dos había dudado en dejarlo todo para venir a mi piso, cuando Raúl y Fran escribieron en el grupo que teníamos una emergencia y yo era la afectada.

Hacía unos quince minutos que ellos enviaron los mensajes, así que las chicas habían venido muy rápido.

—Holaaa —saludó Adri, al entrar. Estela la seguía.

Zeus, que estaba dormido en su cama, entreabrió los ojos, pero los volvió a cerrar.

Los chicos y yo nos levantamos para el intercambio de besos y abrazos, y después nos acomodamos todos entre el sofá y el sillón.

—¿No has traído las pizzas? —le preguntó Raúl a Adri.

Ella era la encargada de comprarlas por el camino y llegar con la cena. A Estela la había traído Tomás.

—No. He ido, pero el camarero con el que he hablado para pedirlas me ha dicho que habían tenido un pequeño problemilla con el horno de leña. Me ha propuesto esperar o traerlas a domicilio, así que le he dado la dirección. Por el tiempo que me ha dicho y el que ha pasado. —Miró su reloj de pulsera—. En menos de diez minutos llegarán.

—Perfecto —le dijo Fran, con un guiño.

—Voy a por refrescos y nos cuentas qué ha pasado —habló Estela, mirándome.

—Siento mucho haberte estropeado la cena con Tomás. —Hice una mueca—. Tendrías que haberte quedado con él.

—¿Ves? Estas son las cosas que pasan cuando doy las noticias antes de tiempo.

Puso los ojos en blanco y todos nos reímos.

—No has sido tú la que nos has contado que habías quedado con Tomás —comentó Raúl, con diversión.

—Igualmente —suspiró Estela—. No vuelvas a disculparte por algo así. —Me señaló, mientras se levantaba—. Dejaré cientos de citas si alguno de vosotros me necesita. Punto.

—Joder, con rima y todo —lloriqueó Adri—. Mierda, no emocionarme antes de tiempo que estoy muy sensible.

Me abrazó y le correspondí, apoyando la cabeza en su hombro.

Cuando Estela regresó con los refrescos para Adri y para ella, ya que Raúl, Fran y yo teníamos todavía, les conté lo que me había pasado con Andrés. Fran y Raúl me ayudaron, formamos un equipo de tres y así, entre todos, no nos dejamos nada por contarles.

—Yo puedo enterarme de quién es esa tía del parque —dijo Estela, con el ceño fruncido—. Si le pregunto a Tomás lo mismo…

—No.

Le quité la intención y todos me miraron sin comprenderme.

—¿Por qué? —me preguntó Adri.

—Porque no quiero que Estela se vea involucrada, aparte de que sé que Tomás no le dirá ciertas cosas, si es que afectan directamente a Andrés. Mirad lo poco que me dijo y lo mucho que dejó en el aire, cuando me pidió que cuidara de Andrés, porque estaba saliendo de un horror y me necesitaba.

—Tienes razón —aceptó Adri.

—Sí —susurró Estela—. Yo tampoco traicionaría tu confianza si él me preguntara algo.

—Exacto.

Sonreí.

—¿Y qué vas a hacer? —me preguntó Adri.

—Por ahora nada. Necesito estar tranquila para pensar y seguramente mañana llegue a una conclusión —dije pensativa.

—Me gusta. —Me hizo un guiño y sonreí.

—Os quiero. Gracias por estar conmigo.

—Uy, qué tontita estás —me dijo Estela, pero con los ojos brillantes por la emoción.

Tanto ella como Adri se levantaron para lanzarse sobre mí. Caímos en el sofá y Raúl y Fran no tardaron en unirse.

—¡Parad! ¡Qué no me dejáis respirar! —hablé entre risas.

Nos separamos riendo y mirándonos cómplices.

—Hay una gran noticia que celebrar —dijo Estela, levantado su lata.

—¿Ya te has tirado a Tomás? —le preguntó sorprendida Adri.

—No. —Agrandó los ojos Estela—. No me ha dado tiempo, chica, pero no sé de qué te sorprendes tú, cuando te acostaste con Iván después de una hora juntos.

Soltamos una carcajada.

—Y hablando de Iván —continuó Estela—. Él es la gran noticia.

Todos miramos a Adri, sonriendo. Ella frunció el ceño y Estela lo aclaró antes de que se preocupara.

—Cariño, que tu cita con él continúa para mañana. ¡No se ha echado para atrás! —Dio una palmada cerca de su cara, para hacerla reaccionar.

Adri soltó un grito y se lanzó encima de Estela, haciéndola caer. Terminaron en el suelo riendo, de la misma forma que estábamos Raúl, Fran y yo.

Era tan bonito tenerlos en mi vida…

—Ya están aquí las pizzas —dijo Fran, levantándose del sofá.

Se encargó de recibir al repartidor, solo para coger las cajas ya que Adri dejó pagadas las pizzas en el restaurante.

Cenamos sin movernos de la zona el sofá y casi dos horas después se fueron todos. Los últimos fueron Fran y Raúl.

—Descansa, preciosa —me deseó Fran, dándome un abrazo.

—Igualmente.

Le sonreí.

Bajó la escalera una planta, para ir al piso de Raúl.

—¿Seguro que estarás bien? —me preguntó Raúl, cuando se puso a mi lado.

—Claro.

Le di un beso en la mejilla.

—No te preocupes, voy a dormir estupendamente. Estoy cansada.

Asintió.

—Me alegro de que te hayamos ayudado.

—Siempre.

Nos abrazamos.

—Descansa. Mañana te llamo.

—Igualmente. Nos llamamos.

Nos dimos el último abrazo por esta noche, antes de que Raúl se dirigiera hacia las escaleras. En cuanto comenzó a bajarlas cerré la puerta y apagué las luces del salón, sin preocuparme lo que tenía que recoger.

Mis amigos me habían ayudado, pero aún quedaban cosas porque los había frenado para que lo dejaran estar.

—Mañana será otro día —susurré, de camino a mi habitación.

Zeus ya estaba en mi cama, sobre la colcha. Ni siquiera abrió los ojos cuando encendí la luz.

Fui un momento al baño y después me metí en la cama. Solté un suspiro al tumbarme y cerré los ojos.

Antes de quedarme dormida puse la alarma para madrugar al día siguiente y entonces sí, dejé el móvil en la mesita de noche y me giré hacia Zeus, para dejarme llevar por el cansancio y el sueño.

Capítulo 31



Andrés

Pocos después de que Tomás dejara a Estela frente al edificio de Erika…

Miré hacia la puerta, con el ceño fruncido.

Tomás estaba en una cita con Estela e Iván, según me dijo cuando nos despedimos en el parque de bomberos, iba a descansar sin moverse de su casa, ya que necesitaba recuperar fuerzas para no estar cansado al día siguiente. Había quedado con Adri, por fin.

Así que no esperaba a nadie, pero el timbre había sonado dos veces seguidas.

Negué con la cabeza y lo ignoré. Me llevé el botellín a los labios, para darle un trago largo a la cerveza. Después de ese vino otro, antes de cerrar los ojos y apoyar la cabeza en el respaldo del sofá.

—Joder —siseé.

El puñetero timbre me estaba tocando las narices, volvió a sonar.

Me levanté de mala gana del sofá y tambaleándome un poco, llegué hasta la puerta. La abrí de un tirón, cabreado, para llevarme una sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a mi amigo, alargando las palabras.

Tomás estaba a un paso de mí, mirándome preocupado.

—Mierda, estás peor de lo que había imaginado —dijo.

Me apartó con cuidado y entró en mi casa. Bo entró detrás de él, no me había dado cuenta de que salió a recibirlo.

—¿Por qué has abierto la puerta de hierro y no la de casa? Me has hecho levantarme —me quejé.

Caminé hacia el sofá, inestable. En cuanto me dejé caer en él, solté un suspiro.

—Porque el mando de la puerta de hierro de la propiedad lo tengo siempre en la guantera, pero el juego de llaves de tu casa no lo saco de la mía, a no ser que sea necesario. He venido directo, no me he pasado a buscar tus llaves. Se acabó el beber.

Me quitó el botellín que acababa de coger. Precisamente, porque estaba muy bebido, no tuve los reflejos suficientes para evitar que me lo quitara de la mano.

—Devuélvemelo —le exigí.

—He dicho que no vas a beber más.

Para demostrármelo se bebió él de un trago largo lo que quedaba de cerveza. Solté un bufido.

—No vas a ir a por otra, porque haré lo mismo con todas las que saques. Tú mismo, encima de que no beberás vas a tener que cargar conmigo.

Dejó el botellín vacío en la mesa baja.

—¿Qué mierda ha pasado, tío?

Me pasé las manos por el pelo, mientras Tomás se sentaba frente a mí, utilizando la mesa baja de asiento.

Apoyó los brazos en las piernas y esperó a que le contestara, mirándome.

—Hasta donde yo sabía estabas con Erika. La he saludado en el parque de bomberos, cuando me iba. Pensaba que vendríais aquí y después de estar con Bo, iríais a su piso. Ibas a pasar la noche allí con ella. ¿Cómo habéis pasado de eso a esto?

Me señaló.

—Me he enterado por Estela de que había pasado algo con Erika, y he tenido claro que lo que fuera, a ti también te había afectado. Raúl y Fran, sus amigos, han escrito en un grupo en el que están todos, diciendo que tenían una emergencia con Erika.

—¿Le ha sucedido algo?

Me incliné hacia delante. Lo hice demasiado rápido y tuve que sujetarme la cabeza.

—No, que yo sepa. Imagino que la emergencia es la misma que en la que estás tú. —Elevó las cejas.

—Todo se ha torcido tanto… —susurré.

—¿El qué? No lo entiendo. Joder, odio verte así.

—Yo solo quería estar con ella.

Miré al techo y tragué saliva.

—¿Y qué te lo ha impedido? Vamos, Andrés.

Me agarró de las rodillas y me movió. Entreabrí los ojos.

—Yo mismo.

—¿Cómo?

—Que por mi culpa Erika no quiere verme más.

—¿Qué dices? Eso es imposible.

Negué con la cabeza, con la vista nublada por las lágrimas.

—¿Por qué no me sale nada bien? —pregunté entre susurros.

—Eh, tío…

Tomás se levantó de la mesa, para ponerse a mi lado en el sofá. Me agarró y me abrazó, yo lo utilicé de salvavidas, como tantas veces en mi vida.

—Lo de Erika se va a solucionar —susurró, acariciándome el pelo—. Lo sé.

—No quiere verme —repetí.

—Lo que sea que habéis dicho cada uno ha sido en caliente. Mañana lo veréis de una manera diferente.

—¿Cómo ha ido la cita con Estela?

—Estaba yendo muy bien, hasta que le han llegado los mensajes de la emergencia con Erika.

—Lo siento, también es por mi culpa.

—¡Quieres dejar de culparte por todo! No digas tonterías. Como estaba diciendo, la cita estaba yendo muy bien, así que hemos quedado para mañana. La he invitado a mi casa.

—Suena genial.

Apoyé la frente en su hombro.

—Sí, y no tengo la intención de dejarla salir.

Sonreí.

—Me alegro —suspiré.

—Cuéntame bien lo que ha pasado con Erika —me pidió.

Durante todo el tiempo que estuve hablando, con mis pausas y los ratos en blanco por el alcohol, Tomás no dejó de acariciarme el pelo y de escucharme pacientemente.

Cuando nos separamos del abrazo me tumbé con la cabeza apoyada en un cojín, muy cerca de él, así que siguió haciéndome saber que estaba conmigo, mientras me pasaba una mano por el pelo.

Al terminar cerré los ojos con fuerza.

—¿Por qué no le has hablado claro? —me preguntó con seriedad.

—Me bloqueé —contesté susurrando—. No lo vi venir, me pilló tan de sorpresa…

—Joder —suspiró—. Tendrías que haberte sincerado con ella, desde hace días.

—Ya sabes lo que me cuesta. Yo…

—Shhh… Lo sé. Lo siento, no es fácil y no soy quién para opinar sobre eso.

—Sí que eres alguien, alguien muy importante en mi vida. Eres mi amigo, mi hermano, mi todo, igual que Iván.

—¿Ahora estamos sentimentales?

Bufé, provocándole una carcajada.

—Yo también te quiero, tío, por eso no soporto verte mal.

Sacudió la cabeza.

—Haría lo que fuera por cambiar contigo, aunque fuese un día, unas horas, para liberarte de la carga y la tristeza.

—Yo no quiero eso para ti.

—Ni yo para ti, no te fastidia.

Sonrió, pero había más tristeza que alegría en su sonrisa.

—Tomás…

—¿Qué?

—Quiero a Erika.

—Sí.

—Me refiero, a que me he enamorado de ella. No creía que pudiera sucederme, ni mucho menos tan rápido.

Intenté levantarme para ir a por una cerveza, pero mi amigo adivinó mi intención y me retuvo en el sofá, con las manos.

—Hemos quedado en que no vas a beber más.

—Eso lo has decidido tú —gruñí.

—Claro, porque ahora mismo soy el único que puede tomar decisiones aquí, lógicas y razonables —comentó con diversión—. Y ya sé a lo que te referías con lo de que quieres a Erika. Sé de sobra cuáles son tus sentimientos. Te conozco, tío, solo tengo que verte para leerte perfectamente. Me pasa lo mismo con Iván.

Asentí.

—Parece que esta vez va en serio con Adriana —comenté.

—Esperemos que sea así. Por ahora han quedado mañana y está animado con eso. Es buena señal.

—Sí. Tiene que quitarse el miedo —susurré.

—¿Y tú cuándo vas a quitarte todos los que tienes? Deja que Erika conozca al verdadero Andrés, déjala llegar a ti. Es ella, amigo, es tu mujer.

Tragué saliva.

—Te lo aseguro —continuó y cerré los ojos—. Lo noto, lo siento aquí.

Puso una mano en mi pecho y entreabrí los ojos.

—Y sé que lo que acabo de decir es muy duro para ti, pero ya hemos superado esa fase. ¿No?

Asentí despacio.

—Si no fuera así no habrías querido empezar a salir con Erika, te hubieras conformado con varios encuentros y se acabó.

Bo se acercó a nosotros y apoyó la cabeza en mi barriga. Bajé la mirada hacia él, al mismo tiempo que colocaba una mano en su cabeza. Me miraba con tristeza y no me gustó porque regresé de golpe al pasado, a cuando él y todos los que me querían estaban tristes por mí.

—¿Qué hora es?

—Casi la una. —Miró en su reloj de pulsera.

—Es muy tarde.

Me tapé la cara con un brazo.

—Estamos acostumbrados a dormir poco.

—¿Me ayudas a llegar a la cama?

Soltó una carcajada.

—Por fin, pensaba que no me lo pedirías nunca.

—Imbécil.

Bufé y volvió a reír. Terminamos los dos riendo.

Tomás se levantó del sofá y me ayudó a hacerlo a mí. Me ayudó a ir a mi habitación, hacia la que Bo nos acompañó.

Mi amigo me quitó la sudadera y el pantalón de deporte, y me puso el pijama. Hubiera dormido de la misma manera con el chándal, pero no tuve fuerzas para decírselo.

Hasta que yo no estuve tumbado en la cama, Bo no se acostó en la silla, a unos metros de mí. Lo miré sonriendo y no dudó en acercarse. Lo acaricié y le di un beso en la cabeza, después regresó a su cama y entrecerró los ojos, sin dejar de observarme.

Cuando Tomás salió del baño se quitó los pantalones vaqueros y la camiseta, para ponerse un pijama mío. Al terminar se metió en la cama y ambos nos quedamos mirando hacia el techo, con la luz de la lamparita de la mesita de noche.

—Vas a arreglarlo, ¿verdad?

—Sí.

No lo vi porque no aparté la vista del techo, pero supe que sonrió.

—Estupendo, joder. Y corta de una vez por todas con todo lo que te ata a Inés.

—No puedo hacer eso.

—Sí que puedes, repítetelo todas las veces que lo necesites. Ya está bien de permitirle tanto.

—Poco a poco.

—Sí, pero una cosa detrás de otra.

—No me des la noche —le pedí—. Ibas muy bien.

—Y tú no me toques los cojones que, entre unas cosas y otras, no veas cómo los tengo.

Giramos las cabezas a la vez y soltamos una carcajada. Reímos tan fuerte que hasta Bo ladró, uniéndose a nosotros.

—Anda, vamos a dormir que mañana nos espera un día intenso. Sobre todo, a ti.

—Sí —suspiré—. Gracias.

—Vuelve a decirlo, o algo parecido, y duermes en el suelo y sin poder taparte.

—Eres un abusón —me quejé en broma.

—Desde que nací, que se lo digan a mis padres.

Volvimos a reír.

Capítulo 32



Erika

—¿Un café antes de empezar? —me preguntó Sofía.

Dejé de mirar por el ventanal, para girarme hacia la puerta, donde Sofía estaba asomada.

—Vamos, que lo necesitamos. Es viernes y las horas van a pasar muy lentas —se lamentó y sonreí—. No te lo pienses tanto, queda más de media hora para que comience la primera clase.

—No tienes que insistir tanto.

Negué con la cabeza, mientras me ponía la chaqueta vaquera. El día había amanecido nublado y la temperatura había descendido un poco.

—Me ha sorprendido verte llegar tan pronto —me dijo.

—Me he despertado muy temprano. Hoy he venido en coche.

—Sí, cuando te he visto estabas aparcando. Has hecho bien, tiene pinta de que va a llover.

Asentí.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí ya?

—También me he caído de la cama.

Reímos.

—Pero me da a mí que tus sonrisas esconden algo que no me has contado. Son tristes.

Me colgué el bolso, después de asegurarme que tenía el móvil dentro, y caminé hacia la puerta.

—Tenemos un buen rato para que me cuentes qué te pasa.

Recorrimos los pasillos y la recepción del colegio en silencio, hasta que salimos a la calle. Había una cafetería muy cerca, a la que íbamos entre semana. Nos dirigimos a ella, solo tuvimos que cruzar la calle, llegar a la otra acera del colegio, y caminar unos metros.

En cuanto ocupamos una mesa le pedimos a Pili, una camarera, que nos trajera dos cafés con leche.

Cogí el móvil, para dejarlo en la mesa. Me gustaba tenerlo a la vista para controlar la hora y gracias a eso vi que me habían llegado varios mensajes de Estela. Me había escrito en nuestra conversación privada.

Estela: *Buenos días, cariño. ¿Cómo has descansado? ¿Te has despertado bien?*

Estela: *Eso lo primero y más importante, pero ahora te cuento algo que sé que te gustará saber. No por la noticia, sino porque te preocupas por Andrés.*

Estela: *Hace unos minutos que he llegado al trabajo. Estaba tomándome un café cuando Tomás me ha llamado. Me ha dado los buenos días y como lo he notado un poco desanimado, le he preguntado qué le pasaba.*

Estela: *Me ha dicho que está preocupado por Andrés. Ayer, después de que me dejara frente al edificio en el que vives, él se fue a la casa de su amigo. Intuyó que el motivo por el que tú estabas mal estaba relacionado con Andrés.*

Estela: *El caso es que cuando llegó se lo encontró borracho y deprimido, y se quedó ayudándolo y haciéndole compañía. Ha pasado la noche en casa de Andrés.*

Estela: *No me ha dicho nada más, pero creo que es lo suficientemente importante como para que quieras saberlo. Yo hubiera querido que me lo contaras.*

Estela: *Te quiero, cariño. Pasa buen día y no te agobies por nada.*

Los mensajes eran de hacía pocos minutos.

Tragué saliva, sintiéndome acelerada por lo de Andrés. No me gustó nada lo que leí y me puse más triste de lo que estaba.

—Perdona, tengo que contestar —le dije a Sofía, levantado un poco el móvil.

—Uy qué estás más tontita de lo que pensaba —me dijo, a modo de reprimenda por la disculpa.

Sonreí, antes de escribirle a Estela.

Erika: *Buenos días, cariño. Me dormí rápido, al poco de meterme en la cama, y me he despertado antes de que sonara la alarma. Estoy en el colegio, al levantarme tan temprano lo he adelantado todo.*

Erika: *Además, me ha venido muy bien salir con mucho tiempo de antelación porque con el día que hace, dentro de poco habrá mucho tráfico.*

Erika: *Gracias por contármelo. Quiero saberlo, sí, aunque me duela lo que me has dicho. Pero no te preocupes, estoy bien. Ahora mismo con Sofía en la cafetería, acabamos de llegar para tomarnos un café con leche.*

Erika: *Te quiero. Que también tengas un buen día de trabajo.*

Estela: *Ay, que te pillo despidiéndote. Es que estaba escribiéndome con Tomás.*

Erika: *Eso pinta muy bien, ¿eh? Primero una llamada, ahora mensajitos…*

Estela: *Sí… Ja, ja, ja… es que ya ha entrado a trabajar. Está en el parque de bomberos, pero se le ha olvidado decirme en la llamada que quiere que vaya a su casa esta tarde. Y me ha invitado a cenar allí. ¡No me lo creo!*

Erika: *Pues créetelo. Me alegro muchísimo por ti, disfruta al máximo.*

Estela: *No he aceptado todavía.*

Erika: *¿Por qué?*

Estela: *Porque esta noche podemos salir a distraernos en grupo.*

Erika: *La respuesta es no, al menos por mi parte. Lo harías por mí, y ya te digo que no tienes que hacerlo. Confírmale ahora mismo a Tomás que irás a su casa y ves con el pensamiento de quedarte a pasar la noche.*

Erika: *Y para terminar de convencerte… Yo también voy a estar ocupada esta tarde. Quiero hablar con Andrés.*

Estela: *Ay, ¡qué ilusión! Va a ir genial, cariño. Lo sé.*

Estela: *Oh, joder. ¡Tengo una citaaa! No me lo creo, voy a ir a la casa de Tomás. Cena, copita y que se revolucionen los motores*.

Erika: *Ja, ja, ja… me encanta ese plan, sobre todo, las aceleraciones.*

Erika: *Te dejo, preciosa. Voy a tomarme el café son Sofía.*

Estela: *Yo voy a hacer que trabajo, mientras le respondo a Tomás. Ja, ja, ja… hablamos más tarde. Dale recuerdos a Sofía.*

Nos enviamos besos y salí de la conversación, justo cuando Sofía regresaba del baño. Venía hablando con Pili, quien nos traía los cafés.

—Bueno ¿qué? ¿Vas a contarme ya porque estás triste? Quieres disimularlo, pero el sentimiento está ahí. Tienes una cara de pena…

—Estaba hablando por mensaje con Estela. Por cierto, te envía recuerdos.

Sonrió, mientras asentía.

Sofía y mis amigos se conocían. Una vez al mes, como mínimo, quedábamos todos para salir y pasarlo bien.

Comencé por explicarle lo que me había dicho Estela por mensajes y después salté a lo que sucedió ayer por la tarde, hasta que me despedí de todos mis amigos.

—Jolín. —Hizo una mueca—. Pues sí que se torció la tarde de ayer, desde que vino a recogerte. Con lo ilusionada que estaba yo porque vi a Andrés —suspiró.

—Ya ves… —susurré.

—Me has dicho que quieres hablar con él hoy, ¿no? —Asentí—. Bueno, pues hasta entonces intenta no pensar en el día de ayer. Estoy convencida de que lo arreglarás con Andrés.

Nos tomamos los cafés y durante todo el tiempo que estuvimos en la cafetería Sofía intentó animarme.

Volvimos al colegio unos minutos antes del comienzo de la jornada. Nos despedimos para tomar caminos diferentes, ella hacia su despacho de directora y yo hacia la sale de los profesores, para dejar la chaqueta y el bolso en mi taquilla.

Fue lo que hice, lo único que me llevé a la clase fueron las carpetas que dejé preparadas el día anterior, antes de irme, y el móvil, que me guardé en modo silencio en un bolsillo del pantalón.

Cuando llegué a mi clase mis alumnos ya estaban dentro, con Marina, mi ayudante en prácticas. Le devolví la sonrisa.

—Buenos días —saludé a los niños.

—Buenos, días, profesora —dijeron todos.

Sonreí.

Llegué a mi mesa, donde dejé las carpetas y el móvil, para apoyar la cadera en el borde de la madera.

—¿Preparados para el viernes? —les pregunté.

—¡Síííí…!

—¡El último día! —añadió Nil.

Todos rieron y yo sonreí.

Marina vino hacia mí y se puso a mi lado.

—¿Bien la entrada?

—Sí.

Con su confirmación di comienzo a la primera clase, la que pasó muy rápido. Saltamos a la siguiente casi sin darnos cuenta y cuando íbamos por la mitad, la puerta del aula se abrió.

Todos miramos hacia allí, para ver a Sofía.

—Erika ¿puedes salir?

—¿Ahora?

—Sí. Tengo una llamada para ti esperando en mi despacho.

Fruncí el ceño.

Cogí el móvil y al desbloquear la pantalla, vi varias llamadas perdidas de números desconocidos.

—Ve tranquila —me pidió Marina.

—Sí. Claro.

—Continúo por donde lo has dejado —me dijo y sonreí.

Solo con el móvil, porque no tenía nada más mío en el aula, me dirigí hacia la puerta, diciéndoles a los alumnos que volvía enseguida.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Sofía, en cuanto salí al pasillo y cerré la puerta.

—No lo sé, pero parece importante.

—¿El qué?

Comenzó a caminar hacia su despacho y la seguí.

—Han llamado del parque de bomberos para hablar con dirección.

Agrandé los ojos, sorprendida y un poco asustada.

—No sé decirte más. Cuando me he puesto al teléfono un bombero me ha pedido hablar contigo, me ha dicho que era urgente y sobre Andrés.

Contuve la respiración y caminé más rápido, nerviosa.

Sofía no dijo nada, porque no podía tranquilizarme, al no saber nada más. En cuanto entré en su despacho fui directa al auricular del teléfono que estaba en la mesa, descolgado.

—¿Hola?

—¿Erika?

Fruncí el ceño.

—¿Iván?

—Soy yo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí.

—¿Y Andrés? ¿Le ha pasado? —le pregunté acelerada.

—Sí.

¿Cómo una palabra tan pequeña podía englobar tantísimo?

Las piernas me temblaron y tuve que sentarme en una silla. Sofía que estaba a mi lado y escuchaba la conversación, porque se oía perfectamente, me ayudó a colocarme en la silla.

Me quitó el auricular y conectó el altavoz. Después arrastró otra silla y se sentó a mi lado, agarrándome de las manos.

—Tranquila —me susurró.

—¿Qué le pasa a Andrés?

—Hemos salido a una emergencia a primera hora y ha tenido un pequeño accidente.

Contuve la respiración, apretando las manos de Sofía. Debí clavarle todos los anillos, pero aguantó sin mostrar que le doliera.

—Accidente —repetí.

Capítulo 33



—¿Puedes venir al parque de bomberos? —me preguntó Iván—. ¿Tienes a alguien que pueda acompañarte?

—Sí —susurré—. ¿Qué ha dicho el médico? ¿Qué se ha hecho exactamente Andrés? ¿Iván? ¡¡Se ha cortado la línea!!

Intenté llamarlo de nuevo, pero parecía que se había quedado con cobertura.

—Vamos —me dijo Sofía.

La miré.

—¿Qué? Tienes que ir al parque, vas a ir sí o sí, y yo no voy a dejarte conducir con lo alterada que estás. ¿Por qué te crees que el tal Iván te ha preguntado si puede acompañarte alguien? Venga, muévete. Ve a por la chaqueta y el bolso, te espero aquí.

La abracé cuando me levanté y salí casi corriendo de su despacho. En cuanto tuve mis cosas me reuní de nuevo con Sofía, quien me esperaba en el pasillo, junto a la puerta de su despacho.

—Marina… —mencioné a mi ayudante en prácticas, acordándome de la clase.

—No te preocupes por ella ni por tus alumnos. Todo está bien, ya he hablado con Marina y le he explicado que has tenido que salir por una urgencia. No le he contado nada más, eso es cosa tuya, si quieres o no.

Asentí.

Al salir del colegio nos recibió la lluvia, por lo que corrimos hasta el aparcamiento.

El agua caía fina, pero en gran cantidad.

—Joder, solo a nosotras no se nos ocurre mirar por las ventanas del colegio para comprobar si llueve —se quejó Sofía—. Qué rabia me da mojarme.

—Ha sido poco —dije, mirando hacia delante.

Sofía no dijo nada más. Arrancó su coche y comenzó a circular, primero despacio por el estacionamiento, después tomó velocidad, una vez se incorporó a la carretera.

—Cuánto tráfico.

Bufé.

—Los días de lluvia son para salir con un extra de calma en el cuerpo. Ya se sabe que hay que tomárselos con mucha paciencia, sobre todo circulando.

—Los demás días me dan igual, pero hoy no —susurré—. Sofía, si le ha pasado algo grave a Andrés, yo…

—No puedes pensar en lo peor —me pidió.

—Solo quiero verlo.

—Ya queda poco.

Saqué el móvil del bolso, desbloqueé la pantalla, y entré en la aplicación de llamadas. Alguno de los números que me había llamado debía ser el de Iván, pero como no lo sabía con seguridad no lo pude grabar.

Comprobé que no tenía nada de Adri y Estela, lo que me dejó un poco tranquila. Si ellas no sabían nada quise creer que no había sido tan grave, aunque había una posibilidad muy grande de que Tomás e Iván no les hubieran dicho nada a ninguna para no preocuparlas.

Si ellos dos estaban bien, no tenía sentido alterar a mis amigas.

Cerré los ojos apoyando la cabeza en el respaldo, intentando controlar los nervios. Durante el trayecto comenzó a llover con más intensidad y el caos en las carreteras fue mayor.

Fueron unos de los peores momentos de mi vida, porque lo único que me vino a la cabeza, una y otra vez, fue la quemadura que le ocupaba a Andrés desde el costado hasta el final de su espalda.

Me entraba un miedo atroz solo de pensar que podía haberse quemado de nuevo. Con esa malísima sensación, busqué en mi teléfono información en internet, sobre incendios en la ciudad. No tuve suerte, la información no debía estar actualizada. Un incendio no era lo mismo que un accidente o un atasco, de los que informaban casi en tiempo real, desde las páginas de tráfico.

Lancé el móvil al bolso y lo abracé, mirando hacia delante. Entonces me di cuenta de que conocía la zona del día anterior, de cuando estuve dando vueltas antes de llegar al parque desde el que llamé a Raúl.

—El parque de bomberos está cerca —le dije a Sofía.

—Sí.

Me sonrió con cariño.

Comencé a ponerme más nerviosa, con cada distancia que nos comíamos, yo me sentía mucho peor.

En cuanto mi amiga estacionó cerca de la nave del parque, no la esperé a que sacara un paraguas de la guantera, tal y como me dijo.

Tan rápido como abrí la puerta me bajé del coche y comencé a correr hacia la gran puerta de salida de los caminos, la que, como siempre la había visto, estaba bajada lo suficiente para no ver nada del interior, pero dejaba una apertura por la que se podía pasar sin problema.

—¡Espera! —me pidió Sofía.

Lo hice, la esperé impaciente cuando estuve a cubierto por un pequeño techado de la nave. Sofía corría hacia mí, o hacía lo posible por correr con los zapatos de tacón y la acera mojada. Yo no tenía ese problema, mi calzado eran unos botines planos.

—Joder, ¿te has planteado presentarte a algunas olimpiadas de atletismo? —me preguntó con la voz entrecortada, cuando se apoyó en la pared de la fachada, a mi lado.

—Lo siento. ¿Para qué has cogido el paraguas si no lo has abierto?

Miré que lo sujetaba con una mano.

—¡No me has dado tiempo a abrirlo! No quería que entraras sola —suspiró.

Sonreí con cariño, antes de abrazarla. Las dos estábamos mojadas por la lluvia.

—Gracias —susurré.

—Ay, cariño. —Me acarició la espalda, dándome un beso en la mejilla—. Ya estamos aquí, todo va a ir bien.

Asentí y nos separamos.

Hice una respiración profunda y me giré hacia la puerta, para ir hacia ella. Sofía caminó a mi lado.

—¿Hola? —dije en alto, para llamar la atención.

Nada más entrar en la nave vimos a un bombero limpiándose las manos de grasa con un trapo. Estaba arreglando un camión que tenía frente a él.

El hombre, al escucharme, se giró hacia nosotros y vino enseguida. Yo no lo reconocí. Las veces que había estado en el parque había visto muchas caras, pero solo me quedé con quienes me hablaron.

Por lo visto él si me reconoció, lo supe por su mirada y sonrisa, y me lo dejó claro al decir mi nombre.

—Hola, Erika y compañía —nos saludó.

—Sofía —dijo mi amiga, levantando una mano.

Él asintió.

—Necesito ver a Andrés. ¿Sabes dónde está? —le pregunté, nerviosa.

—Claro. —Su sonrisa se amplió—. Si vas hacia la escalera del lateral. —Señaló hacia allí—. Lo encontrarás en una de las salas de descanso. Te darás de cara con él, se ve de sobra.

—Muchas gracias. Perdona, no me acuerdo de tu nombre.

—Alejandro.

—Muchas gracias, Alejandro.

No esperé más, me urgía ir hasta la sala que me había indicado. Me despedí de Alejandro hasta otro momento y los dejé atrás a él y al camión.

—No veas cómo está el Alejandrito —susurró Sofía.

En otro momento me hubiera reído, pero en este no estaba para prestarle mucha atención a comentarios de ese tipo.

Subimos la escalera, la que nos llevó a una zona abierta y como bien nos había dicho Alejandro, solo tuve que mirar hacia delante para ver a Andrés tumbado en un sofá. Con uno de sus brazos se tapaba la cara. Iván estaba sentado cerca de él, en un sillón.

Caminé rápido hacia ellos, sin poder apartar la vista de Andrés. Iván no se dio cuenta de que había llegado hasta que traspasé la puerta. Al verme sonrió.

Murmuré un hola y él asintió, antes de que me pusiera al lado de Andrés y observara detenidamente su cuerpo. Llevaba puesto un chándal, la parte de arriba era una sudadera.

A simple vista no vi nada extraño. Me puse de rodillas a su lado y después de coger aire, recuperándome un poco de los nervios que había pasado, llevé una mano a su cabeza, para acariciarle el pelo.

—Andrés —susurré.

Al escucharme levantó rápido el brazo y entonces nuestras miradas se encontraron. La suya mostraba sorpresa, la mía alivio.

—¿Qué…? —dijo.

—¿Estás bien? ¿Qué te has hecho? —le pregunté.

—¿Cómo? —me preguntó de vuelta.

—En el acci…

—Venga, chicos, no seáis cotillas. —La voz de Iván me interrumpió.

Me giré hacia él y en ese momento me di cuenta de que al menos había diez personas más en la sala que no había visto. Todos me saludaron, sonrientes, y yo solo pude decir un hola general y levantar una mano hacia ellos.

Iván los echó de la sala. Se fueron haciendo bromas y riendo. Iván caminó también hacia la puerta, pero antes de irse se volvió hacia nosotros.

Andrés, que no había apartado la mirada de mí, como si no se creyera que estaba a su lado, dirigió la atención hacia su amigo.

—¿Qué has hecho, Iván? —le preguntó.

—Adelantar los acontecimientos —contestó.

Sonrió de medio lado y yo fruncí ligeramente el ceño.

—Digamos que he llamado a Erika para decirle que has tenido un pequeño accidente. ¡Es importante lo de pequeño! Un resbalón cuenta como accidente, ¿no? Te has caído de culo y te has cagado en todo.

Se encogió de hombros, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

—Tu culito necesita mimos y tú no te digo nada… los pides a gritos. Lo siento, preciosa —se dirigió a mí—. No quería preocuparte ni que lo pasaras mal, pero necesitaba que vinieras porque era muy importante que os vierais, para que pongáis en marcha todo lo demás.

Me hizo un guiño.

—¿Qué…? —Fui a hablar, pero me interrumpió de nuevo.

—Por cierto, de nada, chicos.

Soltó una carcajada.

—¿Me acompañas? —le preguntó a Sofia, que sonreí con picardía.

—Por supuesto.

—Mi llamo Iván.

Le ofreció una mano que ella aceptó encantada.

—Yo Sofía. Soy amiga de Erika.

—Encantado. ¿Has estado alguna vez en un parque de bomberos?

—No —le contesto emocionada.

—Pues hoy es tu día de suerte, voy a ser tu guía.

Capítulo 34



Iván se inclinó ante Sofía, en un gesto gracioso, y ella rio encantada. Después le ofreció un brazo, para que se agarrara a él, y de esa manera nos dieron la espalda y se alejaron, caminando hacia la escalera.

—Presiento que aquí está el hombre de mi vida —le dijo Sofía.

—Interesante —rio Iván—. Pero a mí descartarme ya, estoy bien cogido.

Iván le hizo un guiño y Sofía soltó una carcajada.

—En cuanto has dicho tu nombre he sabido quién eres. Conozco bien a Adri y paso mucho tiempo con Erika.

—Vaya. Tú y yo tenemos muchas cosas de las que hablar.

Desparecieron por la escalera, al igual que sus voces. Todo se quedó en silencio y giré la cabeza despacio hacia Andrés.

Se había incorporado, ahora estaba sentado con las piernas ligeramente abiertas delante de mí, y no dejaba de observarme fijamente.

—Lo siento —dijo, cortando el silencio—. No tenía ni idea de lo que iba a hacer Iván. Si lo hubiera sabido…

—No pasa nada —le corté, negando con la cabeza—. Antes de irme lo mataré, aunque sea solo un poco para no hacer llorar a mi amiga Adri, por el mal rato que me ha hecho pasar —suspiré—. Pensaba que…

Me senté sobre los talones, sin fuerzas de repente.

Andrés se inclinó hacia delante y me agarró la cara con las manos. Me levantó la cabeza y nuestros ojos volvieron a conectar.

Que me tocara, notar de nuevo su cercanía, su calor y olor…

—Físicamente estoy bien —me dijo.

—Vale —susurré.

—Estoy bien —repitió, porque no me vio muy convencida—. Me encargaré de Iván, aunque después le darle las gracias por traerte a mí.

Asentí con los ojos nublados por las lágrimas, antes de lánzame a su cuello.

Lo abracé con fuerza, llorando, por el miedo que había sentido. Andrés me rodeó la cintura con los brazos y abrió las piernas, para dejar espacio a mi cuerpo. Me acercó a él todo lo que pudo, sin que yo aflojara el agarre con el que me aferraba a su cuerpo.

Giré la cabeza para apoyar la frente en la curva de su cuello y aspiré su olor. Al cabo de unos largos segundos, tal vez pasaron minutos, conseguí tranquilizarme. Solté un suspiro al mismo tiempo que me separaba de él, pero Andrés no liberó mi cintura.

Nos quedamos muy cerca, mirándonos. La atracción era tan fuerte que ambos fuimos al encuentro de la boca del otro. Jadeé cuando se lengua se abrió paso para alcanzar la mía, profundizando el beso.

Gemí apretando el pecho al suyo, mientras nos besábamos con pasión y deseo, con mucha necesidad de sentirnos de nuevo.

—Joder —susurró, hablando con dificultad.

Apoyó la frente en la mía.

—Sí. Joder —estuve de acuerdo, por la intensidad.

Continuaba temblando.

—Erika…

Me agarró de la mandíbula y lo miré a los ojos. Los suyos eran puro fuego y deseo.

Supe lo que estaba pidiéndome y asentí, porque yo también lo deseaba, pero, sobre todo, lo necesitaba.

—¿Hay algún sitio privado aquí? —le pregunté.

Una sonrisa preciosa apareció en sus labios.

Su respuesta fue levantarse del sofá y ayudarme a mí a hacerlo. Me agarró de una mano y salimos de la sala, para dirigirnos hacia la derecha. Me llevó hasta otra escalera que llevaba a una zona en la que había varias puertas cerradas.

Andrés me guio hacia la más alejada y en cuanto abrió, una habitación con una cama pequeña apareció ante mí.

—No es perfecto, pero…

—Es más que perfecto —le aseguré, girándome hacia él.

Cerró la puerta y la bloqueó, echando el pestillo, y entonces caminó hacia mí.

—Te he echado de menos —susurró.

—Y yo a ti.

Tragué saliva.

—¿Tú… tú me contarás…?

—Tenemos muchas cosas de las que hablar y te prometo que lo haremos.

Solté el aire que había estado conteniendo, al esperar su respuesta.

—Ayer me superó todo, bastante, porque no me lo esperaba, pero ya está. No voy a perderte, Erika.

—Andrés…

Colocó las manos en mis mejillas y me retiró las lágrimas.

—No voy a perderte —repitió—, ni a renunciar a ti. Solo te pido que no me presiones cuando empiece a hablar, para mí no será fácil hacerlo.

—Te lo prometo.

Apoyé una mano en su pecho, por encima de la sudadera, y con la otra lo agarré de la nuca. Andrés me abrazó y tiró de mí, pegándome a su cuerpo.

Me mordí el labio, cuando su miembro erecto se clavó entre nosotros.

—¿Qué hacías tumbado en el sofá? Me he asustado al verte.

—Descansaba, por la resaca.

Negó con la cabeza.

—Ayer bebí más de la cuenta y me emborraché, pero por suerte Tomás vino a mi casa y evitó que lo empeorara. No es algo que suela hacer, como te he dicho todo me superó.

—Joder, con la resaca. He pensado que era por el accidente por el que me ha llamado Iván —suspiré—. ¿Te has caído de culo o eso también es mentira?

—En eso no ha mentido —sonrió—. Hoy estoy torpe por lo que bebí ayer y por lo poco que he dormido.

—Espero que no tengas que salir a alguna emergencia —hablé preocupada.

—Si es así te prometo que estaré muy centrado en mi trabajo.

—Vale —suspiré.

Se separó de mí, para coger la correa del bolso. Lo llevaba cruzado al pecho y me sacó por la cabeza. Lo dejó sobre en una silla que teníamos cerca y continuó con mi chaqueta vaquera. Me la quitó también, pasó a hacer compañía al bolso.

Me agarró el bajo de la camiseta, pero antes de su siguiente movimiento, golpearon la puerta y me sobresalté.

—Sé que estáis ahí, es la única puerta que está cerrada.

Miré sorprendida a Andrés, al escuchar a Tomás.

—Iván me ha puesto al día y me ha dicho que seguramente acabaríais aquí.

Noté un calor intenso en las mejillas, mientras Andrés sonreía, negando con la cabeza.

—Tranquilos, solo lo sabemos él y yo. Nadie va a subir la escalera que da a esta parte, de eso me encargo yo. Espero llegar a tiempo.

Para más sorpresa mía y bochorno, Tomás pasó por debajo de la puerta el sobrecito de un preservativo.

Yo no sabía dónde meterme, mientras que Andrés soltó una carcajada.

—Me encanta, joder —dijo Tomás y sonó satisfecho.

Lo último que escuchamos de él fueron sus silbidos, mientras se alejaba de la puerta.

—¿Qué puedo decir? Lo tenían todo pensado y nosotros hemos caído en el juego, hemos hecho exactamente lo que querían.

Sonrió de medio lado.

Le quité el preservativo de la mano y lo lancé a la cama. Cogí el bajo de su sudadera y tiré hacia arriba. Mientras Andrés se la sacaba por la cabeza le besé el pecho y llegué a los pezones. Tembló cuando se los lamí y tiré de ellos.

Nos desvestimos el uno al otro, de manera precipitada, y desnudos completamente, le rodeé el cuello con los brazos y me impulsé para subirme. Me agarró de las nalgas y gemimos cuando nuestros pechos chocaron y nuestros sexos se acariciaron. La punta de su miembro resbaló por mi humedad.

Fue hasta la cama y se sentó sin soltarme. Apoyó la espalda en la pared y yo me acomodé encima de él, sentada a horcajadas.

—Cógelo y pónmelo —me pidió, con voz ronca.

Alargué la mano, sin apartar la mirada de la suya, y agarré el sobre del preservativo.

Jadeé cuando tiró de la punta dura de mis pezones, mientras yo rompía el envoltorio.

El placer que sentí me hizo mover la cadera, para balancearme sobre su miembro. Andrés gimió, apoyando la cabeza en la pared, pero no dejó de torturarme los pezones.

—Ya —carraspeó.

Me separé los suficiente para colocarle el preservativo y conforme se lo bajaba, varios dedos de Andrés llegaron a mi sexo y me embistieron. Jadeé moviéndome al encuentro de ellos, con necesidad, buscando mi propio placer.

Notaba que me faltaba muy poco para llegar al final, las emociones y las sensaciones era mucho más intensas, después de pensar que lo había perdido.

Andrés acalló mis gemidos con su boca. Me besó con fuerza, con una intensidad que me llevó muy al borde del orgasmo, mientras sus dedos me embestían sin descanso.

Hasta que me agarró de las caderas, me movió lo necesario y me embistió con su miembro, de un empujón fuerte. Ambos gemimos. Me agarré a su cuello.

—Muévete —me pidió y lo hice encantada.

Comencé a subir y bajar a un ritmo constante, el que fui incrementando al mismo tiempo que la necesidad apretaba cada vez más.

Me dejé llevar por él, cuando con sus manos marcó un nuevo ritmo que me llevó a gritar sobre su hombro, para amortiguar el sonido, mientras mi cuerpo se estremecía con fuerza, por el largo orgasmo que me provocó.

Andrés se movió rápido, me hizo quedarme con las manos y las rodillas en la cama, se puso detrás y volvió a entrar en mi interior. Jadeé cerrando con fuerza los ojos, por el placer tan bueno que sentí.

El ritmo fuerte y rápido de sus embestidas, las que incrementó, de la manera que se clavaba en mí hasta lo más profundo, me llevó a caer en picado de nuevo y sin remedio.

Grité su nombre, agrándame a donde pude, y Andrés me siguió poco después. Se corrió sin poder dejar de entrar en mí y cuando terminó dejó nuestros sexos unidos. Era una gozada cómo me llenaba y sentirlo todavía palpitar en mi interior.

Lo miré por encima del hombro, respiraba con dificultad y todavía desprendía ese fuego interno que era un aviso de lo excitado que estaba.

Andrés retrocedió y cuando se quitó el preservativo, el que enrolló y dejó en el suelo, se tumbó en la cama y me pidió que lo acompañara.

Lo hice sin dudar. Me tumbé con la mitad del cuerpo sobre él, y no porque la cama fuera pequeña. Lo necesitaba de todas las maneras.

—Tengo que volver al trabajo —susurré, con los ojos cerrados.

Le rodeé la cintura y acomodé la mejilla en su pecho.

—Un poco más.

—Sí —suspiré.

Nos quedamos en silencio, con los cuerpos desnudos y enredados.

—Andrés…

—¿Sí?

—Confío en ti —susurré.

Noté cómo se tensaba debajo de mí. Con el brazo con el que me rodeaba por la espalda me empujó más hacia él, lo máximo que podía.

—Sea cual sea la conversación que tendremos, quiero que sepas que confío en ti —insistí.

Esperaba no equivocarme, pero de verdad que en el fondo de mi corazón confiaba en él. No podía explicarlo, simplemente lo sentía.

Capítulo 35



Me giré desde la pizarra, hacia la puerta. Bajé el brazo, pero no solté la tiza con la que estaba escribiendo.

—Adelante —di paso, a quien había dado varios golpes en la puerta.

Para mi sorpresa apareció la persona que menos esperaba ver dentro del colegio, mucho menos en mi aula.

Agrandé los ojos al encontrarme con Andrés, llenaba el hueco de la puerta.

—¿Qué…?

Di un paso hacia él, pero me paré porque Andrés entró decidido y caminó hacia mí.

El aula enseguida se llenó de murmullos y de risas contenidas de mis alumnos. Marina, mi ayudante de prácticas, tenía una sonrisa de oreja a oreja. Y cómo no, Sofia asomó la cabeza por el hueco de la puerta, para no perderse nada. Me hizo un guiño.

Miré la rosa que Andrés tenía en una mano, la que me acercó para que la cogiera.

—Gracias —susurré, ruborizada.

Él me sonrió de medio lado.

—¿Qué haces aquí? Cuando nos hemos despedido esta mañana en el parque de bomberos no me has dicho que vendrías.

—He venido a recogerte. Ya sé que todavía queda media hora para que termines la última clase de la tarde, pero he tenido enchufe para darte esta sorpresa.

Se refirió a Sofía y continuó.

—Quiero comenzar contigo el fin de semana, desde esta tarde del viernes. Tengo algo muy importante que enseñarte y ha llegado el momento de la conversación que nos debemos.

Asentí, nerviosa.

Me acerqué la rosa a la nariz para olerla y me salió una gran sonrisa.

—Hola, chicos.

Andrés saludó a toda la clase, girándose hacia ellos.

—Hola —se dirigió después a Marina, la que le correspondió encantada.

—¿Ere el novio de nuestra profesora? —le preguntó Carlos.

Los demás rieron.

Andrés sonrió mirando a Carlos. El calor de mis mejillas aumentó.

—Lo soy —le contestó, mirándome de reojo.

—¡No le has dado un besito! —gritó Ruth y se tapó la boca con las manos.

Más risas.

—Tenéis razón —les dijo Andrés, decidido—. Pero lo soluciono rápido.

Se giró para rodearme la cintura con un brazo y se inclinó hacia mí. Me dio un beso en los labios, fue corto, un pico, pero suficiente para que mis pulsaciones se aceleraran más, por la situación.

El aula se llenó de risas y de aplausos, incluso los de Marina y Sofía.

—¿Puedo llevarme a vuestra profesora? —les preguntó Andrés.

—¿Dónde? —le preguntó de vuelta Sergio, con una risilla.

—A un sitio muy especial.

—¿Otra sorpresa? —Quiso saber Laura.

—Sí —confirmó Andrés.

—Te dejamos a nuestra profesora —gritó Leo.

Todos rieron.

—Pero bueno —dije, haciéndome la ofendida.

—Profe, es por una buena causa —habló convencida Paula.

Al final tuve que reírme. ¿Cómo no hacerlo? Me sentía muy feliz.

Miré a Andrés, quién me hizo un guiño.

—Ya sabes profesora, eres toda mía durante el fin de semana.

—Yo me encargo del resto de la clase —me dijo Marina, cuando se acercó a nosotros—. Vete tranquila y disfruta —sonrió.

—Gracias.

Ella le quitó importancia con una mano y después de mi despedida con un abrazo y un beso, fue el turno de Andrés, quién le dio un beso en la mejilla, después de que los presentara.

—Portaros bien. Nos vemos el lunes —me dirigí a todos mis alumnos.

—Sí, profesora —respondieron todos.

Sofía nos esperaba en el pasillo, con una sonrisa de oreja a oreja. Nos abrazamos y nos acompañó hasta la sala de profesores, de donde cogí mi bolso y la chaqueta de mi taquilla.

Me lo puse todo y nos despedimos de Sofía.

—Disfruta mucho, cariño. Lo de hoy solo ha sido un anticipo de lo bien que os va a ir juntos. Todo saldrá bien.

Asentí y le di un beso en la mejilla, antes de separarme de ella.

—Gracias por todo, Sofía —le dijo Andrés.

También se dieron un beso.

—Ha sido un placer —sonrió, mirando la rosa que yo llevaba en la mano.

Me hizo un guiño y salimos juntos de la sala. Sofía se desvió a medio camino de la salida, para ir a su despacho. Andrés y yo continuamos.

Hacía unas horas que dejó de llover, aunque el cielo continuaba muy nublado.

—Se nota que los niños te quieren y te respetan —me dijo, mientras caminábamos hacia aparcamiento.

—Son increíbles. Yo también los quiero mucho.

Me miró sonriendo.

—¿Cómo lo hacemos? —le pregunté, parándome.

—¿El qué? —Se giró hacia mí.

—Aunque fui con Sofía en su coche hasta el parque de bomberos, hoy tengo mi coche aquí.

—Puedes llevarlo al parquin de tu edificio y te sigo, o lo dejas aquí, nos vamos con el mío y mañana venimos a por él. Como prefieras.

—¿Hay prisa por llegar a ese sitio especial que has dicho? —le pregunté con curiosidad.

Sentía mucha desde que lo dijo.

—No.

—Pues entonces me gustaría dejar el coche en mi plaza de aparcamiento del edificio. Así me olvido de él.

—Perfecto. —Asintió—. Te sigo.

—Vale —sonreí.

Iba a separarme para ir hacia mi coche, pero Andrés me agarró de un brazo y tiró de mí, para acercarme a él.

—Pero antes necesito el beso que no he podido darte.

Me entregué a él, por completo, cuando sus labios tocaron los míos. Lo agarré del cuello, con la necesidad de profundizar más el beso, a pesar de que su lengua empujaba con fuerza dentro de mi boca y nuestras lenguas se tocaba y rozaban.

Nos apartamos cogiendo una bocanada de aire.

—Ahora sí —sonrió—. Te sigo. Ten cuidado.

Le di otro beso, uno rápido y corto, antes de darle la espalda y caminar hacia mi coche. Andrés fue hacia el suyo y me siguió todo el trayecto, sin alejarse a mucha distancia.

Pensaba que encontraríamos más tráfico, pero no fue así. Llegamos pronto. Andrés me esperó en doble fila y yo me di prisa por llevar mi coche a mi plaza y para regresar junto a él.

—¿No vas a darme una pista de dónde vamos? —le pregunté, cuando me monté en el asiento del copiloto.

—Aunque te la dé no vas a saber de lo que te hablo.

En cuanto me abroché el cinturón de seguridad se incorporó a la circulación.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé.

—Estás muy misterioso.

Ladeé un poco la cabeza, observándolo.

—¿Es bueno?

—Según desde el punto de vista que lo mire.

Fruncí el ceño.

—No es bueno, pero al mismo tiempo es lo mejor, porque es una parte de mí.

—Está bien. Me rindo —suspiré—. Me has liado más.

Sonrió.

—Te aclararás en un rato.

—¿Está lejos?

—A las afueras de la ciudad. ¿Cómo has pasado el día?

—Muy bien. Se me ha hecho muy ameno desde que regresé del parque de bomberos. ¿Y a ti? ¿Habéis tenido que salir por alguna emergencia?

—No. El día ha sido muy tranquilo.

—Me alegro, porque hasta las tres o así ha llovido mucho.

—Hoy hemos tenido suerte, hemos terminado la semana tranquilos y descansados.

—¿Qué tienes pensado para después de ir al sitio al que vamos?

—Ya te he dicho que quiero pasar el fin de semana contigo, pero eres tú la que tiene la última palabra.

—¿Por qué dices eso? Has dicho que había llegado el momento de hablar. Yo también quiero estar contigo.

—A lo mejor tienes que pensártelo una vez lleguemos.

Fruncí el ceño.

—A partir de ahora, hasta que demos el día por terminado, acuérdate de lo que te pedí, que no me presionaras cuando hable, porque para mí va a ser difícil. Te darás cuenta cuando será.

—Vale —susurré.

No supe qué más decir. Notaba que iba a pasar algo importante, tenía el presentimiento, pero no tenía ni idea de que se trataba. Estaba muy perdida y por más que pensé en nuestra discusión y en lo que oí y vi, lo que me llevó a enfadarme con él, no conseguí llegar a una conclusión.

Cuando Andrés paró el coche, casi media hora después, seguía de la misma manera, mientras observaba la zona en la que estábamos.

Delante de nosotros, a unos metros de distancia, había un edificio que parecía un hotel.

—¿Me has traído a un hotel?

Me giré hacia él, extrañada y sorprendida.

—¿Quieres hablar en un terreno neutral que no sea tu casa o mi piso?

—No es un hotel, Erika.

—¿No?

Miré de nuevo hacia el edificio.

—Es moderno y…

—Vamos.

—¿Este es el sitio especial?

—Sí.

Me tenía desconcertada, pero me callé y salí del coche, como hizo Andrés.

Mientras él rodeaba el vehículo me colgué el bolso, la chaqueta la llevaba puesta. Cuando llegó a mi lado me agarró de una mano y tiró de mí, para caminar por la acera.

Observé mejor la calle solitaria. Lo que no era un hotel y todavía no tenía ni idea de qué era, porque no había ningún letrero ni cartel que lo indicara, era la única construcción. Todo lo demás era la carretera, un estacionamiento grande y vegetación.

—¿Dónde estamos? —le pregunté con curiosidad.

—Espera —me pidió.

Solté un suspiro y me quedé callada, porque le prometí que iríamos a su ritmo. Quería que lo hiciera a su manera y me dejé llevar. Recorrimos la distancia que nos separaba del edificio y cuando accedimos a él, me quedé muy sorprendida por el nivel de seguridad que había para entrar.

Pasamos por varias puertas que solo se abrían con una tarjeta que llevaba Andrés. Me comentó que, sin una de esas, la que tenía que estar autorizada, no había manera de acceder al interior.

Una vez dentro, fuimos directos a uno de los dos ascensores que había.

No fui capaz de hablar, por la impresión, la curiosidad y el interés. En la zona de la entrada no había recepción, era un espacio vacío y no vi ni a una persona. Mi mirada iba de un lado al otro, observando todo lo que me alcanzaba la vista. Incluso dentro del gran ascensor.

Andrés pulsó el botón de la cuarta planta y se quedó mirando fijamente hacia la puerta doble del ascensor. Yo lo miré de reojo varias veces. Nuestras manos continuaban unidas.

Cuando salimos en la planta caminamos por un pasillo muy largo. Había muchas puertas, cerradas, y no nos cruzamos con nadie. El lugar parecía completamente vacío porque no se oían voces a lo lejos o ruidos que indicaran que no estábamos solos. Ni siquiera el sonido de una puerta cerrándose.

En el momento que Andrés paró frente a una de las puertas, algo en mi interior dio un vuelco, como si lo que hubiera al otro lado fuera a dolerme. Me puse muy nerviosa.

—Erika… —susurró.

Me giré hacia él.

—No te lo he ocultado a propósito, es solo que… es algo que me duele muchísimo y que vive dentro de mí. —Tragó saliva—. No suelo hablar de esto, hace tiempo que es un tema prohibido. Por eso esperaba encontrar el mejor momento para contártelo. Es algo demasiado especial e importante, sagrado.

—No entiendo nada, Andrés. ¿Qué hay al otro lado de esta puerta?

Sin mirarme, agarró el pomo y lo giró. Abrió la puerta y pocos segundos después entendí porque no había escuchado ninguna cerrarse. Lo hizo a nuestras espaldas de la manera más silenciosa que había visto en mi vida. No hizo ruido al encajar con el marco.

Cogidos de la mano, entramos en…

Era una habitación amplia, en ella había en el centro una cama individual, varios sillones al lado de una de las ventanas, junto con una mesa baja. Aparte varios muebles y sillas plegadas.

Todo esto podía haber sido normal, sino fuera por las máquinas con monitores y el ruido rítmico y constante de una de ellas. Eso, más la decoración infantil y la niña que estaba tumbada en la cama, como si estuviera dormida.

Se me humedecieron los ojos y sin mirar a Andrés, dando varios pasos hacia la cama, siendo cautelosa, hice la pregunta.

—¿Quién es? —susurré.

—Mi hija.

Contuve la respiración y me giré rápido hacia él, con los ojos abiertos al máximo.

Capítulo 36



—¿Tu hija? —repetí, hablando muy bajo.

—Sí. Se llama Lucía.

—¿Qué…? ¿Qué le pasa?

—Está en coma.

Me llevé una mano al cuello, al faltarme el aire.

—No puede ser… —susurré—. Andrés.

Di un paso hacia él, pero me paré.

—Lleva en coma cuatro años. —Tragó saliva.

No me moví, me quedé a los pies de la cama, mientras él se acercaba a un lateral.

—Hola, cariño —le habló a su hija, con los labios apoyados en su frente.

Me retiré las lágrimas de la cara.

—¿Cuántos años tiene?

—El mes que viene cumplirá diez años.

Cerré los ojos con fuerza.

Durante un rato no pude hablar, la voz no me salió. Después de hacer el cálculo rápido y fácil y saber que llevaba en coma desde los seis años, tuve que apoyar las manos al final de la cama. Me tembló todo el cuerpo.

Andrés acercó un taburete con respaldo y ruedas y se sentó al lado de su hija. Le agarró la mano y comenzó a acariciársela.

—No he venido solo, pequeña —le dijo—. Tengo algo que contarte.

Cogió una bocanada de aire.

—Hola, Lucía —hablé.

Andrés se giró hacia mí, con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Es un placer conocerte y un honor para mí —continué—. Yo me llamo Erika.

Rodeé la cama y me paré en el otro lateral, frente a Andrés.

—Tu papá y yo… —Lo miró a los ojos, antes de continuar.

Necesitaba saber la historia completa de Andrés, no entendía muchas cosas, pero lo que tenía claro es que él no estaba con la madre de Lucía. Su asentimiento para que siguiera hablándole a su hija me lo confirmó.

—Tu papá y yo estamos juntos, Lucía. Nos queremos y hoy es un día muy especial en nuestra relación, y para mí, porque me ha traído aquí, para conocer a la persona más importante de su vida.

Le agradecí a Andrés que me diera una botella pequeña de agua. La sacó de un armario y bebí varios tragos porque tenía la garganta seca.

Cuando terminé la dejé en una especie de mesita de noche alta.

—Ahora que lo pienso… —me quedé pensativa de verdad—. No creas que soy como las madrastras de los cuentos: malvada. ¡Qué va! —reí—. Estoy deseando que abras los ojos para pasar muchos ratos juntas. Me encantará peinarte, ayudarte a hacerlo, como otras cosas. Fliparé con tu risa, estoy segurísima. Tiene que ser preciosa y dulce como tú.

Le agarré la mano que tenía a mi lado y coloqué la otra mía encima, dejando la de Lucía entremedio.

—Vamos a olvidar eso de la madrastra, no me gusta. —Arrugué la nariz—. Solo… creo que sería genial que le dieras una grandísima alegría a tu padre y abrieras los ojos, preciosa. Ojalá yo pueda verlo —susurré.

Cerré los ojos con fuerza. Quise contener las lágrimas, pero no puede, resbalaron por mis mejillas.

Cuando miré a Andrés él también lloraba, muy emocionado.

De repente, el pitido de una máquina comenzó a sonar más fuerte y rápido. Andrés se levantó de un salto y corrió hacia la puerta, yo me quedé sin saber qué hacer, mirando fijamente a la pequeña.

No movió nada, no hubo ni un ligero cambio en su expresión, pero varias enfermeras entraron corriendo, seguidas por Andrés, y nos pidieron que saliéramos, mientras ellas se movían rápido por la habitación.

—¿Suele ocurrir? —le pregunté, en el pasillo.

—Nunca. —Negó con la cabeza—. Nunca había pasado.

Me miró.

—Yo… lo siento mucho. No tendría que haberle hablado. —Me froté el pecho. Dolía—. Si es verdad que en coma pueden escuchar las voces y percibir cosas, se habrá alterado por lo que le he dicho —hablé de carrerilla—. Tendría que haberme quedado callada, joder, si es que la palabra madrastra es fea y mala de narices. Cualquiera se alteraría.

Bufé.

La carcajada que soltó Andrés me pilló desprevenida.

—¿Por qué te ríes? —le pregunté, sorprendida.

—Eres increíble.

—¿Yo?

—Sí, tú —sonrió de medio lado, de nuevo con los ojos demasiado brillantes.

—¿Qué he hecho?

—Ser tú, ni más ni menos, y es algo maravilloso.

—Andrés, sé que estás afectado y preocupado, pero… ¿necesitas sentarte o que te atiendan? Esto es una especie de hospital, ¿no? —Asintió, mirándome divertido.

—Lo único que necesito es tenerte para mí solo. —Me agarró de la cara con las manos—. Durante horas. Días…

Me besó y lo correspondí, pero terminó muy rápido.

—¿Te das cuenta de que es la primera vez que Lucía reacciona, desde que se quedó en coma?

—Yo… ¿qué significa? —susurré.

—No lo sé, pero tiene que ser algo bueno. ¿No?

Le rodeé la cintura con los brazos y asentí, sonriendo.

—Lo siento muchísimo, Andrés.

Tragó saliva y me sonrió con tristeza.

—Lucía es mi mayor tesoro —susurró, acariciándome la cara—. Pero ya no es el único.

Volvió a besarme, pero esta vez fue un ligero roce.

Las enfermeras salieron al cabo de un rato y nos acercamos a ellas, nerviosos.

—¿Cómo está Lucía?

—Bien, Andrés —le contestó la rubia, con familiaridad.

—Ella es Erika, mi pareja —me presentó y ambas mujeres me miraron sonrientes—. Ellas son Beatriz. —La rubia que había hablado—. Y Amanda. —La morena—. Son dos de las enfermeras de esta planta, las que se encargan desde el primer día de atender a Lucía.

—Encantada de conoceros y gracias —les sonreí.

—Igualmente, es un placer conocer a la pareja de Andrés —me habló Amanda—. Este chico necesita apoyo y amor —dijo mirándolo a él.

—¿Qué le ha pasado a mi hija? Es la primera vez que sucede eso.

—Ha reaccionado a un estímulo —le contestó Beatriz y me miró a mí—. No podemos saber lo que ha sido, aunque es fácil hacerse una idea —me sonrió como si me tuviera cariño y me conociera de toda la vida—. Os aconsejo que volvías a estimularla, día tras día.

—Sí. Lucía ha hecho un intento de regresar y eso es una notica increíble. Tenemos que potenciar el detonante que lo ha ocasionado.

Los tres me miraron a mí, Andrés con intensidad.

—¿Qué? —les pregunté, nerviosa—. Yo… ¿no pensaréis que ha sido por mí?

Levanté las manos en el aire y comencé a moverlas.

—¿Por quién si no?

—Andrés…

—Seguro que ha sido cuando le has dicho lo de la madrastra. Tienes razón, suena terrorífico.

No perdió la sonrisa al hablar y le siguió una carcajada al terminar.

Las enfermeras también rieron y yo los miré a los tres como si se hubieran vuelto locos de repente.

—Joder —susurré, sonriendo.

—Podéis entrar un momento. La doctora llegará en unos minutos. La hemos llamado y viene de camino, así que podéis ir a la cafetería a esperar —nos propuso Amanda.

—Gracias.

Después del agradecimiento de Andrés entramos otra vez a la habitación. Lucía nos recibió como al principio, todo continuaba igual, pero la esperanza flotaba por todos lados en el ambiente.

—Cariño, Erika y yo vamos a bajar a la cafetería —le habló Andrés, acariciándole el pelo—. La doctora está a punto de llegar y no podemos estar en la habitación. Volveremos enseguida. Te amo.

—Hasta ahora, Lucía. Sé traviesa y abre los ojos, eso volverá loco a todo el mundo e irán corriendo de un lado al otro. ¿Vale?

Le hablé inclinada hacia ella y sonreí al imaginar la situación. Le di un beso en la cabeza y me incorporé.

Me encontré con la mirada intensa de Andrés y fue todo un logro que pudiera moverme. Me tembló todo porque esa mirada me anticipó tantas cosas…

Salimos de la habitación agarrados de la mano y, a pesar de la situación y del descubrimiento que dolía, ambos no pudimos dejar de sonreír.

En la cafetería, fuimos directos a la barra a pedir. Ambos elegimos un refresco. Con lo nerviosa que estaba y la hora que era de la tarde, no quería acelerarme más bebiendo café.

Cuando el camarero nos dio las latas de refresco y los vasos, fuimos a ocupar una mesa. Había una pequeña terraza, se trataba de un cuadrado no muy grande, con tres mesas pequeñas.

Con el día que hacía, nublado y que parecía que llovería en cualquier momento, las mesas no estaban ocupadas.

Nos pareció la mejor opción, para respirar al aire libre. Ambos necesitábamos estar el menor tiempo posible encerrados.

En cuanto me senté me abroché la chaqueta vaquera y saqué del bolso un pañuelo para el cuello.

—Vamos dentro, no tienes que pasar frío.

—Lo sé. Si lo paso es porque quiero —le dije con un guiño—. Estoy bien, solo hace un poco de fresco y agradezco el cambio de temperatura. Me viene genial.

Sonreí.

—De acuerdo.

Me devolvió el gesto.

—Antes de que digas nada me gustaría hablar más tarde de todo lo que necesitas saber, me da igual que sea en mi casa o en tu piso. Si empiezo aquí tendré que parar para volver a la habitación y prefiero tener la conversación tranquilos y sin interrupciones.

—Me parece bien.

Asentí.

—Tranquilo, no hay prisa.

Apoyé el brazo en la mesa, con la palma hacia arriba, y él me agarró la mano que era lo que le pedía.

—Por ahora solo voy a decirte que tienes una fuerza increíble y una hija maravillosa. Gracias por permitirme entrar en tu vida.

Tragó saliva y murmuró un *gracias a ti*.

—No puedo llegar a imaginar lo que has tenido que sufrir, no solo por la situación de Lucía, porque estoy convencida de que hay mucho más detrás de eso. Y quiero que sepas que entiendo porque has cuidado tanto de esta información. Te admiro por tu fortaleza, por tus ganas de luchar y vivir.

—No ha sido nada fácil ni lo será nunca, hasta que mi hija despierte.

—Me puedo hacer una idea —susurré, acariciándole la mano.

Para distraerlo un poco comencé a hablarle de mis alumnos, mientras llenaba el vaso de refresco.

Andrés sonrió y rio al recordar a mis niños, sus salidas, sus curiosidades y sus gracias, y también con las anécdotas que le conté de ellos. Al final me sentí más que satisfecha, pensando que había conseguido mi propósito.

Capítulo 37



—Hola, Bo —lo saludé, sonriendo.

Se había puesto muy contento al verme dentro del coche de Andrés, en cuanto entramos en su propiedad. Ladró y nos persiguió por el camino, hasta la casa, y ahora lo tenía casi encima, mientras le acariciaba la cabeza.

—El que era terrorífico —dijo Andrés, con humor.

Pasó por mi espalda y le saqué la lengua, haciéndolo reír.

Lo seguí hacia las escaleras y subimos a su habitación. Bo salió de la casa, para jugar en el jardín.

Fui al armario de Andrés, ya que en él tenía un pequeño espacio para varios de mis pijamas, ropa cómoda para estar por casa, dos mudas de ropa de calle, calcetines y ropa interior.

Saqué un pantalón de pijama y para arriba elegí una sudadera de Andrés. Me encantaba ponerme su ropa, aunque me quedara muy grande, y a él también le gustaba mucho.

Lo sabía por cómo me miraba cada vez que me vestía con algo suyo. En esta ocasión no fue diferente, en cuanto salió del baño y me vio me recorrió el cuerpo con la vista, de arriba abajo, mirándome de una manera…

Sonreí satisfecha, mientras sacaba las manos por los puños, ya que las mangas eran largas.

Él también se había cambiado, estaba demasiado guapo y atractivo, y no era justo. Aunque era todo mío, lo tenía a mi disposición.

Estaba descalzo, con un pantalón de pijama que le caía por la cadera que era una maravilla pecaminosa, y una camiseta de manga larga de tela fina. Esta la llevaba remangada, dejando ver sus fuertes antebrazos.

—¿Te gusta? —me preguntó, por cómo lo miraba.

—¿Necesitas que te responda?

—Quiero que me respondas.

—Me encantas. Estás irresistible, ahora mismo te haría muchas cosas.

Soltó una carcajada, satisfecho por mi contestación.

—Tenemos que hablar. —Me acarició la barbilla—. No quiero posponerlo más. —Asentí—. Pero cuando acabemos… —Atrapó mi labio con los dientes y tiró de él, provocándome un suspiro entrecortado— podrás hacerme todo lo que quieras, porque yo haré lo mismo contigo. Va a ser un fin de semana largo e intenso.

Me besó con pasión y jadeé, agarrándome a su camiseta.

—No llevo nada debajo del pantalón.

Con esas palabras y una palmada en mi trasero, pasó por mi lado y salió de la habitación tan tranquilo, dejándome a mí alterada. Me quedé en mitad de la estancia, controlando mi respiración y mis pulsaciones.

Después de ir al baño bajé a la planta principal y encontré a Andrés en la cocina.

—¿Dejamos la cena arreglada? —me propuso.

—Claro. ¿Qué te apetece que hagamos?

—No vamos a cocinar.

—¿Entonces?

—¿Comida japonesa?

—Me encanta —sonreí.

—Lo sé. A mí me encanta mucho más desde que me reencontré contigo en la terraza del restaurante japonés.

Me hizo un guiño y me mordí el labio inferior.

—¿Esta noche también quieres tenerme encima? —le pregunté divertida.

—Esta y todas, de cualquier manera.

Me rodeó la cintura con un brazo y me atrajo hacia él. Lo agarré de la nuca y lo besé lento, sin prisa, disfrutando de la suavidad de sus labios y lo bien que se movían sobre los míos.

—¿Te apetece algo mientras esperamos? —me preguntó.

—¿Nos tomamos unas cervezas?

—Hecho. Saca varios cuencos, vamos a poner algo para picar.

Cogí los cuencos del armario, los que llené con aceitunas, patatas chips y tacos de queso con palitos de pan. Andrés se encargó de sacar los botellines de la nevera y de llamar para encargar la cena.

—En veinte minutos está aquí —me dijo, cuando colgó.

—Estupendo.

Colocamos en una bandeja los cuencos, los botellines y algunas servilletas, y fuimos al salón, donde nos acomodamos en el sofá.

Bo se acercó a nosotros y se llevó su premio: varios trozos de queso. Se fue contento a su cama y desde ella nos observó.

Andrés subió la tabla de la mesa, era de las que se alzaba para tenerla más a mano. De esa manera la bebida y los cuencos quedaron muy cerca de nosotros.

—¿Cómo te enteraste del nombre de mi hija Lucía y de lo de mi compañera de trabajo? Me dejaste sin palabras, era lo último que esperaba escuchar de ti esa tarde.

Me giré hacia él, subiendo las piernas al asiento. Me las rodeé con un brazo, dejando el otro libre. Cogí el botellín y le di un trago pequeño.

—Fue mientras te esperaba. Estaba en el parquin trasero y apareció la listilla bombera. Estaba hablando de ti y llamó mi atención. Tuve muy claras sus intenciones hacia ti.

Bufé.

—Cuando ella entró en la nave yo hice lo mismo al poco tiempo. Pero no la seguí, pregunté por ti y me dijeron dónde estabas. En el camino hacia ahí me encontré con Tomás y después te encontré con Iván y la misma mujer del parquin trasero.

Hice una pausa, por la rabia que me entró al recordar a esa. Me comí un trozo de queso y un palito de pan, los que mastiqué con demasiada fuerza.

—¿Celosa? —me preguntó con los labios rozando la boca del botellín.

Fruncí el ceño y rio.

Iba a protestar, pero Andrés me agarró de la cabeza por detrás y me acercó a él de golpe, para estampar sus labios sobre los míos. Me besó de una manera que se me olvidó porque me había puesto de nuevo celosa, ante un recuerdo.

—Me encanta que te afecte de esa manera —susurró sobre mis labios—. Me pone cachondo verte celosa.

Puse los ojos en blando y volvió a reír.

Me dio un beso corto y me liberó.

—Pero no tienes que sentir celos, ni por Inés ni por nadie.

—¿Se llama así? —Entrecerré los ojos.

—Sí —contestó intentando contener la diversión.

—No me hace ni puñetera gracia. Esa tía quiere…

—Me importa una mierda lo que quiera, Erika. A mí la única que me importa eres tú y nuestra relación, lo demás me sobra. Hablo de las relaciones.

Asentí ante su aclaración, sonriendo.

—Todo lo que no hago hacia Inés es por respeto a quién es.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora llegaré ahí, pero antes quiero que tengas claro que Inés no me interesa, en absoluto. Nunca me interesó ni nunca sucederá. También quiero pedirte perdón porque malinterpretaste mi falta de reacción.

—¿Cómo?

—Lo que presenciaste. Cuando Inés me dijo que tú solo eras sexo de unos días, que no eras nadie importante como para presentársela. Me quedé callado, sí, pero no por el motivo que pensaste. Jamás voy a negarte delante de nadie, ni a nuestra relación. Ni mucho menos a esconderte.

—¿Y por qué lo hiciste? Me dolió.

—Lo siento. Lo supe después, si hubiera sabido que estabas escuchando habría actuado de otra manera, con la verdad.

—Así no son las cosas, esa verdad se sabe por lo que dicen los demás cuando uno no está presente.

—Tienes razón, pero yo me refiero a que te habría protegido y defendido ante Inés, sin importarme nada. Si no lo hice fue porque no quise que ella pensara que tú eres alguien importante para mí. Lo evité a propósito, no quería que supiera nada de ti.

—Igualmente estabas protegiéndome —susurré.

Asintió.

—Sé cómo es Inés y no la quiero cerca de ti. Cuanta más distancia física haya entre vosotras mejor y más paz mental tendremos.

—No lo entiendo, te escucho y no me cuadra con lo que vi en esa sala, cuando estabais juntos. Vale que no le prestabas atención a sus acercamientos, pero… ¿por qué soportas que se meta en tu vida de esa manera? Quiere controlarte, entró en la nave para echarme. La oí decírselo a la persona con la que hablaba por teléfono.

—Ignórala. No hagas caso a todo lo que oigas de ella.

—¿Por qué no lo haces tú y la apartas de tu vida?

—Porque no es tan fácil.

Fruncí el ceño.

Cogió los dos botellines de cerveza, me dio el mío y bebimos, sin dejar de mirarnos.

Se levantó del sofá y fue a un lateral del armario de enfrente, del que abrió un cajón y sacó un álbum.

Volvió a sentarse a mi lado, girado hacia mí, y colocó el álbum entre los dos. Me quedé callada, observando cómo Andrés tenía la vista fija en la tapa, la que comenzó a golpear con los dedos.

Lo vi tan pensativo, tan lejos de mí en este instante, que no me atreví a hacer ni un movimiento. Hasta que él me miró, al mismo tiempo que abrió el álbum.

—Esta es Inés —dijo.

Bajé la vista a la fotografía que señaló sin mirar, dándome a entender que sabía de memoria el orden de las fotos.

Me fijé bien. Se notaba que Inés era mucho más joven. Sonreía a la cámara, con una niña en brazos.

—¿Es…?

—Lucía —me confirmó.

Cogí el álbum, para ver mejor la imagen.

—Ahí tenía dos años.

Sonreí. Era una niña monísima, sonriente.

—Sigue siendo igual de preciosa —susurré—. ¿Qué pinta Inés en la vida de tu hija?

—Son tía y sobrina.

Levanté la cabeza de golpe.

—¿Ella…?

—Sí. Inés era la hermana de mi mujer. Por eso te he dicho que no es tan fácil apartarla de mi vida, no puedo. Aparte de que compartimos profesión.

Apretó la mandíbula.

—La respeto y la tolero, pero, por supuesto, no todo lo que hace. Nunca me gustaron algunas de sus actitudes y maneras de actuar, las que con el tiempo han ido empeorando. Su apego a mí, por ejemplo. Soy muy consciente de lo que es capaz, pero créeme que más que yo no le frena nadie los pies.

—¿Apego? No es eso lo que siente por ti.

Bufé, negando con la cabeza.

—Inés sabe muy bien lo que hay, lo que puede esperar de mí.

—Eso es lo que te hace creer, otra cosa muy diferente es lo que aspira a conseguir de ti, en realidad. Por lo poco que he visto y escuchado de ella no tiene intención de rendirse y tampoco tiene ninguna prisa por conseguirte.

—No va a conseguir nada, Erika. Jamás.

Suspiré.

—Para que te quedes tranquila, cuando te has ido esta mañana del parque con Sofía, me he reunido con todos para organizar unos temas de trabajo. Al terminar he dejado bien claro quién eres, para que nadie tenga ninguna duda si vuelves a ir por el parque. Ya saben que estamos juntos, que tenemos una relación, incluida Inés, por supuesto. No quiero que pienses que te escondo.

—Gracias.

—Era lo justo para nosotros. No quiero hacerte daño, de ninguna manera.

—¿Y la madre de Lucía? ¿Qué pasó hace cuatro años con la pequeña?

Capítulo 38



Andrés

Señalé otra foto del álbum, una en la que únicamente salía una mujer, la madre de mi hija.

Erika bajó la vista y la observó.

—Se llamaba Diana.

—¿Se llamaba? —preguntó en un susurró.

—Murió en el accidente que dejó a Lucía en coma, hace cuatro años.

—Andrés… —Tragó saliva.

—Es día perdí lo más importante de mi vida, a ellas. Yo también morí por dentro.

—Lo siento tanto…

Le retiré las lágrimas de la cara y ella apartó el álbum. Lo colocó sobre la mesa, y se puso de rodillas en el sofá, para abrazarme. Cerré los ojos, apoyando la cara en la curva de su cuello.

—¿Quieres hablar de eso?

—Hasta que te conocí no creía posible que pudiera enamorarme otra vez.

Se separó para agarrarme la cara y apoyó la frente en la mía.

—Estás enamorado de mí —susurró.

—Sí. Irremediablemente —le confirmé.

Se movió otra vez, para sentarse a horcajadas sobre mis piernas.

—Yo también te quiero.

Sonreí de medio lado, al mismo tiempo que la agarraba de la nuca. Tiré de ella, para acercar nuestras bocas y la besé como tanto necesitaba.

—Sigue hablándome —me pidió, cuando conseguimos separarnos.

Pasó una mano por mi pelo. Apoyé la cabeza en el respaldo y coloqué las manos en sus caderas, para acercar más su cuerpo al mío.

—Como te he dicho no creía que pudiera querer a otra mujer. Diana fue mi primer amor, uno fuerte e intenso, salvaje y tranquilo al mismo tiempo. éramos el equilibrio perfecto desde que nos conocimos de jóvenes. Decidimos con mucha ilusión tener a Lucía, teníamos tantos planes… pero la vida tenía uno muy diferente para nosotros.

Cerré los ojos. Los dedos de Erika me calmaron, mientras me acariciaba el pelo y la cara.

—Nunca olvidaré el día del accidente. Llovía a mares, en mi trabajo íbamos de una emergencia a otra, sin parar. Diana se empeñó en que era el día perfecto para ir a visitar a sus padres, para que estuvieran con Lucía. El único aviso que atendí fue el accidente de mi mujer y mi hija.

Hice una pausa porque tanto Erika como yo la necesitábamos. Le retiré la humedad de la cara, agradeciendo que no dijera nada.

—Tengo grabada en la memoria la llamada que recibimos. Nos dijeron que había habido un accidente de gravedad en la autopista y nos pusimos en marcha, sabiendo que había muchos heridos y algunos fallecidos. Cuando llegamos al lugar me quedé en *shock*. al ver el coche de Diana entre los afectados. Tuve que preguntarle a Iván la matrícula, varias veces, porque no podía creérmelo.

Cogí una bocanada de aire.

—Mientras Iván me mantenía de pie, Tomás corrió hacia el vehículo y se lanzó al suelo, para mirar el interior. Me costó reaccionar y cuando lo hice fue para enfrentarme a la muerte de mi mujer y a mi hija malherida. Según los médicos Diana murió en el acto.

Erika colocó una mano sobre mi pecho y comenzó a acariciármelo, como si así pudiera aliviar mi dolor.

—A pesar de lo destrozado que me quedé, tenía que ser fuerte por mi hija. Ella todavía respiraba, pero cuando el médico que la atendía me dijo que había entrado en coma, mi vida se rompió por completo. Durante años, lo único que me ha mantenido en pie ha sido la esperanza de que Lucía abra algún día los ojos.

Tragué saliva, con dificultad.

—Tengo miedo, Erika.

Me agarró de la cara y se acercó más a mí.

—Estoy contigo —susurró—. Juntos podremos con todo.

—Tengo miedo porque cada día mi esperanza muere un poco más. No quiero ni puedo renunciar a mi hija.

—No vas a hacerlo. Yo no voy a permitírtelo. ¿Me oyes? Avivaré esa esperanza porque Lucía continúa respirando. Solo está dormida y te prometo que iré cada día a verla, para hablarle como si fuera su profesora. Te aseguro que puedo dar mucho miedo.

Sonreí.

—Pregúntales a mis alumnos. También me adoran y Lucía lo hará igualmente.

Al notar la cabeza de Bo golpeé el asiento del sofá, a mi lado, y saltó. Le acaricié agradeciéndole el apoyo y el amor incondicional. Erika se unió a las caricias, por lo que Bo estuvo más que feliz. No se fue, se tumbó junto a nosotros, observándonos.

—¿Qué tipo de clínica es en la que está? ¿Podré entrar sola?

—Claro que podrás entrar e ir, todas las veces que quieras —le confirmé y sonrió—. Inés va una vez a la semana, solo para que lo sepas.

Hizo una mueca.

—Tú solo necesitas un pase que te dé acceso. Es una clínica privada muy exclusiva, me la recomendaron porque trabajaban los mejores especialistas y no lo dudé. Por suerte esta casa, la propiedad, la tengo pagada desde antes de que naciera Lucía, aunque no la utilizaba.

—¿No vivíais aquí?

—No. Si fuera el caso la habría vendido. No hubiera podido estar sin Diana ni mi hija, me habrían consumido los recuerdos.

—Entiendo.

—Esta casa la compré como una inversión, pero nunca tuve la necesidad de venir a vivir aquí. Hasta que la vida se me truncó. Así que puedo pagar la clínica y me sobra para vivir.

—Me alegro —me sonrió.

—Y esta es mi vida, Erika. Ya no tengo nada más que contar. Inés fue mi cuñada, es la tía de mi hija que está coma, y yo vivo constantemente en la cuerda floja. Si no hubiera sido por Tomás e Iván, en algunos momentos no sé qué habría sido de mí.

Negué con la cabeza.

—Les debo tanto…

—Son tus mejores amigos, tu familia, así que no les debes nada —me dijo con una sonrisa preciosa.

—Perdona por no contártelo desde el principio, tenía miedo.

—No voy a salir huyendo. —Me acarició la cara—. Estoy contigo, te quiero, y comprendo perfectamente que no me contaras lo de tu hija. Es complicado y algo que te duele mucho. El problema es que yo pensé cosas muy diferentes y pensé que me había engañado con una doble vida.

—Bastante tengo con una, como para llevar para delante dos.

Puse los ojos en blando y terminamos riendo.

Apreté las manos en su cadera y la empujé hacia abajo, al mismo tiempo que yo elevaba el trasero del asiento del sofá.

—Andrés… —Jadeó, agarrándose a mi cuello—. Estamos hablando de cosas muy serias.

A pesar de sus palabras no pudo controlar el balanceo de su sexo sobre mi erección.

—Esto es muy serio también, de la misma manera que te necesito. Mucho. Necesito olvidar, aunque sea por unos instantes. Hazme olvidar, cariño —le pedí. Mi voz sonó ronca.

Volvió a jadear sobre mis labios, antes de besarme.

La agarré de las nalgas, aumentando su balanceo y gemimos, sintiendo cada roce.

Reímos cuando Bo saltó del sofá y se fue silencioso. Desapareció del salón, como si supiera lo que estaba a punto de ocurrir.

Erika se levantó un poco de mis piernas y me bajó la cinturilla del pantalón del pijama. Como le dije era la única ropa que llevaba, por lo que mi miembro saltó feliz y se tensó, poniéndose más duro cuando Erika lo rodeó con una mano.

Jadeé apoyando la cabeza en el respaldo, sin apartar los ojos de los suyos. Durante un buen rato no paró de torturarme con la mano, subiendo y bajando por todo el largo de mi miembro, acariciando y presionando… hasta que se levantó.

Pero no tardó en volver a ponerse a horcajadas sobre mí, después de quitarse el pantalón del pijama y la braga.

Ambos gemimos cuando nuestros sexos se tocaron sin nada que hiciera de barrera.

Me agarré el miembro, con fuerza, y lo deslicé por su zona íntima, arriba y abajo, una y otra vez, tanteando su entrada con la punta, colándola un poco. Una puñetera locura, pero una que me parecía muy poco.

—Erika… no…

—Shhh… —me pidió silencio, con la respiración entrecortada.

—Mierda.

Me puse en tensión. Apreté la mandíbula, sintiendo cada centímetro que conquistaba su calor. Erika colocó mi miembro en su entrada y se dejó caer, muy despacio, deslizándome dentro de ella.

—Tomo anticonceptivos —me dijo.

Yo gemí como respuesta, porque las sensaciones de sentirnos piel contra piel eran demasiado.

—Y ahora voy a hacerte olvidar, como me has pedido —susurró sobre mis labios, sentada del todo, con mi miembro en su interior encajado hasta lo más hondo—. Y volveré a hacerlo cada vez que lo necesites, cada vez que yo quiera. Voy a follarte, Andrés. Quiero que pierdas el control conmigo.

—Joder —jadeé—. Te siento mucho, es muy intenso.

—Sí —gimió con los primeros movimientos.

Ya no hubo más palabras, dejamos que nuestros cuerpos hablaran por nosotros, junto a nuestras respiraciones aceleradas, jadeos, gemidos y gritos de placer.

Nos dejamos llevar por completo. Sentí el orgasmo de Erika mucho más intenso, mientras la embestía clavándome con fuerza, empujando al mismo tiempo sus caderas hacia abajo.

Llevé su cuerpo a mi encuentro en cada subida y bajada, en cada deslizamiento de mi miembro, sin descanso, a un ritmo de locura, mientras ella se recuperaba de su liberación.

Me corrí en su interior, abrazándola con fuerza. Ella me correspondió de la misma manera, respirándonos al oído.

Al poco de llegar al final sonó el timbre exterior, el de la entrada de la propiedad. La cena había llegado.

—Justo a tiempo.

Nos separamos para mirarnos y soltamos una carcajada.

Me costó mucho apartarme de ella, pero no me quedó más remedio.

Erika fue al baño con el pantalón de su pijama y la braga, y yo me subí el pantalón de mi pijama y fui hacia la puerta, para abrir al repartidor del restaurante japonés.

En cuanto le abrí la puerta de hierro lo suficiente, entró con una moto. Bo ya lo esperaba, impaciente, y lo siguió hasta la entrada de la casa.

Salí para recibirlo.

—Buenas noches.

—Buenas noches —le correspondí.

—Que aproveche —me deseó sonriente, después de sacar dos bolsas.

—Gracias.

Se montó en la moto de nuevo y recorrió el camino hasta la puerta de hierro. Lo vi salir por la pantalla que tenía en la entrada y esperé a que la puerta de hierro quedara encajada, antes de volver al interior de la casa.

Silbé para que Bo entrara.

Capítulo 39



Erika

—No sabes cómo me alegro de escucharte tan feliz y animada —me dijo Raúl.

Lo había llamado para saber cómo les fue el viernes y cómo le iba lo que llevábamos de sábado.

Eran casi las siete de la tarde, Andrés y yo estábamos tumbados en su sofá, sobre cojines. En realidad, él estaba en los cojines, yo sobre su cuerpo, con la espalda apoyada en su pecho.

Ya les había contado a Raúl y a Fran todo lo que viví el día anterior y lo bien que terminó. Se habían puesto muy contentos por Andrés y por mí, aunque las lágrimas también habían hecho aparición.

—Sí que lo sé —sonreí—. ¿Sabes algo de Estela? Adri ha escrito en el grupo lo bien que le fue anoche con Iván, rebosaba felicidad, pero Estela no ha comentado nada.

—Le iría de maravilla, pero conociéndola no nos lo contará hasta que la veamos en persona. Con lo que se toma en serio eso de que, si se adelanta a hablar de algo, lo gafa…

Reímos.

—Tienes razón.

—Dile a Andrés que tenéis que estar a los ocho preparados, y media hora después donde os voy a decir.

Andrés lo había escuchado perfectamente. Toda la conversación, de hecho, porque las voces de mis amigos se habían oído altas y claras. Andrés no había tenido que acercarse mi teléfono a la oreja.

—¿Y eso? —le pregunté, aunque sabía cuál sería su respuesta.

—Vamos a cenar todos juntos. Dile a Andrés que sus amigos también vienen. Iván y Tomás se han apuntado encantados. He reservado en el restaurante de la zona peatonal, el que nos encanta. Tenemos que aficionarlos.

Andrés asintió, sonriendo.

—Vale —reí.

—Estupendo, aunque no teníais opción. Iba ir a buscaros si os negabais a salir de casa.

Tenía razón, desde el día anterior para lo único que habíamos salido de aquí había sido para visitar a Lucía. Por suerte tenía ropa para poder ir a cenar, así me ahorraba tener que pasar por mi piso.

Por Zeus estaba muy tranquila, Raúl y Fran habían subido varias veces a mi piso, para atenderlo y comprobar que todo estaba bien.

—Nos vemos dentro de un rato —le dije.

—Hasta ahora, cariño.

Colgué sonriendo y Andrés me quitó el móvil de la mano, para dejarlo en la mesa baja.

—¿Bo no lleva mucho rato fuera? —le pregunté.

—Está entrando y saliendo, pero no te has dado cuenta.

—Ah, vale. ¿Te apetece salir?

Moví la cabeza, para mirar hacia arriba y poder verlo.

—Claro.

—¿Seguro?

—Sí. Estoy bien.

Al decirlo me dio un beso en la cabeza y sonreí.

—Vale —suspiré—. Es una suerte que ya estemos duchados, no tenemos que correr.

—¿Qué te parece si nos vestimos ya y nos vamos antes de tiempo? Podemos dar un paseo por la zona peatonal. Por cierto, ¿qué restaurante es?

Se lo dije y asintió. Supo en cuál había reservado Raúl.

—He estado alguna vez con los chicos —me confirmó.

—Entonces ya sabéis lo bien que se come.

—¿Por qué te crees que Tomás e Iván han aceptado tan rápido?

Soltamos una carcajada. Estaba bromeando.

—Me parece bien lo que has dicho, me apetece dar un paseo —le dije.

Nos levantamos del sofá y fuimos a su habitación cogidos de la mano. Nos quitamos la ropa de estar por casa y nos pusimos la de salir. Andrés eligió un pantalón que le quedaba de vicio, con un jersey fino y la cazadora de piel.

Yo no tenía muchas opciones, pero tampoco las necesité. Me apañé bien con el pantalón vaquero y el jersey de punto que me dejaba un hombro al descubierto, porque el cuello era muy ancho y caía hacia un lado. Para el fresco de la noche utilicé la chaqueta vaquera.

Después de calzarnos, de perfumarnos y de despedirnos de Bo, nos montamos en el coche. Bo nos siguió hasta la puerta de hierro y en cuanto salimos de la propiedad, Andrés tomó la dirección de la zona centro, donde se encontraba la zona peatonal.

Llegamos en unos doce minutos y tuvimos suerte al encontrar un aparcamiento rápido. Solo tuvimos que dar una vuelta.

Una vez estuvimos en la acera, Andrés me rodeó los hombros con un brazo y comenzamos a caminar hacia la zona peatonal, sin ningún rumbo. Llegamos enseguida y pasamos de largo del restaurante en el que habíamos quedado con nuestros amigos, para lo que todavía quedaba media hora.

Con Andrés los silencios eran muy cómodos y perfectos. Con todo lo que habíamos hablado desde ayer, era normal que también tuviéramos estos momentos. Los disfrutábamos de la misma manera.

Me había hablado de sus padres. Vivían fuera de España, se fueron hacía muchos años, cuando trasladaron a su padre en la empresa. Su madre vivió aquí en España durante un año, desde el accidente de Diana y Lucía. Se quedó para ayudar a su hijo.

Lo que no supo ella fue que la engañó para que volviera con su padre, para que el hombre dejara de viajar cada fin de semana a España para estar los tres juntos. Andrés les hizo creer a sus padres que se había recuperado, lo que no sucedió hasta mucho tiempo después.

Sus pilares y confidentes fueron sus amigos, Iván y Tomás. Ellos no se separaron de Andrés, para nada, por mucho que este les dijo. Aunque lo de recuperarse era un decir, ya que Andrés nunca iba a recuperarse del todo. No hasta que Lucía abriera sus preciosos ojos.

Los padres de Andrés siempre que podían viajaban para estar con su hijo y para visitar a su nieta, en la clínica.

Sobre esto último sucedía lo mismo con el que fue el suegro de Andrés, el padre de Diana e Inés. Andrés se llevaba muy bien con el hombre, tenían muy buena relación, e incluso me había contado que más de una vez el que fue su suegro le había dicho que no dudara en pararle los pies a Inés, su hija, de la forma que fuera. El hombre la conocía muy bien y respetaba a Andrés, aparte de que lo quería.

Él también visitaba a Lucía, pero cada semana ya que vivía en esta ciudad.

—¡Andrés!

Al escuchar su nombre nos giramos. Andrés reconoció la voz, yo no, hasta que no tuve delante de mí a la mujer que lo había llamado.

—¡Qué casualidad! —dijo Inés, sin mirarme— ¿Qué haces por aquí?

—Hola —la saludó él—. Creo que es evidente, de igual manera que es evidente que no estoy solo.

No pude ocultar la sonrisa de satisfacción, porque a ella le cambió la cara. No le gustó nada que Andrés me pusiera por delante.

—Ya… —Me miró.

—Hola —la saludé.

Yo sí que tenía educación, en cambio ella no me correspondió. Volvió a mirar a Andrés y se acercó demasiado a él.

—Esta mañana he visto a tu querida Lucía —le dijo con mala intención.

¿En serio quería ponerme celosa con eso?

—Erika ya la conoce, la llevé ayer y hoy hemos vuelto.

—¿Las has llevado? —Alzó la voz, con los ojos abiertos al máximo.

—Eso he dicho. —Elevó las cejas él.

—¿Cómo has podido? ¡Eso es algo nuestro, solamente! —gritó, apretando los puños a sus costados.

—Baja de donde estés y aterriza pisando bien el suelo —le dijo Andrés, muy tranquilo.

—No voy a permitir que…

—¡Ya está bien! —la interrumpió Andrés, elevando la voz— Deja de decir tonterías, Inés. ¿Qué no vas a permitir? No me hagas reír. Estás hablando de *mi* hija —remarcó el posesivo—. No te confundas, tú no tienes ni voz de voto sobre Lucía. Eres su tía, punto. Ahí termina todo para ti. Las decisiones sobre mi hija las tomó exclusivamente yo, que no se olvide porque puedo dejártelo mucho más claro. Y por supuesto que he llevado a Erika, es mi pareja, tenemos una relación, y espero que un día…

—¡Ni se te ocurra decirlo!

—… Erika sea su madre y mi hija la quiera como tal, sin olvidar a su verdadera madre de la que nunca dejaremos de hablarle.

—¡No! ¡No puedes hacerme eso!

—Estás fatal —solté.

—Cállate, zorra —escupió con rabia, acercándose a mí.

Andrés me quitó el brazo de los hombros para agarrarla a ella de un brazo. Inés soltó un grito por la sorpresa, mientras se veía arrastrada unos pasos de mí.

—Vuelve a gritarle a Erika, vuelve a insultarla, y te juro por Dios que me olvido de que tu hermana era mi mujer y de que eres la tía de Lucía. No te entierres a ti misma.

La frialdad y la contundencia de Andrés me dejó hasta a mí paralizada. Me recorrió un escalofrío.

—Desaparece de mi vista y ten por seguro que tu padre va a saber esto mañana mismo.

—No —pareció suplicarle ella.

—Tú lo has querido. Te has pasado de la raya y en esta vida todo tiene consecuencias. No vuelvas a acercarte a Erika, no te quiero respirando el mismo aire que ella. ¿He sido claro?

—Sí —susurró.

—Ya hablaremos de las visitas a *mi* hija.

—No me quites eso —le tembló la voz.

Andrés se quedó callado durante un tiempo.

—Cada vez que vayas me informarás antes.

Inés asintió.

—No hagas que tome medidas peores, Inés. No voy a permitir que una persona inestable esté a solas con mi hija, cuando ella no puede defenderse de ninguna manera.

—Yo nunca le haría daño.

—Yo tampoco esperaba que llegaras tan lejos, como hoy, y ya ves. Lucía es sagrada.

Andrés le soltó el brazo y dio paso hacia atrás. Coloqué una mano en su espalda, para que supiera que estaba con él, que tenía mi apoyo.

Inés pasó la mirada de uno a otro, hasta que bajó la cabeza y se giró. Se alejó de nosotros sin volver a hablar.

—Me siento mal —susurré—. Me ha dado pena.

Él se giró hacia mí y me agarró de la cara.

—Así llevo yo muchos años —suspiró—. Recapacitará. Lo sé. No tienes que preocuparte, solo he tocado sus puntos débiles porque sabía que así retrocedería. No quiero hacerle daño, es lo último que querría, pero no voy a permitir que te trate como lo ha hecho. No va a faltarte el respeto y cuanto antes lo entienda, mejor para todos. Ahora ya sabe que eres mi prioridad.

—Gracias.

Le rodeé el cuello con los brazos y de puntillas, busqué sus labios.

Nos besamos y el mundo entero dejó de existir. Solo fuimos él y yo, en medio de la zona peatonal.

Capítulo 40



Un mes y medio más tarde…

—¿Qué tal? —me preguntó Raúl.

Le sonreí a mi amigo, admirando lo guapísimo que estaba.

Raúl era impresionante y el traje que llevaba puesto le quedaba genial.

—Estás para comerte —le contesté.

Reímos.

—Espero obtener el mismo resultad de Fran —me dijo con un guiño.

—¿Lo dudas? En cuanto no nos demos cuenta los demás, te arrastrará a un lugar oscuro para demostrártelo.

—Me gusta.

Volvimos a reír.

—¿Cuál te gusta más? —me preguntó, indeciso.

—Definitivamente este, Raúl. Es tu traje.

Era el cuarto que se probara, pero en esta tienda de ropa porque llevábamos toda la mañana, desde primera hora, yendo de una tienda a otra, buscando el mejor traje para él, y ya eran la una y media de la tarde.

—Joder, estoy emocionado —dijo.

Negó con la cabeza y me acerqué a él, para abrazarlo.

—Estoy muy orgullosa de ti —le susurré.

—Y yo de ti.

Sonreí.

—Vas a ser un novio espectacular. Vas a dejar a tu futuro marido con la boca abierta y temblando, pero te adelanto que tú te quedarás igual cuando lo veas a él.

Reí, por la cara que puso.

—Eres malvada. —Bufó—. Hace una semana que acompañaste a Fran a por su traje y no he conseguido que me cuentes nada.

—Ni lo vas a conseguir —reí—. Lo que me agradecerás cuando llegue el día.

Puso los ojos en blanco, antes de entrar de nuevo al probador.

—Anímate que hoy volvemos a casa con la mejor compra —le pedí.

—Joder, sí.

Reímos.

Me senté en el sillón, a esperar a que terminara mi amigo. Por fin habíamos completado la misión de encontrarle un traje para su boda. Sí, Fran y él se casaban. Aún faltaban casi dos meses, pero el tiempo pasaba volando.

Todos recordábamos el momento que Raúl le pidió matrimonio a Fran, fue la noche que quedamos todos, después de que Andrés y yo arregláramos lo nuestros. También cuando nos encontramos con Inés y se lio un poco, por su culpa.

La llamada que me hizo Raúl, para que fuéramos al restaurante que tanto nos gustaba, tenía un propósito escondido. Raúl quería tenernos a todos a su lado, en el momento que le pidiera a Raúl casarse con él.

Aquella noche, en aquel momento mágico…

—Pues ya ha llegado —dijo Raúl, captando la atención de todos.

Dejamos de hablar entre nosotros.

—¿El qué? —le preguntó Fran, con curiosidad.

Raúl se levantó de la silla.

—El momento de pedirte que te cases conmigo, que me aceptes como tu marido.

Todos nos sorprendimos. Algunos sonrieron, otros, como yo, nos emocionamos al verlos.

—¿Qué? —le preguntó Fran, sin creérselo.

Raúl hincó la rodilla en el suelo del restaurante, delante de muchas miradas, y sacó de un bolsillo del vaquero la caja de una joyería. Dentro había un anillo sencillo, pero precioso.

Fran no salía del asombro. No se lo creía, después de tantos años.

—¿Quieres casarte conmigo y hacerme el hombre más feliz del universo?

—Raúl… Joder. ¡Sí, quiero! —gritó riendo.

Todos sus amigos nos levantamos aplaudiendo y silbando. Muchos en el restaurante se unieron a la celebración.

Fran se dejó caer al suelo y abrazó a Raúl, con fuerza. Lo estrechó entre sus brazos como si no fuera a tocarlo nunca más.

Cuando se separaron se besaron, por lo que hubo otra tanda de aplausos. Lo mismo que sucedió al ponerse los anillos, porque Raúl se colocó el mismo que Fran.

Salgo de ese recuerdo sonriendo.

—¿Y esa cara de felicidad? —me preguntó Raúl.

Me levanté mirándolo.

—Por tu culpa y la de Fran. Es el efecto que tenéis en mí, cada vez que recuerdo el momento que os prometisteis.

—Me porté, ¿eh? —habló con humor.

Choqué el hombro con el suyo y reímos.

La dependienta se acercó a nosotros y Raúl le dio el traje que se llevaba, para que lo preparara.

Salimos de la tienda con Raúl emocionado con su bolsa, o más bien con lo que contenía la bolsa.

—¿Ya has pensado cuándo te irás a vivir a la casa de Fran? —le pregunté.

Raúl había dado esos dos pasos importantes, casarse y mudarse, por fin.

—No lo hemos hablado.

—Porque Fran estaría encantado que le dijeras hoy mismo que ya no regresas al piso —reí.

—No quiero dejarte sola en el bloque.

—¡Estás de broma!

Me paré en la acera.

—¿Lo haces por mí?

—¿Por quién si no?

—¿Todo este tiempo no has querido dejar tu piso por mí? —insistí, sin salir del asombro.

—Sí y Fran lo sabe. Siempre ha estado de acuerdo, aunque a veces se le iba de las manos las ganas que tenía de que viviéramos juntos. Sobre todo, después de los años que viví en su casa, por lo del incendio.

—No me lo puedo creer.

—Así que ahora que pasas mucho tiempo en la casa de Andrés, por no decir que vienes al piso solo de visita, pues ha llegado el momento de que yo también vuele.

Se encogió de hombros.

Comencé a llorar y me lancé a sus brazos.

—Eh, vamos. No te pongas así —me pidió, abrazándome con fuerza.

—Sois muy tontos los dos —dije llorando.

—Te queremos, que es diferente.

Me dio un beso en la cabeza.

—En definitiva, que poco a poco iré alargando el tiempo en la casa de Fran e iré haciendo la mudanza sin prisa, hasta que llegue el día que lo tenga todo en la casa de mi futuro marido.

Rio y sonreí.

—Soy muy feliz por vosotros.

—Lo sabemos.

Me hizo un guiño.

Me retiré las lágrimas, antes de buscar el móvil en el bolso. comenzó a sonar el tono de llamada y cuando lo saqué vi que se trataba de Andrés. Sonreí de oreja a oreja y Raúl se rio de mí.

Me dio igual, continué sonriendo.

Andrés me hacía muy feliz, nuestra relación y convivencia nos iba genial.

—Hola, guapo —lo saludé, con diversión.

—Erika…

—¿Qué pasa? —me preocupé al instante.

Raúl también, al verme. Se puso serio y se acercó más a mí, para enterarse.

—Andrés…

—Lucía. Mi niña.

—¿Qué le pasa? —hablé nerviosa.

—Se ha despertado.

Solté un jadeo por la impresión y me llevé la mano libre al pecho. Raúl me sujetó por la cintura, emocionado.

A estas alturas todos mis amigos sabían quién era Lucía.

—¿Cuándo?

—Ahora. Joder, estaba hablándole de ti, de nosotros, y ha vuelto a alterarse como las veces que lo hizo contigo.

Así fue, después de la primera vez lo repitió unas cuantas más. Pero aparte de la actividad de las máquinas, no vimos ningún cambio. Hasta ahora.

—¿Qué más? —le pregunté llorando.

Las emociones me superaban, sabía tan bien lo que significaba para Andrés que su hija estuviera de vuelta. Dios mío…

—Ha abierto los ojos —rio y sonreí, retirándome las lágrimas—. Te prometo que no me he dado cuenta, aunque la estaba mirando. Era tan sorprendente e inesperado que podía creérmelo. Casi me caigo de la silla, cuando me he levantado para correr a llamar a las enfermeras.

—¿Qué te han dicho?

—Todavía nada. Estoy esperando. Erika… mi niña. Oh, joder, ha vuelto.

—Ha vuelto —repetí—. Voy para allí.

—Sí, por favor. Te necesito.

—No tardaré.

—Ten cuidado. Ven en taxi.

—Yo la llevo, Andrés —le dijo Raúl—. Felicidades —habló emocionado.

—Gracias, Raúl. Aquí os espero. Por supuesto, puedes entrar con Erika.

—Gracias.

Colgué y abracé a mi amigo, llorando con más intensidad.

—Ya está, cariño. Joder, ya está.

Me estrechó entre sus brazos.

—Vamos. Andrés te necesita. Ya lo has oído.

Asentí.

Me agarró de la mano y me dejé llevar por mi amigo. Me quedé ausente, pensando en muchas cosas.

Después de cruzar varias calles llegamos al coche de Raúl y en cuanto nos montamos se dirigió a la dirección que le indiqué.

Los minutos se me hicieron interminables, hasta que mi amigo estacionó en el aparcamiento de la clínica.

Raúl no dejó de silbar, al ver el edificio, con cada uno de los controles de seguridad, con el interior de la clínica…

Cuando llegamos a la planta en la que estaba la habitación de Lucía corrimos por el pasillo. Andrés no estaba fuera, no lo vi a lo lejos, por lo que entramos directamente a la habitación, la que tenía la puerta abierta.

—Erika…

Se levantó de la silla y corrimos el uno hacia el otro, como atraídos por una fuerza superior a nosotros.

Chocamos a mitad de camino, abrazándonos.

Lloré con Andrés, mientras el se aferraba a mí, con la cara escondida en mi cuello.

Raúl se mantuvo callado y en una esquina, muy emocionado.

—¿Se han llevado a Lucía a hacerle pruebas? —le pregunté suavemente.

—Sí —susurró—. No quedará mucho para que la traigan. Tenía los ojos abiertos.

Me separé solo lo necesarios para agarrarle la cara con las manos.

—Ha despertado, sí. Y estará deseando estar con su padre. Escúchame, antes de que todo se vuelva una locura.

—¿Qué?

Frunció el ceño.

—Voy a apartarme un poco, pero no te dejaré. Solo quiero darte el espacio y el tiempo que necesitas a solas con Lucía. ¿Vale?

—No quiero que te sientas excluida, yo… te necesito conmigo.

—Shhh… —Le puse un dedo en los labios—. No voy a sentirme como has dicho. Ahora lo que más necesitas es reencontrarte con tu pequeña y pasar mucho tiempo con ella. Créeme, estaré muy pendiente de ti y esperándote al final del día. Y también voy a estar muy presente en la recuperación de la pequeña. Después de tanto tiempo tendrá que aprender muchas cosas y otras volver a dominarlas. Entre todos lo lograremos.

—Te amo.

Me besó con fuerza y desesperación y yo le devolví el beso con la misma pasión.

—Te amo —susurré sobre sus labios.

Raúl se acercó y él y Andrés se abrazaron. Continuaron así durante largos segundos, mientras mi amigo le daba ánimos.

Al cabo de unos minutos una enfermera entró empujando la cama en la que Lucía estaba tumbada. Comencé a llorar al verla con los ojos abiertos.

La doctora entró después y después de darnos la enhorabuena y de decirnos que las primeras pruebas han salido muy bien y que todo era favorable, nos explicó cómo sería la recuperación de Lucía.

—Sus músculos está débiles, a partir de mañana comenzará la rehabilitación. Tiene que coger fuerza. Desde hoy es como empezar de cero, con todo. Hablará muy poco a poco, cuando las cuerdas vocales se lo permitan, tendrá que aprender porque su cuerpo es de una niña de diez años, pero en su mente se quedó en los seis. El proceso será largo, pero llegará un día que Lucía camine, se mueva, hable y sepa, como cualquier otra persona de su edad. Por milagros como este es por lo que creo en mi profesión.

Después de compartir varios comentarios más, la doctora se fue. La enfermera tardó un poco más, mientras acomodaba a Lucía.

Cuando nos quedamos solos Andrés corrió al lado de su hija. El corazón comenzó a golpearme con fuerza en el pecho, cuando la pequeña le sonrió a su padre, reconociéndolo.

Raúl me abrazó y observamos cómo interactuaban entre ellos. Hubo muchos momentos emotivos e intensos, uno de ellos fue cuando Andrés le habló por encima del accidente, de lo que le pasó y del tiempo que llevaba dormida, esperando a que despertara. La noticia de la muerte de su madre la afectó mucho, porque para ella el tiempo no había pasado.

En ese momento, sin hablarlo, solo con mirarnos, Andrés y yo decidimos que lo mejor para Lucía era ir muy poco a poco, por lo que me presenté como la profesora que iba a ayudarla en todo el proceso de aprendizaje. Dejamos claro que yo viviría en su casa para comenzar todo desde cero, caminar, hablar, los cursos académicos…

Lucía me sonrió por todo lo que le dije y asintió feliz.

Lo que no anticipamos fue lo que al cabo de unas semanas se nos vino encima a Andrés y a mí. La pequeña nos dejó sin palabras, cuando ella las recuperó.

—Sé quién eres —me dijo, sentada en el sofá.

—¿Cómo? —le pregunté, extrañada.

—Reconocí tu voz al despertarme. La escuchaba en sueños, cuando estaba dormida. Me dijiste varias veces que eras mi madrastra, pero sin la parte malvada.

Andrés y yo nos miramos sin saber qué decir. A partir de ese momento algo cambió, para bien.

A Bo le costaba mucho separarse de Lucía, se quedaba llorando y triste cada vez que la niña salía de la casa para ir a la rehabilitación o al colegio.

Del tema académico me encargué yo de todo. Andrés la matriculó en mi colegio y metí a Lucía en mi clase, para llevarla a un ritmo diferente. Enseñanza que continuábamos en casa.

Poco a poco y sin que nos diéramos cuenta, fuimos una familia con unas bases muy fuertes.

Sobra decir lo contentos que se pusieron sus abuelos y su tía, Inés. Todos lloraron y rieron ante la noticia de la recuperación de Lucía.

Epílogo



Andrés

Nueve años más tarde…

—Estás guapísimo, cariño —me dijo Erika.

—Tú sí que estás espectacular.

La besé porque me costaba mucho contenerme con mi mujer.

Estábamos detrás del escenario. En unos minutos tenía que salir a recoger una medalla que me habían otorgado por mi trayectoria profesional.

Me sentía orgulloso, feliz, y más cuando tenía a toda mi familia conmigo. Hablo de la de sangre y la elegida.

Ninguno había faltado, estaban todos sentados entre el público.

—Me voy ya. —Me acarició la mejilla Erika—. Estoy muy orgullosa de ti. Te amo.

—Te amo.

Volví a besarla porque no me daba la gana de contenerme.

Erika se alejó de mí riendo. Se escapó de entre mis brazos porque sabía que no la dejaría marchar.

Hice una respiración profunda y esperé paciente a que dijeran mi nombre, para salir al escenario.

Eran las fiestas de la ciudad, estábamos al aire libre, por lo que al otro lado que no veía había mucha gente. Lo sabía.

No estaba nervioso, pero tenía ganas de que acabara para poder reunirme con mi familia y disfrutar.

Ni nombre sonó por los altavoces y subí los pocos escalones que me llevaron al escenario. Mientras la gente aplaudía, yo solo podía mirar hacia donde estaba mi familia y mis amigos.

Erika, Lucía, Clara, Izan, Raúl, Fran, Iván, Adri, Tomás, Estela, mis suegros, Marga, Manuel a los que habían traído los padres de Erika, el padre de mi mujer fallecida, su hermana Inés, Pedro, Mireia, Sofía y Alberto.

Todos estaban aquí, pero por unos largos segundos solo pude mirar a mi mujer.

Me casé con Erika al año y medio de estar viviendo juntos. Ella vendió su piso y se vino a mi casa, donde habíamos formado una familia junto a nuestros hijos Lucía, Clara e Izan.

Lucía era una hermana mayor orgullosa de sus hermanos. Mi primera hija adoró enseguida a Erika, ambas se consideraban madre e hija. Durante muchos años le hablé a menudo a Lucía de su madre, al igual que hicieron su abuelo y su tía. Incluso Erika. Entre todos no dejamos morir el recuerdo de Diana.

Lucía se recuperó del coma, consiguió salir de su situación y remontar, aunque no fue rápido. El aprendizaje fue lento, más para unas cosas que para otras, pero lo importante es que hoy día es una mujer preciosa que ha conseguido todo lo que se ha propuesto.

Erika fue un gran apoyo para ella y para mí. A Lucía la impulsó en todos los sentidos y a mí no me soltó nunca. No me dejó caer.

Bo continúa con nosotros. Ya está mayor, pero en la última revisión del veterinario me dijeron que se encontraba muy fuerte. Zeus también sigue dando guerra y desapareciendo cada vez que no le apetece ver a nadie.

El encuentro de ambos fue muy curioso porque la primera vez que Erika vino a mi casa con Zeus, Bo le ladró varias veces, a lo que Zeus bufó, o algo parecido, unas cuántas veces más, y al cabo de un buen rato enfrenándose de esa manera, ambos entraron en casa como si nada y se tumbaron en sitios diferentes. Estuvieron mirándose de reojo el resto del día, pero no se acercaron al otro. Eso cambió con el tiempo, ahora los encontramos muchas veces acurrucados en la misma cama.

Sobre Inés, la tía de Lucía, debo decir que con el paso del tiempo fue calmándose. En ello tuvo mucho que ver Roberto, un empresario que la dominó a la perfección. La relación que tenemos con ella es buena, incluyendo la de Erika y ella. No puedo decir que sean grandes amigas, pero sí que quedan de vez en cuando y salen con los niños. Inés está casada con Roberto y tienen un hijo, Álvaro.

Mis padres, con el paso de los años, cada vez es más habitual que viajen a España. Pasan todo el tiempo que pueden aquí, disfrutando de la familia. Se llevan muy bien con mis suegros, Paula y Diego. Estos últimos son los pilares esenciales en nuestras vidas, ya que están más al alcance que mis padres. Mis suegros se encuentran como siempre.

Manuel y Marga, los vecinos de Erika y Raúl, hace años que no viven en el bloque de pisos. Están mayores, lógicamente porque el tiempo pasa para todos, pero aún dan mucha guerra como se suele decir, a pesar de los años y de los problemillas normales, sumado el dolor de una pierna de Manuel, se encuentran sanos. A los pocos meses de que Raúl y Erika dejaran sus pisos, mis suegros fueron a por Marga y Manuel, para llevárselos a su casa. Desde entonces viven los cuatro juntos.

Erika sigue trabajando de profesora, en el colegio que Sofía continúa siendo la directora. Yo, por mi parte, no he abandonado mi profesión. Todavía sigo al frente del parque de bomberos, como capitán. Y mis amigos junto a mí.

Raúl y Fran se casaron en una boda íntima y preciosa, en el jardín de nuestra casa, de Erika y mía. Contratamos un cáterin y estuvimos hasta las tantas de fiesta, celebrando el amor. Porque Fran y Raúl eran un claro ejemplo de ese sentimiento. Llevan muchísimos años juntos y siguen mirándose como el primer día, con pasión, cariño, amor y un deseo con el que traspasan a todo aquel que se encuentra cerca de ellos. Viven en la casa que fue de Fran, porque hace años que es de ambos. Son felices y dos piezas importantísimas en las vidas de los demás. Tienen un hijo, Eric.

Iván por fin dejó apartados todos sus miedos y gracias a ello consiguió centrarse en lo que sentía por Adriana. A mi amigo le costó varios años darse cuenta de que perder a la persona que quieres es mucho más jodido que enfrentarte a tus temores. Adriana lo ayudó mucho, lo acompañó en todo momento. Tuvieron algunos altibajos, pero nada que no pudieran superar. Gracias a ello se hicieron más fuertes. Están casados y tienes dos hijas, María y Elena.

Estela y Tomás son otra pareja consolidada. Ellos no perdieron el tiempo. Se gustaban, pues actuaron en consecuencia. Quedaron varias veces para conocerse, a fondo, y en pocas semanas nos contaron que estaban saliendo. Y hasta hoy día que están casados y tienen una hija, Cloe.

Después está Sofía, amiga de todos y la directora del colegio. Al final encontró el amor de su vida en el parque de bomberos, como ella decía que sucedería, pero no fue Sofía la primera en fijarse y dar el paso, sino Alberto, un compañero de profesión. Lo que empezó como un rollo de buenos encuentros se convirtió en unos meses en algo tan serio que se casaron sin esperar un día más. Tienen dos hijos, Teo y Bruno.

Sobre Marina, la chica que ayudaba en prácticas a Erika, deciros que dos años después de dejar el colegio regresó a él, con un puesto fijo de profesora. Tiene una muy buena amistad con Sofía y Erika y muchas veces viene cuando quedamos todos.

Por último, están Carolina, Pedro y Mireia. La primera, Carolina, es la madre de Paula que fue alumna de Erika. Mi mujer mantiene la relación de amistad con Carolina. Esta asistió a nuestra boda con su marido y Paula, las parejas nos llevamos muy bien y de vez en cuando quedamos para comer o cenar, en un restaurante o en nuestras casas.

Sobre los segundos, Pedro y Mireia, ellos continúan al frente del bar que tenemos cerca del parque de bomberos. Forman parte de nuestro grupo de amigos. No tienen hijos y siguen siendo una pareja espectacular.

Y hasta aquí el resumen de cómo nos ha ido con el paso del tiempo. No todo ha sido fácil, pero por eso mismo se valora más lo que la vida te da. Cuando experimentas el dolor y un día no lo sientes, solo entonces te das cuenta de todo lo bueno que tienes, aunque no lo supieras ver.

Recibo la medalla. Agacho la cabeza y dejo que la mujer que la tiene en la mano me la coloque. En cuanto es mía me vuelvo hacia mi familia y sonrío, les regalo la sonrisa más grande que tengo porque todos ellos son los motores que me impulsan a seguir adelante, comenzando por mi mujer.

Erika siempre va e irá en cabeza, porque es el motor y la gasolina, la mecha y el fuego. Ella lo es todo para mí.

RRSS

Facebook: Ariadna Baker
Instagram: @ariadnabaker_
Amazon: relinks.me/AriadnaBaker
Twitter: @ChicasTribu
